

PIOTR KROPOTKIN

La ayuda mutua

Prólogo

MIGUEL GUAGLIANONE

Prefacio

P. KROPOTKIN

Introducción

KENT BROMLEY

Traducción, recopilación
y tutoría editorial

EDUARDO GASCA

BIBLIOTECA BÁSICA
DEL PENSAMIENTO REVOLUCIONARIO

República Bolivariana de Venezuela

Monte Ávila



Editores Latinoamericana CA

COMITÉ ASESOR DE LA BIBLIOTECA BÁSICA
DEL PENSAMIENTO REVOLUCIONARIO

Carolina Álvarez Arocha
Domingo Fuentes
Miguel Guaglianone
Ramón Losada Aldana
Carlos Noguera
Miguel Ángel Pérez Pirela
Mario Sanoja Obediente
Carlos Suárez
Carolus Wimmer

1ª edición en Biblioteca Básica del Pensamiento Revolucionario, 2009

DISEÑO DE COLECCIÓN
Equipo Editorial y de Producción de MAELCA

©MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA, C.A., 2009
Apartado postal 70712, Caracas, Venezuela
Telefax (58-212) 263.8508
www.monteavila.gob.ve

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal N° If 50020098003068
ISBN 978-980-01-1738-5

BIBLIOTECA BÁSICA DEL PENSAMIENTO REVOLUCIONARIO

La construcción de una sociedad más justa ha ocupado la atención de numerosos pensadores y pensadoras a lo largo de la historia. Conscientes de la necesidad de retomar este recorrido y como un aporte más para esta indagación dentro del profundo proceso de cambios que hoy vive nuestro país, Monte Ávila Editores presenta la Biblioteca Básica del Pensamiento Revolucionario. Un acopio de obras maestras que sólo tendrá sentido en la medida en que sus lectores y lectoras discutan los distintos puntos de vista y, al lado de la práctica, contribuyan al impulso de una verdadera conciencia revolucionaria.

La Biblioteca consta de cinco series. La primera, destinada a libros clásicos con el objeto de dar a conocer al lector las fuentes originales del pensamiento crítico, sin intermediarios y haciendo una selección cuidadosa de las traducciones. Otras tres series están destinadas a la edición de autores y autoras latinoamericanos, venezolanos y personajes contemporáneos que ofrecen nuevas propuestas o interpretaciones actuales de la utopía revolucionaria. Finalmente presentaremos una quinta serie de carácter divulgativo que ofrecerá, entre otros temas, biografías, guías prácticas y comentarios explicativos sobre conceptos básicos de historia, política, sociología y comunicación.

PRÓLOGO

Agregamos hoy La ayuda mutua, de Piotr Kropotkin, a la serie Clásicos de la Biblioteca Básica del Pensamiento Revolucionario de Monte Ávila Editores.

Esta obra constituyó en la fecha de su primera publicación (1902) un aporte al debate sobre la Teoría de la evolución de Charles Darwin. Siendo una seria investigación científica de su época, representa también una posición ideológica frente al mundo. Kropotkin es uno de los más destacados intelectuales que, a finales del siglo XIX y principios del XX, sostuvo con su obra y militancia social la ideología anarquista.

EL CONTEXTO SOCIAL

Cuando a mediados del siglo XIX el capitalismo industrial se expandía exponencialmente, incorporando la máquina a la producción y dejando como efecto colateral el nacimiento y progresiva expansión de una clase obrera semi-esclava, condenada a horarios y jornadas extenuantes de trabajo y a condiciones de vida marginales, aparecen en la historia como respuesta a esta situación los movimientos sociales y el pensamiento revolucionario que se enfrentan a las propuestas alienantes impuestas por el sistema.

Los precursores de este pensamiento, los que fueron llamados «socialistas utópicos», entre los que se encuentran William Godwin, Robert Owen y Charles Fourier, venían proponiendo ya desde el siglo XVIII, alternativas para crear una nueva sociedad que fuera capaz de enfrentar y trascender el sistema capitalista de explotación triunfante en toda Europa, y principalmente en Inglaterra.

Desde 1864 hasta 1876 se reúne en Londres la Asociación Internacional de Trabajadores o Primera Internacional, que agrupa inicialmente a las corrientes contestatarias, sindicalistas ingleses, anarquistas y socialistas franceses, e italianos republicanos. En el proceso de discusión, con acuerdos y desacuerdos, se consolidan tres corrientes revolucionarias que tendrán en adelante una profunda incidencia en los movimientos sociales en Europa, como también en el resto de los continentes, y que se constituirán en movimientos políticos e ideológicos: el marxismo, el socialismo obrero y el anarquismo. De esta última corriente será Kropotkin uno de los representantes más destacados.

EL AUTOR

Piotr Alexéievich Kropotkin nació en Moscú en diciembre de 1842. Vino al mundo con el título de «príncipe», que en Rusia, a diferencia de Europa, no designa a los sucesores de la corona sino a aquel que pertenece a una familia aristocrática, normalmente emparentada con la familia real.

Estudió en San Petersburgo y sirvió al ejército ruso entre 1862 y 1867. En este período dirigió dos expediciones a la Siberia rusa y a Manchuria. Allí conoció los escritos

de Bakunin y otros pensadores revolucionarios. En 1867 fue designado geógrafo oficial de la Sociedad Geográfica Rusa y exploró, en nombre de ella, glaciares en Suecia y Finlandia. Mientras realizaba estas expediciones estudió teoría política y fue progresivamente solidarizándose e identificándose con las desventuras de obreros y campesinos.

En 1872 se incorpora a la Primera Internacional, y si bien en un principio lo hace como simpatizante de las ideas marxistas, su relación con Mijaíl Bakunin y los propios sucesos dentro de la asociación, lo llevan a abrazar las concepciones anarquistas y a convertirse en uno de sus principales ideólogos y defensores hasta el fin de sus días.

Sus escritos, condensados en artículos de prensa y libros, proporcionaron al anarquismo naciente, que surgía de las ideas de los socialistas precursores y de Bakunin, Guillaume, Proudhon y otros, una consistencia ideológica que lo convertiría en una de las visiones revolucionarias más importantes de fines del siglo XIX y principios del XX.

Además del libro que estamos presentando, algunos de sus más importantes trabajos son: Palabras de un rebelde (1885), Las prisiones (1887), La conquista del pan (1888), Campos, fábricas y talleres (1899), Memorias de un revolucionario (1899), La ciencia moderna y el anarquismo (1903), La literatura rusa (1905), El terror en Rusia (1909), La Gran Revolución (Historia de la Revolución Francesa, 1789-1793) (1909), Ética, origen y evolución (1924), entre otros. En estos libros fue desarrollando ideas para el pensamiento anarquista en procura de una nueva sociedad.

En 1874 regresa a Rusia luego de su periplo europeo, y es arrestado por propagar y difundir la ideología anarquista. Logra escapar tras dos años de cautiverio y se refugia en Francia, hasta que es encarcelado nuevamente por tres años. Gracias a la presión de algunos intelectuales contemporáneos logra su liberación y se traslada a Inglaterra, donde reside y trabaja durante treinta años.

Luego de la revolución bolchevique de 1917, vuelve a Rusia, donde ya mayor, prosigue su actividad política, aunque sin cargo oficial alguno. Muere en febrero de 1921 en Dimitrov, localidad cercana a Moscú. En este último período y desde esa misma localidad, escribe sus famosas cartas a Lenin, donde le plantea los problemas de la revolución soviética y sus puntos de vista críticos.

LA OBRA

La ayuda mutua surge, según lo explica el propio autor en la introducción, como una respuesta a algunos seguidores de Charles Darwin y a su interpretación de la Teoría de la evolución. La obra nace en principio de la intención de contestar un artículo publicado en 1888 por Thomas Henry Huxley, destacado biólogo de la época, que según Kropotkin «pintaba la vida de los animales como una lucha desesperada de uno contra todos». Estimulado por el propio editor de la revista científica en la cual se realizaran las publicaciones, no sólo desarrolla una contestación a ese artículo, sino que amplía su investigación hasta plasmarla en el libro que fuera editado por primera vez en 1902.

Thomas Henry Huxley fue el primero de los darwinistas que, contemporánea y posteriormente, interpretaron los planteamientos del libro El origen de las especies, publicado en 1859 en forma particular. A pesar de que el propio Darwin planteara que la evolución estaba alimentada, entre otras variables, por la supervivencia del más apto, muchos de sus seguidores, fieles a la visión positivista y causalista de la ciencia de la época, no sólo llegaron a considerarla como causa principal de la evolución, sino que llegaron a transformar la supervivencia del más apto en la supervivencia del más fuerte.

Esta visión no era gratuita, coincidía con la visión eurocentrista y racista que de alguna forma encontraba en esta interpretación la justificación «científica» de la historia de depredación y devastación que los sucesivos imperios expansionistas europeos realizaran en otras tierras allende sus mares, sobre poblaciones menos «aptas».

La investigación de Kropotkin como científico se apoya sobre todo en sus observaciones personales como naturalista y geógrafo y recurre además a observaciones de otros naturalistas y teóricos contemporáneos. Deja de lado expresamente observaciones hechas por misioneros y viajeros ocasionales del siglo XVIII y principios del XIX por considerarlas fuentes sesgadas o no confiables.

El objetivo de su investigación es mostrar cómo la ayuda mutua ha significado una variable importante en la evolución de las especies y de las sociedades humanas, tan significativa como la lucha feroz e individual por la existencia.

Desarrolla la investigación con una estructura que considera sucesivamente la ayuda mutua entre los animales, la ayuda mutua entre los salvajes, la ayuda mutua

entre los bárbaros, la ayuda mutua en la ciudad medieval y la ayuda mutua en la sociedad moderna, finalizando con un capítulo de conclusiones. Categorías socio-históricas éstas, que de alguna manera reflejaban las concepciones de la época, en las cuales la cultura europea era la cúspide de una evolución social lineal que partía desde las tribus primitivas y llegaba a la civilización más desarrollada en la historia de la Humanidad, que ellos representaban.

VALIDEZ CIENTÍFICA DE LA OBRA DE KROPOTKIN

Para considerar la validez científica de este trabajo, antes debemos recordar algunas cosas. En primer lugar, que nos encontramos, en lo que respecta a la ciencia, en un cruce de aguas. La ciencia contemporánea está enfrentada a un cambio radical de paradigmas. La validez de la ciencia tradicional positivista y determinista está en entredicho desde la década de 1920, cuando los científicos cuánticos plantean por primera vez el principio de la indeterminación, y el rol del observador como parte integrante de los fenómenos a estudiar¹.

En segundo término, es necesario recordar que a pesar del cambio de paradigmas que está realizándose, existe en la sociedad una inercia (y también un ocultamiento casual y/o premeditado) que presenta al lego y a las grandes masas de población (incluyendo a aquellos intelectuales que desconocen estos procesos) una visión de la ciencia como portadora de verdades absolutas y un universo ordenado por leyes generales inmutables, a las cuales sólo es necesario descubrir, regido por un sistema de causa-efec-

to y con una realidad objetiva. Concepciones bastante lejanas al conocimiento que maneja la comunidad científica actualmente, que reconoce el carácter sistémico, de red y caótico del mundo y, sobre todo, de los procesos referentes a los seres vivos. Modelos actuales de conocimiento, como la Teoría de las Estructuras Disipativas, la Teoría del Caos, el teorema de la Incompleitud de Gödel, los nuevos conceptos manejados por la neurofisiología, o las investigaciones de Humberto Maturana, por ejemplo, son prácticamente desconocidos fuera de los círculos especializados, a pesar de ser la base de los conocimientos científicos actuales.

Por lo tanto, es muy difícil realizar una discusión rigurosa de la validez científica de una investigación, ya que los propios criterios de rigurosidad, objetividad y precisión, están en abierta discusión. De todas formas, para atenernos a la honestidad intelectual, enumeraremos tanto los factores que pueden constituir una crítica al rigor científico de esta obra, como aquellos que pueden avalar su vigencia.

A la obra de Kropotkin puede achacársele primero que es producto de un modelo de ciencia positivista, mecanicista y determinista, que en su época era de absoluta validez y que hoy ha perdido vigencia. Las ciencias sociales y biológicas manejan hoy visiones más complejas y abiertas que van más allá de la supuesta linealidad de los procesos.

Igualmente, la obra que consideramos no puede incluir en el modelo que plantea el descubrimiento posterior de hechos tales como las mutaciones genéticas, o los avances realizados en el último cuarto del siglo xx en la biogenética (ADN y ARN, etc.), que han permitido llevar la teoría de la evolución planteada por Darwin a lo que hoy se conoce como la Teoría Sintética (aún en discusión) que incorpora

los modelos de Mendel y Wallace, y considera la evolución como un cambio en los patrones genéticos, debido a múltiples factores interrelacionados e interactuantes, tales como la selección natural, la mutación, la deriva genética y la migración (flujo genético).

En lo concreto, y aun desde la ciencia positivista, la investigación de Kropotkin puede ser cuestionada por la fiabilidad de algunas de sus fuentes, o por la extrapolación de sus investigaciones evolutivas biológicas, hacia la evolución social de la humanidad.

A su favor, y desde la visión científica contemporánea, podemos registrar que así como Darwin o Humboldt, Kropotkin pertenece a una generación de investigadores de campo que por la fuerza de los hechos eran transdisciplinarios (condición que la ciencia actual está exigiendo), ya que se desempeñaban a la vez como geógrafos, naturalistas, antropólogos y registradores históricos (y a veces hasta como dibujantes).

Otro de los factores positivos es la observación de primera mano empleada en esta investigación, que si bien corre el riesgo de ser malinterpretada por quien la realiza, tiene el mérito de no ser deformada por sucesivas interpretaciones. La etnografía tiene hoy una importancia trascendente como herramienta en la investigación de las ciencias sociales.

Considerando lo expuesto en líneas anteriores, podríamos afirmar que se corre el riesgo de cometer una necedad al postular la absoluta validez científica de la investigación que este libro presenta. Creemos que las razones que hacen necesaria hoy su publicación son las del sedimento que toda investigación deja cuando realiza un nuevo aporte al conocimiento.

Pensar que el sistema solar que propuso Copérnico se corresponde con la realidad conocida hoy, es un error. Sin embargo, la esencia de su modelo, el sol como centro del sistema, sigue siendo tan válida como cuando la propuso, y a partir de ella se han desarrollado las posteriores teorías al respecto. Igualmente sucede con esta obra de Kropotkin. Es posible discutir la exactitud precisa de sus investigaciones, pero su descubrimiento esencial, que la ayuda mutua significa un factor fundamental en el desarrollo de la evolución biológica y social, mantiene su vigencia. Tiene además otro valor que plantearemos más adelante, en el plano de los principios éticos y la concepción del mundo, que trasciende absolutamente el rigor científico, y que constituye un aporte esencial para la perspectiva transformadora del mundo en que vivimos.

LOS VALORES PERDURABLES

En definitiva, ¿por qué consideramos que hoy, a inicios del siglo XXI, es necesaria la publicación de esta obra? Porque creemos que en ella existen elementos importantes para la comprensión de nuestro entorno y para la generación de propuestas que sean capaces de trascenderlo.

Mostrar, como lo hizo Kropotkin, que la ayuda mutua, la acción comunitaria, el esfuerzo mancomunado de los individuos constituye un elemento cotidiano de la naturaleza, que existe y actúa tanto en el ámbito animal como en el humano, y que ese accionar conjunto produce resultados siempre positivos al grupo, significó, tal como dijimos antes, una respuesta a la visión racista y eurocentrista, que encontraba en la versión sesgada de la Teoría

de la evolución una justificación dada por la ciencia a la superioridad del hombre blanco europeo sobre los otros conglomerados humanos.

Pero esta enseñanza va más allá de la respuesta a ese solo planteamiento. De alguna manera el desarrollo acelerado del capitalismo que hoy vivimos fue aupado desde siempre por la concepción individualista, donde cada uno lucha por sí y para sí y el éxito corresponde sólo a los mejores. Y nuevamente en este caso los mejores son los más fuertes, los más «aptos». Es la concepción del winner, el ganador, el que trepa hasta la cima porque en su esfuerzo ha derrotado a todos los demás y lo ha logrado sobre todo como self made man, haciéndolo por sus esfuerzos propios, sin la ayuda de nadie. Es vox populi que «el mundo es de los más fuertes», «los débiles están condenados al fracaso» y que sólo el esfuerzo individual merece la pena. La ética puritana ha agregado a la lógica eurocentrista sus propios elementos para conformar parte de un sistema de valores que es repetido hasta el cansancio (en forma expresa u oculta) por la red de los medios de comunicación en forma cotidiana, y que va impregnando a los dominados de la forma de ser y hacer de los dominadores. No existe un método más eficaz de persuasión que lograr que los primeros lleguen a pensar y sentir como los segundos. Y detrás de estas concepciones persiste esta visión de la «evolución» que se ha mantenido en el imaginario colectivo hasta nuestros días, que hace «natural» que las cosas sean de esa manera.

De esta forma, cuando algo o alguien, como lo hace este libro, nos muestra que sí existe y que sí es importante en la naturaleza y el mundo el hacer colectivo, el que los hombres y mujeres del común pueden ser capaces de

realizar en conjunto, como iguales, cualquier acción, está dando una respuesta contundente a estos antivalores descritos. Está plantando la semilla para crear o para volver a encontrar un nuevo sistema de valores donde la solidaridad, el hacer común y el grupo como motor social sean parte de la vida cotidiana.

Para nosotros los latinoamericanos, que estamos inmersos en profundos procesos de cambio, la reseña y estudio de ideas y experiencias ya realizadas durante un siglo y medio de luchas por una sociedad mejor, se constituye en una necesidad. No para copiar esas ideas y experiencias o intentar aplicarlas directamente, sino como elementos clarificadores en la discusión y el entendimiento que nos permitan orientar nuestros rumbos.

En el caso venezolano, como protagonistas de la Revolución Bolivariana, creemos que la difusión y discusión de libros como éste, es indispensable como un elemento más para la construcción del socialismo del siglo XXI que estamos intentando. Si podemos aportar conocimientos y propuestas que colaboren en la dura tarea de lograr una sociedad nueva, nuestra y original, sobre todo en casos como el que nos ocupa, de conocimientos de profundo contenido y que por diferentes razones no tienen la divulgación que merecen, estaremos cumpliendo con parte de nuestra contribución a lograr la sociedad más justa y más sana a la que aspiramos.

Y aunque contamos con la certeza de que este es el aporte fundamental de la obra de Kropotkin, existen sin embargo en su exposición algunos otros elementos que pueden parecer menores y que sin embargo vale la pena destacar.

Resulta interesante que a lo largo de su lectura vayan surgiendo dos concepciones que tienen plena vigencia en nuestros días. Una de ellas es que a partir de la manera cómo el autor muestra a la ayuda mutua como un elemento tan importante para llegar a la selección natural a partir del más apto, y va desarrollando la interacción entre ambos factores, nos va dando una óptica general que percibe a la naturaleza como un sistema complejo, en el cual los distintos factores que actúan se interrelacionan y se influyen para determinar el estado y la dirección de ese sistema. Nada más ni nada menos que la visión sistémica u holística que la ciencia contemporánea viene desarrollando.

Y a partir de este modelo que se nos va mostrando, se va decantando una faceta que hoy llamaríamos ecologista y para la cual Kropotkin no contaba con una palabra adecuada, por la cual todo ese sistema mantiene un equilibrio inestable y en constante cambio, una cierta armonía en la que todos sus elementos son parte de una sinfonía general.

Es curioso como estas percepciones trascienden la formación racionalista y positivista del autor y nos muestran una vez más cómo la intuición constituye una forma de generar conocimiento nuevo, que es capaz de ir más allá de la mera deducción o inducción racional. Estas grandes intuiciones parecen haber sido comunes a tan importantes pensadores revolucionarios de la época. Carlos Marx pudo así prever la acumulación de capital corporativo en la etapa tardía del capitalismo, para cuya concepción no disponía de los elementos concretos en su época. Mijaíl Bakunin logró, aunque tampoco disponía de elementos concretos en los cuales apoyarse, enfrentar la concepción de

«dictadura del proletariado» del propio Marx, explicando cómo esa dictadura del proletariado iba a ser en los hechos una dictadura de algunos proletarios, que se constituirían en una nueva clase social que se burocratizaría y fracasaría en sus objetivos, previendo los problemas que afectaron al denominado socialismo real casi ciento cincuenta años más tarde.

Finalmente, la forma como está escrito este libro, y creemos que la traducción de Monte Ávila conserva esa condición, es absolutamente afín con su contenido. Al leerlo nos encontramos frente a una prosa tersa, fluidísima, cristalina, de un ritmo excelente que nos sumerge profundamente en el tema.

Así, esperamos que proporcione a los lectores no sólo herramientas para el cambio, sino además el disfrute particular de su lectura.

MIGUEL GUAGLIANONE
Mayo de 2008

NOTAS

1. Ver *El paradigma emergente*, Miguel Martínez Migueles, Editorial Trillas, México, 1993

PREFACIO

A LA EDICIÓN DE 1914

Cuando comenzó la actual guerra, que ha involucrado a casi toda Europa en una contienda terrible, y esta contienda asumió, en las regiones de Bélgica y Francia que fueron invadidas por los alemanes, un carácter jamás conocido antes de destrucción general de la vida entre los no combatientes y el pillaje de los medios de subsistencia de la población civil, «la lucha por la existencia» se convirtió en la explicación favorita de quienes tratan de hallarles una excusa a esos horrores.

Una protesta en contra de semejante abuso de la terminología de Darwin apareció entonces en una carta publicada en el *Times*. En dicha carta se decía que tal explicación era «poco más que una aplicación a la filosofía y la política de ideas tomadas de burdas malinterpretaciones populares de la teoría darwiniana (de «la lucha por la existencia» y «la voluntad de poder», «la supervivencia de los más aptos» y «el superhombre», etc.); pero que sin embargo existía una obra en inglés «que interpreta el progreso biológico y social no en términos de fuerza bruta y astucia preponderantes, sino en términos de mutua cooperación».

Doce años han transcurrido desde que fue publicada la primera edición de esta obra, y puede decirse que su

idea fundamental —la idea de que la ayuda mutua representa un importante elemento progresista en la evolución— empieza a ser reconocida por los biólogos. En la mayoría de las principales obras sobre la evolución que han aparecido recientemente en el continente, ya se indicaba que había que distinguir dos aspectos diferentes de la lucha por la vida: la guerra exterior de las especies en contra de las condiciones naturales adversas y las especies rivales, y la guerra *interna* por los medios de subsistencia entre las especies. También se admitía que tanto el alcance como la importancia de esta última en la evolución habían sido exageradas, en gran medida incluso contraviñendo al propio Darwin, en tanto que la importancia de la sociabilidad y el instinto social en los animales para el bienestar de la especie, contrariamente a la enseñanzas de Darwin, se había subestimado.

No obstante, si bien la importancia de la ayuda mutua y el apoyo entre los animales comienza a ganar reconocimiento entre los pensadores modernos, éste todavía no es el caso para la segunda parte de mi tesis: la importancia de esos dos factores en la historia del hombre, para el crecimiento de sus instituciones sociales progresistas.

Los líderes del pensamiento contemporáneo se inclinan todavía a sostener que a las masas les interesa poco la evolución de las instituciones sociales del hombre, y que todo el progreso logrado en esa dirección se debe a los líderes intelectuales, políticos y militares de las masas inertes.

La guerra actual, que ha puesto en estrecho contacto a la mayoría de las naciones civilizadas de Europa no sólo con las realidades de la guerra, sino además con miles de sus efectos colaterales en la vida diaria, seguramente contribuirá a alterar las enseñanzas tradicionales. Mostra -

rá lo mucho que se necesita el genio creador y constructivo del pueblo cuando una nación tiene que vivir un momento difícil en su historia.

No fueron las masas de las naciones europeas las que hicieron los preparativos para la presente calamidad bélica y quienes elaboraron sus bárbaros métodos: lo hicieron sus gobernantes, sus líderes intelectuales. En ninguna parte tuvieron voz las masas del pueblo en la preparación de la actual carnicería, y menos aún en la elaboración de los métodos de guerra modernos, que representan la total ignorancia de lo que considerábamos la mejor herencia de la civilización.

Y si la ruina de esa herencia no se completa de un todo, si no obstante los crímenes cometidos durante esta guerra «civilizada» pudiésemos todavía estar seguros de que las enseñanzas y las tradiciones de la solidaridad humana saldrán, después de todo, intactas del presente desastre, será así porque al lado del exterminio organizado desde arriba vemos miles de esas manifestaciones de la ayuda mutua espontánea de la que hablo en este libro en los capítulos dedicados al hombre.

Las mujeres campesinas que al ver a los exhaustos prisioneros de guerra alemanes y austriacos caminar trabajosamente por las calles de Kiev, les ponen en las manos pan, manzanas y ocasionalmente una moneda de cobre; los miles de mujeres y hombres que asisten a los heridos, sin hacer distinción alguna entre amigo y enemigo, oficial o soldado; los campesinos franceses y rusos —los ancianos y las mujeres dejados atrás en sus aldeas— que deciden en sus asambleas arar y sembrar los campos de los que están «allá», bajo el fuego enemigo; las cocinas cooperativas y las *popottes communistes* que afloraron por toda Francia;

la ayuda espontánea a la nación belga que viene de Inglaterra y Estados Unidos, y la que le envía el pueblo ruso a la Polonia devastada —empresas ambas que implican tan enorme cantidad de trabajo voluntario libremente organizado y energía que en ellas se pierde todo carácter de «caridad», y se convierten en mera colaboración de los vecinos— todos esos actos y muchos otros similares son las semillas de nuevas formas de vida. Conducirán a nuevas instituciones, al igual que la ayuda mutua en las etapas primitivas de la humanidad dio origen más tarde a las mejores instituciones progresistas de la sociedad civilizada.

Quisiera ahora atraer especialmente la atención del lector hacia los capítulos de este libro que se ocupan de las formas primitivas y medievales de ayuda mutua.

Lo hago en la sincera esperanza de que, en medio de la desdicha y la agonía que esta guerra ha arrojado sobre el mundo, todavía hay cabida para la creencia en las fuerzas constructivas de los hombres que, a pesar de todo siguen trabajando, y cuya acción tenderá a promover una mejor comprensión entre los seres humanos y, a la larga, entre las naciones.

P. KROPOTKIN

Brighton, 24 de noviembre de 1914

INTRODUCCIÓN

Dos aspectos de la vida animal me impresionaron sobremanera durante los viajes que hice en mi juventud por la Siberia Oriental y el norte de Manchuria. Uno de ellos fue la extrema severidad de la lucha por la existencia que la mayoría de las especies lleva a cabo en contra de una naturaleza inclemente; la enorme destrucción de la vida que resulta periódicamente de los factores naturales; y la consiguiente precariedad de la vida en todo el vasto territorio que me tocó observar. Y el otro fue que, incluso en los pocos parajes donde la vida animal proliferaba, no pude hallar —aunque la busqué afanosamente— la cruenta lucha por los medios de subsistencia, *entre animales pertenecientes a la misma especie* que la mayoría de los darwinistas (aunque no siempre el propio Darwin) consideran la característica dominante de la lucha por la vida, y el factor principal de la evolución.

Las terribles tormentas de nieve que barren la región septentrional de Eurasia durante el final del invierno, y la glacial helada que a menudo las sigue; las heladas y las tormentas de nieve que regresan cada año en la segunda mitad de mayo, cuando los árboles están ya en pleno florecer y la vida insectil bulle por doquiera; las heladas tempranas y, ocasionalmente, las fuertes nevadas en julio y agosto, que repentinamente destruyen miríadas de insectos, al igual

que las segundas nidadas de las aves en las praderas; las lluvias torrenciales, debidas a los monzones, que caen sobre las regiones más templadas en agosto y septiembre, para culminar en inundaciones de una magnitud sólo conocida en América y el este de Asia, y en los altiplanos volviendo pantanos áreas tan extensas como algunos estados europeos; y, finalmente, las fuertes nevadas a principios de octubre, que eventualmente convierten a un territorio del tamaño de Francia y Alemania en absolutamente inhóspito para los rumiantes, y los destruyen por millares: fueron esas las condiciones bajo las cuales vi a la vida animal luchar en el Asia del Norte. Me hicieron dar cuenta desde bien temprano de la enorme importancia en la naturaleza de lo que Darwin describía como «los controles naturales sobre la multiplicación excesiva», en comparación con la lucha entre los individuos de la misma especie por los medios de subsistencia, que puede darse de vez en cuando y con limitado alcance, y nunca adquiere la importancia de aquéllos. Siendo la precariedad de la vida, la subpoblación —y no la sobrepoblación— el rasgo distintivo de esa inmensa parte del mundo que llamamos el Asia del Norte, concebí a partir de entonces serias dudas —que el estudio subsiguiente no ha hecho más que confirmar— en cuanto a la realidad de esa terrible competencia por el alimento y la vida dentro de cada especie, que para la mayoría de los darwinistas constituye un artículo de fe y, en consecuencia, en cuanto al papel dominante que esa clase de competencia se supone que juega en la evolución de las nuevas especies.

Por otra parte, donde quiera que observé vida animal en abundancia, como por ejemplo en los lagos donde cientos de especies y millones de individuos se reúnen

para generar su prole; en las colonias de roedores; en las migraciones de aves en una magnitud verdaderamente americana que tenían lugar en aquel momento a lo largo del Usuri; y especialmente en una migración de gamos que presencié en el Amur, durante la cual cientos de miles de esos inteligentes animales vinieron a juntarse desde un inmenso territorio, escapando de la nieve que se aproximaba, a fin de vadear el Amur donde se estrecha más: en todas esas escenas que pasaron ante mi vista vi la ayuda mutua y el apoyo mutuo llevados a un grado tal que me hizo sospechar en ello una peculiaridad de la máxima importancia para el mantenimiento de la vida, la preservación de cada especie y su ulterior evolución.

Y finalmente, vi entre el ganado y los caballos semisalvajes en Transbaikalia, entre los rumiantes salvajes de todos los lugares, las ardillas y tantos otros, que cuando los animales tienen que luchar contra la escasez de comida, como consecuencia de alguna de las causas ya mencionadas, la totalidad de esa parte de la especie que se ve afectada por la calamidad sale del desastre tan menguada en vigor y en salud que *ninguna evolución progresiva de la especie podría basarse en esos períodos de fuerte competencia*.

En consecuencia, cuando más tarde me atrajeron la atención las relaciones entre el darwinismo y la sociología, no pude estar de acuerdo con ninguno de los libros y folletos que se habían escrito acerca de ese importante tema. Todos se empeñaban en probar que el hombre, llevado por su inteligencia y conocimiento superiores, *podría* mitigar la crueldad de la lucha por la vida entre los hombres; mas todos reconocían al mismo tiempo que la lucha por los medios de existencia de cada animal en contra de todos sus congéneres, y de cada hombre contra todos los demás hombres,

constituía «una ley de la naturaleza». No obstante, esa opinión yo no la podía aceptar, porque estaba convencido de que admitir una despiadada guerra interna por la vida dentro de cada especie, y ver en esa guerra una condición del progreso, era admitir algo que no solamente no había sido probado todavía, sino además carecía de confirmación por observación directa.

Por el contrario, una conferencia «Acerca de la ley de la ayuda mutua» que fue dictada en un congreso de naturalistas rusos en enero de 1880 por el profesor Kessler, célebre zoólogo y en ese entonces rector de la Universidad de San Petersburgo, me impactó al arrojar nueva luz sobre todo este tema. La idea de Kessler era que, además de la *ley de la lucha mutua* existe en la naturaleza la *ley de la ayuda mutua*, que es mucho más importante que la ley del enfrentamiento mutuo para el éxito de la lucha por la vida, y especialmente para la evolución progresista de la especie. Esa sugerencia —que no era, en realidad, más que un mayor desarrollo de las ideas expresadas por el propio Darwin en *El origen del hombre*— me pareció tan correcta y de tan gran importancia, que desde que tuve conocimiento de ella (en 1883) empecé a recolectar materiales para darle un mayor desarrollo a la idea que Kessler había apenas esbozado superficialmente en su conferencia pero no alcanzó a vivir para desarrollarla. Murió en 1881.

Salvo por un punto yo suscribiría en todo las opiniones de Kessler. Él aludía al «sentimiento de parentesco» y a la protección de la progenie (ver el Capítulo I más adelante) como la fuente de las mutuas inclinaciones en los animales. Sin embargo, determinar hasta dónde esos dos sentimientos han estado realmente operando en la evolución de los instintos sociales, y hasta dónde otros instintos han estado

operando en la misma dirección, me parece una cuestión totalmente distinta y muy amplia, que difícilmente podamos analizar todavía. Será sólo después de que hayamos establecido correctamente los hechos de la ayuda mutua en diferentes clases de animales, y su importancia para la evolución, que estaremos en capacidad de estudiar qué es lo que les corresponde a los sentimientos de parentesco en la evolución de los sentimientos sociales, y qué a la sociabilidad propiamente dicha; esta última originada evidentemente en las etapas más primitivas de la evolución del mundo animal, quizás incluso en las «etapas coloniales». En consecuencia dirigí mi atención principal a establecer, primero que nada, la importancia del factor ayuda mutua en la evolución, dejando para posterior investigación el origen del instinto de ayuda mutua en la naturaleza.

La importancia del factor ayuda mutua —«si tan sólo se pudiese demostrar su generalidad»— no se le escapó al genio naturalista tan manifiesto en Goethe. Cuando Eckermann le contó una vez a Goethe —eso fue en 1827— que se le habían escapado dos pichoncitos de reyezuelo, a los que encontró al día siguiente en un nido de petirrojos (*Rothkehlchen*), que estaban alimentando a los pequeñuelos junto con su propia cría, tal hecho excitó mucho a Goethe. Vio en él una confirmación de sus ideas panteístas, y dijo: «Si es cierto que ese acto de alimentar a un extraño es algo que se da en toda la naturaleza con carácter de ley general, entonces más de un enigma será resuelto». Volvió al asunto al día siguiente, y con mucho ahínco le pidió a Eckermann (quien era, como es sabido, zoólogo) que realizara un estudio especial del tema, añadiendo que seguramente llegaría a «un tesoro invalorable de resultados» (*Gespräche*, edición de 1848,

vol. III. pp. 219, 221). Desafortunadamente, el estudio jamás se hizo, aunque es muy posible que Brehm, que ha acumulado en sus obras tanta riqueza de materiales relativos a la ayuda mutua entre los animales, haya podido inspirarse en la observación de Goethe.

En los años 1872-1876 se publicaron varias obras de importancia que se ocupaban de la inteligencia y la vida mental de los animales (se mencionan en una nota al pie en el Capítulo I de este libro), y tres de ellas lo hacían con especial énfasis en el tema que estamos considerando; a saber: *Les Sociétés animales*, de Espinas (París, 1877); *La Lutte pour l'existence et l'association pour la lutte*, una conferencia de J.L. Lanessan (abril de 1881); y el libro de Louis Büchner *Liebe und Liebes-Leben in der Thierwelt*, del cual la primera edición apareció en 1882 o 1883, y una segunda, muy ampliada, en 1885. Pero por excelentes que puedan ser esas tres obras, dejan amplio espacio para un trabajo que considere a la ayuda mutua, no sólo como un argumento a favor de un origen prehumano de los instintos morales, sino también como una ley de la naturaleza y un factor de la evolución. Espinas le dedica su principal atención a las sociedades animales (las hormigas y las abejas) establecidas sobre la base de una división fisiológica del trabajo, y, aunque su obra está llena de admirable información en todas las direcciones posibles, fue escrita en una época en la que la evolución de las sociedades humanas todavía no podía ser tratada con el conocimiento que hoy se posee. La conferencia de Lanessan tiene más el carácter de plan general de una obra brillantemente expuesto, que se ocuparía de los animales y los hombres luego de comenzar por las rocas en el mar y pasar revista por el mundo de las plantas. En cuanto a la obra de

Büchner, a pesar de lo sugerente y abundante en hechos reales, no puedo estar de acuerdo con su idea central. El libro comienza con un himno al amor, y casi todos sus ejemplos tienen la intención de probar la existencia del amor y la simpatía entre los animales. Sin embargo, reducir la sociabilidad al *amor* y la *simpatía* significa reducir su generalidad y su importancia, al igual que la ética humana basada en el amor y la simpatía entre las personas sólo ha contribuido a hacer más estrecha la comprensión del sentimiento moral en su conjunto. No es mi amor por el vecino —a quien a menudo ni siquiera conozco— lo que me induce a tomar un balde de agua y correr a su casa cuando veo que ésta se quema; es un sentimiento o instinto de solidaridad y sociabilidad humana mucho más amplio, aunque también mucho más vago, lo que me mueve. Y ocurre lo mismo con los animales. No es el amor, y ni siquiera la simpatía (entendida en su sentido apropiado), lo que induce a un rebaño de rumiantes o de caballos a formar un anillo a fin de resistir el ataque de los lobos; ni el amor lo que induce a los lobos a formar una manada para cazar; ni al amor lo que induce a jugar a los gatitos o los corderos, o a una docena de especies de jóvenes aves a pasar juntos los días del otoño; y tampoco son ni el amor ni la simpatía entre las personas lo que induce a muchos miles de gamos desperdigados a lo ancho de un territorio tan grande como el de Francia a formarse en cientos de rebaños por separado, y marchar todos en dirección a un paraje determinado, con la finalidad de cruzar desde allí un río. Es un sentimiento infinitamente más amplio que el amor o la simpatía entre las personas: un instinto que ha sido desarrollado lentamente entre los animales al igual que entre los hombres en el

transcurso de una evolución extremadamente prolongada, y que les ha enseñado a los animales al igual que a los hombres la fuerza que pueden extraer de la práctica de la ayuda y el apoyo mutuos, y el disfrute que pueden hallar en la vida social.

El estudioso de la psicología animal, y más aún el de ética humana, apreciará con facilidad la importancia de esa distinción. El amor, la simpatía y el autosacrificio ciertamente juegan un papel enorme en el desarrollo progresista de nuestros sentimientos morales. Pero no es sobre el amor, y ni siquiera la simpatía, aquello sobre lo cual está basada la sociedad en la humanidad. Es la conciencia —aunque esté apenas en etapa de instinto— de la solidaridad humana. Es el reconocimiento inconciente de la fuerza que cada hombre extrae de la práctica de la ayuda mutua; de la estrecha dependencia de la felicidad de cada quien de la felicidad de todos; y del sentido de justicia, de equidad, que lleva al individuo a considerar que los derechos de cada uno de los demás individuos son iguales a los propios. Sobre esta amplia y necesaria base se desarrollan los sentimientos morales aún más elevados. Pero ese tema queda por fuera de la cobertura del presente libro, y sólo señalaré aquí una conferencia, «Justicia y moralidad», que dicté en respuesta a la Ética de Huxley, en la que el tema ha sido tratado con cierta extensión.

En consecuencia pensé que un libro escrito acerca de *La ayuda mutua como una ley de la naturaleza y un factor de la evolución* podría llenar un importante vacío. Cuando Huxley publicó, en 1888, su manifiesto «La lucha por la vida» (*La lucha por la existencia y su peso sobre el hombre*), que según mi apreciación era una representación sumamente incorrecta de los hechos de la natu-

raleza, como uno los ve entre las breñas y en los bosques, me comuniqué con el editor de *Siglo XIX* pidiéndole me concediera la hospitalidad de su revista para una documentada respuesta a las opiniones de uno de los más prominentes darwinistas, y el señor James Knowles acogió la propuesta con toda simpatía. Le hablé también de ello a W. Bates. «Sí, ciertamente; eso es darwinismo puro», fue su respuesta. «Es horrible lo que ‘ellos’ han hecho con Darwin. Escriba esos artículos, y cuando estén publicados yo le escribiré una carta para que la publique». Desafortunadamente, me tomó casi siete años escribirlos, y cuando se publicó el último Bates ya no estaba vivo.

Después de haber estudiado la importancia de la ayuda mutua en varias clases de animales, estaba evidentemente encauzado a estudiar la importancia de ese mismo factor en la evolución del hombre. Esto cobraba una mayor importancia por cuanto existe una cantidad de evolucionistas que pueden no negarse a admitir la importancia de la ayuda mutua entre los animales pero, como Herbert Spencer, se negarán a admitirla para el hombre. Para el hombre primitivo —sostienen ellos— *la ley de la vida* es la guerra de cada uno contra todos. En los capítulos dedicados a los salvajes y los bárbaros, discutiremos hasta dónde esa aseveración, que ha sido tan diligentemente repetida sin la suficiente consideración crítica desde los tiempos de Hobbes, está sustentada por lo que sabemos acerca de las etapas primitivas del desarrollo humano.

El número y la importancia de las instituciones de ayuda mutua que fueron desarrolladas por el genio creativo de las masas salvajes y semisalvajes, durante el primitivo período clánico de la humanidad y más aún durante el período siguiente de la comunidad aldeana, y la

enorme influencia que esas instituciones primitivas han ejercido sobre el subsiguiente desarrollo de la humanidad hasta llegar a los tiempos presentes, me indujeron a ampliar mis investigaciones también hasta los períodos recientes; especialmente a estudiar aquel período tan interesante, las ciudades-repúblicas libres medievales, cuya universalidad e influencia sobre nuestra civilización moderna no ha sido debidamente apreciada aún. Y finalmente, he tratado de indicar de manera concisa la enorme importancia que los instintos de apoyo mutuo, heredados por la humanidad de su evolución extremadamente prolongada, tienen incluso hoy día en nuestra sociedad moderna, que se supone descansa sobre el principio «cada quien para sí y el Estado para todos» pero que jamás ha logrado cumplirlo ni nunca logrará realizarlo.

Se le podría objetar a este libro que los animales y los hombres están representados en él bajo un aspecto demasiado favorable; que se insiste en sus cualidades sociales mientras sus instintos antisociales y autoafirmativos apenas se tocan. No obstante, eso era inevitable. Recientemente hemos escuchado hablar tanto de la «lucha cruenta y despiadada por la vida» que, se dice, libra cada animal en contra de todos los otros animales, cada «salvaje» en contra de todos los otros «salvajes», y cada hombre civilizado en contra de todos sus conciudadanos —y esas afirmaciones se han convertido tanto en artículo de fe— que era necesario, antes que nada, oponerles una vasta serie de hechos que muestran a la vida animal y humana bajo un aspecto muy diferente. Era necesario indicar la enorme importancia que tienen los hábitos sociales en la naturaleza y en la evolución progresiva de las especies animales y los seres humanos: demostrar que ellos les aseguran a los animales una mejor

protección de sus enemigos, muy a menudo facilidades para la obtención de comida (aprovisionamiento de invierno, migraciones, etcétera), longevidad, y por consiguiente una mayor facilidad para el desarrollo de las facultades intelectuales; y que les han dado a los hombres, además de esas mismas ventajas, la posibilidad de crear las instituciones que le han permitido a la humanidad sobrevivir en su dura lucha contra la naturaleza, y progresar, a pesar de todas las vicisitudes de su historia. Es un libro acerca de la ley de la ayuda mutua, vista como uno de los principales factores de la evolución —no acerca de *todos* los factores de la evolución— y sus respectivos valores; y este primer libro tenía que ser escrito antes de que fuese posible escribir ese otro.

Sería yo ciertamente el último en menospreciar el papel que ha jugado la autoafirmación del individuo en la evolución de la humanidad. Sin embargo, ese tema requiere, creo yo, de un tratamiento mucho más profundo que el que hasta el momento ha recibido. En la historia de la humanidad, la autoafirmación individual ha sido a menudo, y lo continúa siendo, algo muy diferente, y mucho mayor y más profundo, que la mezquina intolerancia irreflexiva que para gran cantidad de autores significan «individualismo» y «autoafirmación». Ni tampoco los individuos hacedores de la historia han sido nada más aquellos que los historiadores representan como héroes. Mi intención, en consecuencia, es, si las circunstancias lo permiten, considerar aparte el papel desempeñado por la autoafirmación del individuo en la evolución progresista de la humanidad. Aquí sólo puedo hacer la siguiente observación general: cuando las instituciones de ayuda mutua —la tribu, la comunidad de aldea, los gremios, la ciudad medieval— comenzaron en el transcurso de la historia a perder su carácter primitivo, a

dejarse invadir por crecimientos parasitarios y con ello a convertirse en trabas para el progreso, la rebelión de los individuos en contra de esas instituciones asumió siempre dos aspectos diferentes. Parte de los que se levantaron pugnaban por purificar las viejas instituciones: creando o bien una forma de mancomunidad superior basada en los mismos principios de ayuda mutua, y trataron, por ejemplo, de introducir el principio de «compensación», en vez de la *lex talionis*, y llegar hasta el perdón de las ofensas, o bien un ideal aún más elevado de igualdad ante la conciencia humana, *in lieu* de la «compensación» según el valor clasista. Pero al mismo tiempo otra parte de los mismos individuos rebeldes se empeñaron en echar abajo las protectoras instituciones del apoyo mutuo, sin otra intención que incrementar su propia riqueza y sus propios poderes. En esa confrontación de tres contendientes, las dos clases de individuos en rebeldía y la de los defensores de lo existente, reside la tragedia real de la historia. Pero delinear esa confrontación, y estudiar a cabalidad el papel desempeñado en la evolución de la humanidad por cada una de las tres fuerzas, se tomaría al menos la misma cantidad de años que empleé en escribir este libro.

De las obras que se ocupan de prácticamente el mismo tema y han sido editadas desde la publicación de mis artículos sobre la ayuda mutua entre los animales, debo mencionar *The Lowell Lectures on the Ascent of Man*, de Henry Drummond (Londres, 1894), y *The Origin and Growth of the Moral Instinct* de A. Sutherland (Londres, 1898). Ambas están construidas principalmente sobre los lineamientos del *amor* de Büchner, y en la segunda obra se le dedica cierta extensión al sentimiento de parentesco y familia como la única influencia en acción en el desarrollo de los sentimientos morales. Un tercer libro que trata del

hombre y está escrito siguiendo una línea parecida es *The Principles of Sociology*, del profesor F.A. Giddings, publicado por primera vez en 1896 en Nueva York y Londres, y cuyas ideas centrales fueron esbozadas por el autor en folleto en 1894. Sin embargo debo dejarles a los críticos literarios la tarea de estudiar los puntos de contacto, semejanza o divergencia entre esas obras y la mía.

Los diferentes capítulos de este libro fueron publicados primero en *Nineteenth Century* («La ayuda mutua entre los animales», en septiembre y noviembre de 1890, «La ayuda mutua entre los salvajes», en abril de 1891; «La ayuda mutua entre los bárbaros», en enero de 1892; «La ayuda mutua en la ciudad medieval», en agosto y septiembre de 1894; y «La ayuda mutua entre los hombres modernos», en enero y junio de 1896). Mi primera intención al presentarlos en forma de libro era incorporar en un apéndice la masa de materiales y además estudiar varios puntos secundarios que hubo que omitir en los artículos para la revista. Sin embargo pareció que el apéndice doblaría el tamaño del libro, y me vi obligado a abandonar, o al menos posponer, su publicación. El presente apéndice incluye el estudio de tan sólo unos cuantos puntos que han sido materia de controversia científica durante los años recientes; y en el texto introduje el material que era posible incluir sin alterar la estructura de la obra.

Aprovecho la oportunidad para expresarle mi mayor agradecimiento al editor de *Nineteenth Century*, el señor James Knowles, tanto por la amable hospitalidad que les ofreció a estos trabajos en su revista en cuanto supo de la idea general como por la gentil autorización que me concedió para reeditarlos.

CAPÍTULO I

AYUDA MUTUA ENTRE LOS ANIMALES

Lucha por la existencia. Ayuda mutua: ley de la naturaleza y principal factor de la evolución progresiva. Invertebrados. Hormigas y abejas. Aves: asociaciones para la caza y la pesca. Sociabilidad. Protección mutua entre aves pequeñas. Grullas; loros

La concepción de la lucha por la existencia como un factor de la evolución, introducida en la ciencia por Darwin y Wallace, nos ha permitido abarcar un abanico de fenómenos inmensamente amplio en una sola generalización, que pronto se convirtió en la base misma de nuestras especulaciones filosóficas, biológicas y sociológicas. Darwin incorporó en una concepción general única una inmensa variedad de hechos: las adaptaciones de la función y la estructura de los seres orgánicos a sus entornos; la evolución fisiológica y anatómica; el progreso intelectual y el propio desarrollo moral, a los que anteriormente solíamos explicar por tantas causas diferentes. Los entendíamos como esfuerzos continuados —como una lucha en contra de las circunstancias adversas— para un desarrollo tal de los individuos, las razas, las especies y las sociedades que culminaría en la plenitud, variedad e intensidad mayor posible de vida. Puede que en un comienzo el propio Darwin no estuviese plenamente consciente de la generalidad del factor que invocó para explicar primero una serie de hechos relativos a la acumulación de las variaciones individuales en especies incipientes. Pero sí previó que el término que estaba introduciendo en la ciencia perdería su único y auténtico significado filosófico

si sólo se le empleaba en su sentido estrecho: el de una lucha entre individuos por separado exclusivamente por los medios de existencia. Y desde el inicio mismo de su memorable obra insistió en que había que tomar el término en su «sentido lato y metafórico, incluida la dependencia entre los seres, e incluida también (y más importante aún) no sólo la vida del individuo, sino el éxito en dejar prole»¹.

Aunque él mismo empleaba el término principalmente en su sentido estrecho para su propio propósito especial, les recomendaba a sus seguidores que no cometiesen el error (que él parecía haber cometido) de sobrevalorar su sentido estrecho. En *El origen del hombre* le dedicó varias vigorosas páginas a ilustrar su sentido apropiado, el amplio. Señaló cómo, en innumerables sociedades animales, la lucha entre los individuos por separado por los medios de existencia desaparece, cómo la *lucha* es reemplazada por la *cooperación*, y cómo esa cooperación culmina en el desarrollo de facultades intelectuales y morales que le aseguran a la especie las mejores condiciones para la supervivencia. Afirmó que en esos casos los más aptos no son los físicamente más fuertes, ni los más astutos, sino los que aprenden a asociarse para apoyarse unos a otros, fuertes y débiles por igual, en beneficio de la comunidad. «Esas comunidades», escribió, «que incluyen el mayor número de miembros altamente solidarios florecerá más y procreará el mayor número de descendientes». El término, que tuvo su origen en la estrecha concepción maltusiana de competencia de uno contra todos y todos contra uno, perdió así su estrechez en la mente de alguien que sí conocía a la naturaleza.

Desafortunadamente, esos señalamientos, que pudieron haberse convertido en la base de investigaciones muy fructíferas, se vieron eclipsados por la cuantía de los hechos registrados con el propósito de ilustrar las consecuencias de una competencia real por la vida. Además, Darwin nunca trató de someter a una investigación más estricta la importancia relativa de los dos aspectos bajo los cuales se presenta la lucha por la existencia en el mundo animal, y nunca escribió la obra que se propuso escribir acerca de los controles naturales de la multiplicación excesiva, aunque esa obra hubiese constituido la prueba crucial para la apreciación del sentido real de la lucha individual. Peor aún, en las mismas páginas que acabamos de mencionar, en medio de los datos que desaprueban la estrecha concepción maltusiana de la lucha, reaparece la vieja cepa maltusiana: a saber, los señalamientos de Darwin en cuanto a los presuntos inconvenientes de mantener a los «débiles de mente y de cuerpo» en nuestras sociedades civilizadas (cap. v). Como si los miles de poetas, científicos, inventores, y reformadores débiles de cuerpo y de carácter, junto con otros miles de los llamados «necios» y «mentecatos entusiastas», no fuesen el armamento máspreciado de la humanidad en la lucha por la existencia con las armas intelectuales y morales, que el propio Darwin enfatizó en esos mismos capítulos de *El origen del hombre*.

Sucedió con la teoría de Darwin lo que sucede siempre con las teorías que tienen algo que ver con las relaciones humanas. En vez de ampliarlas de acuerdo con sus propias indicaciones, sus seguidores las hacen aún más estrechas. Y mientras Herbert Spencer, partiendo de líneas independientes pero muy vinculadas, trató de ampliar

la investigación con aquella gran pregunta: «¿quiénes son los más aptos?», especialmente en el apéndice de la tercera edición de *Los principios de la ética*, los incontables seguidores de Darwin redujeron la noción de lucha por la existencia a sus límites más estrechos. Llegaron a concebir el mundo animal como un mundo de lucha perpetua entre individuos medio muertos de hambre, sedientos de la sangre del otro. Hicieron resonar a la literatura moderna con el grito de guerra de *¡ay de los vencidos!*, como si fuese la última palabra de la biología moderna. Elevaron la lucha «inmisericorde» por ventajas personales a la altura de un principio biológico al que también debe someterse el hombre, bajo la amenaza de que de otra manera sucumbiría en un mundo basado en el exterminio mutuo. Dejando a un lado a los economistas, que de ciencias naturales no conocen más que unas pocas palabras prestadas de vulgarizadores de segunda mano, tenemos que reconocer que hasta los exponentes más autorizados de las opiniones de Darwin hicieron lo posible para mantener esas ideas falsas. En efecto, si tomamos a Huxley, quien ciertamente es considerado como uno de los exponentes más capacitados de la teoría de la evolución, es precisamente él quien nos dice, en un trabajo acerca de «La lucha por la existencia y su influencia en el hombre», que

desde el punto de vista del moralista, el mundo animal está casi al mismo nivel que el espectáculo de los gladiadores. Las criaturas reciben buen trato, y se les pone a pelear; allí los más fuertes, los más ágiles y los más astutos salen con vida para volver a pelear al día siguiente. El espectador no tiene necesidad de señalar con el pulgar hacia abajo, y no se da cuartel.

O, más adelante en el mismo artículo, es él precisamente quien nos dice que entre los animales, como entre los hombres primitivos,

los más débiles y los más estúpidos perecían, mientras los más recios y los más sagaces, los más aptos para habérselas con las circunstancias, mas no los mejores en otros aspectos, sobrevivían. La vida era una continua lucha libre, y más allá de las relaciones limitadas y temporales de la familia, la guerra a lo Hobbes de todos contra todos era el estado de existencia normal².

En qué medida esa visión de la naturaleza estaba apoyada por los hechos lo veremos a partir de la evidencia que le presentaremos al lector, en lo que respecta al mundo animal y al hombre primitivo. Pero habría que señalar de partida que la visión de la naturaleza de Huxley tiene tan escaso derecho a ser tomada como deducción científica como la visión opuesta de Rousseau, que no veía en la naturaleza más que amor, paz y armonía destruidas por la intervención del hombre. De hecho, el primer paseo por el bosque, la primera observación de la sociedad animal, o incluso la lectura cuidadosa de cualquier obra seria que se ocupe de la vida animal (la de D'Orbigny, la de Audubon, la de Le Vaillant, no importa cuál de ellas) no puede más que dejar sentado en el pensamiento naturalista el papel jugado por la vida social en la vida de los animales, e impedir que vea en la naturaleza solamente el terreno de la carnicería, al igual que le impediría ver en la naturaleza solamente armonía y paz. Rousseau cometió el error de excluir la pelea con picos y garras de sus pensamientos; y Huxley cometió el error opuesto. Pero ni el optimismo de Rousseau

ni el pesimismo de Huxley pueden ser aceptados como interpretaciones imparciales de la naturaleza.

Al estudiar a los animales —no solamente en laboratorios y museos, sino en la selva y la pradera, en la estepa y en las montañas— percibimos de inmediato que aunque existe una enorme cantidad de guerra y exterminio en marcha entre varias especies, y especialmente entre varias clases de animales, hay, al mismo tiempo, la misma cantidad, o quizás hasta más, de apoyo mutuo, ayuda mutua y defensa mutua entre animales pertenecientes a la misma especie o, al menos, a la misma sociedad. La sociabilidad es tan ley de la naturaleza como la lucha mutua. Por supuesto que sería extremadamente difícil estimar, no importa cuán a grosso modo, la relativa importancia numérica de ambas series de actos. Pero si recurrimos a una prueba indirecta, y le preguntamos a la naturaleza: «¿quiénes resultan más aptos: los que están constantemente en guerra contra los demás, o los que se apoyan entre ellos?», vemos de inmediato que los animales que adquieren hábitos de ayuda mutua son indudablemente los más aptos. Tienen más oportunidades de sobrevivir, y alcanzan, en sus respectivas clases, el más alto desarrollo de inteligencia y organización corporal. Si los innumerables hechos que podemos sacar a colación en apoyo de esta opinión son tomados en cuenta, podemos decir con seguridad que la ayuda mutua es tan ley de la vida animal como la lucha mutua, pero que, como factor de evolución, probablemente tenga una importancia mucho mayor, por cuanto favorece el desarrollo de tales hábitos y caracteres a fin de asegurar la conservación y el ulterior desarrollo de la especie, junto con la mayor cantidad de bienestar y goce de la vida con el menor gasto de energía posible.

De los científicos seguidores de Darwin, el primero, que yo sepa, en entender la significación cabal de la ayuda mutua como *una ley de la naturaleza y el factor principal de la evolución* fue un conocido zoólogo ruso, el profesor Kessler, desaparecido rector de la Universidad de San Petersburgo. Desarrolló sus ideas en una intervención hecha en enero de 1880, pocos meses antes de morir, ante un congreso de naturalistas rusos. Pero, como suele ocurrir con tantas cosas buenas publicadas solamente en ruso, esa notable intervención sigue siendo casi por completo desconocida. «Como zoólogo de vieja data», se sintió en la obligación de protestar contra el abuso de un término —la lucha por la existencia— prestado de la biología. O al menos contra una sobrevaloración de su importancia. La zoología, dijo, y las ciencias que se ocupan del hombre, insisten continuamente en lo que ellas llaman la ley inmisericorde de la lucha por la existencia. Pero olvidan la existencia de otra ley que puede ser descrita como la ley de la ayuda mutua que, al menos para los animales, resulta más esencial que aquélla. Señaló cómo la necesidad de dejar descendencia junta necesariamente a los animales, y «mientras más se mantienen juntos los individuos, más se apoyan mutuamente unos a otros, y mayores son las oportunidades de supervivencia para la especie, así como las de seguir avanzando en su desarrollo intelectual». «Toda clase de animales», prosiguió, «y especialmente los más elevados, practican la ayuda mutua», e ilustró su idea con ejemplos tomados de la vida de los escarabajos enterradores y la vida social de las aves y algunos mamíferos. Los ejemplos eran pocos, como cabía esperar de una intervención inicial breve, pero el punto principal estaba claramente planteado; y, luego de mencionar que en la evolución de la humanidad

la ayuda mutua había jugado un papel muy prominente, el profesor Kessler concluyó de la manera siguiente:

Obviamente no niego la lucha por la existencia, pero sí mantengo que el desarrollo progresivo del reino animal, y en especial de la humanidad, se vio mucho más favorecido por el apoyo mutuo que por la lucha mutua. (...) Todos los seres orgánicos tienen dos necesidades esenciales: la de la nutrición y la de la propagación de la especie. La primera los lleva a la lucha y al exterminio mutuo, mientras la necesidad de conservar la especie los llevan a aproximarse y apoyarse unos a otros. Pero me inclino a pensar que en la evolución del mundo orgánico —en la modificación progresiva de los seres orgánicos— el apoyo mutuo entre los individuos juega un papel mucho más importante que su lucha mutua³.

Lo acertado de esas opiniones impactó a la mayoría de los zoólogos rusos presentes, y Syevertsoff, cuya obra es bien conocida por los ornitólogos y los geógrafos, las apoyó y las ilustró con algunos ejemplos más. Mencionó varias especies de halcones que poseen «una organización casi ideal para preñar», y sin embargo están en decadencia, en tanto que otras especies de halcones, que practican el auxilio mutuo, sí van en crecimiento. «Tomemos, por otra parte, al pato», dijo; tiene una organización pobre en su conjunto, pero practica el apoyo mutuo, y casi invade la tierra, como cabría juzgar por sus innumerables variedades y especies».

La buena disposición de los zoólogos rusos para aceptar las tesis de Kessler parece muy natural, porque casi todos ellos han tenido oportunidades de estudiar el mundo animal en las vastas regiones deshabitadas de Asia del Norte y la

Rusia Oriental; y es imposible estudiar regiones así sin llegar a las mismas ideas. Me acuerdo de la impresión que me produjo el mundo animal de Siberia cuando exploré la región del Vitim, en compañía de un zoólogo tan reconocido como mi amigo Polyakoff. Ambos estábamos bajo la impresión reciente de *El origen de las especies*, pero buscábamos en vano la fuerte competencia entre animales de la misma especie a la que nos había preparado para esperar la lectura de la obra de Darwin, aún teniendo en cuenta las anotaciones del tercer capítulo. Veíamos gran cantidad de adaptaciones para la lucha, muchas veces en común, contra las circunstancias adversas del clima, o contra los varios enemigos, y Polyakoff escribió más de una buena página sobre la mutua dependencia de los carnívoros, los rumiantes y los roedores en su distribución geográfica; fuimos testigos de cantidades de hechos de apoyo mutuo, especialmente durante las migraciones de aves y rumiantes; pero incluso en las regiones del Amur y el Usuri, donde la vida animal bulle en abundancia, los hechos de competencia y lucha reales entre animales superiores de la misma especie rara vez se dieron en mi presencia, aunque yo los buscaba con avidez. La misma impresión aparece en las obras de la mayoría de los zoólogos rusos, y ello probablemente explica por qué las ideas de Kessler tuvieron tan buena acogida por parte de los darwinistas rusos, mientras ideas similares no están en boga entre los seguidores de Darwin en la Europa Occidental.

Lo primero que llama nuestra atención tan pronto como comenzamos a estudiar la lucha por la existencia bajo sus dos aspectos —el directo y el metafórico— es la abundancia de hechos de ayuda mutua, no sólo para el cuido de la prole, como lo reconoce la mayoría de los

evolucionistas, sino también para la seguridad del individuo, y para proporcionarle el alimento necesario. La ayuda mutua constituye la regla respecto a muchas grandes divisiones del reino animal. Se da incluso entre los animales más inferiores, y debemos estar preparados para enterarnos algún día, gracias a los estudiosos de la vida microscópica en las charcas, de hechos de apoyo mutuo inconciente incluso de la vida de los microorganismos. Por supuesto, nuestro conocimiento de la vida de los invertebrados, salvo por las termitas, las hormigas y las abejas, es extremadamente limitado; y no obstante, aun en lo que respecta a los animales inferiores, podemos espigar unos cuantos hechos de cooperación bien documentados. Las innumerables asociaciones de langostas, *vanessae*, *cicindela*, *cicadae*, y demás, están prácticamente sin explorar; pero el hecho mismo de su existencia indica que deben estar compuestas sobre la base de más o menos los mismos principios de las asociaciones temporales de las hormigas o las abejas para los propósitos de la migración⁴. En cuanto a los escarabajos, tenemos hechos de ayuda mutua muy bien observados entre los enterradores (*necróphorus*). Deben tener alguna materia orgánica en descomposición para poner sus huevos en ella, y así proporcionarles alimento a sus larvas; pero esa materia no debe terminar de descomponerse de manera acelerada. Así que suelen enterrar los cadáveres de toda clase de pequeños animales que encuentran ocasionalmente en sus correrías. Por lo general llevan una vida aislada, pero cuando uno de ellos encuentra el cadáver de un ratón o un pájaro, que difícilmente podría arreglárselas por sí solo para enterrarlo, llama a otros cuatro, seis o diez escarabajos para ejecutar la operación con esfuerzo con-

junto; si es necesario, trasportan el cadáver al suelo blando adecuado, y entonces lo entierran del modo más considerado, sin pelearse por cuál de ellos disfrutará del privilegio de poner sus huevos en el cadáver enterrado. Y cuando Gledistsch ataba un pájaro muerto a una cruz construida con dos palitos, o colgaba una rana a un palito plantado en el suelo, los pequeños escarabajos combinarían sus inteligencias de la misma manera amistosa para derrotar el artificio del hombre. Esa misma combinación de esfuerzos ha sido presenciada entre los escarabajos estercoleros.

Hasta en los animales ubicados en una escala de organización un tanto más baja podemos hallar ejemplos parecidos. Algunos cangrejos terrestres de las Indias Occidentales y Norteamérica se asocian en grandes multitudes a fin de viajar hasta el mar y depositar en él sus huevos; y cada una de esas migraciones implica concierto, cooperación y apoyo mutuo. Y en lo que atañe al gran cangrejo de las Malucas (*limulus*) me sorprendió (en 1882, en el acuario de Brighton) el grado de asistencia mutua que son capaces de brindarle estos desmañados animales a un camarada en caso de necesidad. Uno de ellos había caído sobre su espalda en un rincón del estanque, y su pesado carapacho, que recuerda una cazuela, le impedía regresar a su posición natural, y para empeorar aún más las cosas en el rincón se atravesaba una barra de hierro. Sus camaradas acudieron al rescate, y durante una hora observé cómo se esforzaban para ayudar a su semejante aprisionado. Al comienzo llegaron dos, que empujaban a su amigo desde atrás, y después de arduos esfuerzos lograban alzarlo; pero entonces la barra de hierro les impedía completar la labor de rescate, y el cangrejo volvía a caer pesadamente sobre su espalda. Después de muchos intentos, uno de los socorristas se fue hasta el fondo del

estanque y se trajo otros dos cangrejos, que reiniciaron con nuevas fuerzas la misma labor de empuje y alzamiento de su desvalido camarada. Nos estuvimos en el acuario por más de dos horas, y cuando ya nos íbamos regresamos a darle un vistazo al estanque: ¡la labor de rescate continuaba! Puesto que vi aquello no puedo negarle crédito a la observación que cita el doctor Erasmus Darwin, a saber, que «durante la temporada de muda, el cangrejo común estaciona como centinela a un individuo que no haya mudado todavía, y, por lo tanto, tenga su caparazón dura, para evitar que los enemigos marinos lastimen a los individuos que ya mudaron en su estado de desprotección»⁵.

Los hechos que ilustran la ayuda mutua entre las termitas, las hormigas y las abejas resultan tan conocidos para el lector corriente, especialmente gracias a las obras de Romanes, L. Büchner y sir John Lubbock, que limitaré mis observaciones a unas pocas, referencias. Si tomamos un nido de hormigas, no sólo veremos que cada faceta del trabajo —cuidado de la progenie, forrajeo, construcción, cuido de los áfidos, y demás— es ejecutada de acuerdo con los principios de la ayuda mutua; debemos reconocer también, con Forel, que el rasgo principal, fundamental, de la vida de muchas especies de hormigas es el hecho y la obligación de que cada hormiga comparta su comida, ya tragada y parcialmente digerida, con cualquier miembro de la comunidad que pueda necesitarla. Cuando se encuentren ocasionalmente dos hormigas pertenecientes a especies diferentes o a nidos hostiles, se evitarán. Pero dos hormigas pertenecientes al mismo nido o a la misma colonia de nidos se acercarán la una a la otra, intercambiarán unos pocos movimientos con las antenas, y «si una de ellas tiene hambre o sed, y especialmente si la otra va llena de aco-

pio (...) inmediatamente le pedirá comida». El individuo al que se le solicita tal cosa nunca se niega; abre sus mandíbulas, toma la posición apropiada y regurgita una gota de fluido transparente que la hormiga hambrienta sorbe. La regurgitación de comida para las otras hormigas constituye un rasgo tan prominente en la vida de las hormigas (en libertad), y se recorre con tanta frecuencia a ella para alimentar tanto a camaradas hambrientas como a las larvas, que Forel considera que el tubo digestivo de las hormigas consta de dos partes diferentes, una de las cuales, la posterior, es para el uso especial del individuo, y la otra, la anterior, es principalmente para el uso de la comunidad. Si una hormiga que lleva su acopio completo ha sido lo bastante egoísta como para negarse a alimentar a una camarada, será tratada como enemiga, o algo peor. Si la negativa se ha producido mientras sus congéneres estaban combatiendo con alguna otra especie, caerán sobre el individuo avariento con mayor vehemencia incluso que la puesta en contra de los propios enemigos. Y si una hormiga no se ha rehusado a alimentar a otra perteneciente a una especie enemiga, será tratada por los congéneres de ésta como una amiga. Todo esto está confirmado por la observación más estricta y por experimentos decisivos ⁶.

En esa inmensa división del reino animal que incorpora más de mil especies, y es tan numerosa que los brasileños pretenden que Brasil les pertenece a las hormigas y no a los hombres, no existe la competencia entre los miembros del mismo nido, o la colonia de nidos. Por terribles que resulten las guerras entre especies diferentes, y fueren cuales fueren las atrocidades cometidas en tiempos de guerra, la ayuda mutua dentro de la comunidad, la autoentrega convertida en hábito y muy a menudo el autosacrificio por el

bienestar de la comunidad, constituyen la regla. Las hormigas y las termitas han renunciado a la «guerra hobbesiana», y se vieron favorecidas con ello. Sus nidos maravillosos, sus edificaciones superiores en tamaño relativo a las de los hombres; sus vías pavimentadas y sus galerías abovedadas; sus salas espaciosas y sus graneros; sus trigales, y la recolección y «malteado» de granos; sus métodos racionales de cuidar de los huevos y las larvas, y de construir nidos especiales para el cuidado de los áfidos, a los que Lineo describió pintorescamente como «las vacas de las hormigas»; y, finalmente, su valentía, su resolución y su inteligencia superior: todo ello el resultado natural de la ayuda mutua que ellas practican en todas las etapas de sus atareadas y laboriosas vidas. Y ese modo de vida incidió también en el desarrollo de otro rasgo esencial de la vida de las hormigas: el inmenso desarrollo de la iniciativa individual que, a su vez, condujo evidentemente al desarrollo de esa elevada y variada inteligencia que no puede menos que impresionar al observador humano⁷.

Si no conociésemos otros hechos de la vida animal aparte de lo que sabemos acerca de las hormigas y las termitas, ya hubiésemos podido concluir sin riesgo de equivocarnos que la ayuda mutua (que conduce a la confianza mutua, la primera condición para la valentía) y la iniciativa individual (la primera condición para el progreso intelectual) son dos factores infinitamente más importantes que la lucha mutua en la evolución del reino animal. En efecto, la hormiga prospera sin tener a su disposición ninguno de los atributos «protectores» indispensables para los animales que llevan una vida aislada. Su color hace que sea claramente visible para sus enemigos, y los nidos descolantes de muchas especies resaltan conspicuos en las pra-

deras y las selvas. No está protegida por un caparazón duro, y su mecanismo de picadura, aunque peligroso cuando se clavan cientos de agujijones en la carne de algún animal, no resulta de gran valor para la defensa individual, mientras que los huevos y las larvas de las hormigas son una delicia para gran número de los habitantes de las selvas. Y sin embargo las hormigas, en sus millares, no resultan muy destruidas por las aves, ni siquiera por las que se alimentan de ellas, y en cambio son temidas por insectos mucho más fuertes que ellas. Cuando Forel vaciaba una bolsa de hormigas en una pradera, veía que «los grillos huían, abandonando sus agujeros al saqueo de las hormigas; los saltamontes y los grillos escapaban en todas direcciones; las arañas y los escarabajos abandonaban sus presas para no convertirse ellos mismos en presas»; hasta los nidos de las avispas eran tomados por las hormigas, luego de una batalla durante la cual muchas hormigas perecían por la seguridad de la mancomunidad. Incluso los insectos más ágiles no lograban escapar, y Forel vio muchas mariposas, mosquitos, moscas y demás sorprendidos y matados por las hormigas. Su fuerza radica en el apoyo y la confianza mutuos. Y si la hormiga —dejando a un lado a las termitas, más altamente desarrolladas aún— están ubicadas en la cima de toda la clase de los insectos por sus capacidades intelectuales; si su valentía es igualada tan sólo por los vertebrados más valientes; y si su cerebro —para emplear las palabras de Darwin— «es uno de los átomos de materia más maravillosos del mundo, quizá más que el del cerebro del hombre» ¿todo eso no es debido al hecho de que la ayuda mutua ha asumido por entero el lugar de la lucha mutua en las comunidades de hormigas?

Lo mismo es válido en lo que respecta a las abejas. Esos pequeños insectos que con mucha facilidad se convierten en presas de tantas aves, y cuya miel tantos admiradores tiene en toda clase de animales, desde el escarabajo hasta el oso, tampoco posee ninguno de los atributos protectivos provenientes del mimetismo o cosas por el estilo, sin los cuales un insecto de vida solitaria difícilmente podría escapar a la destrucción total; y sin embargo, deudoras de la ayuda mutua en sus prácticas, han obtenido la vasta difusión que les conocemos y la inteligencia que les admiramos. Al trabajar en comunidad multiplican sus fuerzas individuales; y al recurrir a una división del trabajo temporal, combinada con la capacidad de cada abeja de ejecutar cualquier tipo de trabajo cuando es necesario, alcanzan un grado tal de bienestar y seguridad que ningún animal aislado podría nunca esperar lograr por fuerte o bien armado que estuviese. En sus asociaciones les va a menudo mucho mejor que al hombre, cuando éste se niega a aprovechar las ventajas de una asistencia mutua bien planificada. Así, cuando un nuevo enjambre de abejas va a dejar la colmena en busca de una morada nueva, un número de ellas hará una exploración preliminar por los alrededores, y si descubren una residencia conveniente —digamos una cesta vieja, o cualquier cosa por el estilo— tomarán posesión de ella, la asearán, y la guardarán, a veces durante un semana entera, hasta que el enjambre llegue a instalarse allí. ¡Pero cuántos colonizadores humanos habrán de perecer en nuevos países, simplemente por no haber entendido la necesidad de asociar sus esfuerzos! Al combinar sus inteligencias individuales logran adaptarse a las circunstancias adversas, aún las no previstas en absoluto y las inusuales, como aquellas abejas de la Exposición de París que fijaron con su pro-

póleos resinoso la rejilla a una placa de vidrio encajada en la pared de su colmena. Además, no exhibieron ninguna de las propensiones sanguinarias ni el amor por las peleas inútiles que muchos escritores les achacan con tanta gratuidad a los animales. Las centinelas que guardaban la entrada de la colmena les daban muerte sin misericordia a las abejas ladronas que intentaban entrar en la colmena, pero las extrañas que llegaban por equivocación no eran molestadas, especialmente si venían cargadas de polen, o se trataba de individuos jóvenes que se habían extraviado. No había más guerra de la estrictamente necesaria.

La sociabilidad de las abejas resulta más instructiva todavía, por cuanto los instintos predadores y la pereza siguen existiendo también entre ellas, y reaparecen cada vez que su crecimiento se ve favorecido por algunas circunstancias. Es bien conocido que siempre hay un número de abejas que prefieren vivir del robo a la laboriosa vida de una obrera; y que tanto los períodos de escasez como los de acopios de comida inusualmente ricos llevan a un aumento de la clase ladrona. Cuando llega la época de la cosecha y ya queda poco por recoger en nuestros prados y campos, la presencia de abejas ladronas se hace más frecuente; en tanto que, por otra parte, en torno a las plantaciones de caña de las Indias Occidentales y las refinerías de azúcar de Europa, el robo, la pereza y a menudo la borrachera se convierten en algo bastante común en las abejas. Vemos así que los instintos antisociales continúan presentes también entre las abejas; pero la selección natural deberá eliminarlos, porque a la larga la práctica de la solidaridad demuestra ser mucho más ventajosa para la especie que el desarrollo de los individuos con inclinaciones predadoras. Los más arteros y los más aprovechados

son eliminados a favor de los que comprenden las ventajas de la vida social y el apoyo mutuo.

Ciertamente, no se concibe que la solidaridad de las hormigas, las abejas y ni siquiera las termitas, pueda considerarse entre las más elevadas de todas las especies. En ese respecto evidentemente no han alcanzado un grado de desarrollo que no encontremos entre nuestros líderes políticos, científicos y religiosos. Sus instintos sociales a duras penas sobrepasan los límites de la colmena o el nido. Sin embargo, Forel ha descrito colonias de no menos de doscientos nidos pertenecientes a dos especies diferentes (*Formica exsecta* y *F. pressilabris*) en Mount Tendre y Mount Salève; y él sostiene que cada miembro de esas colonias reconoce a cada uno de los demás miembros, y todos toman parte en la defensa común; mientras en Pennsylvania el señor McCrook vio una nación entera de entre 1600 y 1700 nidos de hormigas agricultoras, conviviendo todas en perfecto entendimiento. Y el señor Bates ha descrito montículos de termitas cubriendo grandes superficies en los «campos» [en español en el original, N. del T.], con algunos de los nidos sirviendo de refugio de dos o tres especies diferentes, y la mayoría de ellos conectados por galerías abovedadas o arcadas. Así que incluso entre los animales invertebrados se han dado algunos pasos hacia la fusión de grandes divisiones de especies para los fines de la protección mutua.

Ascendiendo ahora a animales más elevados, encontraremos muchos más ejemplos de ayuda mutua indudablemente conciente para todos los propósitos posibles, aunque tenemos que reconocer de entrada que nuestro conocimiento de la vida de los animales superiores sigue siendo muy imperfecto. Excelentes observadores han

acumulado una gran cantidad de hechos, pero existen divisiones enteras del reino animal de las que no sabemos casi nada. La información confiable acerca de los peces es extremadamente escasa, por una lado, debido a las dificultades de la observación, y, por otro lado, porque no se le ha prestado la apropiada atención al tema. En cuanto a los mamíferos, Kessler ya ha señalado lo poco que sabemos acerca de sus modos de vida. Muchos de ellos son de hábitos nocturnos; otros se ocultan bajo tierra; y los rumiantes cuya vida social y sus migraciones ofrecen el interés mayor no permiten que el hombre se acerque a sus rebaños. Es principalmente sobre las aves que tenemos el abanico de información más amplio, y no obstante nuestro conocimiento de la vida social de muchas especies sigue siendo muy imperfecto. Y con todo, no necesitamos quejarnos de la falta de hechos bien comprobados, como veremos a continuación.

No es necesario hacer hincapié en las asociaciones de machos y hembras en el cuidado de sus crías, para proveerlas de comida durante sus primeros pasos en la vida, o para cazar en comunidad, aunque podría mencionarse de pasada que dichas asociaciones son la regla incluso para los carnívoros menos sociables y las aves de rapiña, lo cual genera un interés especial, pues constituye el terreno en el que se desarrollan los sentimientos más tiernos hasta para los animales que en cuanto a todo lo demás son los más crueles. Cabe añadir también que la rareza de las asociaciones que sobrepasan la de la familia entre los carnívoros y las aves de rapiña, aunque en lo fundamental son el resultado de sus modos de alimentación mismos, también se pueden explicar en cierta medida como una consecuencia del cambio producido en el mundo animal

por el rápido incremento del género humano. En todo caso vale la pena anotar que hay especies que llevan una vida muy aislada en las regiones densamente pobladas, mientras esas mismas especies, o sus congéneres muy cercanos, son gregarias en territorios deshabitados. Los lobos, los zorros y varias aves de rapiña podrían ser mencionados como ejemplos puntuales.

Sin embargo, las asociaciones que no se extienden más allá de los lazos familiares son de importancia relativamente pequeña en nuestro caso, más aún cuando conocemos de cantidades de asociaciones para propósitos más generales, como la caza, la protección mutua y hasta el simple disfrute de la vida. Audubon ya mencionó que las águilas se asocian ocasionalmente para cazar, y su descripción de las dos águilas calvas, macho y hembra, cazando en el Mississippi, es bien conocida por su fuerza gráfica. Pero una de las observaciones de este tipo más concluyentes pertenece a Syeverstoff. Mientras estudiaba la fauna de las estepas rusas vio una vez a un águila perteneciente a una especie totalmente gregaria (el águila de cola blanca, *Haliaetos albicilla*) elevarse muy alto en el aire; durante media hora estuvo describiendo sus amplios círculos en silencio, hasta que de pronto dejó oír su penetrante voz. Muy pronto su grito fue respondido por otra águila que se acercaba, seguido de una tercera, una cuarta, y así hasta se juntaron nueve o diez águilas y rápidamente desaparecieron. Por la tarde Syeverstoff fue al lugar hacia el que vio a las águilas volar; oculto por una de esas ondulaciones de la estepa se aproximó a ellas, y descubrió que estaban reunidas alrededor del cadáver de un caballo. Las más viejas, que como regla inician el festín —pues esas son sus normas de propiedad— ya

estaban posadas sobre los montones de paja en los alrededores, y se mantenían vigilantes mientras las más jóvenes continuaban comiendo, rodeadas de bandadas de cuervos. A partir de estas y otras observaciones parecidas, Syeverstoff concluyó que las águilas de cola blanca se asocian para cazar; cuando todas se han elevado hasta una gran altura están en capacidad, si se trata de diez, de vigilar un área de al menos cuarenta kilómetros cuadrados; y tan pronto como una descubre algo les advierte a las demás. Por supuesto, podría argumentarse que un simple grito instintivo de la primera águila, o incluso sus movimientos, hubiesen producido el mismo efecto de atraer a varias águilas sobre la presa, pero en este caso existe fuerte evidencia a favor de la mutua advertencia, porque las diez águilas se reunieron antes de caer sobre la presa, y más adelante Syeverstoff tuvo varias oportunidades de constatar que las águilas de cola blanca siempre se congregan para devorar un cadáver; y que algunas de ellas (en primer término las más jóvenes) cada vez mantienen la vigilancia mientras las otras comen. De hecho el águila de cola blanca —uno de los mejores y más valerosos cazadores— es un ave completamente gregaria, y Brehm dice que cuando se la mantiene en cautiverio muy pronto cobra apego por sus captores.

La sociabilidad constituye un rasgo común a muchas otras aves de rapiña. El milano brasileiro, una de las rapaces más «atrevidas», es sin embargo un ave sumamente sociable. Sus asociaciones para la cacería han sido descritas por Darwin y otros naturalistas, y es un hecho que cuando ha capturado una presa demasiado grande llama a cinco o seis amigos para que lo ayuden a llevársela. Después de un día atareado, cuando esas aves se retiran

para su reposo nocturno a un árbol o entre la maleza, siempre se reúnen en bandadas, acudiendo a reunirse desde distancias de quince kilómetros o más, a menudo seguidos por varios carroñeros, especialmente los perc-nópteros, «sus verdaderos amigos», dice D'Orbigny. En otro continente, en los desiertos transcaspianos, tienen, según Zarudnyi, el mismo hábito de anidar juntos. El carroñero sociable, uno de los carroñeros más fuertes, ha recibido ese nombre por su amor a la vida en sociedad. Viven en bandadas numerosas, y decididamente disfrutan la sociedad; se reúnen en cantidades en sus elevados vuelos por juego. «Viven en muy buena amistad», dice Le Vaillant, «y en una misma cueva encontraba a veces hasta tres nidos muy cercanos»⁸. Los carroñeros urubú del Brasil son tan sociables, o quizás hasta más, que los grajos. Los carroñeros pequeños egipcios viven en estrecha amistad. Juegan en bandadas en el aire, se juntan para pasar la noche, y en la mañana se marchan juntos para buscar todos su comida, y jamás surge la más mínima pelea entre ellos. Tal es el testimonio de Brehm, que ha tenido múltiples oportunidades de observar su vida. El halcón de garganta roja también se reúne en bandadas numerosas en las selvas del Brasil, y el cernícalo (*Tinnunculus cenchris*), cuando ha abandonado Europa y llega en el invierno a las praderas y selvas del Asia, se congrega en numerosas sociedades. En las estepas del sur de Rusia es (o más bien era) tan sociable que Nordmann los vio en bandadas numerosas, con otros halcones (*Falco tinnunculus*, *F. oesulon*, *F. subbuteo*), acudiendo a reunirse todas las tardes propicias alrededor de las cuatro, y disfrutando sus juegos hasta tarde en la noche. Echaban a volar, todos a la vez, en línea muy recta hacia algún punto determinado y, al llegar

a él, devolverse de inmediato sobre la misma línea, para repetir el mismo vuelo⁹.

Volar en bandadas por el mero placer del vuelo es algo bastante común entre toda clase de aves. «En el distrito de Humber especialmente», escribe Ch. Dixon, «a finales de agosto a menudo grandes bandadas de correlimos aparecen volando sobre las llanuras pantanosas, y permanecen hasta el invierno. (...) Los movimientos de estas aves resultan sumamente interesantes, ya que una gran bandada hace giros y abre o cierra la formación con la precisión de tropas bien adiestradas. Diseminados entre ellos vuelan aislados muchos aguzanieves, chorlitos y chorlitejos grandes.

Resultaría por demás imposible enumerar aquí las varias asociaciones para cazar de las aves; pero vale la pena señalar las asociaciones para pescar de los pelícanos, por la notable inteligencia y orden exhibido por estas desmañadas aves. Siempre van de pesca en bandadas numerosas, y luego de haber elegido una ensenada apropiada, forman un amplio semicírculo de cara a la costa, y lo van estrechando a medida que avanzan remando ruidosamente, para atrapar a cuanto pez haya quedado encerrado en el círculo. En los ríos y canales estrechos pueden hasta dividirse en dos partidas, cada una de las cuales forma un semicírculo, y ambas reman chapaleando al unísono hasta juntarse, igual que lo harían dos partidas de hombres que se aproximan arrastrando grandes redes para capturar a todos los peces atrapados entre ambas redes al reunirse. Al llegar la noche vuelan a sus lugares de descanso —siempre el mismo para cada bandada— y nadie los ha visto jamás pelearse ni por la ensenada ni por el lugar de descanso. En Suramérica se juntan en

bandadas de aproximadamente cuarenta y cincuenta individuos parte de los cuales disfrutan del sueño mientras otros montan guardia, y el resto vuelve a pescar. Y, finalmente, estaría cometiendo una injusticia con los muy calumniados gorriones comunes si no menciono con cuánta lealtad comparte cada uno de ellos cualquier comida que descubra con todos los miembros de la sociedad a la que pertenece. El hecho era conocido por los griegos, y ha sido transmitido a la posteridad cómo uno de sus oradores exclamó una vez (cito de memoria): «Mientras les hablo un gorrión ha venido a contarles a los demás gorriones que a un esclavo se le acaba de caer en el piso un saco de trigo, y todos se dirigen allá a comerse los granos». Más aún, nos complace ver confirmada esa antigua afirmación en un libro reciente del señor Gurney, quien no duda que el gorrión común siempre le informa a todos los demás dónde hay algo de comida que robar; dice «Cuando se terminaba de trillar la mies en la era ya los gorriones habían de ese sembrado habían hecho su acopio»¹⁰. En verdad, los gorriones ponen un celo extremo en mantener sus dominios libres de las invasiones de extraños; los del Jardin du Luxembourg combaten fieramente a todos los otros gorriones que puedan venir a disfrutar de su espacio en el jardín, y de sus visitantes. Pero dentro de sus propias comunidades practican a plenitud el mutuo apoyo, si bien ocasionalmente habrá por supuesto una que otra pelea, incluso entre los mejores amigos.

Cazar y comer en comunidad constituye en tal grado el hábito en el mundo plumífero que difícilmente harán falta más referencias: hay que considerarlo como un hecho establecido. En cuanto a la fuerza que se deriva de esas asociaciones, es patente. Las aves de rapiña más fuertes resul-

tan impotentes ante las asociaciones de nuestros amorosos pájaros de menor tamaño. Hasta las águilas —incluida la poderosa y terrible águila calzada, y el águila marcial, que es lo bastante fuerte como para llevarse una liebre o un antílope joven en las garras— se ven obligadas a abandonar su presa a las bandadas de esas rapaces llamadas milanos, que acosan sin cesar a un águila en cuanto la ven en posesión de una buena presa. Los milanos les darán caza también a los veloces halcones pescadores, y les robarán los peces que han capturado; pero nadie ha visto jamás a los milanos pelearse por la posesión de la presa robada. En la isla Kerguelen, el doctor Couës vio al *Buphagus* —la gallina de mar de los cazadores de focas— perseguir gaviotas hasta hacerlas regurgitar su comida, mientras por otra parte las gaviotas y las golondrinas marinas se asociaban para alejar a la gallina de mar en cuanto ésta se acercaba a los predios de aquéllas, en especial en la temporada de anidar. Los pequeños pero sumamente veloces frailecillos (*Vanellus cristatus*) atacan osadamente a las aves de rapiña.

Verlos atacar a un buitre, un milano, un cuervo o un águila es uno de los espectáculos más divertidos. Uno siente que están seguros de su victoria y nota la ira del ave de rapiña. En esas circunstancias se apoyan unos a otros a la perfección, y su valentía aumenta con el número¹¹.

El frailecillo tiene bien merecido el nombre de «buena madre» que le dieron los griegos, porque nunca deja de proteger a otras aves acuáticas de los ataques de sus enemigos. Pero incluso las pequeñas lavanderas (*Motacilla alba*), muy conocidas en nuestros jardines y cuyo tamaño alcanza apenas los veinte centímetros, obliga al gavilán a abandonar su

cacería. «A menudo admiré su valentía y agilidad», escribió el viejo Brehm, «y estoy convencido de que el único que podría capturar uno de ellos es el halcón. (...) Cuando una bandada de lavanderas ha obligado a retirarse a un ave de rapiña, hacen que en el aire resuenen sus gritos de triunfo y entonces se separan». Por consiguiente ellas se juntan para el propósito especial de acosar a su enemigo, tal y como hemos visto cuando la población entera de las aves de la selva se amotina ante la noticia de que un ave nocturna ha hecho su aparición durante el día, y todos juntos —aves de rapiña y pequeñas canoras inofensivas— se lanzan al acoso del extraño y lo hacen regresar a su escondite.

¡Qué diferencia tan enorme entre la fuerza de un milano, un buitre o un águila y la de aves tan pequeñas como la lavandera de las praderas; y sin embargo esos pajaritos, gracias a su acción en común y su valentía, demuestran su superioridad ante las rapaces de alas y armas poderosas! En Europa las lavanderas no sólo acosan a las aves de rapiña que podrían ser peligrosas para ellas, sino acosan además al águila pescadora, «más por diversión que por causarle algún daño»; en tanto que en la India, según el testimonio del doctor Jerdon, las cornejas acosan al milano gowinda «por simple asunto de distracción». El príncipe Wied vio al águila brasileña *urubitinga* rodeada de innumerables bandadas de tucanes y caciques (un ave emparentada de cerca con nuestro grajo) que se burlaban de ella. Entonces añade: «El águila generalmente soporta esos insultos muy pacientemente, pero de vez en cuando atraparé a alguno de los burladores». En todos esos casos los pequeños pájaros, aunque muy inferiores en fuerza al ave de rapiña, probaron ser superiores a ella gracias a su acción en común¹².

Sin embargo, los efectos más sorprendentes de la vida en comunidad para la seguridad del individuo, para su disfrute de la vida y para el desarrollo de sus capacidades intelectuales, se ven en dos grandes familias de aves, las grullas y los loros. Las grullas son extremadamente sociables y viven en excelentes relaciones, no sólo con sus congéneres sino además con la mayoría de las aves acuáticas. Su prudencia es realmente pasmosa, como lo es también su inteligencia; captan las condiciones nuevas en un instante y actúan en concordancia. Sus centinelas siempre mantienen la vigilancia sobre la bandada mientras ésta come o descansa, y los cazadores saben lo difícil que resulta acercarse a ellas. Si el hombre ha logrado sorprenderlas, jamás volverán al mismo lugar sin haber enviado antes una exploradora solitaria, y una pequeña partida de otras exploradoras detrás; y cuando la partida de reconocimiento regresa y reporta que no hay peligro se envía un segundo grupo de exploradoras para verificar el primer reporte, antes de que la bandada entera se movilice. Con las especies afines las grullas contraen una amistad real; y en cautiverio no existe ave, salvo el también sociable e inteligente loro, que entre en amistad tan real con el hombre. «Ve en el hombre no un amo sino un amigo, y se esfuerza por manifestarlo», concluye Brehm a partir de una vasta experiencia personal. La grulla está en continua actividad desde temprano por la mañana hasta tarde por la noche; pero le dedica solamente unas pocas horas de la mañana a la tarea de buscar su alimento, principalmente vegetal. Todo el resto del día está dedicado a la vida en sociedad. «Recoge trocitos de madera o piedras pequeñas que lanza al aire y trata de atraparlos; dobla el cuello, abre las alas, danza, salta, corre en círculos y trata de manifestar

por todos los medios su buena disposición mental, y se mantiene siempre grácil y hermosa»¹³. Como vive en sociedad casi no tiene enemigos, y aunque Brehm vio ocasionalmente a un cocodrilo capturar a alguna de ellas, escribió que excepto por los cocodrilos no les conocía enemigos a las grullas. Con su proverbial prudencia los evita a todos, y, por lo general alcanza una edad muy avanzada. No es de extrañar que la grulla no necesite procrear una prole numerosa; usualmente sólo pone dos huevos. En cuanto a su inteligencia superior, baste decir que hay unanimidad en los observadores en el reconocimiento de que sus capacidades intelectuales nos recuerdan mucho las del hombre.

La otra ave extremadamente sociable es el loro, y está colocado, como se sabe, en la cúspide misma del mundo de los plumíferos. Brehm ha resumido tan admirablemente los hábitos de vida del loro que lo mejor que puedo hacer es traducir el siguiente pasaje:

Excepto en la temporada de apareamiento, viven en sociedades o bandadas muy numerosas. Eligen un lugar en el bosque para permanecer en él, y desde allí parten todas las mañanas a sus expediciones de búsqueda. Los miembros de cada bandada se mantienen fielmente ligados entre sí, y comparten en común la buena y la mala fortuna. En la mañana se dirigen todos juntos hacia un terreno, o un jardín, o un árbol, a alimentarse de frutas. Apostan centinelas para que cuiden de la seguridad de toda la bandada, y están atentos a sus advertencias. En caso de peligro, todos emprenden el vuelo, apoyándose mutuamente unos a otros, para regresar también todos simultáneamente a su lugar de descanso. En una palabra, viven estrechamente unidos.

También disfrutan de la sociedad con otros pájaros. En la India los grajos y los cuervos se reúnen desde muchas millas a la redonda para venir a pasar la noche en compañía de los loros en las espesuras de bambú. Cuando los loros empiezan la búsqueda exhiben la más maravillosa inteligencia, prudencia y capacidad de resolver dificultades. Tomemos por caso una bandada de cacatúas blancas en Australia. Antes de comenzar a saquear un maizal envían primero una partida de reconocimiento que se ubica en los árboles más altos en la vecindad del sembrado, mientras otros exploradores se colocan en los árboles que median entre el sembrado y la selva y transmiten sus señales. Si el reporte dice «Todo bien» un grupo de cacatúas se separará de la masa de la bandada, se elevará a lo alto y luego volará hacia los árboles más próximos al sembrado. Ellas también escrutarán los alrededores durante largo rato, y sólo entonces darán la señal para el avance general, con la que la bandada completa procede a saquear el sembrado en un santiamén. A los colonos australianos les ha costado muchísimo trabajo engatusar la prudencia de los loros; pero si el hombre con todos sus artificios y sus armas ha logrado matar algunos de ellos, las cacatúas se han vuelto tan prudentes y tan alertas que hasta ahora han frustrado todas las estratagemas.

No cabe la menor duda de que la práctica de la vida en sociedad es lo que les permite a los loros alcanzar ese alto nivel de inteligencia y esos sentimientos casi humanos que les conocemos. Su alta inteligencia ha inducido a los mejores naturalistas a describir algunas especies, por ejemplo al loro gris, como «el pájaro hombre». En cuanto a su apego mutuo, es sabido que cuando un loro ha sido muerto por un cazador, los otros vuelan sobre el

cadáver de su compañero emitiendo chillidos de lamentación «y caen ellos mismos víctimas de su amistad», como dijo Audubon. Y cuando dos loros en cautiverio contraen mutuamente amistad aun perteneciendo a diferentes especies, a veces la muerte accidental de uno de los dos amigos es seguida de la muerte de dolor y tristeza del otro. Y no es menos evidente que en sus sociedades hallan infinitamente más protección de la que posiblemente podrían hallar en cualquier desarrollo ideal del pico y las garras. Muy pocas aves de rapiña o mamíferos se atreven atacar a especies de loros que no sean de los más pequeños, y Brehm tiene toda la razón cuando dice de los loros, como dice también de las grullas y los monos sociables, que difícilmente tengan enemigos aparte del hombre; y agrega: «Es más probable que los loros grandes mueran de viejos que entre las garras de sus enemigos». Sólo el hombre, debido a su inteligencia y armas aun superiores, provenientes también de la asociación, logre destruirlos parcialmente. Su longevidad misma, entonces, parece el resultado de su vida social. ¿No podríamos decir lo mismo en lo que respecta a su memoria maravillosa, que también tiene que haberse visto favorecida en su desarrollo por la vida en sociedad y por la longevidad acompañada del pleno disfrute de las facultades corporales y mentales, hasta una edad muy avanzada?

Como ya hemos visto, la guerra de uno contra todos no es *la ley* de la naturaleza. La ayuda mutua es tan ley de la naturaleza como la lucha mutua, y esa ley se hace más patente aún cuando hemos analizado algunas otras asociaciones de las aves y las de los mamíferos. Ya hemos dado en las páginas precedentes algunos indicios de la importancia de la ley de la ayuda mutua para la evolución del reino ani-

mal; pero su significación será más evidente todavía cuando la presentación de unos cuantos ejemplos ilustradores más nos permita sacar de ellos nuestras conclusiones.

NOTAS

1. El origen de las especies, cap. III.
2. Nineteenth Century, febrero de 1888, p. 165.
3. *Memoirs (Trudy) of the St. Petersburg Society of Naturalists*, vol. XI, 1880.
4. Ver el Apéndice I.
5. George J. Romanes, *Animal Intelligence*, 1ª ed., p. 233.
6. Ver el Apéndice II.
7. Este segundo principio no fue reconocido de buenas a primeras. Los primeros observadores hablaban a menudo de reyes, reinas, administradores y cosas así; pero desde que Huber y Forel publicaron sus minuciosas observaciones, ya no es posible dudar del campo libre que se les deja a las iniciativas individuales en todo cuanto hacen las hormigas, incluidas sus guerras.
8. A. Brehm, *Life of Animals*, III. 477; todas las citas provienen de la edición francesa.
9. Durante sus migraciones las aves de rapiña se asocian a menudo. Una bandada que H. Seebohm vio cruzar los Pirineos ofrecía el curioso conjunto de «ocho milanos, una grulla y un halcón peregrino» (*The Birds of Liberia*, 1901, p. 417).
10. G.H. Gurney, *The House-Sparrow* (Londres, 1885), p. 5.
11. Brehm, I. 567.
12. En lo que atañe a los gorriones comunes, un observador de Nueva Zelanda, el señor T.W. Kirk, describió como sigue el ataque de esos «atrevidos» pájaros contra una «infortunada» águila: «Escuché un día un ruido totalmente desacostumbrado, como si todos los pájaros de la región se hubiesen enfrascado en una gran pelea. Al mirar a lo alto vi a un gran águila (C. gouldi, una carroñera) a la que apabullaba una bandada de gorriones. Se arrojaban sobre ella de a montón, y desde todos los puntos a la vez. La infortunada águila lucía completamente impotente. Por último, al aproximarse a un matorral, se lanzó dentro de él y allí permaneció, mientras los gorriones se congregaban en grupos en torno al matorral, en medio de una gran algarabía». (Ponencia leída ante el Instituto de Nueva Zelandia: *Nature*, 10 de octubre de 1891).
13. Brehm, IV. 671 seq.

CAPÍTULO II

AYUDA MUTUA ENTRE LOS ANIMALES

(continuación)

Migraciones de las aves. Asociaciones para reproducción. Sociedades otoñales. Mamíferos: pequeño número de especies insociales. Asociaciones para la caza de lobos, leones, etc. Sociedades de roedores; de rumiantes; de monos. Ayuda mutua en la lucha por la vida. Argumentos de Darwin en demostración de la lucha por la vida dentro de las especies. Controles naturales a la multiplicación excesiva. Supuesto exterminio de vínculos intermedios. Eliminación de la competencia en la naturaleza.

Tan pronto como la primavera regresa a la zona templada, miríadas y miríadas de aves que están diseminadas por las regiones más cálidas del Sur se reúnen en innumerables bandadas y, llenas de vigor y entusiasmo, se lanzan hacia el Norte a sacar sus crías. Cada uno de nuestros setos, cada bosquecillo, cada risco sobre el mar y cada uno de los lagos y estanques de los que está dotado el Norte de América, de Europa y de Asia, nos echa en esa época del año el cuento de lo que significa la ayuda mutua para las aves; la fuerza, la energía y la protección que le confiere a todo ser viviente, por débil e indefenso que pueda resultar en otras circunstancias. Tomemos, por ejemplo, uno de los innumerables lagos de las estepas de Rusia y de Siberia. Sus costas están pobladas de miríadas de aves acuáticas, pertenecientes por lo menos a un centenar de especies diferentes, todas viviendo en perfecta paz, todas protegiéndose unas a otras.

Hasta a varios cientos de metros de la costa el aire está lleno de gaviotas y golondrinas de mar, como copos de nieve en un día de invierno. Miles de alcaravanes y avefrías corren por la playa en busca de comida, piando y simplemente disfrutando de la vida. Mar adentro, sobre casi cada ola se balancea un pato, y en lo alto notamos las bandadas de patos tarro blanco. La exuberante vida bulle por doquiera¹.

Y he aquí las rapaces: las más fuertes, las más arteras, las «organizadas idealmente para la rapacería». Y escuchamos sus gritos ávidos, airados, funestos, mientras durante horas seguidas vigilan la oportunidad de arrebatarse de esa masa de seres vivientes un solo individuo desprotegido. Pero en cuanto se acercan su presencia es señalada por docenas de centinelas voluntarios, y cientos de gaviotas y alcaravanes se dan a la caza de la rapaz. Enloquecida por el hambre, la rapaz abandona pronto sus precauciones de costumbre: se arroja de repente entre la masa viviente; pero, atacada por todos los flancos, se ve obligada de nuevo a retroceder. Presa de la desesperación se lanza sobre los patos salvajes; pero esas aves sociales e inteligentes rápidamente se juntan en bandada y se alejan volando si la rapaz es un águila marina; se zambullen en el agua si es un halcón, o hacen que se levante una nube de agua rociada que desconcierta al asaltante si se trata de un milano. Y mientras la vida continúa bullendo sobre el lago, la rapaz se marcha volando con gritos furiosos, en busca de carroña, o de un pichón, o un ratón de campo que todavía no estén acostumbrados a obedecer a tiempo las advertencias de sus camaradas. Ante una vida exuberante la rapaz con armas ideales tiene que contentarse con los despojos de esa vida.

Más al norte, en los archipiélagos del Ártico, se puede navegar bordeando la costa durante muchas millas y ver todos los rebordes, todos los acantilados y los rincones de las laderas, hasta una altura entre los sesenta y los ciento cincuenta metros, cubiertos literalmente de aves marinas cuyos blancos pechos se recortan contra las rocas oscuras como si éstas estuviesen densamente salpicadas de manchitas de tiza. El aire, en toda su extensión, por así decirlo, repleto de aves².

Cada una de esas «montañas de pájaros» constituye un ejemplo viviente de la ayuda mutua, así como de la infinita variedad de caracteres, individuales y específicos, resultantes de la vida social. El ostrero tiene fama por su presteza para atacar a las aves de rapiña. El arga es conocida por su carácter vigilante, y se convierte con facilidad en el líder de aves más apacibles. El volteapiedras, cuando está rodeado de camaradas pertenecientes a especies más enérgicas es un ave más bien tímida; pero si lo rodean pájaros más pequeños, entonces se dedica a la vigilancia por la seguridad de la mancomunidad. Y ahí tenemos a los dominantes cisnes; allá a las extremadamente sociables alguazules, entre las cuales las querellas son raras y duran poco; las simpáticas alcas polares, que constantemente se están acariciando; la egoísta gansa, que ha repudiado a los huérfanos de una camarada muerta, y a su lado otra hembra que adopta todos los huérfanos de las demás, y ahora nada rodeada de cincuenta o sesenta polluelos, a los que conduce y cuida como si todos fueran de su propia nidada. Codo a codo con los pingüinos, que se roban los huevos los unos a los otros, tenemos a las calandrias marinas, cuyas relaciones familiares

son tan «encantadoras y conmovedoras» que hasta los cazadores más apasionados desisten de dispararle a una hembra rodeada de sus polluelos; o los patos de flojel, entre los cuales (como lo patos de vellón, o los *coroyas* de las sabanas) varias hembras se echan juntas en un mismo nido; o las kairas, que empollan por turnos una nidada en común. La naturaleza es la variedad en sí misma, y ofrece toda la variedad de caracteres posible, desde los más ruines a los más elevados: por eso no es posible describirla de un solo plumazo. Y menos aún juzgarla desde un punto de vista moralista, porque las opiniones del moralista son ellas mismas el resultado —mayormente inconciente— de la observación de la naturaleza³.

Juntarse durante la época de la anidación resulta tan común para con la mayoría de las aves que no hacen falta muchos ejemplos más. Nuestros árboles están coronados por grupos de nidos de cuervos; nuestros rebordes están repletos de nidos de pájaros más pequeños; nuestras granjas le dan abrigo a colonias de golondrinas; nuestras viejas torres son el refugio de cientos de aves nocturnas; y se podrían llenar páginas con las descripciones más encantadoras de la paz y la armonía que prevalecen en casi todas esas asociaciones para anidar. En cuanto a la protección que obtienen las aves más débiles de sus uniones, resulta evidente. Por ejemplo, el excelente observador que es el doctor Couës vio a las pequeñas golondrinas montañeras anidar en las inmediaciones del halcón de las praderas (*falco polyargus*). El halcón tenía su nido en la cima de uno de los minaretes de arcilla tan comunes en los cañones del Colorado, en tanto que una colonia de golondrinas anidaba justo debajo. Los apacibles pajaritos no le tenían ningún miedo a su rapaz vecino; nunca lo dejaban

acercar a su colonia. Inmediatamente lo rodeaban y lo acosaban, de manera que tenía que largarse de una vez⁴.

La vida en sociedades no cesa cuando el período de anidación ha terminado; comienza entonces de una nueva forma. Las nidadas de polluelos se reúnen en sociedades de jóvenes, que por lo general incluyen varias especies. En esa época la vida social es practicada fundamentalmente por interés propio: en parte por seguridad, pero principalmente por el placer que se deriva de ella. Así vemos en nuestros bosques las sociedades formadas por los jóvenes picamaderos (*Sitta caesia*), junto con herrerillos, pinzones, reyezuelos, trepatroncos, o algunos carpinteros. En España se encuentra a la golondrina acompañada de mochets, atrapamoscas y hasta palomas. En el Lejano Oeste de Norteamérica las calandrias copetudas jóvenes viven en grandes sociedades junto a otras calandrias (la de Sprague), la alondra, el gorrión sabanero y varias especies de verderones y hortelanos. De hecho, resultaría mucho más fácil describir las especies que viven aisladas que simplemente nombrar las que conforman las sociedades otoñales de aves jóvenes, no con propósitos de cacería o anidación, sino simplemente para disfrutar de la vida en sociedad y emplear el tiempo en juegos y diversiones, luego de haberle dedicado unas horas de cada día a hallar el alimento diario.

Y, finalmente, tenemos ese inmenso despliegue de ayuda mutua entre las aves —sus migraciones— en el que ni me atrevo siquiera a entrar aquí. Baste decir que las aves que han convivido durante meses en bandadas pequeñas diseminadas por un vasto territorio se reúnen por miles; se van concentrando en un lugar determinado, por varios días seguidos, antes de partir, y evidentemente examinan los

particulares del viaje. Algunas especies se permiten cada tarde efectuar vuelos preparatorios para el largo trayecto. Todos esperan a sus congéneres retrasados, y finalmente emprenden el vuelo en una dirección bien escogida —fruto de una experiencia colectiva acumulada— las más fuertes a la cabeza de la bandada, y relevándose unas a otras en esa difícil tarea. Cruzan los mares en grandes bandadas constituidas por aves tanto grandes como pequeñas, y cuando regresan a la siguiente primavera acuden al mismo lugar y, en la mayoría de los casos cada una de ellas toma posesión exactamente del mismo nido que tuvo que construir o reparar el año anterior⁵.

El tema es tan vasto, y sin embargo tan imperfectamente estudiado; ofrece tal cantidad de sorprendentes ejemplos de hábitos de ayuda mutua, subsidiarios del hecho central de la migración —cada uno de los cuales, sin embargo, requeriría de un estudio especial— que debo contenerme de entrar aquí en mayores detalles. Sólo puedo referirme de pasada a las numerosas y animadas reuniones de aves que tienen lugar, siempre en el mismo lugar, antes de que inicien sus largos viajes al Norte o al Sur, y también a los que se ven en el Norte, luego de que las aves han arribado a sus lugares de cría en el Yenisei o en las comarcas nortañas de Inglaterra. Durante muchos días seguidos —a veces hasta un mes— se juntarán cada mañana por una hora, antes de volar en busca de comida, quizá discutiendo el punto en el que van a construir sus nidos. Y si, durante la migración, sus columnas se ven azotadas por una tormenta, el infortunio en común hará reunir aves de las especies más disímiles. Las aves que no son exactamente migratorias sino que se desplazan ligeramente hacia el Norte o el Sur con las estaciones, también realizan esas peregrinaciones en

bandadas. Lejos de emigrar aisladamente, con el fin de garantizarle a cada individuo por separado las ventajas del mejor alimento o refugio que se hallarían en el siguiente territorio, siempre se esperan unas a otras, y se juntan en bandadas antes de movilizarse hacia el Norte o el Sur, de acuerdo con la estación⁶.

Pasando ahora a los mamíferos, lo primero que llama nuestra atención es el abrumador predominio numérico de especies sociales por sobre los pocos carnívoros que no se asocian. En las altiplanicies, las zonas alpinas y las estepas del Viejo y el Nuevo Mundo abundan los rebaños de ciervos, antílopes, gacelas, gamos, búfalos, cabras salvajes y ovejas, todos los cuales son animales sociales. Cuando los europeos fueron a establecerse en América, la hallaron tan densamente poblada de búfalos que los pioneros tenían que detener su avance cuando sucedía una columna de esos animales se les atravesaba en el camino que seguían; el paso del desfile de la gruesa columna duraba a veces hasta dos o tres días. Y cuando los rusos tomaron posesión de Siberia la hallaron tan densamente poblada de ciervos, antílopes, ardillas y otros animales sociales que la conquista misma del territorio no fue más que una expedición de caza que se prolongó por doscientos años; mientras tanto, las planicies cubiertas de hierba del África Oriental están todavía llenas de rebaños mezclados de cebras, alcelafos y otros antílopes.

Hasta no hace mucho los arroyos de América del Norte y Siberia del Norte estaban poblados por colonias de castores, y para el siglo XVIII colonias parecidas pululaban en el la Rusia del Norte. Las tierras llanas de los cuatro grandes continentes están cubiertas todavía con incontables colonias de ratones, ardillas terrestres, marmotas y otros

roedores. En las latitudes inferiores de Asia y África las selvas aún constituyen la morada de numerosas familias de elefantes, rinocerontes, e innumerables sociedades de monos. En el lejano norte el reno se aglomera en rebaños inmensos; y más al norte aún hallamos los rebaños de toros almizcleños e incontables manadas de zorros polares. A las costas del océano las animan las bandadas de focas y de morsas, y a sus aguas los cardúmenes de cetáceos sociales; y hasta en las profundidades de la gran meseta del Asia Central encontramos rebaños de caballos salvajes, asnos salvajes, camellos salvajes y ovejas salvajes. Todos esos mamíferos viven en sociedades y naciones que a veces cuentan centenares de miles de individuos, aunque hoy, después de tres siglos de civilización de la pólvora, apenas hallamos los restos de las enormes aglomeraciones de antaño. ¡Cuán insignificantes, en comparación con ellos, resultan las cantidades de carnívoros! ¡Y cuán falsa resulta entonces la visión de quienes hablan del mundo animal como si en él no hubiese otra cosa que ver sino leones y hienas clavando los dientes goteantes de sangre en la carne de sus víctimas! Cabría imaginarse también que toda la vida humana no es más que una sucesión de masacres de guerra.

Asociación y ayuda mutua constituyen la regla en el caso de los mamíferos. Hallamos hábitos sociales incluso entre los carnívoros, y podemos nombrar solamente a la familia de los gatos (leones, tigres, leopardos, etc.) como una división cuyos miembros prefieren decididamente el aislamiento a la sociedad, y rara vez juntan, aun en grupos pequeños. Y no obstante, hasta entre los leones «es una práctica muy común cazar en compañía»⁷. Las familias de las civetas (*Viverridae*) y los hurones (*Mustelidae*) podrían ser caracterizados también por su vida aislada,

pero es un hecho que hace un siglo el hurón común era más sociable de lo que es ahora; en ese entonces se le veía en grupos mayores en Escocia y en el cantón de Unterwalden de Suiza. En cuanto a la gran familia de los perros, ésta es altamente sociable, y la asociación para propósitos de caza puede considerarse como eminentemente característica de sus numerosas especies. De hecho, es bien sabido que los lobos se reúnen en manadas para cazar, y Tschudi dejó una excelente descripción de cómo se forman en semicírculo, rodean a una vaca que está pastando sobre una loma y entonces, apareciéndose repentinamente entre fuertes ladridos, la hacen rodar al abismo. Audubon, en la década de los 30, vio también a los lobos del Labrador cazar en manadas, y a una manada seguir a un hombre hasta su cabaña y matar sus perros. Durante los inviernos severos las manadas de lobos se hacen tan numerosas que se convierten en un peligro para los asentamientos humanos, como fue el caso en Francia hará unos cuarenta y cinco años. En las estepas rusas nunca atacan a los caballos si no andan en manadas; y aún así tienen que sostener feroces combates durante los cuales los caballos (según el testimonio de Kohl) a veces asumen ofensivas bélicas, y en esos casos, si los lobos no emprenden veloz retirada corren el riesgo de verse rodeados por los caballos y muertos a coces. Se sabe que los lobos de las praderas (*Canis latrans*) se asocian en bandadas de entre veinte y treinta individuos cuando le dan caza a un búfalo ocasionalmente separado de su rebaño. Los chacales, que son sumamente valerosos y pueden ser considerados como unos de los más inteligentes representantes de la familia de los perros, siempre cazan en manadas; así unidos no les tienen temor a los carnívoros de

mayor tamaño. En cuanto a los perros salvajes asiáticos (los *kholzunes*, o *dholes*) Williamson vio a sus grandes manadas atacar a todo animal grande, excepto elefantes y rinocerontes, y vencer a los osos y los tigres. Las hienas siempre viven en sociedades y cazan en manadas, y Cumming elogió altamente las asociaciones para la cacería de los licaones. Más aún, hasta los zorros que, por lo general viven aislados en nuestros países civilizados, han sido vistos asociándose para propósitos de caza. En cuanto al zorro polar, es —o más bien lo era en tiempos de Steller— uno de los animales más sociables; y cuando uno lee la descripción de Steller de la guerra que libró la infortunada tripulación de Behringen contra de esos pequeños animales inteligentes no sabe de qué asombrarse más: si de la extraordinaria inteligencia de los zorros y la ayuda mutua que desplegaron al desenterrar la comida oculta bajo los hitos de piedra o guardada sobre un poste (un zorro se trepaba hasta el tope y les lanzaba la comida a sus camaradas abajo); o de la crueldad del hombre, llevado a la exasperación por las numerosas manadas de zorros. Hasta ciertos osos viven en sociedades cuando el hombre no los molesta. Así, Steller vio al oso negro de Kamchatka en manadas numerosas, y a los osos polares ocasionalmente se les encuentra en pequeños grupos. Incluso los nada inteligentes insectívoros no siempre desdénan la asociación⁸.

Sin embargo, es especialmente en los roedores, los ungulados y los rumiantes donde hallamos una práctica altamente desarrollada de la ayuda mutua. Las ardillas son individualistas en grado sumo. Cada una de ellas construye su propio nido confortable y acumula su propia provisión. Sus inclinaciones son hacia la vida familiar, y Brehm

encontró que una familia de ardillas nunca es tan feliz como cuando las dos camadas del mismo año se pueden reunir con sus padres en un remoto rincón del bosque. Y sin embargo mantienen relaciones sociales. Los habitantes de los nidos por separado se mantienen en estrecha interrelación, y cuando las piñas de pino escasean en el bosque en que habitan emigran en bandadas. En cuanto a las ardillas negras del Lejano Oeste, son eminentemente sociables. Aparte de las pocas horas que le dedican al día al acopio, se pasan la vida jugando entre ellas. Y cuando se multiplican a demasiada velocidad en una región, se reúnen en bandadas, tan numerosas como las langostas, y se marchan al Sur devastando los bosques, los campos y los jardines; mientras los zorros, los turones, los halcones y las aves de rapiña nocturnas van siguiendo sus gruesas columnas y viviendo de los individuos que se van quedando rezagados. La ardilla terrestre —un género estrechamente afín— es más sociable aún. Es dada a atesorar comida, y almacena en sus galerías subterráneas grandes cantidades de raíces comestibles y nueces, que el hombre suele saquearle en otoño. De acuerdo con algunos observadores, debe conocer algo del disfrute de los avaros. Y con todo sigue siendo sociable. Siempre vive en grandes aldeas y Audubon, que abrió algunas madrigueras de ardilla listada en invierno halló varios individuos dentro de una misma recámara; deben haberla apertrechado con esfuerzo en común.

La gran familia de las marmotas, que incluye los géneros *Arctomys*, *Cynomys* y *Spermophilus*, es más sociable e inteligente aún. Prefieren también tener cada una su propia madriguera, pero viven en grandes aldeas. El terrible enemigo de las cosechas de la Rusia del Sur —el *suslik*—

del que cada año son eliminados unos diez millones nada más por mano del hombre, vive en innumerables colonias; y mientras las asambleas provinciales rusas discuten seriamente los medios de librarse de ese enemigo de la sociedad, éste disfruta por millares de la vida de la manera más alegre. Sus juegos son tan encantadores que no existe observador que pueda resistirse a rendirles tributo de elogio, y a mencionar los melodiosos conciertos que nacen de los agudos pitidos de los machos y los melancólicos de las hembras, antes de comenzar —regresando de repente a sus deberes ciudadanos— a idear los medios más diabólicos para exterminar a los pequeños saqueadores. Comprobada la inutilidad de la utilización de toda clase de aves rapaces y animales de presa, ¡la última palabra de la ciencia en esta guerra es la inoculación de cólera! Las aldeas de los perritos de las pradera en Norteamérica constituyen una de las vistas más adorables. Hasta donde pueda abarcar la vista en la pradera se verán montoncitos de tierra, y sobre cada uno de ellos está de pie un perrito, metido en una vivaz conversación con sus vecinos mediante cortos ladridos. En cuanto se emiten señales de que se aproxima un hombre se zambullen en un instante dentro de sus madrigueras; todos desaparecen como por encanto. Pero en cuanto ha pasado el peligro las pequeñas criaturas reaparecen. Familias completas salen de sus galerías y se complacen en jugar. Los jóvenes se rascan unos a otros, se preocupan por los demás, y exhiben su carácter gracioso cuando están erguidos, mientras los viejos vigilan. Se hacen visitas, y los trillados pasadizos que conectan todos sus montículos testifican la frecuencia de esas visitas. En resumen, los más preclaros naturalistas han escrito algunas de sus mejores páginas para describir las asociaciones de los

perritos de la pradera de Norteamérica, las marmotas del Viejo Mundo y las marmotas polares de las regiones alpinas. Sin embargo debo hacer, respecto a las marmotas, la misma acotación que hice cuando hablaba de las abejas. Han conservado sus instintos agresivos, y esos instintos reaparecen en cautiverio. Pero en sus grandes asociaciones, de cara a la libre naturaleza, los instintos insociables no tienen oportunidad de desarrollarse, y el resultado general es la paz y la armonía.

Hasta animales tan rudos como las ratas, que pelean constantemente en nuestros sótanos, son lo bastante inteligentes como para no querellarse cuando saquean nuestras despensas, sino que se ayudan unas a otras en sus expediciones de pillaje y sus migraciones, y hasta alimentan a sus inválidos. En lo que respecta a la rata castor, o almizclera, del Canadá, son extremadamente sociables. Audubon no podía más que admirar «sus apacibles comunidades, que sólo necesitan que se les deje en paz para que disfruten de su felicidad». Como todos los animales sociables, son vivaces y juguetones, se mezclan fácilmente con otras especies, y han alcanzado un grado de desarrollo intelectual muy elevado. En sus aldeas, siempre ubicadas en las costas de los lagos y las riberas de los ríos, tienen en cuenta los cambios de nivel de las aguas; sus casas en forma de domo, que están construidas de arcilla batida entretejida con tallos de cañas, poseen rincones aparte para los desechos orgánicos, y sus aposentos están bien tapizados en invierno; son cálidos y no obstante bien ventilados. En cuanto a los castores, que están dotados, como se sabe, de un carácter sumamente simpático, sus asombrosos diques y aldeas, en las que viven y mueren generaciones enteras sin conocer de enemigo alguno que no sea la nutria y el

hombre, ilustran tan maravillosamente lo que puede lograr la ayuda mutua para la seguridad de la especie, el desarrollo de hábitos sociales y la evolución de la inteligencia, que son muy conocidos por todos los interesados en la vida animal. Permítaseme tan sólo destacar que con los castores, las ratas almizcleras y otros roedores, encontramos ya el rasgo que será también distintivo de las comunidades humanas: es decir, el trabajo en común.

Pasaré en silencio ante las dos grandes familias que incluyen al jerbo, la chinchilla, la *vizcacha* y el *tushkan* o liebre subterránea del sur de Rusia, aunque todos esos pequeños roedores podrían ser tomados como excelentes ejemplos de los placeres que los animales derivan de la vida social⁹. Los placeres, precisamente. Porque resulta extremadamente difícil decir qué es lo que hace que los animales se unan: si las necesidades de protección mutua o simplemente el placer de sentirse rodeados de sus congéneres. En todo caso, nuestras liebres comunes, que no se juntan en sociedades para hacer vida en común, y ni siquiera están dotadas de sentimientos de parentesco intensos, no pueden vivir sin reunirse a jugar. Dietrich de Winckell, quien está considerado como uno de los más informados acerca de los hábitos de las liebres, las describe como jugadoras apasionadas, que se apegan tanto a jugar que hasta se sabe de una liebre que tomó a un zorro que se le aproximaba por un compañero de juegos. En cuanto al conejo, éste vive en sociedades, y su vida familiar está enteramente construida sobre la imagen de la antigua familia patriarcal. Los jóvenes son mantenidos bajo absoluta obediencia al padre, e incluso al abuelo. Y aquí tenemos el ejemplo de dos especies tan estrechamente unidas que no se soportan la una a la otra, no porque se alimenten casi de lo

mismo, como sucede con otros casos parecidos tantas veces explicados, sino más probablemente a causa de que las apasionadas y eminentemente individualistas liebres no pueden hacerse amigas de esa criatura apacible, tranquila y sumisa, el conejo. Sus temperamentos son tan amplios y distintos como para no constituirse en obstáculo para la amistad.

La vida en sociedades vuelve a ser la regla en el caso de la gran familia de los equinos, que incluye a los caballos y asnos salvajes del Asia, las cebras, los *mustangs*, los *cimarrones* de las Pampas, y los caballos semisalvajes de Mongolia y Siberia. Todos viven en asociaciones numerosas constituidas por muchos grupos, cada uno integrado por cierto número de yeguas bajo el liderazgo de un macho. Esos incontables habitantes del Viejo y el Nuevo Mundo, en conjunto bastante mal organizados para resistir contra sus numerosos enemigos y las adversas condiciones climáticas, habrían desaparecido pronto de la superficie terrestre de no ser por su espíritu sociable. Cuando una bestia de presa se les acerca se unen varios grupos al unísono; repelen a la bestia y en ocasiones la persiguen: y ni el lobo ni el oso, ni siquiera el león, pueden capturar a un caballo, o incluso a una cebra, si no se ha separado del rebaño. Cuando la sequía reseca el pasto en las praderas, se juntan en rebaños de a veces hasta los 10.000 individuos y emigran. Y cuando una tormenta de nieve azota las estepas, cada grupo se apretuja y se refugia en una hondonada protegida. Pero si desaparece la confianza, o el pánico cunde en el grupo y se dispersa, los caballos sucumben y los sobrevivientes son hallados después de la tormenta medio muertos de fatiga. La unión constituye su arma principal en la lucha por la vida, y el hombre es su principal enemigo. Ante el número creciente de éste, los

antecesores de nuestro caballo doméstico (que Polyakoff bautizó como el *Equus Przewlalski*) prefirieron retirarse a las más inhóspitas y menos accesibles altiplanicies en las fronteras del Tibet, donde continúan viviendo, rodeados de carnívoros, bajo un clima tan malo como el de las regiones árticas, pero en una región inaccesible para el hombre¹⁰.

La vida de los renos aporta muchos impactantes ejemplos de vida social, y en especial de esa gran división de los rumiantes que podría incluir a los corzos, los gamos, los antílopes, las gacelas, el íbice, y, de hecho, las tres numerosas familias de las antilópidos, los caprinos y los bovinos. Su celo por la seguridad de sus rebaños contra los ataques de los carnívoros; la ansiedad exhibida por los individuos de un rebaño de gamuzas ante el hecho de que no todas habían terminado de salvar un difícil paso por sobre acantilados rocosos; la adopción de huérfanos; la desesperación de la gacela cuyo macho, o hasta simple camarada del mismo sexo, ha sido muerto; los juegos de los más jóvenes, y muchos otros rasgos, se podrían mencionar. Pero quizá el más impactante ejemplo del apoyo mutuo lo proporcionan las migraciones ocasionales de los gamos, de las cuales vi una vez una en el Amur. Cuando crucé la alta meseta y su reborde exterior, el Gran Khingan, en mi ruta de la Transbaikalia a Merghen, y más adelante viajé por las altas praderas rumbo al Amur, pude constatar lo escasamente pobladas de gamos que están esas regiones casi deshabitadas¹¹. Dos años más tarde viajaba yo río Amur arriba, y a finales de octubre llegué al borde inferior de esa pintoresca garganta que el Amur perfora en el Dousse-alin (Pequeño Khingan) antes de entrar en las tierras bajas donde se une al Sungari. Encontré presas de una enorme excitación a los cosacos de las aldeas de esa garganta, porque miles y miles de

gamos estaban cruzando el Amur donde se hacía más angosto, a fin de llegar a las tierras bajas. Durante varios días seguidos, y a lo largo de unos sesenta kilómetros río arriba, los cosacos estuvieron matando gamos mientras éstos cruzaban el Amur, en el que ya había flotando una respetable cantidad de hielo. Cada día había muertos a millares, y no obstante el éxodo continuaba. Jamás se vieron migraciones parecidas, ni antes ni después, y ésta debió haber sido ocasionada por una fuerte nevada prematura en el Gran Khingan, que obligó a los gamos a efectuar un intento desesperado por alcanzar las tierras bajas al este de los montes Dousse. Ciertamente, pocos días más tarde también el Dousse-alin estaba enterrado bajo un manto de nieve de más de un metro de espesor. Ahora bien, cuando uno se imagina el inmenso territorio (casi tan grande como el de Inglaterra) en el que los dispersos grupos de gamos tuvieron que irse reuniendo para una migración que fue emprendida bajo la presión de circunstancias excepcionales, y se da cuenta de las dificultades que debieron vencer antes de que todos los gamos llegaran a la idea en común de cruzar el Amur mucho más al sur, donde es más angosto, no puede hacer otra cosa que admirar profundamente la cuantía de la sociabilidad exhibida por esos inteligentes animales. El hecho no resulta menos impactante si recordamos que los búfalos de Norteamérica exhibían la misma capacidad de asociación. Uno los veía pastar en grandes números en las llanuras, pero esos números eran la suma de una infinidad de pequeños grupos que nunca se entremezclaban. Y sin embargo, cuando surgió la necesidad todos los grupos, aunque estaban diseminados a lo ancho de un inmenso territorio, se juntaron y conformaron esas columnas enormes, que

contaban cientos de miles de individuos, como acabo de mencionar.

Debería decir también al menos unas pocas palabras acerca de las «familias compuestas» de los elefantes, su mutuo apego, la manera como deliberadamente apostan centinelas, y los sentimientos de compañerismo desarrollados por esa vida de estrecho apoyo mutuo¹². Podría mencionar los sentimientos sociables de esas desacreditadas criaturas, los jabalíes, y hallar alguna palabra de elogio para sus capacidades de asociación en caso de un ataque por una bestia de presa¹³. Los hipopótamos y los rinocerontes también ocuparían un lugar en un libro dedicado a la sociabilidad animal. Se le podrían conceder varias páginas sorprendentes a la sociabilidad y al mutuo afecto de las focas y las morsas; y finalmente cabría mencionar los tan excelentes sentimientos que existen entre los sociables cetáceos. Pero aún tengo que decir unas pocas palabras acerca de las sociedades de los monos, que adquieren un interés particular por tratarse del vínculo que nos conducirá a las sociedades de los hombres primitivos.

Difícilmente hará falta decir que esos mamíferos, que están ubicados en la propia cima del mundo animal y muy próximos al hombre por su estructura e inteligencia, son eminentemente sociables. Evidentemente debemos estar preparados para encontrarnos con todas las variedades de carácter y hábitos en una división tan grande del reino animal, que incluye cientos de especies. Pero, considerándolo todo, se hace necesario decir que la sociabilidad, la acción en común, la protección mutua y un elevado desarrollo de esos sentimientos que son el resultado obligatorio de la vida social, son característicos de muchos monos y simios. Desde las especies más pequeñas a las de mayor tamaño,

la sociabilidad constituye una regla a la que sólo le conocemos muy pocas excepciones. Los monos nocturnos prefieren vivir aislados; los capuchinos (*Cebus capucinus*), los monos [en español en el original. N. del T] y los aulladores viven sólo en pequeñas familias; y los orangutanes jamás han sido vistos de otra forma que en solitario o en grupos muy pequeños de tres o cuatro individuos, en tanto que los gorilas al parecer nunca se juntan en manadas. Pero todo el resto de la familia de los monos —los chimpancés, los sajous, los sakis, los mandriles, los babuinos y demás— son sociables en el más alto grado. Viven en grandes bandadas, y hasta se juntan con especies que no son la suya. La mayoría de ellos se vuelven totalmente infelices cuando están en solitario. Los chillidos de aflicción de cada uno de la bandada inmediatamente convocan a la totalidad, y rechazan osadamente los ataques de la mayoría de los carnívoros y aves de rapiña. Ni las águilas se atreven a atacarlos. Saquean los campos siempre en bandadas, con los adultos asumiendo el cuidado de la seguridad de la mancomunidad. Los pequeños titíes, cuyos dulces rostros infantiles impresionaron tanto a Humboldt, se abrazan y protegen los unos a los otros cuando llueve, enrollando sus colas sobre los cuellos de sus temblorosos camaradas. Varias especies muestran la mayor de las solicitudes para con sus heridos, y no abandonan a un camarada herido durante una retirada hasta no tener la certeza de que ha muerto y ellos ya no pueden devolverle la vida. En el caso que James Forbes narró en sus *Memorias orientales* acerca de la insistencia con la que el resto de la bandada le reclamaba a su partida caza el cuerpo del cuerpo sin vida de una hembra, se comprende cabalmente por qué «los testigos de esa extraordinaria escena resolvieron no volver

jamás a dispararle a un mono»¹⁴. En algunas especies varios individuos se asociarán para voltear una piedra a fin de buscar los huevos de hormiga que están debajo. Los papiones no solamente apostan centinelas, sino que han sido vistos haciendo una cadena para ir pasando el botín hasta lugar seguro; y su valor es bien conocido. La descripción de Brehm de la lucha continua que debió sostener su caravana antes de que los papiones les dejaran reanudar su viaje por el valle del Mensa, en Abisinia, se ha convertido en un clásico¹⁵. La naturaleza juguetona de los simios con cola y el mutuo afecto que reina en las familias de los chimpancés también le son familiares al lector común. Y si entre los simios más encumbrados encontramos dos especies, el orangután y el gorila, que no son sociables, debemos recordar que ambos —confinados como lo están en áreas muy pequeñas, uno en el corazón del África y el otro en las islas de Borneo y Sumatra— tienen toda la apariencia de constituir los últimos restos de especies anteriormente mucho más numerosas. Al menos el gorila parece haber sido sociable en tiempos antiguos, si los simios mencionados en el *Periplo* eran realmente gorilas.

Hemos visto, entonces, incluso a través de un resumen tan breve, que la vida en sociedades no constituye ninguna excepción en el mundo animal; es la regla, la ley de la naturaleza, y alcanza su más pleno desarrollo con los vertebrados superiores. Las especies que viven en solitario, o tan sólo en familias pequeñas, son relativamente pocas y sus números limitados. Más aún, parece muy probable que, aparte de contadas excepciones, las aves y mamíferos que no son gregarios en la actualidad vivían en sociedades antes de que el hombre se multiplicase sobre la tierra y librase una guerra permanente en su contra, o destruyese las fuentes de

las que anteriormente obtenían el alimento. «*On ne s'associe pour mourir*» señaló acertadamente Espinas; y Houzeau, que conoció el mundo animal de varias partes de América cuando todavía no habían sido afectadas por el hombre, escribió en la misma tónica.

Encontramos la asociación en el mundo animal en todos los grados de evolución; y, según la idea genial de Herbert Spencer, tan brillantemente desarrollada por Perrier en *Colonies Animales*, las colonias están en el origen mismo de la evolución en el reino animal. Pero en proporción, a medida que ascendemos en la escala de la evolución vemos cómo la asociación se va haciendo cada vez más conciente. Pierde su carácter puramente físico, deja de ser simplemente instintiva, se vuelve razonada. En los vertebrados superiores es periódica, o se recurre a ella para la satisfacción de una necesidad dada: propagación de la especie, migración, caza o defensa mutua. Hasta llega a ser ocasional, cuando las aves se asocian contra una rapaz, o los mamíferos se juntan bajo la presión de circunstancias excepcionales, para emigrar. En este caso resulta ser una desviación voluntaria de las actitudes de vida habituales. La asociación aparece a veces en dos o más grados: primero la familia, después el grupo, y finalmente la reunión de grupos, habitualmente dispersos pero que se unen en caso de necesidad, como lo vimos en los bisontes y otros rumiantes. Asume también formas más elevadas, que le garantizan mayor independencia al individuo sin privarlo de los beneficios de la vida social. En la mayoría de los roedores el individuo posee su propia guarida, a la que puede retirarse cuando prefiere estar a solas; pero las guaridas están ubicadas en aldeas y ciudades, para garantizarles a todos los habitantes los beneficios y los

disfrutes de la vida social. Y finalmente, en varias especies, como ratas, marmotas, liebres, etc., la vida sociable se mantiene a pesar de las inclinaciones pendencieras o si no egoístas del individuo aislado. De manera que no es impuesta, como es el caso con las hormigas y las abejas, por la propia estructura fisiológica de los individuos; es cultivada en beneficio de la ayuda mutua, o en aras de sus placeres. Y eso, por supuesto, aparece con todas las gradaciones posibles y con la mayor variedad de caracteres individuales y específicos: la variedad misma de los aspectos asumidos por la vida social resulta ser una consecuencia, y para nosotros una prueba definitiva, de su generalidad¹⁶.

La sociabilidad —es decir, la necesidad del animal de asociarse con su semejante— el amor a la sociedad por la sociedad misma, en combinación con la «alegría de vivir», sólo ahora comienza a recibir la debida atención de parte de los zoólogos. Sabemos en el presente que todos los animales, comenzando por las hormigas, pasando por las aves y terminando en los mamíferos superiores, son aficionados a los juegos, a la lucha cuerpo a cuerpo, a correr tras el otro, a tratar de atraparlo, a molestarlo, y demás. Y aunque muchos juegos son, por así decirlo, una escuela para el comportamiento adecuado del joven en la vida de adulto, existen otros que, aparte de sus propósitos utilitarios son, junto con la danza y el canto, meras manifestaciones de un exceso de fuerza —«la alegría de vivir», y un deseo de comunicarse de una u otra forma con los demás individuos de la misma u otra especie—, en resumen, una manifestación de *sociabilidad propiamente dicha*, que constituye un rasgo distintivo del mundo animal¹⁷. Trátese de que el sentimiento sea el miedo experimentado ante la presencia de un ave de rapiña, o «un

arranque de alegría» que estalla cuando los animales están sanos y especialmente si son jóvenes, o meramente el deseo de darle rienda suelta a un exceso de impresiones y de fuerza vital, la necesidad de comunicar impresiones, de jugar, de conversar, o simplemente sentir la proximidad de otros semejantes con vida impregna a la naturaleza entera, y ha sido observado a cabalidad por los mejores naturalistas, incluido Pierre Huber, incluso entre las hormigas, y es evidentemente el mismo instinto que convoca a las grandes columnas de mariposas a las que ya nos hemos referido antes.

El hábito de congregarse para danzar y para decorar los lugares donde las aves ejecutan habitualmente sus danzas es, por supuesto, bien conocido por las páginas que Darwin le dedicó al tema en *El origen del hombre* (cap. XIII). Los visitantes del Jardín Zoológico de Londres conocen también la glorieta del ave del paraíso. Pero ese hábito de la danza parece estar difundido con mayor vastedad de lo que antes se creía, y el señor W. H. Hudson da en su obra maestra sobre el río de La Plata la descripción sumamente interesante, que debe ser leída en el original, de complicadas danzas ejecutadas por un número bastante grande de aves: codornices, jacanas, avefrías, y tantas otras.

El hábito del canto concertado, que existe en varias especies de aves, pertenece a la misma categoría de los instintos sociales. Está asombrosamente desarrollado en el chajá (*Chauna chavarría*), al que los ingleses le han dado el sobrenombre tan poco imaginativo de «copetona chillona». Esos pájaros a veces se congregan en inmensas bandadas, y en tales casos frecuentemente cantan en concierto. W.H. Hudson los encontró en enormes cantidades,

cubriendo los alrededores de un lago pampeano en bandadas bien definidas, cada una de 500 ejemplares aproximadamente. Entonces escribe:

En ese momento, cerca de mí empezó a cantar una bandada, y continuó su poderoso canto durante tres o cuatro minutos; cuando callaron la bandada a su lado retomó la melodía, y la prosiguió la siguiente, y así sucesivamente hasta que una vez más las notas de las bandadas de la costa de enfrente llegaron flotando claras y fuertes por sobre las aguas, y se alejaron, cada vez más débiles, hasta que de nuevo el sonido se me acercó de regreso, otra vez desde mi costado.

En otra ocasión el mismo autor vio una llanura entera cubierta por innumerables bandadas de chajás, no en orden cerrado, sino dispersas en parejas y grupos pequeños. Cerca de las nueve de la noche,

repentinamente la entera multitud de pájaros que cubrían la ciénega por kilómetros a la redonda arrancó con una tremenda canción nocturna. (...) Fue un concierto por el que bien valió la pena haber cabalgado más de ciento cincuenta kilómetros para escucharlo.

Cabría agregar que como todos los animales sociables, el chajá es fácilmente domesticable y se vuelve muy apegado al hombre. «Son pájaros de carácter muy manso, y rara vez pelean» —se nos dice— aunque bien provistos de armas formidables. La vida en sociedad ha convertido en inútiles a esas armas.

Que la vida en sociedades es el arma más poderosa en la lucha por la vida, tomada en su sentido más amplio, ha quedado ilustrado mediante varios ejemplos en las páginas precedentes, y si fuese necesaria existe todavía un cúmulo mayor de evidencia. La vida en sociedades capacita a los insectos, aves y mamíferos más débiles para resistir a, o protegerse de, las más terribles aves y bestias de presa; permite la longevidad, capacita a la especie para criar su prole con el mínimo gasto de energía y mantener el número de individuos aún cuando la tasa de nacimientos sea muy baja; capacita a los animales gregarios para emigrar en busca de nuevos sitios de residencia. Por consiguiente, si bien admitimos que la fuerza, la agilidad, los colores protectores, la astucia y la resistencia al hambre y al frío, mencionados por Darwin y Wallace, son cualidades que convierten al individuo o la especie en más aptos bajo determinadas circunstancias, nosotros mantenemos que bajo *todas* las circunstancias la sociabilidad constituye la mayor de las ventajas en la lucha por la vida. Las especies que voluntaria o involuntariamente la abandonan están condenadas a la decadencia; en tanto que los animales que saben asociarse mejor tienen las mayores oportunidades de sobrevivir y de seguir evolucionando, aunque sean inferiores en *cada una* de las facultades enumeradas por Darwin y Wallace excepto la facultad intelectual. Los vertebrados superiores, y en especial el ser humano, son la mejor prueba de esta afirmación. En cuanto a la facultad intelectual, aunque todo darwinista estará de acuerdo con Darwin en que constituye el arma más poderosa en la lucha por la vida, y el factor más poderoso para seguir avanzando en la evolución, admitirá también que la inteligencia es una facultad eminentemente social. El lenguaje,

la imitación y la experiencia acumulada son todos elementos incrementadores de la inteligencia de los que están privados los animales insociables. Por eso encontramos en la cima de toda clase de animales a las hormigas, los loros y los monos, que combinan los tres la mayor sociabilidad con el más alto desarrollo de la inteligencia. Así, los mejor adaptados son los animales más sociables, y la sociabilidad se presenta como el factor principal de la evolución, tanto directamente, al asegurar el bienestar de la especie disminuyendo el despilfarro de energía, como indirectamente, al favorecer el desarrollo de la inteligencia.

Además, resulta evidente que la vida en sociedades sería absolutamente imposible sin el correspondiente desarrollo de sentimientos sociales y, en especial, de cierto sentido de justicia colectivo que va en aumento hasta convertirse en hábito. Si cada individuo estuviese abusando constantemente de sus ventajas personales sin que los demás interfiriesen a favor de los perjudicados, no sería posible ninguna vida en sociedad. Y los sentimientos de justicia se desarrollan, en mayor o menor grado, en todos los animales gregarios. Fuere cual fuere la distancia de donde vinieron las golondrinas o las grullas, cada una regresa al nido que construyó o reparó el año anterior. Si un gorrión holgazán intenta apropiarse del nido que está construyendo un camarada, o hasta si se roba de él unas cuantas briznas de paja, el grupo interfiere en contra del holgazán; y es evidente que si esa interferencia no constituyese la regla no podrían existir las asociaciones de aves para anidar. Los grupos de pingüinos por separado poseen lugares de reposo y puntos de pesca por separado, y no pelean por ellos. Las vacadas de Australia tienen sitios

particulares a los que cada grupo va a descansar, y de los cuales nunca se apartan; y así sucesivamente. Tenemos cualquier cantidad de observaciones de la paz que prevalece en las asociaciones de nidos de las aves, las aldeas de los roedores y los rebaños de los herbívoros; en tanto que, por otra parte, sabemos de pocos animales sociales que peleen tanto como lo hacen las ratas en nuestros sótanos, o como las morsas, que combaten por la posesión de un lugar soleado en la costa. Por ende, la sociabilidad le pone límite a la lucha física, y le abre espacio al desarrollo de mejores sentimientos morales. El alto desarrollo del amor parental en toda clase de animales, incluso leones y tigres, es de conocimiento común. En cuanto a las aves y mamíferos jóvenes a los que vemos constantemente asociarse, es el compañerismo —y no el amor— la que obtiene un desarrollo mayor en sus asociaciones. Dejando a un lado los hechos realmente conmovedores del afecto y la compasión mutuos que han sido registrados respecto a animales domesticados y en cautiverio, tenemos una cantidad de hechos bien certificados de compasión entre animales salvajes en libertad. Max Perty y L. Büchner han aportado un buen número de dichos actos¹⁸. El relato de J.C. Wood de una comadreja que acudió a recoger y llevarse a una camarada herida goza de bien merecida popularidad. También está la observación del capitán Stansbury durante su viaje a Utah, que Darwin cita. Vio a un pelícano ciego que era alimentado, y bien alimentado, por otros pelícanos con peces que tenían que traer desde unos cincuenta kilómetros de distancia. Y como en más de una ocasión lo viera H. A. Weddell durante su viaje a Bolivia y Perú, cuando un rebaño de vicuñas era perseguido ferozmente por los cazadores, los machos más fuertes cubrían

la retirada quedándose a la zaga para proteger mejor. En cuanto a los actos de compasión con camaradas heridos, continuamente son mencionados por todos los zoólogos de campo. Tales actos son totalmente naturales. La compasión es un resultado obligado de la vida social. Pero la compasión también significa un avance considerable en la inteligencia y la sensibilidad en general. Constituye el primer paso hacia el desarrollo de sentimientos morales más elevados. Y es, a su vez, un poderoso factor de una mayor evolución.

Si las visiones desarrolladas en las páginas precedentes son correctas, necesariamente surgirá la pregunta ¿hasta qué punto son coherentes con la teoría de la lucha por la vida tal y como ésta ha sido desarrollada por Darwin, Wallace y sus seguidores? Y ahora le daré una breve respuesta. Primero que todo, ningún naturalista dudará de que la idea de la lucha por la vida conducida a lo largo de la naturaleza orgánica es la mayor generalización de nuestra época. La vida es lucha; y en esa lucha sobreviven los más aptos. Pero las respuestas a las preguntas «¿con cuáles armas es conducida principalmente esa lucha?» y «¿quiénes son los más aptos en ella?» diferirán grandemente según la importancia que se les conceda a los dos diferentes aspectos de la lucha: la directa, entre individuos por separado por la comida y la seguridad, y la que Darwin describía como «metafórica»: la lucha, muchas veces colectiva, contra las circunstancias adversas. Nadie negará que dentro de cada especie existe en alguna proporción la competencia real por el alimento, en ciertos períodos al menos. Pero la cuestión está en si la competencia es llevada a cabo en la medida que admitió Darwin, o incluso Wallace; y si esa competencia ha jugado el papel que se le asigna en la evolución del reino animal.

La idea que satura la obra de Darwin es ciertamente la de la competencia real llevada adelante dentro de cada grupo animal por la comida, la seguridad y la posibilidad de dejar descendencia. A menudo habla de regiones atestadas de vida animal hasta el tope de su capacidad, y de ese atiborramiento infiere la necesidad de la competencia. Pero cuando buscamos en su obra las pruebas reales de esa competencia tenemos que confesar que no las hallamos lo suficientemente convincentes. Si nos referimos al capítulo titulado «La lucha por la vida entre individuos y variedades de la misma especie es sumamente dura», en él no encontramos nada de la abundancia de pruebas y ejemplos que acostumbramos hallar en todo cuanto Darwin escribió. Bajo dicho título no hay ni un solo caso que ilustre la lucha entre los individuos de la misma especie: ésta se da por descontada. Y de la competencia entre especies animales estrechamente afines solamente pone cinco ejemplos, de los cuales al menos uno (el relativo a las dos especies de zorzales) hoy día se ha comprobado que es dudoso¹⁹. Pero cuando buscamos más detalles a fin de cerciorarnos de hasta qué grado la disminución de una especie fue ocasionada realmente por el aumento de otra, Darwin, con su acostumbrada rectitud nos dice:

Podemos conjeturar apenas por qué la competencia debe ser sumamente dura entre formas afines que ocupan casi el mismo lugar en la naturaleza; pero probablemente en ningún caso podríamos decir exactamente por qué una especie ha obtenido la victoria sobre otra en la gran batalla de la vida.

En cuanto a Wallace, que cita los mismos hechos bajo un titular ligeramente modificado («La lucha por la vida entre animales y plantas estrechamente emparentados es *a menudo* sumamente dura»), formula la observación siguiente (las cursivas son mías), que les confiere un cariz muy distinto a los hechos ya citados:

En *algunos* casos, sin duda, se produce una verdadera guerra entre los dos, en la que el más fuerte mata al más débil; pero *de ningún modo* ello tiene necesariamente que ser así, y pueden darse casos en los que la especie físicamente más débil logre prevalecer gracias a que puede multiplicarse a una mayor velocidad, a su mejor resistencia a las vicisitudes del clima o a su mayor astucia para escapar a los ataques de los enemigos comunes.

En esos casos lo que se describe como competencia bien podría resultar que no lo fuese en absoluto. Una especie sucumbe no porque es exterminada, o hecha morir de hambre por la otra especie, sino porque no supo adaptarse a las nuevas condiciones, cosa que la otra sí hace. El término «lucha por la vida» es empleado de nuevo en su sentido metafórico, y no puede tener otro. En lo que atañe a la competencia real entre individuos de la misma especie, el ejemplo que se pone en otro lugar del ganado de Suramérica durante un período de sequía, se ve menoscabado en su valor por haber sido tomado de animales domésticos. En circunstancias similares los bisontes emigran para evitar la competencia. Por muy severa que resulte la competencia entre las plantas —y ello está suficientemente comprobado— no podemos más que repetir la observación de Wallace de que «las plantas viven donde pueden», mientras

que los animales tienen, en gran medida, la potestad de escoger su morada. Así que volvemos a preguntarnos ¿hasta qué grado existe realmente la competencia dentro de cada especie animal? ¿Sobre qué está basada esa suposición?

La misma observación se debe hacer en lo que respecta al argumento indirecto a favor de una dura competencia y lucha por la vida dentro de cada especie, que podría derivarse del «exterminio de las variedades transicionales» tan a menudo mencionado por Darwin. Es sabido que durante mucho tiempo Darwin estuvo preocupado por la dificultad que vio en la ausencia de una larga cadena de formas intermedias entre especies estrechamente vinculadas, y que encontró la solución de esa dificultad en el supuesto exterminio de esas formas intermedias²⁰. Sin embargo, una lectura atenta de los diferentes capítulos en los que Darwin y Wallace hablan de ese tema rápidamente nos lleva a la conclusión de que la palabra «exterminio» no significa exterminio real, que a esa palabra le es aplicable también la observación de Darwin acerca de su expresión «lucha por la subsistencia». De ninguna manera puede entenderse en su sentido directo, sino tiene que ser tomada «en su sentido metafórico».

Si partimos de la suposición de que un área dada está repleta de animales hasta el tope de su capacidad, y en consecuencia entre todos sus habitantes se está librando una fuerte competencia por los medios de subsistencia indispensables —con cada animal obligado a luchar contra todos sus congéneres a fin de obtener su alimento diario— entonces la aparición de una especie nueva y exitosa ciertamente significaría en muchos casos (aunque no siempre) la aparición de individuos que están en capacidad de tomar para sí más de lo justo de esos medios de subsistencia; y el

resultado sería que esos individuos matarían de hambre tanto a la forma parental que no posee la nueva variación como a las formas intermedias que no la poseen en el mismo grado. Puede ser que desde un comienzo Darwin haya entendido la aparición de nuevas especies bajo ese aspecto; al menos el frecuente empleo de la palabra «exterminio» deja esa impresión. Pero tanto él como Wallace conocen lo bastante bien a la naturaleza como para no percibir que no es ese, en modo alguno, el único curso de los acontecimientos posible y obligatorio.

Si las condiciones físicas y biológicas de un área determinada, la extensión del área ocupada por una especie dada, y los hábitos de todos los miembros de esta última permanecen invariables, entonces la aparición repentina de una variedad nueva puede significar la inanición y el exterminio de todos los individuos no dotados en suficiente grado con el nuevo rasgo que caracteriza a la nueva variedad. Pero esa combinación de condiciones es precisamente lo que no vemos en la naturaleza. Cada especie tiende continuamente a agrandar su morada; la emigración a nuevas moradas constituye la regla para con el lento caracol y el ave veloz; los cambios físicos se están produciendo constantemente en cada área determinada; y las nuevas variedades entre los animales consisten en un inmenso número de casos —quizás en la mayoría— no en la aparición de nuevas armas para arrancarles la comida de la boca a sus congéneres —el alimento constituye tan sólo una de los varios cientos de condiciones de la existencia— sino, como el propio Wallace lo muestra en un encantador capítulo sobre la «divergencia de caracteres» (*Darwinism*, p. 107), en formar hábitos nuevos, mudarse a moradas nuevas, y recurrir a nuevos tipos de comida.

En ninguno de esos casos habrá exterminio, ni siquiera competencia: la nueva adaptación es un *respiro de la competencia, si ésta existió alguna vez*; pero tal como sucede bajo la hipótesis del exterminio de la forma parental, sí se producirá, después de cierto tiempo, una ausencia de vínculos intermedios, pero como consecuencia de la mera supervivencia de los que están mejor adaptados para las nuevas condiciones. No hace falta agregar que si admitimos, con Spencer, todos los lamarckianos y el propio Darwin, la influencia modificadora del ambiente sobre la especie, será menos necesaria aún la necesidad del exterminio de las formas intermedias.

El mismo Darwin reconoció la importancia de la migración y el consiguiente aislamiento de grupos de animales para el surgimiento de nuevas variedades y, en última instancia, de nuevas especies, que había sido señalada por Moritz Wagner. Las investigaciones subsiguientes no han hecho más que acentuar la importancia de ese factor, y han mostrado cómo la extensión del área ocupada por una especie determinada —que Darwin consideraba, con toda razón, de suma importancia para la aparición de nuevas variedades— se puede combinar con el aislamiento de parte de la especie como consecuencia de cambios geológicos o de barreras locales. Resultaría imposible entrar aquí en el estudio detenido de una cuestión tan amplia, pero unas cuantas observaciones bastarán para ilustrar la acción combinada de esos agentes. Se sabe que a menudo sectores de una especie determinada recurren a un nuevo tipo de comida. Las ardillas, por ejemplo, cuando hay escasez de piñones en los bosques de alerces se mudan a los bosques de abetos, y ese cambio de alimentación en verdad ha ejercido en ellas ciertos cambios fisiológicos

bien conocidos. Si ese cambio de hábitos no perdura —si al año siguiente los piñones vuelven a abundar en los umbrosos bosques de alerces— evidentemente no surgirá por esa causa ninguna variedad nueva de ardillas. Pero si parte de la vasta área ocupada por las ardillas comienza a ver alteradas sus características físicas —como consecuencia, pongamos, de un clima más moderado o de la sequía, que ocasionen un incremento de las selvas de pinos en proporción a los bosques de alerces— y si concurriesen otras condiciones que indujesen a las ardillas a alojarse en las fronteras de la región que padece la sequía, tendríamos entonces una variedad nueva, es decir, una incipiente especie nueva de ardillas, sin que hubiese ocurrido nada que pudiera merecer el nombre de exterminio entre ellas. Cada año sobreviviría una proporción cada vez mayor de ardillas de la especie nueva, mejor adaptada, y los vínculos intermedios morirían *con el transcurso del tiempo*, sin que los hayan hecho perecer de hambre sus competidores maltusianos. Es exactamente eso lo que vemos pasar durante los grandes cambios físicos que están sucediendo en extensas áreas del Asia Central, debido a la sequía que ha venido operando allí desde el período glacial.

Para poner otro ejemplo, los geólogos han comprobado que el caballo salvaje actual (*Equus Przewalski*) ha venido evolucionando lentamente durante la parte final del período terciario y el cuaternario, pero durante esa sucesión de épocas sus ancestros *no* estuvieron confinados en una sola área establecida y limitada del globo. Anduvieron errantes por el Viejo y el Nuevo Mundo para, con toda probabilidad, regresar después de algún tiempo a los pastizales que habían abandonado con anterioridad en el curso de sus migraciones²¹. En consecuencia, si hoy

no encontramos en Asia todos los vínculos intermedios entre el caballo salvaje actual y sus ancestros posteciaros asiáticos, eso no significa en lo absoluto que esos vínculos intermedios han sido exterminados. Tal exterminio jamás tuvo lugar. Ni siquiera podría haber ocurrido alguna mortalidad excepcional entre las especies ancestrales: los individuos que pertenecían a las variedades y especies intermedias murieron en el curso normal de los eventos, muchas veces en medio de abundante alimento, y sus restos están enterrados en toda la extensión del globo.

En resumen, si consideramos detenidamente el asunto, y releemos cuidadosamente lo que el propio Darwin escribió sobre la materia, vemos que si la palabra «exterminio» va a ser empleada definitivamente en conexión con las variedades transicionales, deberá serlo en su sentido metafórico. En lo tocante a «competencia», Darwin también emplea continuamente esa expresión (ver, por ejemplo, el capítulo «Acerca de la extinción») como una imagen, o como un recurso de lenguaje, y no con la intención de transmitir la idea de una real competencia entre dos sectores de la misma especie por los medios de subsistencia. En todo caso, la ausencia de formas intermedias no constituye ningún argumento a favor de ello.

En realidad, el principal argumento a favor de una intensa competencia por los medios de subsistencia que se estaría dando continuamente dentro de cada especie animal es —para emplear la expresión del profesor Geddes— un préstamo de Maltus.

Pero dicho argumento nada prueba. Igual podríamos tomar cierto número de aldeas del Sureste de Rusia, cuyos habitantes disfrutaban de abundante alimentación, pero carecen por completo de servicios sanitarios; y al observar que

durante los últimos ochenta años el índice de natalidad ha sido del 6 por ciento en tanto que la población es hoy la misma que hace ochenta años, podríamos concluir que ha habido una terrible competencia entre los habitantes. Pero la verdad es que año tras año la población se ha mantenido estacionaria, por la simple razón de que un tercio de los recién nacidos murieron antes de llegar al sexto mes de vida; la mitad murió dentro de los cuatro años siguientes, y de cada ochocientos nacimientos llegaron a la edad de veinte años no más de diecisiete. Los recién venidos se marcharon antes de haber crecido lo suficiente como para ser competidores. Es evidente que si ese es el caso para con los hombres, lo es más aún para con los animales. En el mundo de las aves la destrucción de los huevos se mantiene en una escala pavorosa, porque los huevos son el alimento principal de varias especies a comienzos del verano; por no hablar de las tormentas, las inundaciones que destruyen millones de huevos en América, y los repentinos cambios del clima que resultan fatales para los mamíferos jóvenes. Cada tormenta, cada inundación, cada visita de una rata al nido de un ave, cada cambio repentino de la temperatura se lleva consigo a esos competidores que tan terribles se ven en teoría.

En cuanto a los hechos de un incremento extremadamente rápido de la cantidad de caballos y ganado vacuno en América, y en Nueva Zelanda de cerdos y conejos y hasta de animales salvajes importados de Europa (donde el hombre y no la competencia han disminuido su número), más bien parecen contradecir la teoría de la sobrepoblación. Si los caballos y el ganado vacuno se han podido multiplicar tan rápidamente en América, ello constituyó simplemente la prueba de que por enormes que fueran en su

momento las cantidades de búfalos y otros rumiantes en el Nuevo Mundo, su población de herbívoros estaba muy por debajo de los que las praderas estaban en capacidad de mantener. Si millones de intrusos han hallado comida en abundancia sin hacer perecer de inanición a la población original de las praderas, debemos más bien concluir que los europeos se encontraron no con exceso sino con *falta* de herbívoros en América. Y tenemos buenas razones para creer que la falta de población animal es el estado de cosas natural en todo el mundo, con unas pocas excepciones temporales a la regla. Las cantidades reales de animales en una región dada están determinadas no por que esa región tenga una capacidad de alimentación más elevada, sino por lo que ella ofrece cada año en las condiciones más desfavorables. De manera que, nada más por esa razón, difícilmente la competencia sea una condición normal, y más bien intervienen además otras causas en la reducción de la población animal a niveles incluso por debajo de lo normal. Si tomamos a los caballos y el ganado que ha estado pastando a lo largo de todo el invierno en las estepas de la Transbaikalia, a éste último lo encontraremos muy flaco y extenuado al final de la estación. Pero las reses quedan extenuadas no porque no haya buena comida suficiente para todas ellas —el pasto enterrado bajo una capa delgada de nieve abunda por doquiera— sino a causa de la dificultad de llegar a él bajo la nieve. Y los caballos se enfrentan a esa misma dificultad. Aparte de eso, los días de escarcha son comunes a comienzos de primavera, y si se presentan varios días así seguidos los caballos quedarán más extenuados todavía. Pero entonces se presenta una tormenta de nieve, que obliga a los ya debilitados animales a permanecer sin alimento alguno

durante varios días, y muere un gran número de ellos. Las pérdidas durante la primavera son tan elevadas que si la estación ha sido más inclemente de lo normal ni siquiera serán reparadas por los nuevos nacimientos, y, peor aún, por cuanto *todos* los caballos están extenuados y los potrillos han nacido débiles. Así, la cantidad de caballos y ganado se mantiene siempre por debajo de lo que sería si las condiciones fuesen otras. Durante todo el año hay alimento como para un número de cinco a diez veces más grande, y no obstante su población aumenta con extrema lentitud. Pero tan pronto como el buriato propietario de los caballos y el ganado consigue hacer una insignificante provisión de heno en la estepa y la pone a disposición durante los días de escarcha o de nevadas más fuertes, inmediatamente ve aumentar su rebaño. Casi todos los animales herbívoros libres y muchos roedores del Asia y América pasan por situaciones muy similares, y podemos decir con seguridad que *no* es la competencia lo que mantiene en bajo número sus poblaciones; que no hay época del año en que tengan que luchar por la comida, y que si nunca se aproximan siquiera a algo parecido a la sobrepoblación la causa no es la competencia, sino el clima.

La importancia de los controles naturales de la multiplicación excesiva, y en especial el peso que tiene en la hipótesis de la competencia parecen no haber recibido nunca la debida atención. Los controles, o más bien algunos de ellos, son mencionados, pero su acción rara vez es estudiada en detalle. Sin embargo, si comparamos la acción de los controles naturales con la de la competencia, debemos reconocer de inmediato que la de esta última resulta comparativamente muy inferior a la de los primeros. Así, el señor Bates menciona las cantidades verdaderamente pasmosas

de hormigas aludas que son destruidas durante su éxodo. Los cuerpos muertos o medio muertos de la hormiga de fuego (*Myrmica saevissima*) arrastrados hasta la orilla del río durante una tormenta «quedaron amontonados formando una hilera de entre tres y cinco centímetros de alto y ancho, que continuaba sin interrupción a lo largo de varios kilómetros al borde del agua»²². Así, miríadas de hormigas son destruidas en el seno de una naturaleza que podría sostener un número cien veces mayor de las vivientes en la actualidad. El doctor Altum, un silvicultor alemán que escribió un libro muy interesante sobre los animales dañinos para nuestros bosques, también proporciona muchos datos que muestran la importancia de los controles naturales. Dice que una sucesión de tormentas o el clima frío y húmedo durante el éxodo de la palomilla del pino (*Bombix pini*) las destruyen en cantidades increíbles, y durante la primavera de 1871 todas esas palomillas desaparecieron de golpe, probablemente muertas en una sucesión de noches frías²³. Se podrían citar muchos ejemplos parecidos relativos a otros varios insectos de diferentes partes de Europa. El doctor Altum también menciona a los pájaros enemigos de la palomilla del pino, y la inmensa cantidad de sus huevos destruidos por los zorros; pero agrega que los hongos parásitos que la infectan periódicamente constituyen un enemigo mucho más terrible que cualquier pájaro, porque la destruyen de golpe y en áreas muy extensas. En lo que atañe a varias especies de ratones (*Mus sylvaticus*, *Arvicola arvalis* y *A. agrestis*), el mismo autor proporciona una larga lista de sus enemigos, pero señala: «Sin embargo, los enemigos más terribles de los ratones no son los demás animales sino los cambios del tiempo repentinos que se presentan casi todos los años».

Las alternancias de heladas y tiempo cálido los destruyen en cantidades innumerables; «un simple cambio brusco puede reducir a miles de ratones a unos cuantos individuos». Por otra parte, un invierno cálido o uno que avance paulatinamente los multiplica en proporciones amenazadoras, sin que importen los enemigos, como sucedió en 1876 y 1877²⁴. La competencia, en el caso de los ratones aparece así como un factor insignificante en comparación con el clima. Se reportan otros hechos de parecido tenor con respecto a las ardillas.

En canto a las aves, sabemos bien cuánto padecen con los cambios de clima bruscos. Las tormentas de nieve tardías resultan tan destructivas para la vida de las aves en los páramos ingleses como lo son en Siberia; y Ch. Dixon vio a los lagópodos tan presionados por el frío durante algunos inviernos excepcionalmente crudos que abandonaban esos parajes en grandes cantidades, «y sabemos de casos de que eran cogidos en las calles de Sheffield». «La humedad persistente», agrega, «es casi fatal para ellos».

Por otra parte, las enfermedades contagiosas que afectan continuamente a la mayoría de las especies animales las destruyen en tales cantidades que a menudo las pérdidas no pueden ser repuestas en muchos años, incluso para los animales que se reproducen a mayor velocidad. Así, hará unos sesenta años, los *suslikis* desaparecieron repentinamente de los alrededores de Sarepta, en la Rusia Sur-oriental, como consecuencia de una epidemia; y durante años no se vio a ningún *suslikis* en esas vecindades. Pasaron muchos años para que volvieran a ser tan numerosos como antes. Sería posible presentar cantidades de hechos similares, todos tendentes a reducir la importancia concedida a la competencia²⁵. Por supuesto que se podría re-

plicar, en palabras de Darwin, que no obstante cada ser orgánico «en algún período de su vida, durante alguna estación del año, durante cada generación o a intervalos, tiene que luchar por la vida y sufrir gran destrucción», y que durante esos períodos de dura lucha por la vida sobreviven los más aptos. Pero si la evolución del mundo animal estuviese basada exclusivamente, o al menos principalmente, en la supervivencia de los más aptos durante los períodos de calamidades; si la selección natural estuviese limitada en su acción a los períodos de sequía excepcional, o bruscos cambios de temperatura, o inundaciones, la regla del mundo animal sería la regresión. Los que sobreviven a una hambruna, o una severa epidemia de cólera, o viruelas, o difteria, como los hemos visto en países incivilizados, no son ni los más fuertes, ni los más saludables, ni los más inteligentes. Ningún progreso podría estar basado en esas supervivencias, y menos aún por cuanto todos los sobrevivientes salen del terrible trance con quebrantos de salud, como los caballos de Transbaikalia ya mencionados, o las tripulaciones de los barcos en el Ártico, o la guarnición de una fortaleza que se ha visto obligada a vivir a medias raciones durante meses, y sale de esa experiencia con la salud destrozada, y en consecuencia muestra una mortalidad anormal. Lo único que puede hacer la selección natural en épocas de calamidades es perdonar a los individuos dotados de una mayor resistencia para toda clase de privaciones. Así lo hace con los caballos y el ganado de Siberia. Ellos *son* resistentes; en caso de necesidad pueden alimentarse del abedul polar; aguantan el hambre y el frío. Pero ningún caballo siberiano es capaz de cargar la mitad del peso que un caballo europeo carga con facilidad; ninguna vaca siberiana da la

mitad de la leche que da una vaca Jersey, y ningún nativo de un país incivilizado soporta la comparación con los europeos. Puede que soporte mejor el hambre y el frío, pero su fuerza física está muy por debajo de la de un europeo bien alimentado, y su progreso intelectual resulta desesperantemente lento. «Lo malo no puede engendrar lo bueno», como escribió Chernichevski en un notable ensayo acerca del darwinismo.

Por fortuna, la competencia no constituye la regla ni en el mundo animal ni para la humanidad. En los animales está limitada a períodos excepcionales, y la selección natural encuentra mejores espacios para su actividad. La *eliminación de la competencia* crea mejores condiciones por medio de la ayuda mutua y el apoyo mutuo²⁶. En la gran contienda por la vida —por la mayor plenitud e intensidad de vida con el mínimo gasto de energía posible— la selección natural busca siempre las vías de evitar en lo posible, precisamente, la competencia. Las hormigas se asocian en nidos y naciones; acopian provisiones, crían su ganado, y evitan así la competencia; y la selección natural elije de la familia de las hormigas las especies que mejor saben cómo evitar competir, con sus consecuencias ineludiblemente perniciosas. La mayoría de nuestras aves se trasladan lentamente al Sur a medida que se acerca el invierno, o se reúnen en sociedades innumerables para emprender largos viajes, y evitan así la competencia. Muchos roedores se echan a dormir cuando llega el momento en que debería establecerse la competencia, mientras que otros roedores almacenan comida para el invierno, y se reúnen en grandes aldeas para obtener la protección necesaria mientras trabajan. Cuando se secan los líquenes en el interior del continente el reno emigra hacia el mar.

Los búfalos cruzan un inmenso continente a fin de hallar comida en abundancia. Y los castores, cuando alcanzan un número demasiado grande en el río se dividen en dos partidas y se marchan, los viejos río abajo y los jóvenes río arriba, y evitan así la competencia. Y cuando los animales no pueden ni echar a dormir, ni emigrar, ni aprovisionarse, ni cultivar ellos mismos su alimento, como las hormigas, hacen lo que el paro, y que Wallace (*Darwinism*, cap. v.) tan encantadoramente describe: recurrir a nuevos tipos de alimento, y, de nuevo, evitan así la competencia²⁷.

«¡No compitas! ¡La competencia es siempre dañina para la especie, y tienes muchos recursos para evitarla!» Es ésa la tendencia de la naturaleza, no siempre realizada a plenitud, pero siempre presente. Es ésa la consigna que nos llega desde el matorral, desde la selva, desde el río, desde el océano. «¡Por eso, asóciate, practica la ayuda mutua! Es ése el medio más seguro para brindarle a cada quien y a todos la mayor de las seguridades, la mejor garantía para la existencia y el progreso corporal, intelectual y moral». Eso es lo que la naturaleza nos enseña; y eso es lo que han hecho todos los animales que alcanzado la más alta posición en sus respectivas clases. También es lo que ha estado haciendo el hombre, el más primitivo de los hombres. Y por eso ha alcanzado la posición en la que hoy estamos, como veremos en los siguientes capítulos, dedicados a la ayuda mutua en las sociedades humanas.

NOTAS

1. Syeverrtsoff, *Periodical Phenomena*, p. 251.
2. *The Arctic Voyages of A.E. Nordenskjöld*, Londres, 1879, p. 135. Ver también la poderosa descripción de las islas del señor Dixon (citado por Seebohm) y casi todos los libros de viajes por el Ártico.
3. Ver el Apéndice III.
4. Entre las gaviotas (*Llarus argentatus*), Polyakoff vio en una ciénaga de la Rusia del Norte que los territorios de anidación de un gran número de esas aves eran patrulladas siempre por un macho, que advertía a la colonia cuando se aproximaba un peligro. En ese caso las aves elevaban el vuelo y atacaban al enemigo con mucho vigor. Las hembras, que tenían cinco o seis nidos juntos en cada promontorio de la ciénaga, guardaban cierto orden para abandonar sus nidos en busca de comida. Los pichones, que de lo contrario quedarían desprotegidos al extremo y se convertirían fácilmente en presa de las aves de rapiña, nunca eran dejados solos.
5. Se ha dicho a menudo que las aves de mayor tamaño pueden *transportar* ocasionalmente a algunas de las de menor tamaño cuando cruzan juntas el Mediterráneo, pero el hecho sigue siendo dudoso. Por otra parte, sí es cierto que algunas aves pequeñas se unen a las grandes para emigrar. El hecho ha sido notado varias veces, y fue confirmado recientemente por L. Bauxman en Raunheim. Vio varias bandadas de grullas con alondras que volaban en el centro y a ambos costados de sus columnas migratorias (*Der zoologische Garten*, 1886, p. 133).
6. El hecho lo conocen bien todos los naturalistas de campo, y con referencia a Inglaterra se pueden encontrar varios ejemplos en *Among the Birds in Northern Shires*, de Charles Dixon. Los pinzones llegan durante el invierno en grandes bandadas; y aproximadamente en la misma época, es decir, en noviembre arriban bandadas de pinzones reales; los tordos alirrojos también frecuentan los mismos lugares «en grandes bandadas similares», y demás (pp. 165, 166).
7. S.W. Baker, *Wild Beasts*, etc., vol. I. p. 316.
8. Ver Apéndice IV.
9. Con respecto a la vizcacha es muy interesante anotar que estos pequeños animales altamente sociables no sólo viven juntos en paz en cada aldea, sino que además aldeas enteras se visitan unas a otras por las noches. Por consiguiente la sociabilidad se extiende a toda la especie y no solamente a una sociedad dada, o a una nación, como lo vimos en las hormigas. Cuando el granjero destruye una madriguera de vizcachas, y sepulta a los moradores bajo un montón de tierra —nos cuenta Hudson— «vienen desde lejos a desenterrar a los sepultados vivos» (*l.c.*, p. 311). Este es un hecho ampliamente conocido en La Plata, verificado por el autor.

10. En conexión con los caballos vale la pena destacar que la cebra *quagga*, que nunca anda en compañía de la cebra *dauw*, sin embargo vive en excelentes términos no solamente con los avestruces, que resultan ser muy buenos centinelas, sino también con las gacelas, varias especies de antílopes y los ñús. Tenemos así un caso de mutuo rechazo entre las *quaggas* y las *dauws* que no puede ser explicado por competencia por la comida. El hecho en sí de que la *quagga* conviva con rumiantes que se alimentan del mismo pasto excluye esa hipótesis, y tenemos que buscar más bien alguna incompatibilidad de carácter, como en el caso de la liebre y el conejo.
11. Nuestro cazador tungo, que se iba a casar y por lo tanto lo acuciaba el deseo de conseguir el mayor número posible de pieles, batía durante todo el día las laderas de las montañas en busca de ciervos. Sus esfuerzos no se vieron recompensados ni siquiera con un gamo muerto diario; y eso que era un cazador excelente.
12. Según Samuel W. Baker, los elefantes se asocian en grupos más grandes que la «familia compuesta». «He observado frecuentemente», escribió, «en la zona de Ceilán conocida como el País de Park, gran cantidad de huellas de elefantes que se trataban evidentemente de rebaños considerables que se reunieron en una retirada general de un territorio que consideraron inseguro» (*Wild Beasts and their Ways*, vol. I, p. 102).
13. Los cerdos atacados por lobos hacen lo mismo (Hudson, *l.c.*)
14. Romanes, *Animal Intelligence*, p. 472.
15. Brehm, I. 82; Darwin, *El origen del hombre*, cap. III. La expedición de Kozloff en 1899-1901 también tuvo que sostener una lucha similar en el norte del Tibet.
16. Me produjo una gran extrañeza leer en el artículo de Huxley previamente mencionado la siguiente paráfrasis de una conocida frase de Rousseau: «Los primeros hombres que sustituyeron la paz mutua por la guerra mutua —independientemente de los motivos que los impulsaron a dar ese paso— crearon la sociedad» (Nineteenth Century, febrero de 1888, p. 165). La sociedad no ha sido creada por el hombre; es anterior al hombre.
17. No sólo numerosas especies de aves poseen el hábito de congregarse —en muchos casos siempre en un mismo lugar— para complacerse en ejecutar ceremonias y danzas, sino la experiencia de W.H. Hudson es que casi todos los mamíferos y aves («probablemente no haya en realidad excepciones») se dedican con frecuencia a ejecuciones más o menos regulares o fijas con o sin sonido, o compuestas exclusivamente de sonido (p. 264).
18. Para citar unos pocos ejemplos, un tejón herido fue rescatado por otro que apareció súbitamente en escena; han sido vistas ratas ali-

mentando a una pareja ciega (*Seelenleben der Thiere*, p. 64 *seq.*). El propio Brehm vio a dos cuervos alimentar en un árbol hueco a un tercer cuervo que estaba herido; la herida había sido ocasionada varias semanas atrás (*Hausfreund*, 1874, 715; Büchner, *Liebe*, 203). El señor Blyth vio a unos cuervos de la India alimentar a dos o tres camaradas ciegos, y así.

19. De una especie de golondrina se dice que ha causado la disminución de otra especie de golondrina en Norteamérica; el reciente aumento del zorzal charlo en Escocia ha causado la disminución del zorzal común; la rata parda ha ocupado el lugar de la rata negra en Europa; en Rusia la cucaracha pequeña se ha llevado por delante en todas partes a su congénere de mayor tamaño; y en Australia los enjambres de abejas importadas están exterminando rápidamente a las pequeñas abejas sin aguijón. Otros dos casos, pero relativos a animales domésticos, fueron mencionados en el párrafo precedente. Cuando hace referencia a esos mismos hechos, A.R. Wallace señala en una nota al pie de página en relación con los zorzales escoceses: «El profesor A. Newton me informa, sin embargo que esas especies no se interfieren de la forma que allí se dice» (*Darwinism*, p. 34). En cuanto a la rata parda, se conoce que debido a sus hábitos anfibios por lo general permanece en las partes bajas de las viviendas humanas (sótanos, albañales, etc.), así como a orillas de los canales y los ríos; también emprende migraciones a grandes distancias en innumerables bandadas. La rata negra, por el contrario, prefiere permanecer en la vivienda propiamente dicha, bajo el piso, y también en nuestros graneros y establos. De ese modo está más expuesta a ser exterminada por el hombre. Y no podemos mantener, con un mínimo de proximidad a la certeza, que sea la rata parda y no el hombre el que extermina o mata de hambre a la rata negra.
20. «Pero podría objetarse que cuando varias especies estrechamente vinculadas habitan el mismo territorio, seguramente deberíamos encontrar en el presente muchas formas transicionales. (...) Según mi teoría esas especies afines descienden de un ancestro común; y durante el proceso de modificación cada una se adaptó a las condiciones de vida de su propia región, y suplantó y exterminó a su forma ancestral original y a todas las variedades transicionales entre su estado presente y el pasado» (*Origin of Species*, 6ª ed. P. 134); también pp. 137, 296 (todo el capítulo «Acerca de la extinción»).
21. Según madame Marie Pavloff, quien ha realizado un estudio especial del tema, emigraron del Asia al África, permanecieron allí por algún tiempo, para luego regresar al Asia. Se confirme o no esa doble migración, el hecho de una expansión anterior del ancestro de nuestro caballo a todo lo ancho de Asia, África y América ha quedado establecido fuera de toda duda.

22. *The Naturalist on the River Amazons*, II. 85, 95.
23. B. Altum, *Waldbeschädigungen durch Thiere und Gegenmittel* (Berlín, 1889), pp. 207 *seq.*
24. B. Altum, *ut supra*, pp. 13 y 187.
25. Ver el Apéndice v.
26. «Uno de los modos más frecuentes de actuar la selección natural es adaptando a algunos individuos de una especie a un modo de vida un tanto diferente, y los capacita así para ocupar lugares desacostumbrados en la naturaleza» (*Origin of Species*, p. 145): en otras palabras, para evitar la competencia.
27. Ver el Apéndice vi.

CAPÍTULO III

AYUDA MUTUA ENTRE LOS SALVAJES

Supuesta guerra de todos contra todos. Origen tribal de la sociedad humana. Aparición tardía de la familia por separado. Bosquimanos y hotentotes. Australianos, papúes. Esquimales, aleutas. Peculiaridades de la vida salvaje de difícil comprensión para el europeo. La concepción de la justicia de los dayak. Ley común.

En los capítulos precedentes analizamos brevemente el enorme papel jugado por la ayuda mutua y el apoyo mutuo en la evolución del mundo animal. Debemos ahora darle una ojeada al papel jugado por ambos entes en la evolución de la humanidad. Vimos cuán pocas son las especies animales que llevan una vida aislada y lo innumerables que resultan ser las que viven en sociedades, bien para la defensa mutua, bien para cazar o para acopiar comida, o criar la prole o, simplemente, disfrutar de la vida en común. Vimos también que aunque se libran abundantes guerras entre las diferentes clases de animales, o diferentes especies, o incluso diferentes familias de la misma especie, la paz y el apoyo mutuo constituyen la regla dentro de la familia o la especie; y que las especies que mejor saben cómo asociarse y evitar la competencia tienen las mejores oportunidades de supervivencia y de un desarrollo progresivo más acentuado. Ellas prosperan, en tanto que las especies insociables decaen.

Es evidente que resultaría totalmente contradictorio con lo que sabemos de la naturaleza si los hombres fuesen la excepción de una regla tan general: si una criatura tan indefensa como lo era el hombre en sus comienzos

hubiese hallado su protección y su camino al progreso no en el apoyo mutuo, como otros animales, sino en una competencia temeraria por las ventajas personales, sin ningún miramiento con los intereses de la especie. Para una mentalidad acostumbrada a la idea de la unidad en la naturaleza, tal proposición se presenta como absolutamente indefendible. Y no obstante, por improbable y anti-filosófica que sea, nunca ha faltado quien la apoye. Siempre hubo escritores con una visión pesimista de la humanidad. La asumieron, más o menos superficialmente, a través de su propia experiencia limitada; conocían de la historia lo que de ella decían los analistas siempre pendientes de las guerras, la crueldad y la opresión, y muy poco aparte de ello; y concluyeron que la humanidad no es más que un agregado sin mucha cohesión de seres siempre dispuestos a pelearse unos con otros, sólo impedidos de hacerlo por la intervención de alguna autoridad.

Hobbes asumió esa posición; y mientras algunos de sus colegas del siglo XVIII se esforzaban en demostrar que en ninguna época de su existencia —ni siquiera en su condición más primitiva— la humanidad había vivido en estado de guerra perpetua; que los hombres habían sido sociables aun en «estado de naturaleza», y que fue la carencia de conocimiento y no la mala inclinación natural lo que condujo a la humanidad a todos los horrores de su vida histórica primitiva, su idea era, por el contrario, que el llamado «estado de naturaleza» no era otra cosa que una lucha permanente entre los individuos, agavillados accidentalmente por mero capricho de su existencia bestial. En verdad la ciencia ha hecho ciertos progresos desde los tiempos de Hobbes, y tenemos terreno más firme donde pisar que las especulaciones de éste y de Rousseau. Pero la filosofía

hobbesiana tiene todavía muchos admiradores; y recientemente hemos tenido toda una escuela de autores que, habiéndose posesionado de la terminología de Darwin, mas no de sus ideas rectoras, la han convertido en un argumento a favor de la visión de Hobbes del hombre primitivo, y hasta han logrado conferirle apariencia científica. Huxley, como se sabe, asumió el liderazgo de dicha escuela, y en un trabajo escrito en 1888 representó a los hombres primitivos como una especie de tigres o leones, privados de toda concepción ética, que libraban a muerte su combate por la existencia y vivían una vida de «lucha abierta continua»; para citar sus propias palabras, «más allá de las relaciones familiares limitadas y temporales, la guerra hobbesiana de cada quien contra todos constituía el estado de existencia normal»¹.

Se ha señalado más de una vez que el error principal de Hobbes, y de los filósofos del siglo XVIII por igual, fue imaginar que la humanidad inició su vida en forma de pequeñas familias dispersas, algo semejante a las familias «limitadas y temporales» de los grandes carnívoros, cuando en realidad se sabe positivamente que la cosa no fue así. Por supuesto, no tenemos evidencia directa de los modos de vida de los primeros seres homínidos. Ni siquiera nos hemos puesto de acuerdo en cuanto al momento en que aparecieron por vez primera; los geólogos se inclinan actualmente a rastrear su origen hasta los depósitos del plioceno, e incluso del mioceno, en el período Terciario. Pero poseemos un método indirecto que nos permite arrojar alguna luz hasta sobre esa remota antigüedad. Durante los últimos cuarenta años se ha venido llevando a cabo una investigación muy cuidadosa de las instituciones de las razas inferiores, y ha revelado entre las instituciones actuales

de los pueblos primitivos algunas trazas de instituciones mucho más antiguas, que desaparecieron largo tiempo, pero sin embargo han dejado vestigios inconfundibles de su existencia previa. Así, en las manos de Bachofen, MacLennan, Morgan, Edwin Tylor, Maine, Post, Kova-levsky, Lubbock y muchos otros, se ha desarrollado toda una ciencia dedicada a la embriología de las instituciones humanas. Y esa ciencia ha establecido fuera de toda duda que la humanidad *no* inició su vida en forma de pequeñas familias aisladas.

Lejos de constituir una forma de organización primitiva, la familia es un producto muy tardío de la evolución humana. En todo cuanto nos permite retroceder en el tiempo la paleoetnología de la humanidad encontramos a los hombres viviendo en sociedades, en tribus similares a las de los mamíferos superiores; e hizo falta una evolución extremadamente lenta y prolongada para llevar a esas sociedades a la organización de gens, o de clanes, que a su vez debió experimentar otra evolución igualmente muy prolongada antes de que pudieran aparecer los primeros gérmenes de la familia, polígama o monógama. Sociedades, bandas o tribus —no familias— fueron, por consiguiente, la forma de organización primitiva de la humanidad y sus primeros ancestros. A esa conclusión ha llegado la etnología luego de cuidadosas investigaciones. Y al hacerlo simplemente llegó a lo que ya habría podido vaticinar el zoólogo. Ninguno de los mamíferos superiores, salvo por unos cuantos carnívoros y unas contadas especies, indudablemente en decadencia, de simios (orangutanes y gorilas), vive en familias pequeñas, aisladamente dispersas en la selva. Todos los demás viven en sociedades. Y Darwin comprendió tan bien que los simios que viven en aislamiento nunca podrían haber evolucionado a seres homíni-

dos, que se inclinó a considerar que el hombre descendía de alguna especie comparativamente débil, *pero social*, como el chimpancé y no de una más fuerte pero insociable, como el gorila. Así que la zoología y la paleoetnología están acordes en considerar que la bandada, y no la familia, fue la forma inicial de la vida social. Las primeras sociedades humanas fueron simplemente un desarrollo ulterior de esas sociedades que constituyen la esencia misma de la vida de los animales superiores².

Si vamos ahora a la evidencia positiva, vemos que los primeros indicios del hombre, que datan del período glacial o comienzos del posglacial, proporcionan pruebas inconfundibles de que incluso entonces el hombre vivía en sociedades. Los hallazgos aislados de herramientas de piedra, incluso de la antigua edad de piedra son muy raros; por el contrario, cada vez que se descubre una herramienta de pedernal es seguro que se encontrarán otros, en la mayoría de los casos en muy grandes cantidades. Para la época en la que el hombre vivía en cavernas, o bajo ocasionales salientes rocosos, en compañía de otros mamíferos hoy extintos, y a duras penas lograba hacer hachas de pedernal muy toscas, ya conocía las ventajas de la vida en sociedad. En los valles de los tributarios del Dordogne, la superficie de las rocas está enteramente cubierta en algunos lugares de cavernas que fueron habitadas por hombres del paleolítico. A veces las cuevas habitadas se superponen en pisos, y en verdad recuerdan mucho más a las colonias de anidación de las golondrinas que a las madrigueras de los carnívoros. En cuanto a las herramientas de pedernal descubiertas en esas cavernas, para emplear las palabras de Lubbock, «se podría decir sin exageración que son incontables». Igual sucede con otros yacimientos del paleolítico.

Por las investigaciones de Lartet nos enteramos de que los habitantes de la región de Aurignac, en el sur de Francia, tomaban parte en comidas tribales durante el entierro de sus muertos. De manera que los hombres vivían en sociedades, y ya estaba el germen del culto tribal, aún en una época tan extremadamente remota.

Eso mismo queda mucho mejor comprobado todavía en lo que se refiere al período final de la edad de piedra. Los vestigios del hombre del neolítico han sido hallados en cantidades incalculables, de manera que podemos reconstruir en gran medida su modo de vivir. Cuando el manto de hielo (que se debe haber extendido desde las regiones polares hasta regiones tan al sur como el centro de Francia, Alemania y Rusia, y cubrió a Canadá y buena parte de lo que hoy es Estados Unidos) comenzó a derretirse, las superficies libres de hielo quedaron cubiertas, primero, de pantanos y ciénegas, y más tarde de innumerables lagos³. Los lagos llenaron todas las depresiones de los valles antes de que las aguas excavaran los canales permanentes que, durante la época subsiguiente, se convirtieron en nuestros ríos. Y dondequiera que exploremos, en Europa, en Asia o en América, las costas de los lagos literalmente innumerables de ese período, cuyo nombre apropiado sería el período Lacustre, hallaremos vestigios del hombre del neolítico. Son tan numerosas que no podemos más que asombrarnos ante la densidad relativa de la población en aquella época. Los «yacimientos» del hombre del neolítico se suceden de cerca unos a otros sobre las terrazas que hoy marcan las costas de los antiguos lagos. Y cada uno de esos yacimientos las herramientas de piedra aparecen en tales cantidades que ya no

queda duda posible en cuanto a la duración del tiempo durante el cual estuvieron habitados por tribus bastante numerosas. Los arqueólogos han descubierto talleres enteros de herramientas de pedernal, que atestiguan la cantidad de obreros que solían reunirse.

En los concheros de Dinamarca se han encontrado vestigios de un período más avanzado, ya caracterizado por la utilización de alguna alfarería. Aparecen, como es sabido, en forma de montículos de metro y medio a tres metros y medio de altura, cincuenta a cien de ancho y quinientos o más de largo, y son tan comunes a lo largo de algunas zonas de la costa marina que durante largo tiempo se consideró que se trataba de amontonamientos naturales. Y sin embargo «no contienen *sino tan sólo* lo que de una u otra manera estuvo al servicio del hombre», y están tan repletos de productos de la industria humana que durante una estadía de dos días en Milgaard Lubbock desenterró nada menos que 191 piezas de herramientas de piedra y cuatro fragmentos de alfarería. Las dimensiones mismas de los concheros demuestran que generación tras generación las costas de Dinamarca fueron habitadas por cientos de pequeñas tribus que vivieron tan pacíficamente unidos como las tribus fueguinas hoy vivientes, que también acumulan concheros parecidos.

En cuanto a las viviendas lacustres de Suiza, que representan una civilización aún más avanzada, arrojan mejor evidencia todavía de la vida y el trabajo en sociedades. Es sabido que durante la edad de piedra en las costas de los lagos suizos proliferaban las aldeas, cada una de las cuales constaba de varias chozas, y estaba construida sobre una plataforma soportada por innumerables pilares en el lago. A lo largo de las costas del Lemán fueron descubiertas nada

menos que veinticuatro, en su mayor parte aldeas de la edad de piedra; treinta y dos en el lago Constanza, cuarenta y seis en el de Neuchâtel, y así sucesivamente. Y cada una de ellas testimonia la inmensa cantidad de trabajo en común empleado por la tribu, no por la familia. Se ha afirmado incluso que la vida de los habitantes de los lagos tiene que haber estado notoriamente libre de guerras. Y es probable que lo estuviese, especialmente si nos referimos a la vida de esos pueblos primitivos que han vivido hasta el presente en aldeas parecidas construidas sobre pilares en las costas marinas.

Está visto entonces, aún partiendo de una rápida información como la anterior, que después de todo nuestro conocimiento del hombre primitivo no es tan reducido, y que por lo que sabemos es mucho más opuesto que favorable a las especulaciones hobbesianas. Más aún, podría complementársele en gran medida mediante la observación directa de esas tribus primitivas que hoy permanecen en el mismo nivel de civilización que tenían los habitantes de Europa en los tiempos prehistóricos.

Que esas tribus primitivas que encontramos hoy *no* son especímenes degenerados de una humanidad que con anterioridad conoció una civilización superior, como se ha sostenido ocasionalmente, lo han demostrado fehacientemente Edwin Tylor y Lubbock. Sin embargo, a los argumentos ya expuestos a la teoría de la degeneración podríamos agregarles el siguiente. Salvo por unas pocas tribus refugiadas en las regiones montañosas más inaccesibles, los «salvajes» representan un cinturón que rodea a las naciones más o menos civilizadas, y ocupan los extremos de nuestros continentes, y en su mayoría han preservado todavía, o han adquirido recientemente, el carácter posglacial primitivo. Tales son los esquimales y sus congéneres en

Groenlandia, la América Ártica y el norte de Siberia; y, en el hemisferio sur, los australianos, los papúes, los fueguinos y parcialmente los bosquimanos; en tanto que en el interior del área civilizada, solamente encontramos pueblos primitivos similares en los himalayas, las regiones montañosas de Australasia y las planicies de Brasil. Ahora debemos tener en mente que la era glacial no terminó de una sola vez a todo lo ancho de la superficie de la tierra. Continúa todavía en Groenlandia. Por consiguiente, en los tiempos en que las regiones litorales del océano Índico, el Mediterráneo o el golfo de México ya disfrutaban de un clima más cálido y se convertían en los asientos de civilizaciones más elevadas, inmensos territorios en Europa central, Siberia y Norteamérica, así como en la Patagonia, Sudáfrica y el sur de Australasia permanecían en las primitivas condiciones posglaciales que se les hicieron inaccesibles a las naciones civilizadas de las zonas tórridas y subtórridas. Eran en aquel tiempo lo que son hoy los terribles *urmans* del noroeste de Siberia, y su población, inaccesible e intocada por la civilización, conservaba las características del hombre posglacial primitivo. Más adelante, cuando la desecación volvió más apropiados para la agricultura a aquellos territorios, se poblaron de inmigrantes más civilizados; y mientras parte de los anteriores habitantes eran asimilados por los nuevos pobladores, otra parte emigró más hacia el interior y se estableció donde ahora los encontramos. Los territorios que habitan en la actualidad todavía están en la era subglacial, o acaban de entrar en ella, en lo que atañe a las características físicas; sus destrezas y herramientas son las de la era neolítica; e, independientemente de sus diferencias raciales y las distancias que los separen, sus modos de vida y sus instituciones sociales

guardan un parecido impresionante. Así que no podemos más que considerarlos como fragmentos de la primitiva población posglacial del área hoy civilizada.

Lo primero que nos llama la atención en cuanto comenzamos a estudiar los pueblos primitivos es la complejidad de la organización de las relaciones matrimoniales bajo las que viven. En la mayoría de ellos la familia, en el sentido que le atribuimos al término, apenas la encontramos en germen. Pero en modo alguno se trata de congregaciones poco cohesionadas de hombres y mujeres que se juntan de manera desordenada en conformidad con sus caprichos momentáneos. Todas están bajo una cierta organización de gens o clanes⁴.

Para plantearlo de la manera más breve posible, hay pocas dudas de que la humanidad haya pasado en sus comienzos a través de una etapa que podría ser descrita como de «matrimonio comunal»; es decir, que toda la tribu tenía esposos y esposas en común pero con poco respeto por la consanguinidad. Mas también es cierto que en un período muy temprano se impusieron algunas restricciones a ese libre intercambio sexual. Pronto se prohibieron los matrimonios entre los hijos de una madre y las hermanas, abuelas y tías de ésta. Más adelante quedó prohibido también entre hijos e hijas de una misma madre, y no tardaron en seguirlas nuevas limitaciones. La idea de un gens, o clan, que incorporaba a todos los presuntos descendientes de un mismo linaje (o más bien a todos cuantos se unían en un solo grupo) evolucionó, y el matrimonio dentro del clan quedó totalmente prohibido. Continuó siendo «comunal», pero la esposa o el esposo debía ser tomada o tomado de otro clan. Y cuando un gens se volvía demasiado numeroso, y se subdividía en

varios gens, cada uno de ellos estaba dividido en clases (por lo general cuatro), y sólo era permitido el matrimonio entre ciertas clases bien definidas. Esa es la etapa que hallamos hoy entre los australianos que hablan kamilaroi. En cuanto a la familia, sus primeros gérmenes aparecieron en medio de la organización de clanes. Al principio una mujer capturada en una guerra contra algún otro clan pasaba a pertenecer a todo el gens, pero en un período posterior su captor ya pudo conservarla para él, bajo ciertas obligaciones con la tribu. Se le permitía llevarla a una choza aparte, pero sólo después de ella haberle pagado algún tributo al clan, y se constituía así una familia distinta dentro del gens, cuya aparición evidentemente estaba abriendo una fase totalmente nueva de la civilización⁵.

Ahora bien, si tomamos en consideración que esa complicada organización se desarrollaba entre hombres que estaban en el grado de desarrollo más bajo conocido, y que se mantenía en sociedades que no conocían ningún tipo de autoridad que no fuese la de la opinión pública, vemos de inmediato lo hondamente arraigados que deben haber estado los instintos sociales en la naturaleza humana, aún en sus etapas inferiores. Un salvaje que es capaz de vivir bajo una organización como esa, y de someterse libremente a las reglas que continuamente chocan con sus deseos personales, ciertamente no es una bestia carente de principios éticos y no conoce freno para sus pasiones. Pero el hecho se torna más impactante aún si consideramos la antigüedad de la organización de clanes. Ahora se sabe que los semitas primitivos, los griegos de Homero, los romanos prehistóricos, los germanos de Tácito, los antiguos celtas y los antiguos eslavos tuvieron todos su propio período de organización de clanes, estrechamente semejante al de los

australianos, los pieles rojas, los esquimales y otros habitantes del «cinturón salvaje». Por consiguiente tenemos que admitir que o bien la evolución de las leyes matrimoniales siguió las mismas líneas en todas las razas humanas, o los rudimentos de las leyes del clan se desarrollaron entre algunos ancestros comunes de los semitas, los arios, los polinesios, etcétera, antes de que tuviese lugar su diferenciación en razas, y que esas reglas fueron mantenidas, hasta hoy, entre razas que se separaron hace largo tiempo del tronco común. Ambas alternativas implican, sin embargo, una tenacidad igualmente impactante de la institución: una tenacidad a la que ninguna agresión individual pudo quebrantar a través de los centenares de miles de años que ha tenido de existencia. La persistencia misma de la organización de clanes muestra cuán totalmente falso resulta representar a la humanidad como una desordenada aglomeración de individuos, que sólo obedecen a sus pasiones individuales y se aprovechan de su fuerza y astucia personal en contra de todos los otros representantes de la especie. El individualismo desenfrenado es un desarrollo moderno, y no una característica de la humanidad primitiva⁶.

Yendo ahora a los salvajes existentes, podemos comenzar por los bosquimanos, que están en un nivel de desarrollo muy bajo, ciertamente tan bajo que carecen de viviendas y duermen en agujeros excavados en el suelo, ocasionalmente protegidos por algunas pantallas. Es sabido que cuando los europeos se establecieron en su territorio y acabaron con los ciervos, los bosquimanos empezaron a robarse el ganado de los colonos, por lo que se desató contra ellos una guerra de exterminio demasiado horrenda para ser relatada aquí. Quinientos bosquimanos fueron masacrados por la Alianza de Granjeros en 1774, tres mil

en 1808 y 1809, y así. Fueron envenenados como ratas, muertos por cazadores que les tendían emboscadas ante el cadáver de algún animal, asesinados cada vez que se topaban con ellos. Así que nuestro conocimiento de los bosquimanos, proveniente principalmente de los mismos que los exterminaron, es necesariamente limitado. Pero aún así sabemos que cuando llegaron los europeos los bosquimanos vivían en pequeñas tribus (o clanes) que a veces se confederaban; que acostumbraban cazar en comunidad, y se dividían la presa sin pelearse; que nunca abandonaban a sus heridos, y evidenciaban un fuerte afecto por sus camaradas. Liechtenstein tiene una historia muy conmovedora acerca de un bosquimano casi ahogado en un río que fue rescatado por sus compañeros. Se despojaron de sus pieles para cubrirlo, y tiritaban de frío; lo secaron, lo frotaron ante la fogata, y le untaron el cuerpo con grasa calentada hasta volverlo a la vida. Y cuando en Johan van der Walt hallaron a un hombre que los trataba bien, expresaron su agradecimiento mediante una enternecedora fidelidad hacia él. Burchell y Moffat los presentan como seres de buen corazón, desinteresados, leales y agradecidos, cualidades todas que sólo pudieron desarrollarse si se les practicó dentro de la tribu. En cuanto a su amor por los niños, baste decir que cuando un europeo desea asegurar como esclava a una mujer bosquimana le roba el hijo: es seguro que la madre aceptará la esclavitud para compartir la suerte del muchacho.

Los mismos hábitos sociales caracterizan a los hotentotes, que están más desarrollados apenas que los bosquimanos. Lubbock los describe como «los animales más inmundos». E inmundos son, verdaderamente. Una piel colgada al cuello y raída por el uso hasta caerse a pedazos

constituye toda su vestimenta; sus chozas son unos cuantos palos ensamblados y cubiertos con esteras y ninguna clase de mobiliario dentro. Y aunque tienen bueyes y ovejas, y parecen haber conocido el uso del hierro antes de haber hecho contacto con los europeos, ocupan aún uno de los grados más bajos en la escala humana. Y sin embargo quienes los han conocido alaban altamente su sociabilidad y su buena disposición para ayudarse los unos a los otros. Si se le da algo a un hotentote, de inmediato lo divide entre todos los presentes, un hábito que, como es sabido, impactó mucho a Darwin cuando lo observó en los fueguinos. El hotentote no puede comer solo, y aunque esté hambriento llamará a todos los que pasen ante él para compartir su comida. Y cuando Kolben les expresó su sorpresa ante ese proceder, la respuesta que recibió fue: «Esa es la costumbre hotentote». Pero no es la costumbre solamente hotentote: se trata de un hábito casi universal entre los «salvajes». Kolben, que conocía muy bien a los hotentotes y no dejaba pasar en silencio ninguno de sus defectos, no podía ser más elogioso respecto a su moralidad tribal. Él escribió: «La palabra dada es sagrada», también «No saben nada de la corrupción y las malas artes de Europa». «Viven en gran tranquilidad y rara vez guerrearán contra sus vecinos». Son «todo amabilidad y bondad unos con otros. (...) Uno de los grandes placeres de los hotentotes ciertamente consiste en hacerse obsequios y favores entre ellos mismos». «La integridad de los hotentotes, su rigor y celeridad en el ejercicio de la justicia, y su pureza, son cosas en las que aventajan a la mayoría de las naciones del mundo»⁷.

Tachart, Barrow y Moodie confirman a plenitud el testimonio de Kolben. Permítaseme solamente señalar que

cuando Kolben escribió que «ellos son, ciertamente, el pueblo más amistoso, más liberal y más benevolente para con el otro que haya aparecido jamás sobre la tierra» formuló una frase que a partir de allí ha venido apareciendo constantemente en las descripciones de los salvajes. Cuando se topaban por primera vez con razas primitivas, los europeos solían hacer una caricatura de sus vidas; pero cuando un hombre inteligente ha permanecido entre ellos por un período más prolongado, generalmente los describe como la raza «más amable» o «más gentil» sobre la tierra. Exactamente esas mismas palabras les han sido aplicadas a los ostyak, los samoyedos, los esquimales, los dayak, los aleutas, los papúes, y demás, por las celebridades más encumbradas. Recuerdo haberlas leído aplicadas también a los tunguses, los tchuktchis, los sioux y varios otros. La frecuencia misma de ese alto encomio ya dice muchísimo por sí sola.

Los nativos de Australia no están en un nivel de desarrollo superior al de sus hermanos surafricanos. Sus chozas tienen iguales características; muy a menudo la única protección contra los fríos vientos la constituyen unas simples pantallas. Son sumamente indiferentes para con lo que comen: devoran cadáveres horriblemente putrefactos, y recurren al canibalismo en tiempos de escasez. Cuando los europeos los descubrieron por primera vez sólo tenían herramientas de piedra o hueso, y del más tosco aspecto. Algunas tribus ni siquiera tenían canoas y no conocían el trueque. Pero cuando fueron estudiados concienzudamente sus modales y costumbres se comprobó que vivían bajo la compleja organización de clanes que mencioné en página precedente.

El territorio que habitan por lo general está distribuido entre los gens o clanes diferentes; pero los territorios

de caza y pesca de cada clan son tenidos en común, y tanto el producto como los implementos de la caza y la pesca le pertenecen a todo el clan. Las comidas se hacen en común. Como muchos otros salvajes, respetan ciertas regulaciones en cuanto las temporadas en que se pueden recolectar ciertas gomas y yerbas. En cuanto a su moralidad en general, lo mejor que podemos hacer es transcribir las respuestas que les diera Lumholtz, un misionero que residió en North Queensland, a las preguntas de la Sociedad Antropológica de París⁸:

El sentimiento de amistad es conocido entre ellos, y es fuerte. Por lo común apoyan a los débiles, y también los enfermos son bien atendidos, jamás los abandonan o los rematan. Esas tribus son caníbales, pero muy rara vez se comen a miembros de su propia tribu (cuando son inmolados por principios religiosos, supongo); sólo se comen a los extraños. Los padres aman a sus hijos, juegan con ellos y los miman. El infanticidio recibe el repudio general. Los ancianos son muy bien tratados, y nunca se les da muerte. Sin religión, ni ídolos, nada más el temor a la muerte. Matrimonio polígamo. Las querellas que se presentan dentro de la tribu son solventadas mediante duelos con escudos y espadas de madera. Sin esclavos; sin cultivos de ninguna especie; sin alfarería; sin vestimenta, salvo por un delantal que a veces llevan las mujeres. El clan constituido por doscientos individuos, divididos en cuatro clases de hombres y cuatro de mujeres; matrimonio permitido solamente dentro de las clases normales, y nunca dentro del gens.

Sobre los papúes, estrechamente cercanos a los anteriores, tenemos el testimonio de G.L. Bink, quien permaneció en Nueva Guinea, principalmente en Geelwink Bay, desde 1871 hasta 1883. He aquí lo esencial de sus respuestas al mismo cuestionario⁹:

Son sociables y joviales; se ríen mucho. Más retraídos que atrevidos. La amistad es relativamente fuerte entre personas pertenecientes a diferentes tribus, y más fuerte aún dentro de la tribu. A menudo un amigo paga la deuda del otro, y está estipulado que este último se la repondrá sin intereses a los hijos del que presta. Cuidan de los enfermos y los ancianos; éstos nunca son abandonados, y en ningún caso se les da muerte, salvo que se trate de un esclavo enfermo durante largo tiempo. A veces se comen a los prisioneros de guerra. Los hijos son muy mimados y queridos. Matan a los prisioneros de guerra viejos o débiles; los demás son vendidos como esclavos. No tienen ni religión, ni dioses, ni ídolos, ni autoridad reconocida; el más anciano de la familia es el juez. En caso de adulterio se paga una multa, y parte de lo cancelado va a la negoria (la comunidad). La tenencia de la tierra es comunal, pero la cosecha le pertenece a quien sembró. Tienen alfarería y conocen el trueque, y es costumbre que el tratante les entregue la mercancía, y entonces ellos regresan a sus casas para regresar trayéndole la mercancía nativa que él exigió; si no es posible conseguir esta última la mercancía europea es devuelta¹⁰. Son cazadores de cabezas, y cuando lo hacen ponen en marcha la venganza de sangre. «A veces», dice Finsh, «el caso es remitido al rajá de Namototte, que lo cierra imponiendo una multa».

Cuando se les trata bien, los papúes son muy amables. Miklukho-Maclay desembarcó en la costa oriental de Nueva Guinea, seguido de un solo hombre, y permaneció por dos años entre tribus reportadas como caníbales hasta que debió dejarles muy a su pesar. Regresó de nuevo para permanecer otro año más entre ellos, y nunca tuvo un conflicto del cual quejarse. Lo cierto es que su regla fue no decir *jamás* —bajo ningún pretexto— nada que no fuese cierto, ni hacer ninguna promesa que no pudiera cumplir. Esas pobres criaturas, que ni siquiera saben cómo encender fuego, y lo mantienen con sumo cuidado en sus chozas, viven bajo su comunismo primitivo, sin jefe alguno; y dentro de sus aldeas no sostienen peleas que valga la pena comentar. Trabajan en común, justo lo necesario para conseguir el alimento del día; crían a sus niños en común; y por las noches se engalanan lo más llamativamente que pueden, y danzan. Como todos los salvajes, les encanta la danza. Cada aldea tiene su *barla*, o *balai* —la «casa grande», *longue maison* o «grande maison» para los solteros, para los encuentros sociales y para la discusión de los asuntos comunes— de nuevo una característica común para la mayoría de los habitantes de las islas del Pacífico, los esquimales, los pieles rojas, y demás. Grupos enteros de aldeas están en términos amistosos, y se visitan las unas a las otras *en bloc*.

Lamentablemente, las venganzas de sangre entre las aldeas no son raras. Pero no como consecuencia de «abarrotaamiento del área» o «dura competencia» y parecidas invenciones de un siglo mercantil, sino principalmente como consecuencia de la superstición. Tan pronto como alguien cae enfermo, sus amigos y sus parientes se reúnen y deliberan acerca de quién pudo ser el causante de

la enfermedad. Toman en consideración a todos los posibles enemigos, cada uno expone sus disputas menudas, y finalmente descubren la causa real. Un enemigo de la aldea vecina ha hecho el daño, y se decide efectuar una incursión contra esa aldea. Por consiguiente, las incursiones por venganzas de sangre son bastante frecuentes, incluso entre las aldeas de la costa, ni qué decir entonces de los montañeses caníbales que son considerados verdaderos brujos y enemigos, aunque, cuando se les conoce de cerca resultan ser exactamente la misma clase de gente que sus vecinos de la costa¹¹.

Se podrían escribir muchas páginas impactantes acerca de la armonía que prevalece en las aldeas de los habitantes polinesios de las islas del Pacífico. Pero ellas pertenecen a una etapa más avanzada de la civilización. Así que ahora deberemos tomar nuestros ejemplos del lejano norte. Pero antes de abandonar el hemisferio sur debo mencionar que hasta los fueguinos, que tan mala reputación han tenido, aparecen bajo una luz mucho más positiva cuando comenzamos a conocerlos mejor. Los contados misioneros franceses que permanecen entre ellos «no conocen de ningún acto de violencia que denunciar». En sus clanes, que están constituidos por 120 a 150 almas, practican el mismo comunismo primitivo que los papúes; lo comparten todo en común, y tratan muy bien a sus ancianos. La paz prevalece entre esas tribus.

En los esquimales y sus congéneres más afines, los thlinket, los kolosha y los aleutas, encontramos una de las ilustraciones más cercanas de lo que el hombre puede haber sido durante la era glacial. Sus instrumentos apenas difieren de los del hombre del paleolítico, y algunas de sus tribus ni siquiera saben pescar: simplemente clavan al

pescado con una especie de arpón. Conocen el uso del hierro, pero lo reciben de los europeos o lo sacan de las embarcaciones naufragadas. Su organización social es de un tipo muy primitivo, aunque ya han salido de la etapa del «matrimonio comunal», si bien todavía con las restricciones de los gens. Viven en familia, pero los lazos familiares se rompen con frecuencia; a menudo se intercambian los esposos y las esposas¹². No obstante, las familias prosiguen unidas en clanes ¿y de qué otra forma, si no? ¿Cómo podrían sostener la dura lucha por la vida si no asociaran estrechamente sus fuerzas? Eso hacen, y los lazos tribales son más estrechos donde la lucha por la vida es más dura, a saber en el noreste de Groenlandia. La «casa grande» es su vivienda usual, y varias familias se alojan en ella, separadas unas de otras por pequeños tabiques de pieles desgarradas, con un pasadizo común en el frente. A veces la casa tiene forma de cruz, y en ese caso se mantiene un fuego encendido en el centro. La expedición alemana que pasó un invierno en las proximidades de una de esas «casas grandes» pudo constatar que «ni una sola pelea perturbó la paz, si surgió ninguna disputa sobre la utilización de ese estrecho espacio» a lo largo de todo ese largo invierno. «Las reprimendas, o incluso las palabras hirientes, son consideradas como conductas impropias, si no se producen bajo la forma legal de un proceso, a saber, la ventilación del problema en forma de canto comunal»¹³. La cohabitación y la interdependencia estrechas son suficientes para mantener siglo tras siglo ese profundo respeto por los intereses de la comunidad que es característico de la vida de los esquimales. Incluso en las grandes comunidades de esquimales, «la opinión pública constituía el verdadero tribunal, y el castigo

general consistía en avergonzar a los infractores a la vista de la gente»¹⁴.

La vida esquimal está basada en el comunismo. Lo que se obtiene de la caza y la pesca le pertenece al clan. Pero en varias tribus, especialmente en el Oeste, bajo la influencia de los daneses, la propiedad privada ha penetrado sus instituciones. Sin embargo, tienen un método original para obviar los inconvenientes que surgen de una acumulación personal de la riqueza que pronto destruiría su unidad tribal. Cuando un hombre se vuelve rico convoca al pueblo de su clan a una gran festejo y, después de mucho comer, distribuye toda su fortuna entre ellos. En el río Yukon Dall vio a una familia aleonte distribuir de esa forma diez escopetas, diez trajes de piel enteros, 200 collares de cuentas, numerosas mantas, diez pieles de lobo, 200 castores y 500 martas. Después de eso se quitó su vestimenta de fiesta, la repartió, se puso sus viejas pieles hechas jirones, y les dirigió unas palabras a sus parientes diciéndoles que aunque ahora habían quedado más pobres que cualquiera de los demás, se habían ganado la amistad de todos ellos. Semejantes distribuciones de la riqueza parecen constituir un hábito regular en los esquimales, y se suceden en una estación determinada, siempre después de una exhibición de lo que se ha obtenido durante el año¹⁵. En mi opinión esas distribuciones revelan una institución muy antigua, contemporánea a la primera aparición de la riqueza personal; deben haber sido un medio para restablecer la igualdad entre los miembros del clan, luego de que ésta ha sido perturbada por el enriquecimiento de unos pocos. La redistribución periódica de la tierra y el abandono periódico de todas las deudas que se ha dado en los tiempos históricos en tantas razas diferentes

(semitas, arios, etc.) debe haber sido una supervivencia de esa antigua costumbre. Y el hábito de enterrar junto con el muerto todo cuanto le había pertenecido personalmente, o de destruirlo sobre su tumba —un hábito que encontramos entre todas las razas primitivas— debe haber tenido el mismo origen. De hecho, mientras todo lo que le perteneció «personalmente» al difunto es quemado o destrozado sobre su tumba, nada de lo que le pertenecía en común con la tribu es destruido, como los botes o los implementos de pesca comunales. La destrucción recae tan sólo sobre la propiedad no comunal. En una época posterior ese hábito se convierte en ceremonia religiosa: recibe una interpretación mística y es impuesto por la religión, cuando la sola opinión pública resulta ser incapaz de imponer su observancia general. Y, finalmente, es sustituida o bien por la incineración de meros modelos de las propiedades del muerto (como en China), o simplemente haciendo traer sus propiedades hasta la sepultura para luego llevarlas de regreso a la casa, una vez terminada la ceremonia del entierro; un hábito que todavía prevalece en los europeos en lo tocante a espadas, cruces y otros indicios de la distinción pública¹⁶.

Los elevados estándares de la moralidad tribal de los esquimales ha sido mencionada con frecuencia en la literatura general. Sin embargo las observaciones siguientes acerca de las costumbres de los aleutas —muy afines a los esquimales— ilustrarán muy bien la moralidad salvaje en su conjunto. Fueron escritas después de una estancia de diez años entre los aleutas por un hombre sumamente notable: el misionero ruso Veniaminoff. Las resumo, conservando lo más posible sus propias palabras:

El aguante (escribió) constituye su principal rasgo distintivo. Es simplemente colosal. No sólo se bañan todas las mañanas en el mar helado, y permanecen desnudos en la playa, inhalando el aire gélido, sino que su aguante, incluso para la faena dura con comida insuficiente, sobrepasa todo lo imaginable. Durante una escasez de comida prolongada, el aleuta se preocupa primero por sus hijos; les da todo lo que consigue, mientras él se abstiene. Esto fue notado hasta por los primeros inmigrantes rusos. Y no es que jamás roben; todo aleuta confesará haber robado algo alguna vez, pero se trata siempre de una nadería, una niñada en el fondo. El apego de los padres por sus niños es conmovedor, aunque nunca es expresado con palabras o mimos. Es difícil arrancarle una promesa a un aleuta, pero una vez que la hace la mantendrá pase lo que pase. (Un aleuta le hizo un regalo de pescado seco a Veniaminoff, que en la prisa de la partida éste dejó olvidado en la playa. Se lo llevó de vuelta a casa. La nueva ocasión para entregárselo al misionero era en enero; y en noviembre y diciembre hubo gran escasez de comida en el campamento aleuta. Pero el pueblo hambriento nunca tocó el pescado, y en enero fue enviado a su destinatario). Su código moral es variado y severo. Se considera vergonzoso mostrar temor ante la muerte inevitable; pedirle perdón a un enemigo; morir sin haber dado muerte alguna vez a un enemigo; ser convicto de robo; hacer zozobrar una embarcación en puerto; tener miedo de salir al mar en tiempo de tormenta; durante un largo viaje ser el primero de la partida en volverse inútil por la falta de comida; mostrar avidez durante el reparto del botín de caza, en cuyo caso cada uno le cede su propia parte para avergonzarlo; revelar un secreto público a la esposa; siendo dos personas en una

expedición de caza, no ofrecerle la mejor pieza cobrada al compañero; alardear de las hazañas propias, especialmente si son inventadas; increpar a alguien con desdén. También mendigar; hacerle arrumacos a la esposa en presencia de otras personas, y bailar con ella; regatear en persona: las ventas se deben hacer siempre mediante una tercera persona, que fija el precio. Para una mujer es una vergüenza no saber coser, bailar y todos los tipos de labor femenina; mimar al marido y los hijos, o hasta hablarle al marido en presencia de un extraño¹⁷.

Tal es la moralidad de los aleutas, que también podría ser ilustrada por sus cuentos y leyendas. Permítaseme agregar además que cuando Veniaminoff escribía los anteriores (en 1840), durante el último siglo en una población de 60.000 personas, sólo se había cometido un asesinato, y que entre 1800 aleutas en cuarenta años no se había conocido ni una sola violación de la ley. Lo cual no ha de parecer extraño si observamos que la increpación, el menosprecio y el empleo de términos rudos son absolutamente desconocidos en la vida de los aleutas. Incluso sus niños jamás pelean, y nunca insultan de palabra a los demás. Lo peor que pueden decirse es «Tu madre no sabe coser», o «tu padre es ciego de un ojo»¹⁸.

Muchas características siguen siendo, sin embargo, un enigma para los europeos. El elevado desarrollo de la solidaridad tribal y los buenos sentimientos para con los demás que animan a los pueblos primitivos podrían ilustrarse con gran cantidad de testimonios confiables. Pero no es menos cierto que esos mismos salvajes practican el infanticidio; y que en algunos casos abandonan a sus ancianos, y que obedecen ciegamente las reglas de la venganza de

sangre. Debemos entonces explicar esa coexistencia de hechos que tan contradictorios con la mentalidad europea se ven a primera vista. Acabo de mencionar cómo un padre aleuta pasa hambre durante días y semanas, para cederle todo cuanto sea comestible a su hijo; y cómo una madre bosquimana se convertirá en esclava para seguir a su niño; y podría llenar páginas enteras con ejemplos de las relaciones realmente *tiernas* que existen entre los salvajes y sus hijos. Los viajeros las mencionan continuamente de manera incidental. Aquí lee uno acerca del dulce amor de una madre; allá se ve a un padre correr desesperadamente por la selva cargando sobre sus hombros al hijo picado por una culebra; o un misionero cuenta del desespero de unos padres que han perdido al niño al que años atrás habían salvado de ser inmolado al nacer; nos enteramos de que las madres «salvajes» por lo general amamantan a sus hijos hasta los cuatro años, y que en las Nuevas Hébridas, ante la pérdida de un hijo amado especialmente su madre, o una tía, se suicidará para cuidar de él en el otro mundo. Y así.

Encontramos hechos parecidos por centenares. De manera que cuando vemos a esos mismos padres amorosos practicar el infanticidio estamos obligados a reconocer que el hábito (cualesquiera puedan ser sus transformaciones ulteriores) tuvo su origen bajo la fuerte presión de la necesidad, como una obligación con la tribu, y como un medio de poder criar a los hijos ya en crecimiento. Lo normal es que los salvajes no se «multipliquen sin restricciones», como algunos autores ingleses lo han planteado. Por el contrario, toman toda clase de medidas para disminuir el índice de natalidad. A tal efecto se imponen toda una serie de restricciones, que con certeza los europeos

hallarían extravagantes, y son obedecidas estrictamente. No obstante ello, los pueblos primitivos no pueden criar a todos sus niños. Sin embargo, se ha observado que tan pronto como logran aumentar sus medios de subsistencia regulares, de inmediato comienzan a abandonar la práctica del infanticidio. En general los padres son reacios a obedecer esa obligación, y en cuanto pueden permitírse-lo recurren a toda clase de compromisos para salvar la vida de los recién nacidos. Como muy bien lo ha señalado mi amigo Elie Reclus, ellos inventaron los días de buena y mala suerte para los nacimientos, y exceptúan a los nacidos en los días de buena suerte; tratan de posponer la sentencia por algunas horas para entonces decir que si el niño ha vivido un día debería vivir su vida natural completa. Escuchan los gritos de los pequeños que llegan desde la selva, y sostienen que escucharlos protege a la tribu del infortunio; y como no poseen guarderías ni jardines de infancia que se ocupen de los niños, todos se echan atrás ante la necesidad de ejecutar la cruel sentencia; prefieren dejar abandonada a la criatura en el bosque, a arrancarle la vida con violencia. Es la ignorancia y no la crueldad la que mantiene el infanticidio: y, en vez de moralizar a los salvajes con sermones, los misioneros harían mejor siguiendo el ejemplo de Veniaminoff, quien, a pesar de su avanzada edad, año tras año cruzaba el mar de Okhotsk en un miserable bote, o viajaba en trineos tirados por perros entre sus tchuktchi, proporcionándoles pan e implementos de pesca. Así ha detenido realmente el infanticidio.

Lo mismo vale respecto a lo que los observadores superficiales describen como parricidio. Ahora vemos que el hábito de abandonar a los ancianos no está tan extendido como lo sostienen algunos autores. Ha sido exagerado al

extremo, pero lo vemos ocasionalmente entre casi todos los salvajes; y en esos casos tiene el mismo origen que el abandono de los hijos. Cuando un «salvaje» siente que constituye una carga para la tribu; cuando cada mañana se le quita la ración de comida a un niño —y los pequeños no son tan estoicos como sus padres: ellos lloran cuando tienen hambre—, cuando cada día tiene que ser llevado cargado a lo largo de la playa cubierta de piedras, o por la selva virgen, sobre los hombros de los más jóvenes (no hay vehículos para los inválidos, ni indigentes que los empujen, en los territorios salvajes), empieza a repetir lo que los campesinos rusos ancianos dicen todavía hoy: *Tchujoi vek zayedayu, Pora na pokoi!* («Vivo la vida de otro: ¡es hora de retirarse!»). Y se retira. Hace lo que el soldado en un caso parecido. Cuando la salvación de su destacamento depende de que se siga adelante, y él ya no puede moverse más, y sabe que morirá si lo dejan atrás, el soldado le pide a su mejor amigo que le haga el último favor antes de dejar el campamento. Y el amigo, con temblorosas manos, descarga su arma contra el cuerpo moribundo. Así hacen los salvajes. El anciano pide morir, él mismo. Él mismo insiste en cumplir ese último deber con la comunidad, y obtiene el consentimiento de la tribu; él cava su sepultura; él invita a sus parientes a la última cena de despedida. Su padre lo hizo, ahora es su turno. Y se separa de sus parientes con signos de afecto. El salvaje considera en tal medida que la muerte forma parte de sus *deberes* con la comunidad, que no sólo se rehúsa a ser rescatado (como lo cuenta Moffat), sino que cuando una mujer que tenía que ser inmolada sobre la tumba de su esposo fue rescatada por los misioneros y llevada a una isla, se escapó durante la noche, cruzó a nado un vasto brazo de mar y regresó

a su tribu para morir sobre la tumba. Para ellos se ha vuelto materia de religión. Pero los salvajes, por lo común, son tan reacios a quitarle la vida a otro si no es en combate, que ninguno de ellos se dedicará a derramar sangre humana y todos recurrirán a toda clase de estratagemas, que han sido tan erróneamente interpretadas. En la mayoría de los casos abandonan a los ancianos en el bosque, después de haberle dejado una ración mayor de lo normal de la comida de la comunidad. Las expediciones al ártico han hecho lo mismo cuando ya no pueden seguir cargando con sus camaradas inválidos. «¡Vive unos cuantos días más! ¡*Puede* que venga algún rescate inesperado!».

Cuando los hombres de ciencia de Europa Occidental se tropiezan con casos como estos son absolutamente incapaces de aceptarlos; no pueden vincularlos con un alto desarrollo de la moralidad tribal, y prefieren sembrar la duda acerca de la exactitud de los observadores absolutamente confiables en lugar de tratar de explicar la existencia paralela de los dos conjuntos de hechos: una alta moralidad tribal junto con el abandono de los padres y el infanticidio. Pero si esos mismos europeos le contasen a un salvaje que personas extremadamente afables, amorosas con sus propios hijos y tan impresionables que lloran cuando ven la simulación de un infortunio sobre el escenario, están viviendo en Europa a tiro de piedra de cuchitriles en los que los niños mueren por mera falta de comida, el salvaje tampoco los entendería. Recuerdo cuánto intenté en vano lograr que algunos de mis amigos tungu entendiesen nuestra civilización del individualismo: no podían, y recurrieron a las sugerencias más fantásticas. El hecho es que un salvaje, criado en las ideas de una solidaridad tribal en todo, para bien y para mal, resulta tan incapaz de entender

a un europeo «moral», que no sabe nada de esa solidaridad, como el europeo promedio es incapaz de entender al salvaje. Pero si nuestro científico ha vivido entre una tribu medio muerta de hambre cuyos integrantes no poseen entre todos ellos comida para un hombre en muchos días por delante, probablemente haya entendido sus motivos. Así también el salvaje, de haber permanecido entre nosotros y recibido nuestra educación podría haber entendido la indiferencia de los europeos hacia nuestros vecinos, y nuestras Comisiones Reales para la prevención del *baby-farming* [N.T. Término utilizado a finales del siglo XIX en Inglaterra: encargarse de la crianza de un niño ajeno a cambio de dinero]. «Las casas de piedra dan corazones de piedra», dicen los campesinos rusos. Pero él tendría que haber vivido primero en una casa de piedra.

Debemos hacer observaciones parecidas en lo que respecta al canibalismo. Tomando en cuenta todos los factores sacados a la luz durante una reciente controversia sobre ese tema en la Sociedad Antropológica de París, y muchos comentarios dispersos a todo lo largo de la literatura «de salvajes», estamos en la obligación de reconocer que esa práctica nació por pura necesidad, pero luego logra mayor desarrollo gracias a la superstición hasta alcanzar las proporciones de las islas Fiji o de México. Es un hecho que hasta el día de hoy muchos salvajes se ven obligados a devorar cadáveres en el más avanzado estado de descomposición, y que en casos de escasez absoluta, algunos de ellos han tenido que desenterrar cadáveres humanos y alimentarse de ellos, incluso durante epidemias. Esos son hechos comprobados. Pero si nos transportamos a las condiciones que el hombre tuvo que encarar durante el período glacial, en un clima húmedo y frío, con poco alimento vegetal a su

disposición; si tomamos en cuenta los terribles estragos que el escorbuto todavía hace entre los nativos subalimentados, y recordamos que la carne y la sangre fresca son los únicos restaurativos que conoce, debemos admitir que el hombre, que anteriormente era un animal granívoro, aprendió a comer pescado durante el período glacial. En ese tiempo encontraba gran cantidad de ciervos, pero los ciervos emigraban a menudo a las regiones árticas, y a veces abandonaban por entero a un territorio durante muchos años. En esos casos sus últimos recursos desaparecían. Sometidos a pruebas tan duras como esas, hasta los europeos han recurrido al canibalismo, y a él recurrieron los salvajes. En el presente ocasionalmente devoran los cadáveres de sus propios muertos: en aquel entonces deben haber devorado los cuerpos de los que tenían que morir. Los ancianos morían convencidos de que su muerte le prestaba un último servicio a la tribu. Por eso el canibalismo es representado por algunos salvajes como de origen divino, como algo que les fue ordenado por un mensajero proveniente del cielo. Pero más adelante perdió su carácter de necesidad, y sobrevivió como una superstición. Había que comerse a los enemigos para heredar su valor; y, en una época más tardía aún, el ojo o el corazón del enemigo era comido con el mismo propósito; en tanto que en otras tribus, que ya tenían un clero numeroso y una mitología desarrollada, se inventaron dioses del mal, sedientos de sangre humana, y los sacerdotes exigieron sacrificios humanos para apaciguarlos. En esta fase religiosa de su existencia el canibalismo adquirió sus características más repugnantes. México constituye un ejemplo bien conocido. Y en Fiji, donde el rey podía comerse a cualquiera de sus súbditos, también encontramos una enorme casta de sacerdotes, una teología complicada, y un total

desarrollo de la autocracia. Originado por la necesidad, el canibalismo se convirtió en un período posterior en una institución religiosa, y bajo esa forma sobrevivió hasta mucho después de haber desaparecido entre las tribus que ciertamente lo habían practicado en otros tiempos, pero no llegaron a la etapa teocrática de la evolución. Se puede hacer la misma observación en lo tocante al infanticidio y el abandono de los padres. En algunos casos también han sido conservados como supervivencias de tiempos antiguos, como una tradición del pasado que se guarda religiosamente.

Terminaré mis observaciones mencionando otra costumbre que también es fuente de las más erróneas conclusiones. Me refiero a la práctica de la venganza de sangre. Todos los salvajes están bajo la impresión de que la sangre derramada ha de ser vengada con sangre. Si alguien fue asesinado el asesino debe morir; si alguien fue herido, la sangre del agresor debe ser derramada. No hay excepción para la regla, ni siquiera si se trata de animales. Así que la sangre del cazador es derramada a su regreso a la aldea cuando él ha derramado la sangre de un animal. Esa es la concepción de justicia de los salvajes, una concepción que todavía prevalece en Europa Occidental en lo que atañe al asesinato. Ahora bien, cuando el agresor y el agredido pertenecen a la misma tribu, la tribu y el agredido arreglan el asunto¹⁹. Pero cuando el agresor pertenece a otra tribu, y por una u otra razón esa tribu se niega a entregar una compensación, entonces la tribu agredida decide cobrar venganza por cuenta propia. Los pueblos primitivos consideran en tan gran medida que los actos de cada quien constituyen asuntos tribales, dependientes de la aprobación de la tribu, que fácilmente piensan que el clan es responsable por los actos de cada uno de ellos. Por consiguiente, la debida revancha

puede ser cobrada en cualquier miembro del clan del ofensor, o entre su parentela²⁰. Sin embargo, puede ocurrir con frecuencia que la retaliación va más allá de la ofensa. Tratando de infligir una herida, puede que maten al agresor, o herirlo más gravemente de lo que se quería, lo cual se convierte en causa de una nueva venganza, así que los legisladores primitivos tuvieron mucho cuidado en exigir que la retaliación estuviese limitada al ojo por ojo, diente por diente y sangre por sangre.

Es interesante, sin embargo, en la mayoría de los pueblos primitivos enfrentamientos sangrientos como éstos son infinitamente menos comunes de lo que cabría esperar; aunque en algunos casos pueden alcanzar proporciones anormales, especialmente entre los montañeses que han sido desplazados a las tierras altas por invasores foráneos, como los del Cáucaso, y en especial los de Borneo, los dayak. Con los dayak —se nos ha informado recientemente— los enfrentamientos sangrientos han llegado tan lejos que un joven no puede ni casarse ni ser proclamado adulto antes de haber cobrado la cabeza de un enemigo. Esa práctica horrenda ha sido descrita al detalle en un libro inglés moderno²¹. Parece, no obstante, que esa afirmación constituye una flagrante exageración. Más aún, la «cacería de cabezas» de los dayak adquiere otro cariz cuando nos enteramos de que el supuesto «cazador de cabezas» no actúa en absoluto llevado por una pasión personal. Actúa bajo lo que él considera una obligación moral hacia su tribu, al igual que el juez europeo, obedeciendo a ese mismo principio de «sangre por sangre» evidentemente erróneo, le entrega al verdugo el asesino condenado. Tanto el dayak como el juez hasta podrían sentir remordimientos si el compañerismo los llevase a perdo-

nar al asesino. Por eso los dayak, aparte de los asesinatos que cometen cuando actúan guiados por su propia concepción de la justicia, son descritos por todos los que los conocen como un pueblo sumamente simpático. Así, Carl Bock, el mismo autor que nos ha dado tan terrible cuadro de la cacería de cabezas, escribe:

En cuanto a la moralidad, estoy obligado a asignarles a los dayak una elevada posición en la escala de la civilización. (...) Entre ellos son desconocidos el pillaje y el robo. Son además muy veraces. (...) Si no recibí siempre de ellos la «entera verdad», al menos sí recibí siempre únicamente la verdad. Me gustaría decir lo mismo de los malayos (pp. 209 y 210).

Ida Pfeiffer corrobora plenamente el testimonio de Bock. «Reconocí de un todo», escribió ella, «que debería estar aún más complacida de viajar entre ellos. Siempre los hallé honestos, buenos y reservados. (...) mucho más que cualquier otra nación que yo haya conocido»²². Stoltze utiliza casi el mismo lenguaje cuando habla de ellos. Por lo general los dayak tienen una sola esposa, y la tratan bien. Son muy sociables, y cada mañana el clan entero sale a pescar, cazar o recolectar, en grandes partidas. Sus aldeas constan de grandes chozas, cada una habitada por una docena de familias, y a veces por varios cientos de personas que conviven pacíficamente. Muestran gran respeto por sus esposas, y son muy cariñosos con sus niños; y cuando alguno de ellos cae enfermo las mujeres los cuidan por turnos. Por lo general son muy moderados en el comer y el beber. Así es el kayak en su vida diaria real.

Se volvería una repetición tediosa seguir dando más ejemplos de la vida salvaje. Dondequiera que vayamos encontraremos los mismos hábitos sociables, el mismo espíritu de solidaridad. Y cuando nos esforzamos en penetrar en la oscuridad de las eras pasadas encontramos la misma vida tribal, las mismas asociaciones de los hombres, si bien primitivas, para el apoyo mutuo. Por consiguiente, Darwin tenía toda la razón cuando vio en las cualidades sociales del hombre el principal factor de su evolución posterior, y sus vulgarizadores están completamente equivocados cuando sostienen lo contrario.

La escasa fuerza y velocidad del hombre, su carencia de armas naturales, etc., quedan totalmente contrabalanceados, primero, por sus facultades intelectuales [que, como él señalaba en otra página, han sido ganadas principal o incluso exclusivamente, para el beneficio de la comunidad]; y en segundo término, *por sus cualidades sociales*, que lo llevan a dar y recibir ayuda de sus compañeros²³.

En el siglo anterior el «salvaje» y su «vida en estado natural» habían sido idealizados. Pero ahora los hombres de ciencia se han ido al extremo opuesto, especialmente porque algunos de ellos, ansiosos de demostrar el origen animal del hombre, pero sin estar familiarizados con los aspectos sociales de la vida animal, comenzaron a cargar al salvaje de toda clase de rasgos «bestiales» imaginables. Es evidente, sin embargo, que tal exageración resulta hasta más acientífica que la idealización de Rousseau. El salvaje no es un ideal de virtud, mas tampoco un ideal del «salvajismo». Pero el hombre primitivo posee una cualidad, trabajada y mantenida por las necesidades mis-

mas de su dura lucha por la vida: identifica su propia existencia con la de su tribu; y sin esa cualidad la humanidad nunca habría alcanzado el nivel que ha alcanzado.

Los pueblos primitivos, como ya hemos dicho, identifican hasta tal grado sus vidas con la de la tribu, que cada uno de sus actos, por insignificante que sea, es considerado un asunto tribal. Todo su comportamiento está normado por una serie de reglas de propiedad no escritas que son el fruto de su experiencia en común de lo que es bueno o malo, es decir, beneficioso o perjudicial para su propia tribu. Por supuesto, los razonamientos sobre los que están basadas esas reglas de propiedad resultan a veces absurdos al extremo. Muchos de ellos son originados en la superstición; y, en suma, en todo cuanto el salvaje hace, él no logra ver sino las consecuencias inmediatas de sus actos; no puede prever sus consecuencias indirectas o ulteriores, mas con ello simplemente exagera un defecto que Bentham les reprochaba a los legisladores civilizados. Pero, absurdo o no, el salvaje obedece las prescripciones de la ley común, por inconveniente que ella pueda ser. Las obedece incluso más ciegamente de lo que el hombre civilizado obedece las prescripciones de la ley escrita. Su ley común es su religión, su propia manera de vivir. En su mente siempre está presente la idea del clan, y la auto-restricción y el autosacrificio en interés del clan se presentan a diario. Si el salvaje ha infringido una de las más pequeñas reglas tribales, su condena es la burla de las mujeres. Si la infracción es grave, es torturado día y noche por el temor de haber atraído una calamidad sobre su tribu. Si ha herido accidentalmente a alguien de su propio clan, y cometido así el peor de los crímenes, se siente absolutamente miserable; huye a la espesura y está listo para

cometer suicidio, a menos que la tribu lo absuelva infligiéndole un dolor físico y derramando algo de su propia sangre. Dentro de la tribu todo es compartido en común; cada porción de comida se divide entre todos los presentes; y si el salvaje está solo en la espesura no empieza a comer sin antes haber proferido dos o tres veces en alta voz una invitación a compartir su comida para cualquiera que pudiese escucharla.

En resumen, dentro de la tribu el «uno para todos» es la norma suprema, en la medida en que la familia por separado no haya roto aún la unidad tribal. Pero esa regla no se extiende a los clanes o tribus de la vecindad, ni siquiera cuando se han aliado para protección mutua. Cada tribu o clan constituye una unidad por separado. Igual que entre los mamíferos y las aves, el territorio se halla repartido irregularmente entre tribus separadas y, excepto en tiempos de guerra, las fronteras se respetan. Al entrar en territorio de los vecinos se debe mostrar que no se traen malas intenciones. Mientras más ruidosamente se anuncie la llegada mayor confianza se gana. Y quien entra a una casa debe depositar su hacha en la entrada. Pero ninguna tribu está en la obligación de compartir su comida con las demás: puede hacerlo o no. Por consiguiente la vida del salvaje está dividida en dos conjuntos de acciones, y se presenta bajo dos aspectos éticos diferentes: las relaciones dentro de la tribu y las relaciones con los foráneos. Y (al igual que nuestra legislación internacional) la ley «intertribal» difiere ampliamente de la ley común. Por consiguiente, en caso de guerra las crueldades más repulsivas se pueden considerar como otros tantos intentos por conquistar la admiración de la tribu. Esa doble concepción de la moralidad transcurre a lo largo de la evolución de la humanidad, y se mantiene hasta

nuestros días. Los europeos hemos realizado algún progreso —no inmenso, en todo caso en la erradicación de esa doble concepción de la épica; pero hay que decir también que si bien hemos ampliado en cierta medida nuestras ideas acerca de la solidaridad —en teoría, al menos— hasta abarcar la nación, y en parte también a otras naciones, hemos reducido los límites de la solidaridad dentro de nuestras propias naciones, y hasta dentro de nuestras propias familias.

La aparición de una familia por separado dentro del clan necesariamente perturba la unidad establecida. Una familia por separado significa propiedad y acumulación de riqueza por separado. Vimos cómo los esquimales obvian esos inconvenientes; y constituye uno de los estudios de mayor interés rastrear en el transcurrir de las épocas las diferentes instituciones (la comunidad de aldea, gremios, etc.) mediante las cuales las masas se esforzaron por mantener la unidad tribal, a pesar de las fuerzas que actuaban para romperla. Por otra parte, los primeros rudimentos del conocimiento que aparecieron en una época extremadamente remota, cuando se les confundía con la brujería, también se convirtieron en un poder, en manos de un individuo, que podía ser empleado en contra de la tribu. Fueron guardados cuidadosamente en secreto, y transmitidos tan sólo a los iniciados, en las sociedades secretas de brujos, chamanes y sacerdotes que encontramos entre todos los salvajes. En esa misma época las guerras y las invasiones crearon la autoridad militar, y también castas de guerreros, cuyas asociaciones o círculos adquirieron grandes poderes. Sin embargo, en ningún período de la vida del hombre las guerras fueron el estado de existencia *normal*. Mientras los guerreros se exterminaban entre sí, y los

sacerdotes celebraban sus masacres, las masas continuaban viviendo la vida diaria, proseguían su faena cotidiana. Y seguirle el trazo a esa vida de las masas constituye uno de los estudios más interesantes; estudiar los medios gracias a los cuales mantuvieron su organización social propia, que estaba basada en sus propias concepciones de la equidad, la ayuda y el apoyo mutuos; en una palabra, de la ley común, incluso cuando fueron sometidas a la teocracia más feroz o la autocracia del Estado.

NOTAS

1. *Nineteenth Century*, febrero de 1888, p. 165.
2. Los antropólogos que suscriben las opiniones anteriores respecto al hombre sugieren, a veces, que los simios viven en familias polígamas, bajo el liderazgo de un «macho fuerte y celoso». Yo no sé hasta qué punto esa afirmación está basada en observaciones concluyentes. Pero el pasaje de *Vida de los animales*, de Brehm, al que se hace referencia a veces, difícilmente puede ser considerado como muy conclusivo. Aparece en su descripción general de los monos, pero sus descripciones más detalladas de especies por separado o lo contradicen o no lo confirman. Incluso al referirse a los cercopitecos, Brehm es afirmativo cuando dice que ellos «casi siempre viven en bandadas, y rara vez en familias» (edición francesa, p. 59). En cuanto a otras especies, el propio número de integrantes de sus bandadas, que contienen siempre muchos machos, hacen que la «familia polígama» resulte más que dudosa. Evidentemente es necesaria mayor información.
3. Esa extensión del manto de hielo es admitida por la mayoría de los geólogos que han estudiado especialmente la era glacial. La Investigación Geológica Rusa ya ha aceptado esa visión en lo que a Rusia respecta, y la mayoría de los geólogos alemanes la sostienen en lo tocante a Alemania. La glaciación de la mayor parte de la planicie central de Francia no tardará en ser reconocida por los geólogos franceses, cuando le presten mayor atención a todos los sedimentos glaciales.
4. Bachofen, *Das Mutterrecht*, Stuttgart, 1861; Lewis H. Morgan, *Ancient Society, or Researches in the Lines of Human Progress from Savagery through Barbarism to Civilization*, Nueva York, 1877; J.F. Mac

Lennan, *Studies in Ancient History*, 1ª serie, nueva edición, 1886; L. Fison y A.W. Howitt, *Kamilaroi and Kurnai*, Melbourne. Esos cuatro escritores —como muy acertadamente ha observado Giraud Teulon— partiendo de diferentes hechos y diferentes ideas generales, han llegado a una misma conclusión. A Bachofen le debemos la noción de la familia materna y la sucesión materna; a Morgan el sistema de parentesco malayo y turano, y un esquema muy talentoso de las fases principales de la evolución humana; a MacLennan, la ley de la exogenia, y a Fison y Howitt, el cuadro o esquema de las sociedades conyugales en Australia. Los cuatro terminan por establecer el mismo hecho del origen tribal de la familia. Cuando Bachofen atrajo por primera vez la atención hacia la familia materna, en su obra epocal, y Morgan describió la organización de clan, y ambos coincidieron en la extensión casi general de esas formas y en sostener que las leyes matrimoniales estaban en la base misma de los pasos consecuenciales de la evolución humana, fueron acusados de exageración. Sin embargo, las investigaciones más acuciosas proseguidas desde entonces por una falange de estudiosos de leyes antiguas han comprobado que todas las razas de la humanidad tienen vestigios de haber pasado por similares etapas de desarrollo de las leyes matrimoniales, como las que vemos vigentes hoy entre ciertos salvajes. Ver las obras de Post, Dargun, Kovalevsky, Lubbock, y sus numerosos seguidores: Lippert, Mucke, etc.

5. Ver el Apéndice VII.
6. Resultaría imposible entrar aquí en el estudio a fondo del origen de las restricciones matrimoniales. Permítaseme señalar tan sólo que existe una división en grupos, similar a la de los *hawaianos* de Morgan, entre las aves; los polluelos viven juntos y por separado de sus padres. Posiblemente también sea posible trazar una división parecida entre algunos mamíferos. En cuanto a la prohibición de relaciones entre hermanos y hermanas es más posible que haya surgido, no por especulaciones acerca de los malos efectos de la consanguinidad, cuyas especulaciones realmente no parecen probables, sino para evitar la precocidad excesivamente fácil de esos matrimonios. Debí convertirse en necesidad imperiosa bajo esa estrecha cohabitación. Debo señalar también que al estudiar el origen de las nuevas costumbres en su conjunto debemos tener en mente que los salvajes, lo mismo que nosotros, tienen sus «pensadores» y sus *savants* —brujos, doctores, profetas, etc.— cuyo conocimiento e ideas están más adelantados que los de las masas. Unidos como están en sus uniones secretas (otra característica casi universal) son capaces en verdad de ejercer una poderosa influencia, y de imponer costumbres cuya utilidad puede no ser reconocida por la mayoría de la tribu.

7. P. Kolben, *The Present State of the Cape of Good Hope*, traducido del alemán por el señor Medley, Londres, 1731, vol. I, pp. 59, 71, 333, 336, etc.
8. *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, 1888, vol. XI, p. 652. Respuestas abreviadas por mí.
9. *Ibid.*, p. 386. Respuestas abreviadas por mí.
10. La práctica es igual para con los papúes de Kaimani Bay, que tienen alta reputación de honestos. «Nunca ocurre que el papú incumpla su compromiso», dice Finsch en *Neuguinea und Seine Bewohner*, Bremen, 1865, p. 829.
11. *Izvestia*, de la Sociedad Geográfica Rusa, 1880, pp. 161 *seq.* Pocos libros de viaje brindan una mejor penetración en los detalles menudos de la vida diaria de los salvajes que esos pasajes tomados de los cuadernos de notas de Maklay.
12. En Australia se ha visto a clanes enteros intercambiarse todas las esposas, a fin de conjurar una calamidad. Su antídoto contra las calamidades es aumentar la hermandad.
13. H. Rink, *The Eskimo Tribes*, p. 26 (*Meddelelser om Grönland*, vol. XI, 1887).
14. Rink, *loc. cit.* p. 24. Los europeos, criados en el respeto al derecho romano, rara vez son capaces de entender esa fuerza de la autoridad tribal. «De hecho», escribe el doctor Rink, «no constituye la excepción, sino la regla, que los blancos que han permanecido por diez o veinte años entre los esquimales regresen sin ningún apego verdadero a su conocimiento de las ideas tradicionales sobre las que se basa su estado social. El hombre blanco, trátese de un misionero o de un traficante, se aferra a su opinión dogmática de que el más vulgar de los europeos es mejor que el más distinguido de los nativos». *The Eskimo Tribes*, p. 31.
15. Dall lo observó en Alaska, Jacobsen en Ignitok, en las proximidades del estrecho de Bering. Gilbert Sproat lo menciona entre los indios de Vancouver; y el doctor Rink, quien describe las exhibiciones periódicas mencionadas arriba, agrega: «La principal utilización de la acumulación de riqueza personal es su distribución *periódica*». Menciona también (*loc. cit.* p. 31) «la destrucción de propiedad para el mismo propósito» (de mantener la igualdad).
16. Ver el Apéndice VIII.
17. Veniaminoff, *Memorias relativas al Distrito de Unalashka* (en ruso), 3 vols. San Petersburgo, 1840. En *Alaska*, de Dall, se presentan extractos del libro en inglés. En *Nature*, XLII, p. 639, hay una descripción parecida de la moralidad de los australianos.
18. Es asombroso que varios autores (Middendorff, Schrenk, O. Finsch) describieran a los ostyaks y samoyedos en casi las mismas palabras. Hasta cuando están borrachos sus peleas resultan insignificantes. «En cien años se ha cometido un solo asesinato en la *tundra*»; «sus niños

nunca pelean», «se puede dejar cualquier cosa en la tundra, incluso comida y ginebra, que nadie lo tocará», y así. Gilbert Sproat dice de los indios Aht de la isla de Vancouver: «*jamás* vi una pelea entre dos nativos sobrios». «Pelarse es algo raro también entre los niños». (Rink, *loc. Cit.*). Y así.

19. Es notorio, sin embargo, que en el caso de una sentencia a muerte, nadie asumirá el rol de ejecutor. Cada uno lanza su piedra, o hiere con su hacha, evitando cuidadosamente inferir el golpe mortal. En una época más tardía, el sacerdote apuñalará a la víctima con un cuchillo sagrado. Y más tarde aún será el rey, hasta que la civilización invente al verdugo a sueldo. Una reminiscencia de ese hábito tribal, me dice el profesor E. Nys, ha sobrevivido hasta nuestros tiempos en las ejecuciones militares. A mediados del siglo XIX la costumbre era cargar los rifles de los doce soldados convocados para el fusilamiento del condenado con once cartuchos cargados y uno sin carga. Como los soldados nunca sabían cuál de ellos tenía este último, cada quien podía consolar su conciencia atormentada pensando que él no había sido uno de los asesinos.
20. En África, y en todas partes, constituye un hábito vastamente extendido que si se ha cometido un robo, el clan más cercano tiene que restituir el equivalente del objeto robado y después ellos mismo buscar al culpable.
21. Ver Carl Bock, *The Head-Hunters of Borneo*, Londres, 1881. Sin embargo, sir Hugh Law, quien fue durante largo tiempo gobernador de Borneo, que la «cacería de cabezas» descrita en ese libro está burdamente exagerada. En resumen, mi informante habla de los dayak en los mismos términos favorables que Ida Pfeiffer. Permitaseme agregar que Mary Kingsley habla en su libro sobre África Occidental en iguales términos favorables de los fans, que anteriormente habían sido representados como los más «terribles caníbales».
22. Ida Pfeiffer, *Meine zweite Weltrize*, Viena, 1856, vol. 1, pp. 116 *seq.* Ver también Müller y Temminch, *Dutch Possessions in Archipelagic India*, citado por Elisée Reclus en *Géographie Universelle*, XIII.
23. *Descent of Man*, 2ª ed., pp. 63, 64.

CAPÍTULO IV

AYUDA MUTUA ENTRE LOS BÁRBAROS

Las grandes migraciones. Se hace necesaria una nueva organización. La comunidad de aldea. Trabajo comunal. Procedimiento jurídico. Ley intertribal. Ejemplos de la vida de nuestros contemporáneos. Buryates. Cabilas. Montañeses del Cáucaso. Troncos africanos. Las Américas.

No es posible estudiar la humanidad primitiva sin dejarse impresionar profundamente por la sociabilidad que ha demostrado desde sus primeros pasos en la vida. En los restos de la edad de piedra más primitiva y los de la tardía, se encuentran vestigios de las sociedades humanas, y cuando pasamos a observar a los salvajes cuyas formas de vida son todavía las del hombre del neolítico, los vemos estrechamente vinculados por una organización de clan extremadamente antigua que les permite combinar sus fuerzas individualmente débiles, para disfrutar de la vida en común y progresar. El hombre no constituye una excepción en la naturaleza. También se sujeta al gran principio de la ayuda mutua, que les garantiza las mejores oportunidades de sobrevivir a los que mejor se apoyen los unos a los otros en la lucha por la vida. A esas conclusiones llegamos en los capítulos precedentes.

Sin embargo, en cuanto entramos en una etapa de la civilización más elevada, y nos encontramos ante una historia que ya tiene algo que referirnos acerca de esa etapa, nos dejan atónitos las luchas y conflictos que ella revela. Los antiguos nexos parecen haber sido rotos por completo.

Vemos luchar troncos contra troncos, tribus contra tribus, individuos contra individuos, y en medio de esa contienda entre fuerzas hostiles, a la humanidad dividida en castas, esclavizada por los déspotas, separada en Estados siempre dispuestos a librar la guerra entre ellos. Y, con esa historia de la humanidad entre las manos, el filósofo pesimista concluye triunfante que la guerra y la opresión constituyen la esencia misma de la naturaleza humana; que los instintos belicosos y predadores del hombre sólo pueden ser refrenados dentro de ciertos límites por una autoridad fuerte que imponga la paz, y les conceda así a los contados más nobles una oportunidad para prepararle una vida mejor a la humanidad en los tiempos por venir.

Y sin embargo, en cuanto revisamos más de cerca la vida cotidiana del hombre durante ese período histórico—como lo han hecho recientemente muchos pacientes estudiosos de las instituciones más primitivas— se nos revela de inmediato bajo un aspecto muy distinto. Dejando a un lado las ideas preconcebidas de la mayoría de los historiadores y su pronunciada predilección por los aspectos dramáticos de la historia, vemos que los propios documentos que ellos escudriñan habitualmente son los que exageran la parte de la vida humana dedicada a las luchas y subestiman su disposición pacífica. Los días brillantes y soleados se pierden de vista ante los huracanes y las tormentas. Incluso en nuestros propios tiempos, los registros negativos que les preparamos a los futuros historiadores, en nuestra prensa diaria, nuestros tribunales, nuestros oficios gubernamentales, y hasta en nuestras ficciones y poemas padecen de igual unilateralidad. Le entregan a la posteridad las descripciones más minuciosas de cada guerra, cada batalla y escaramuza, cada enfrentamiento y acto de

violencia, cada tipo de padecimiento individual; pero difícilmente dejan alguna evidencia de los incontables actos de apoyo mutuo y devoción que cada uno de nosotros conoce por experiencia propia; difícilmente toman nota de lo que constituye la esencia misma de nuestra vida diaria: nuestros instintos y costumbres sociales. No es de extrañar, entonces, que los registros del pasado fuesen tan imperfectos. Los analistas de antaño nunca dejaban de hacer la crónica de las lamentables guerras y calamidades que desolaban a sus contemporáneos; pero no le prestaban ninguna atención a la vida de las masas, aunque las masas solían principalmente afanarse en trabajar en paz mientras los menos se dedicaban a la guerra. Los poemas épicos, las inscripciones en los monumentos, los tratados de paz, casi todos los documentos históricos comparten la misma característica: se ocupan de la ruptura de la paz, no de la paz misma. Por lo tanto, el mejor intencionado de los historiadores pinta inconcientemente un cuadro distorsionado de los tiempos que se empeña en describir; y para restaurar la proporción real entre el conflicto y la unión estamos ahora obligados a entrar en un análisis concienzudo de los miles de pequeños hechos y vagas indicaciones preservadas por accidente en los restos del pasado; a interpretarlos con el auxilio de la etnología comparada; y, después de haber escuchado tanto acerca de lo que solía dividir a los hombres, reconstruir piedra por piedra las instituciones que solían unirlos.

Antes habrá que reescribir una larga historia sobre nuevas líneas, que tome en cuenta esas dos corrientes de la vida humana y estime el papel jugado por cada una en la evolución. Pero mientras tanto, nos aprovecharemos del inmenso trabajo preparatorio hecho recientemente con

miras a la restauración de las características predominantes de la segunda corriente, tan ignorada. Podemos tomar de los períodos mejor conocidos de la historia algunos ejemplos de la vida de las masas, a fin de indicar el papel jugado por el apoyo mutuo durante esos períodos; y al hacerlo (en aras de la brevedad) dispensarnos de retroceder hasta la antigüedad egipcia, e incluso la griega y la romana. Porque de hecho la evolución de la humanidad no ha tenido el carácter de una serie ininterrumpida. En varias oportunidades la civilización llegó a su fin en una región dada, con una raza dada, para comenzar otra vez en cualquier otra parte y entre otras razas. Pero a cada nuevo inicio recomenzó con las mismas instituciones clánicas que hemos visto entre los salvajes. De manera que si tomamos el último reinicio de nuestra propia civilización, cuando comenzó de nuevo en los primeros siglos de nuestra era, entre aquellos a quienes los romanos llamaron los «bárbaros», tendremos toda la escala de la evolución, comenzando con los gens y terminando con las instituciones de nuestra propia época. Las páginas que siguen estarán dedicadas a esos ejemplos.

Los hombres de ciencia no se han puesto de acuerdo en torno a las causas que hace unos dos mil años atrajeron hacia Europa naciones enteras del Asia, resultando en grandes migraciones de bárbaros que le pusieron fin al Imperio Romano de Occidente. Sin embargo, al geógrafo se le sugiere naturalmente una causa cuando contempla las ruinas de ciudades populosas en los desiertos de Asia Central, o sigue los viejos cauces de ríos hoy desaparecidos y el amplio contorno de lagos reducidos en la actualidad al tamaño de meras lagunas. Es el desecamiento: un desecamiento muy reciente, que aún continúa a una velocidad que

antes no estábamos preparados para admitir¹. Contra eso el hombre era impotente. Cuando los habitantes de Mongolia Noroccidental y el Turquestán Oriental notaron que el agua los abandonaba, no les quedó otro camino que bajar hasta los vastos valles que conducen a las tierras bajas, y desplazar hacia el Oeste a los habitantes de las llanuras². Troncos y troncos se arrojaron así hacia Europa, obligando a otros troncos a desplazarse y redespazarse al Este y al Oeste a lo largo de siglos, en busca de nuevos hábitats más o menos permanentes. Durante esas migraciones las razas se estuvieron mezclando entre sí, aborígenes con emigrantes, arios con ural-altayanos; y no habría de qué extrañarse si las instituciones sociales que los habían mantenido unidos en sus países natales se hubiesen derrumbado por completo durante la estratificación de razas que tuvo lugar en Europa y en Asia. Pero *no* se derrumbaron: simplemente sufrieron la modificación requerida por las nuevas condiciones de vida.

Los teutones, los celtas, los escandinavos, los eslavos y demás, estaban en estado de organización social transicional cuando comenzaron a hacer contacto con los romanos. Las uniones de clanes, basadas en un origen común real o supuesto, los había mantenido juntos durante miles de años seguidos. Pero esas uniones podían responder a sus propósitos sólo en tanto que no se tratase de familias por separado dentro del gens o clan. Sin embargo, por causas ya mencionadas dentro de los clanes se había ido desarrollando, lenta pero perseverantemente, la familia patriarcal por separado y a la larga ello significaba evidentemente la acumulación individual de riqueza y poder, y la transmisión hereditaria de ambos. Las frecuentes migraciones de los bárbaros y las guerras consiguientes sólo aceleraron la división de los gens en familias por separado, mientras la

dispersión de los troncos y su fusión con extranjeros brindaba singulares facilidades para la definitiva desintegración de las uniones que estuviesen basadas en el parentesco. Así, los bárbaros estuvieron en una posición en la que o veían cómo se disolvían sus clanes en agregaciones de familias poco cohesionadas, de las cuales las más ricas, especialmente si con la riqueza combinaban funciones sacerdotales o reputación militar, lograban imponerles su autoridad a las demás; o bien hallaban otra forma de organización nueva basada en algún principio igualmente nuevo.

Muchos troncos no tuvieron la fuerza necesaria para resistirse a la desintegración: se fragmentaron y se perdieron para la historia. Pero los más vigorosos no se desintegraron. Salieron del desastre con una nueva organización —la *comunidad de aldea*— que los mantuvo unidos durante los siguientes mil quinientos años o más. Se elaboró la concepción de un *territorio* común, bajo propiedad o protección de los esfuerzos comunitarios, y ocupó el lugar de las concepciones del origen común en desaparición. Los dioses comunes perdieron gradualmente su carácter de ancestros y se les dotó de un carácter territorial local. Se convirtieron en los dioses o santos de una localidad dada; se identificó a «la tierra» con sus habitantes. En lugar de la consanguinidad de antaño se desarrollaron las uniones territoriales, y esa nueva organización evidentemente ofrecía muchas ventajas bajo las circunstancias que se daban. Reconocía la independencia de la familia y hasta la enfatizaba, y la comunidad de aldea declinaba todo derecho a interferir en lo que ocurría en el interior del entorno familiar; le concedía mucha mayor libertad a la iniciativa personal; en principio no era hostil a la unión entre personas de distinta ascendencia, y al mismo tiempo mantenía

la necesaria cohesión de acción y pensamiento, mientras seguía siendo lo bastante fuerte como para oponerse a las tendencias de dominación de las minorías de magos, sacerdotes y guerreros profesionales o distinguidos. En consecuencia se convirtió en la célula primigenia de la organización futura, y en muchas naciones la comunidad de la aldea ha conservado ese carácter hasta hoy.

Hoy se reconoce, y muy pocos intentan refutarlo, que la comunidad de la aldea no constituyó un rasgo específico de los eslavos, ni siquiera de los antiguos teutones. Prevalció en Inglaterra durante los tiempos tanto de los sajones como de los normandos, y sobrevivió parcialmente hasta el siglo pasado³; estuvo en el fondo de la organización social de Escocia, Irlanda y Gales antiguas. En Francia la posesión comunal y el reparto comunal de la tierra arable por la asamblea general de los aldeanos se mantuvo desde los primeros siglos de nuestra era hasta los tiempos de Turgot, que halló demasiado «ruidosas» esas asambleas y por eso las abolió. Sobrevivió al dominio romano en Italia, y revivió luego de la caída del imperio. Fue la norma con los escandinavos, los eslavos, los fineses (en la *pittäyä* y, probablemente, también en la *kihlakunta*), los coures y los lives. La comunidad de aldea en la India —del pasado y del presente, tanto en los arios como en los no arios— es bien conocida gracias a las obras trascendentales de sir Henry Maine; y Elphinstone la ha descrito entre los afganos. La encontramos también en el *oulous* mongol, el *thaddart* cabila, la *dessa* javanesa, la *kota* o *tofa* malaya, y bajo una variedad de nombres en Abisinia, el Sudán, en el interior de África, en nativos de ambas Américas, en todas las grandes y pequeñas tribus de los archipiélagos del Pacífico. En resumen, no sabemos de ninguna raza humana

o nación que no haya tenido su período de comunidades de la aldea. Ese sólo hecho desmiente la teoría según la cual la comunidad de aldea habría sido un desarrollo servil. Es anterior a la servidumbre, e incluso el sometimiento servil resultó impotente para romperla. Fue una fase universal de la evolución, un resultado natural de la organización clánica con todos esos troncos, al menos, que han jugado, o juegan todavía, algún papel en la historia. Se trató de un crecimiento natural, por consiguiente no era posible una uniformidad absoluta en su estructura. Por lo general, fue una unión entre familias que se consideraba tenían un ascendiente común y poseían determinado territorio en común. Pero en el caso de algunos troncos, y bajo ciertas circunstancias, las familias solían hacerse muy numerosas antes de que se desprendieran nuevos retoños en forma de nuevas familias; cinco, seis o siete generaciones continuaban viviendo bajo el mismo techo, o dentro del mismo recinto, poseyendo en común la vivienda mancomunada y el ganado, y realizando sus comidas ante el hogar común. Mantenían en ese caso lo que se conoce en etnología como la «familia indivisa» o la «casa familiar indivisa», que todavía vemos en toda China, en la India, en la *zadruga* del sur de Eslavonia, y hallamos ocasionalmente en África, en América, en Dinamarca, en la Rusia del Norte y en el occidente de Francia⁴. En otros troncos, o en otras circunstancias aún no bien especificadas, las familias no alcanzaron las mismas proporciones; los nietos, y ocasionalmente los hijos dejaban la casa familiar tan pronto como contraían matrimonio, y cada uno iniciaba una nueva célula por cuenta propia. Pero indivisas o no, agrupadas o dispersas en los bosques, las familias se mantenían unidas en comunidades de la aldea; varias aldeas se agrupaban en tribus; y las tribus se unificaban en confederaciones.

Tal fue la organización social que se desarrolló entre los llamados «bárbaros» cuando empezaron a establecerse más o menos permanentemente en Europa.

Fue necesaria una larga evolución antes de que los gens o clanes reconocieran la existencia por separado de una familia patriarcal en una choza por separado; pero incluso aún después de que eso había sido reconocido el clan, por lo general, ignoraba cualquier herencia de propiedad personal. Las pocas cosas que hubieran podido pertenecerle personalmente al individuo o bien eran destruidas sobre su tumba o bien enterradas con él. La comunidad de la aldea, por el contrario, reconocía a cabalidad la acumulación privada de riqueza dentro de la familia y su transmisión hereditaria. Pero la riqueza se concebía tan sólo en forma de *bienes muebles*, incluidos el ganado, los utensilios, las armas y la casa de habitación que —«como todas las cosas que pueden ser destruidas por el fuego»— pertenecían a la misma categoría. En cuanto a la propiedad privada de la tierra, la comunidad de la aldea no reconocía nada por el estilo, ni podía hacerlo, como por lo general tampoco la reconoce hoy. La tierra era propiedad en común de la tribu, o del tronco en su conjunto, y la propia comunidad de la aldea poseía su parte del territorio tribal hasta tanto la tribu no exigiese una redistribución de las parcelas de la aldea. El despejado de las zonas boscosas y el desmonte de las tierras llanas era hecho en su mayor parte por las comunidades, o al menos por el trabajo mancomunado de varias familias —siempre con el consentimiento de la comunidad— y cada familia mantenía la parcela que había desbrozado por un término de cuatro, doce o veinte años, y vencido ese término era tratada como parte de la tierra arable poseída en común. La propiedad privada, o la

posesión «para siempre» resultaba tan incompatible con los principios mismos y las concepciones religiosas de la comunidad de la aldea como lo era con los principios del gens; así que se requirió de una prolongada influencia del derecho romano y la iglesia cristiana, que aceptó muy pronto los principios romanos, para acostumbrar a los bárbaros a la idea de que la propiedad privada de la tierra era posible⁵. Pero aunque dicha propiedad o posesión por un tiempo ilimitado fuese reconocida, el dueño de un terreno por separado seguía siendo copropietario de las tierras baldías, las selvas y los pastizales. Además, como vemos continuamente, en especial en la historia de Rusia, cuando unas pocas familias, actuando por separado, habían tomado posesión de alguna tierra perteneciente a tribus que eran tratadas como extranjeras, muy pronto se unificaban y constituían una comunidad de aldea que en la tercera o cuarta generación comenzaba a declarar su comunidad de origen.

Toda una serie de instituciones, heredadas en parte del período clánico, se desarrollaron sobre esa base de la propiedad común de la tierra durante la larga sucesión de siglos que se necesitaron para poner a los bárbaros bajo el dominio de los estados organizados sobre el modelo romano o bizantino. La comunidad de aldea no era solamente una unión para garantizarle a cada quien su parte justa de la tierra comunal, sino también una unión para el cultivo comunal, para el apoyo mutuo en todas las formas posibles, para la protección contra la violencia, y para un mayor desarrollo del conocimiento, los nexos nacionales y las concepciones morales; y cualquier cambio en los procedimientos jurídicos, militares, educativos o económicos tenían que ser decididos en las asambleas de la aldea, la tribu o la confederación. Al constituir una pro-

longación del gens, la comunidad heredó todas sus funciones. Fue la *universitas*, la *mir*, un mundo en sí mismo.

Cazar en común, pescar en común y el cultivo en común de los huertos o las plantaciones de árboles frutales era la regla en los antiguos gens. En las comunidades de las aldeas de los bárbaros la agricultura en común se convirtió en la regla. En verdad, el testimonio directo de ese efecto es escaso, y en la literatura de la antigüedad sólo tenemos los testimonios de Diodoro y Julio César en relación con los habitantes de las islas Lípari, uno de las tribus celtíberas y otro de los suavos. Pero no falta la evidencia que compruebe que algunas tribus teutonas, los francos y los antiguos escoceses, irlandeses y galeses practicaban la agricultura en común. En lo que se refiere a las últimas supervivencias de la misma práctica, simplemente resultan incontables. Incluso en la Francia perfectamente romanizada el cultivo en común era habitual hará unos veinticinco años en el Morbihan (Bretaña). El antiguo cyvar galés, o arado en conjunto, así como el cultivo en común de la tierra destinada al uso del santuario de la aldea eran muy comunes entre las tribus del Cáucaso de menor contacto con la civilización, y hechos similares son de ocurrencia diaria entre los campesinos rusos. Más aún, es bien conocido que muchas tribus de Brasil, Centroamérica y México solían cultivar sus campos en común, y el mismo hábito está ampliamente difundido entre algunos malayos, en Nueva Caledonia, en varios troncos negros, y así. En resumen, la agricultura comunal es tan habitual en muchos troncos arios, ural-altayanos, mongoles, negros, pieles rojas, malayos y melanesios que podemos considerarla una forma universal —aunque no la única posible— de agricultura primitiva.

Sin embargo, el cultivo comunal no implica necesariamente el consumo comunal. Ya bajo la organización clásica vemos con frecuencia que cuando regresan a la aldea los botes cargados de frutos o peces, la comida que traen es dividida entre las cabañas y las «casas grandes» habitadas por varias familias o por los jóvenes, y es cocinada aparte en cada hogar por separado. El hábito de comer en un círculo más reducido de parientes o asociados, prevalece así en un período primitivo de la vida en clan. Y se convirtió en la regla de la comunidad de aldea. Hasta la comida criada o cultivada en común se dividía usualmente entre las viviendas, luego de que parte de ella había sido reservada para el uso comunal. Sin embargo, la tradición de las comidas comunales se mantuvo religiosamente viva; en cada oportunidad que se presentara, como la conmemoración de los antepasados, las festividades religiosas, el inicio y el fin de la actividad agrícola, los nacimientos, matrimonios y funerales eran aprovechados para reunir a la comunidad para una comida en común. Incluso en nuestros días ese hábito, tan conocido en nuestro país como «la cena de la cosecha», será el último en desaparecer. Por otra parte, incluso ya hacía mucho tiempo que los campos habían dejado de ararse y sembrarse en común, todavía quedaba, y continúa quedando, una variedad de trabajo agrícola para ser ejecutado por la comunidad. Parte de la tierra comunal se sigue cultivando en muchos casos en común, bien en provecho de los necesitados, o para restituir las existencias de las reservas comunales, o para utilizar la producción en las festividades religiosas. Los canales de irrigación son excavados y reparados en común. Los prados comunales son segados por la comunidad; y la vista de una comunidad rusa

segando un prado —los hombres rivalizando entre ellos en su avance con la hoz, mientras las mujeres vuelcan el pasto segado y van haciendo montones— constituye uno de los espectáculos más inspiradores; muestra lo que podría y debería ser el trabajo humano. El heno, de ser ese el caso, es dividido entre las viviendas por separado, y es evidente que nadie tiene derecho a tomar heno del almiar de un vecino sin su permiso; pero la limitación de esta última regla entre los ossetes del Cáucaso es muy interesante. Cuando canta el cuco para anunciar la llegada de la primavera, y que pronto el pasto cubrirá de nuevo los prados, todo aquel que lo necesite tiene derecho a tomar del almiar de un vecino el heno que quiera para su ganado. Los antiguos derechos comunales son así reafirmados, como para demostrar cuán contrario resulta a la naturaleza humana el individualismo sin freno.

Cuando el viajero europeo desembarca en alguna pequeña isla del Pacífico y al divisar a lo lejos un grupo de palmeras camina en esa dirección, le asombra descubrir que las pequeñas aldeas están conectadas por caminos pavimentados por grandes losas, muy confortables para los nativos descalzos y bien parecidos a los «camino viejos» de las montañas suizas. Los «bárbaros» trazaron caminos como esos por toda Europa, y hay que haber viajado por países inhóspitos, escasamente poblados, muy lejos de las vías de comunicación principales, para darse cuenta a cabalidad del inmenso trabajo que tienen que haber realizado las comunidades de los bárbaros para poder conquistar el yermo boscoso y pantanoso que era Europa hace unos dos mil años. Familias aisladas, desprovistas de utensilios, y débiles como eran, no hubieran podido conquistarla. El yermo los hubiese vencido. Sólo las comunidades de las aldeas, trabajando

en común, pudieron dominar los bosques bravíos, las ciénagas hundidizas y las estepas interminables. Los caminos rudimentarios, los pontones, los puentes de madera arrasados por el invierno y reconstruidos después de las inundaciones primaverales, los cercados y las empalizadas de las aldeas, las fortificaciones de tierra y las pequeñas torres diseminados por el territorio: todo eso fue obra de las comunidades de los bárbaros. Y cuando una comunidad crecía en número solía desprender un nuevo retoño. Surgía una nueva comunidad a cierta distancia, y paso a paso los bosques y las estepas iban cayendo bajo el dominio del hombre. Toda la construcción de las naciones europeas fue ese retoñar de las comunidades de las aldeas. Aún en nuestros días los campesinos rusos, si todavía no los han abatido por completo las penurias, emigran en comunidades, y aran el suelo y construyen las casas en común cuando se establecen sobre las orillas del Amur, o en Manitoba. Y hasta los ingleses, cuando comenzaron a colonizar a Norteamérica, solían regresar al viejo sistema: se agrupaban en comunidades de las aldeas.

La comunidad de aldea fue el arma principal de los bárbaros en su ardua lucha contra una naturaleza hostil. Fue también la traba que le opusieron a la opresión por los más astutos y los más fuertes que se hubiese podido desarrollar fácilmente durante esos tiempos tormentosos. El bárbaro imaginario —el hombre que pelea y mata a su mero capricho— tuvo una existencia tan real como la del salvaje «sediento de sangre». El bárbaro real estuvo viviendo, por el contrario, bajo una serie de instituciones, imbuido de consideraciones acerca de qué pudiese ser útil o perjudicial para su tribu o confederación, y esas instituciones fueron siendo transmitidas fervorosamente de gene-

ración en generación en versos y cantos, en triadas y proverbios, en aforismos y enseñanzas. Mientras más los estudiamos más reconocemos los estrechos nexos que unificaban a los hombres en sus aldeas. Cada pelea surgida entre dos individuos era tratada como asunto comunal, incluso las palabras ofensivas que se pudiesen haber proferido durante una riña eran consideradas como una ofensa contra la comunidad y sus ancestros. Tenían que ser reparadas con indemnizaciones tanto al individuo como a la comunidad. Y si un enfrentamiento terminaba en trifulca y heridas, aquél que sólo estuvo viendo y no se interpuso, era tratado como si él mismo hubiese sido el heridor⁶.

El procedimiento jurídico estaba imbuido del mismo espíritu. Toda disputa era llevada primero ante mediadores o árbitros, y eso casi siempre le ponía fin, pues los árbitros jugaban un papel muy importante en la sociedad bárbara. Pero si el caso era demasiado grave como para ser arreglado de esa manera, se llevaba ante la asamblea general, que estaba obligada a «dar con la sentencia» y pronunciarla en forma condicional; es decir: «estará obligado a tal indemnización, si se comprueba el agravio». Y el agravio tenía que ser comprobado o desestimado por seis o doce personas que confirmaban o negaban el hecho bajo juramento. Se recurría a la ordalía en caso de contradicción entre los dos cuerpos de jurados. Ese procedimiento, que se mantuvo en vigor por más de dos mil años seguidos, dice muchísimo por sí solo: muestra lo estrechos que eran los nexos entre todos los miembros de la comunidad. La única amenaza posible era que la comunidad pudiese declarar proscrito al que se negase a aceptar el veredicto, pero hasta tal amenaza era recíproca. El que quedase descontento con la asamblea podía declarar que abandonaría

la tribu para marcharse a otra, una amenaza definitivamente terrible, pues le traería toda clase de infortunios a la tribu que pudiese haber sido injusta con uno de sus miembros⁷. La rebelión contra una decisión justa del derecho consuetudinario era simplemente «inconcebible», como muy bien lo ha expresado Henry Maine, porque en aquellos tiempos «la ley, el precepto moral y el hecho» eran inseparables⁸. La autoridad moral de la comunidad era tan grande que todavía en una época muy posterior, cuando las comunidades de la aldea se sometieron al señor feudal mantuvieron sus poderes jurídicos. Sólo le permitieron al señor, o su comisionado, «dar» con la sentencia condicionada que ya vimos, en concordancia con el derecho consuetudinario al que él había jurado apegarse y recaudar para sí la multa (la *fred*) que antes percibía la comunidad. Pero por mucho tiempo, si el propio señor seguía siendo copropietario del terreno baldío de la comunidad, en lo asuntos comunales se sometía a las decisiones de ésta. Noble o eclesiástico, tenía que someterse a la asamblea. *Wer daselbst Wasser und Weid genusst, muss gehorsan sein*: «Quien aquí disfrute del derecho al agua y al pasto debe obedecer», era el antiguo dicho. Incluso cuando los campesinos se convirtieron en siervos del señor, éste estaba en la obligación de comparecer ante la asamblea cuando ellos lo requerían⁹.

En sus concepciones de la justicia los bárbaros evidentemente no diferían mucho de los salvajes. Mantenían también la idea de que un homicidio tenía que ser seguido por la muerte del homicida; que las heridas debían ser castigadas con heridas equivalentes, y que la familia agraviada estaba en la obligación de hacer que se cumpliese la sentencia del derecho consuetudinario. Se trataba de un deber sagrado, un deber para con los antepasados, que había de

ser cumplido a plena luz del día, nunca en secreto, y dado a conocer a todos. Por eso los pasajes más inspirados de todas las sagas y la poesía épica son los que glorifican lo que se suponía era justicia. Los dioses mismos participaban prestando ayuda. Sin embargo, el rasgo predominante de la justicia bárbara es, por una parte, la intención de limitar el número de personas que pudiesen involucrarse en una venganza de sangre y, por otra, extirpar la idea de la sangre por sangre y herida por herida, sustituyéndola por el sistema de la indemnización. Los códigos bárbaros —que eran recopilaciones de normas del derecho consuetudinario puestas por escrito para el uso de los jueces— «permitían en principio, luego estimulaban y finalmente imponían» la indemnización en lugar de la venganza. Sin embargo, la indemnización ha sido totalmente malinterpretada por quienes la han representado como una multa, y como una especie de *carte blanche* concedida a los ricos para hacer cuanto les viniera en gana. La indemnización monetaria (*wergeld*), que era totalmente diferente a la multa o *fred*¹⁰, resultaba habitualmente tan elevada para todo tipo de agravios activos que ciertamente disuadía de cometerlos. En caso de homicidio, por lo general, excedía la totalidad de la posible fortuna del homicida. «Dieciocho veces dieciocho reses» es la indemnización para los ossetes, que no saben contar más allá de dieciocho, mientras que para las tribus africanas alcanza a las 800 reses o 100 camellos con sus crías, o 416 ovejas para las tribus más pobres. En la gran mayoría de los casos no había forma de pagar la indemnización monetaria, de manera que el homicida no tenía más recurso que solicitarle a la familia agravada, en arrepentimiento, que lo adoptase. Todavía hoy, en el Cáucaso, cuando las venganzas de sangre llegan a su fin, el agravante

toca con sus labios el pecho de la mujer más vieja de la tribu y se convierte en «hermano de leche» de todos los hombres de la familia agraviada¹¹. En varias tribus africanas debe entregar en matrimonio a su hija, o a su hermana, a alguien de la familia; en otras tribus se le condena a casarse con la mujer a la que ha hecho viuda; y en todos los casos se convierte en un miembro de la familia cuya opinión es tomada en cuenta en todos los asuntos familiares importantes¹².

Lejos de actuar con indiferencia por la vida humana, los bárbaros, por el contrario, no sabían nada de los horribles castigos introducidos en una época posterior por el derecho laico y el canónico bajo la influencia romana y bizantina. Porque si el código sajón admitía la pena de muerte con bastante liberalidad, incluso para los incendiarios y los asaltantes, los demás códigos bárbaros la sentenciaban exclusivamente en casos de traición a su propia gente y de sacrilegio contra los dioses de la comunidad, como único medio de apaciguarlos.

Todo esto, como podemos ver, está muy lejos de la supuesta «disipación moral» de los bárbaros. Por el contrario, no podemos más que admirar los principios profundamente morales elaborados dentro de las comunidades de las aldeas primitivas que hallaron su expresión en las triadas galesas, en las leyendas sobre el rey Arturo, en los comentarios de la ley brehon, en las leyendas antiguas alemanas y tantos otros, o encontrar su expresión todavía en las máximas de los bárbaros modernos. En su introducción a *El relato de Burnt Njal*, George Dasent resume así con toda propiedad las cualidades de un normando, tal y como aparecen en las sagas:

Cumplir con lo que se presente ante él abiertamente, como un hombre, sin temor a los enemigos, las fieras, o la muerte; (...) ser libre y valeroso en todos sus actos; ser gentil y generoso con sus amigos y parientes; ser estricto e inflexible con sus enemigos [los que están bajo la *lex talionis*], pero comportarse incluso con ellos como es debido. (...) No ser el que rompe la tregua, ni el de las habladurías, ni el calumniador. No decir nada en contra de ningún hombre que no se atrevería a decírselo en su propia cara. No cerrarle la puerta a nadie que venga a tocarla en procura de alimento o de refugio, aunque se trate de un enemigo¹³.

Similares o hasta mejores principios impregnan la poesía épica y las triadas galesas. Actuar «de acuerdo con la naturaleza benigna y los principios de la equidad» sin mirar si se trata de enemigos o de amigos, y «reparar el daño» constituyen los deberes más elevados del hombre; «el mal es la muerte, el bien la vida» exclama el poeta legislador¹⁴. «El mundo se volvería un desastre si los convenios hechos de palabra no se honrasen», dice la ley *brehon*. Y el apacible chamán mordoviano, luego de alabar las mismas cualidades, agregará además en sus principios del derecho consuetudinario que «entre vecinos la vaca y el cubo de ordeñar se tienen en común»; que «la vaca hay que ordeñarla para uno y para el que pudiese pedir leche»; «el cuerpo de un niño queda rojo de los azotes, pero el rostro del que lo azota enrojece de vergüenza»¹⁵; y así sucesivamente. Se podrían llenar muchas páginas con principios parecidos expresados y seguidos por los «bárbaros».

Hay otro rasgo de las comunidades de las aldeas que merece atención especial es la ampliación gradual del círculo de los hombres integrado por los sentimientos de solidaridad.

No solamente las tribus se unieron en troncos, sino que a su vez los troncos, aun siendo de diferente origen, se juntaron en confederaciones. Algunas uniones fueron tan estrechas que, la de los vándalos por ejemplo, después de que parte de su confederación se marchó al Rin y más tarde pasó a España y a África, respetó por cuarenta años seguidos las demarcaciones y las aldeas abandonadas de sus confederados, y no tomaron posesión de ellas hasta que los enviados no garantizaron que aquellos no tenían intención de retornar. En otros bárbaros el suelo era cultivado por una parte del tronco, mientras la otra parte combatía dentro o más allá de las fronteras del territorio común. En cuanto a las alianzas entre varios troncos, fueron muy habituales. Los sicambrios se unieron con los queruscos y los suevos, los cuados con los sármatas; los sármatas con los alanos, los carpios y los hunos. Más adelante vemos también desarrollarse gradualmente en Europa la concepción de nación, mucho antes de que en cualquier parte del continente ocupado por los bárbaros se hubiese originado algo parecido a un Estado. Sin embargo, a esas naciones —pues es imposible negarle el nombre de nación a la Francia Merovingia, o a la Rusia de los siglos XI y XII— sólo las mantenía unidas la comunidad de lengua y el acuerdo tácito entre las pequeñas repúblicas de tomar sus caudillos de entre una sola familia en especial.

Las guerras eran ciertamente inevitables; toda migración significa guerra. Pero sir Henry Maine ya ha demostrado a plenitud en su notable estudio del origen tribal del derecho internacional que «El hombre nunca ha sido tan feroz o tan estúpido como para someterse a un mal como la guerra sin algún tipo de esfuerzo para evitarla», y ha expuesto cuán abrumadoramente grande es «la cantidad

de antiguas instituciones que muestran las huellas de una intención de cerrarle el paso a la guerra, o de proporcionar alguna alternativa para ella»¹⁶. En realidad el hombre está tan lejos del ser amante de la guerra que se supone sea, que una vez que los bárbaros se habían establecido perdían tan rápidamente los propios hábitos bélicos que muy pronto se veían obligados a depender de caudillos especializados seguidos por *scholae* o bandas de guerreros, a fin de protegerse de posibles invasores. Preferían laborar en paz a hacer la guerra, y es el propio carácter apacible del hombre la causa de la especialización del oficio de guerrero, especialización que con el tiempo terminó en la servidumbre y en todas las guerras del «período estatal» en la historia humana.

La historia tiene grandes dificultades para devolver a la vida a las instituciones de los bárbaros. A cada paso el historiador se tropieza con algún vago indicio que él es incapaz de explicar con la única ayuda de sus propios documentos. Pero una potente luz ilumina al pasado en cuanto nos referimos a las instituciones de las muy numerosas tribus que todavía viven bajo una organización social casi idéntica a la de nuestros ancestros bárbaros. Aquí simplemente se nos presenta la dificultad de escoger, porque las islas del Pacífico, las estepas de Asia y las llanuras de África constituyen verdaderos museos históricos que contienen especímenes de todas las posibles etapas intermedias por las que ha pasado la humanidad, al remontar desde los gens salvajes hasta la organización estatal. Examinemos, pues, unos cuantos de esos especímenes.

Si tomamos las comunidades de las aldeas de los bur-yates mongoles, en especial los de la estepa de Kudinsk en el Alto Lena que han evadido mejor la influencia rusa,

tendremos una buena representación de los bárbaros en estado transicional entre la ganadería y la agricultura. Esos buryates viven aún en «familias indivisas»; es decir, que aunque cada hijo al casarse se va a vivir en una cabaña aparte, las cabañas de al menos tres generaciones permanecen dentro del mismo recinto, y la familia indivisa trabaja en común en sus campos, y es dueña en común de su viviendas y ganado mancomunadas, así como de sus «tierras para becerros» (pequeños espacios cercados donde se conserva el pasto tierno para alimentar a los becerros). Por lo común las comidas se hacen por separado en cada cabaña, pero cuando se asa carne, los veinte a sesenta miembros de la casa indivisa participan del banquete juntos. Varias casas indivisas que viven agrupadas, así como varias familias pequeñas establecidas en una sola aldea —mayormente restos de casas indivisas que se desmembraron por accidente— integran el *oulous*, o comunidad de aldea. Varios *oulous* integran una tribu; y las cuarenta y seis tribus, o clanes, de la estepa de Kudinsk están unidas en una confederación. Cuando la necesidad obliga, varias tribus conforman una confederación más pequeña pero más estrechamente unida. No conocen la propiedad privada de la tierra: ésta la posee en común el *oulous*, o más bien la confederación, y de ser necesario el la asamblea de la tribu redistribuye el territorio entre los diferentes *oulous*, o la asamblea de la confederación lo hace entre las cuarenta y seis tribus. Vale la pena destacar que la misma organización prevalece entre los 250.000 buryates de Siberia Oriental, aunque ellos han estado bajo el dominio ruso durante tres siglos y conocen bien las instituciones rusas.

Con todo y eso, las desigualdades de fortuna se desarrollan velozmente entre los buryates, en especial desde que el

gobierno ruso les comenzó a conceder exagerada importancia a sus *taishas* (príncipes) electos, a los que considera responsables de la recaudación de impuestos y representantes de las confederaciones en sus relaciones administrativas y hasta comerciales con los rusos. Los canales para el enriquecimiento de unos pocos se han multiplicado, de la mano con el empobrecimiento de la gran mayoría, gracias a la apropiación de las tierras buryates por los rusos. Pero constituye un hábito de los buryates, sobre todo los de Kudinsk —y un hábito es más que una ley— que si una familia ha perdido su ganado las familias más ricas les dan algunas reses y caballos para que puedan recuperarse. En cuanto al necesitado que no tiene familia, le toca comer en las cabañas de sus congéneres; entra en una cabaña, toma asiento (por derecho propio, no por caridad) junto al fuego, y recibe su ración de una comida que siempre es dividida escrupulosamente en partes iguales; dormirá donde haya cenado. Así que los rusos que conquistaron Siberia quedaron tan impactados por las prácticas comunistas de los buryates que les dieron el nombre de *bratskiye* —«los fraternales»— y reportaron a Moscú: «Con ellos todo es en común; todo cuanto poseen lo comparten en común». Todavía hoy, cuando los buryates del Lena venden su trigo, o envían a vender algo de su ganado a un carnicero ruso, las familias del *oulous* o la tribu reúnen su trigo y su ganado y lo venden todo junto. Más aún, cada *oulous* tiene su granero para préstamos en caso de necesidad, su horno comunal (el *tour banal* de las antiguas comunidades francesas) y su herrero que, al igual que el herrero de las comunidades indias, aun siendo miembro de la comunidad jamás se le paga por su trabajo dentro de ella. Tiene que hacerlo de gratis, y si emplea su tiempo libre para fabricar

los pequeños discos de hierro cincelado y con una capa de plata que se utilizan en la nación buryate para la decoración de sus trajes, ocasionalmente puede venderlos a una mujer de otro clan, pero a las de su propio clan les ofrece los adornos como regalo. Dentro de la comunidad no está permitido vender ni comprar, y la regla es tan severa que cuando una familia rica contrata a un trabajador, éste tiene que ser tomado de otro clan o de entre los rusos. Tal hábito no es exclusivo de los buryates; está tan vastamente difundido entre los bárbaros modernos, arios y uralaltayanos, que debió ser universal entre nuestros antepasados.

Los intereses de las tribus, sus asambleas y las festividades que usualmente se celebran en conexión con ellas, mantienen con vida el sentimiento de unión dentro de la confederación. Sin embargo ese mismo sentimiento es mantenido también por otra institución, el *aba*, o cacería en común, reminiscencia de un pasado muy remoto. Cada otoño, los cuarenta y seis clanes de Kudinsk se reúnen para esa cacería, cuyo producto es dividido entre todas las familias. Además, de tiempo en tiempo se convoca un *abas* nacional, para reafirmar la unidad de toda la nación buryate. En esos casos todos los clanes que están dispersos a lo largo de cientos de kilómetros al este y el oeste del lago Baikal están en obligación de enviar sus cazadores delegados. Se reúnen miles de hombres, cada uno apertrechado con provisiones para todo un mes. Todas las raciones tienen que ser iguales, y por consiguiente, antes de juntarse son pesados por un anciano elegido para ese fin (siempre «a mano»: la balanza sería una profanación de la vieja costumbre). Luego de eso los cazadores se dividen en partidas de veinte, y las partidas salen a cazar de acuerdo con un plan bien establecido. En esos *abas* la nación buryate

revive sus tradiciones épicas de los tiempos en los que permanecía unida en una poderosa alianza. Permítaseme agregar que tales cacerías comunales son muy comunes entre los pieles rojas y los chinos de las orillas del Usuri (los *kada*).

En los cabilas, cuyo modo de vida ha sido tan bien descrito por dos exploradores franceses, Hanoteau y Letourneux, tenemos bárbaros todavía más avanzados en agricultura. Sus campos irrigados y abonados están bien atendidos, y en los trozos escarpados cualquier pedazo de tierra disponible es trabajado a azada. Los cabilas han pasado por muchas vicisitudes en su historia; por algún tiempo se rigieron por la ley sobre la herencia musulmana, pero no conformes con ella volvieron hace 150 años a la ley consuetudinaria de antaño. De acuerdo con ella, su tenencia de la tierra es de carácter mixto, y la propiedad privada de ella coexiste con su posesión comunal. Pero todavía la base de su organización presente es la comunidad de aldea, el *thaddart*, que por lo general está constituido por varias familias indivisas (*kharoubas*), que declaran comunidad de origen, y también por familias de extranjeros menos numerosas. Varias aldeas se agrupan en clanes o tribus (*ârch*); varias tribus constituyen la confederación (*thak'ebilt*) y varias confederaciones pueden ingresar ocasionalmente en una coalición, principalmente con propósitos de defensa armada.

Los cabilas no conocen otra autoridad que no sea la *djemmâa*, o asamblea de la comunidad de aldea. Todos los hombres con edad para ello toman parte en ella, a cielo abierto o en una edificación especial dotada con asientos de piedra, y las decisiones de la *djemmâa* son evidentemente tomadas por unanimidad: es decir, las discusiones continúan

hasta que todos los presentes están de acuerdo en aceptar, o someterse a alguna decisión. La no existencia en la comunidad de aldea de ninguna autoridad que imponga las decisiones ha sido el sistema practicado por la humanidad cada vez que existieron esas comunidades, y es lo que todavía hoy se practica donde quiera que continúen existiendo, es decir, para varios cientos de millones de seres en todo el mundo. La *djemmâa* designa sus autoridades: el anciano principal, el escribano y el tesorero; fija sus propios impuestos y administra el reparto de las tierras comunales, así como toda clase de trabajos de utilidad pública. Gran parte del trabajo es hecho en común: los caminos, las mezquitas, las fuentes, los canales de riego, las torres erigidas para protegerse de los asaltantes, las cercas y demás, los construye la comunidad de aldea; mientras que las grandes carreteras, las mezquitas de mayor tamaño y los grandes mercados son obra de toda la tribu. Siguen existiendo muchos vestigios del cultivo en comunidad, y todavía las casas son construidas por, o con la ayuda de, todos los hombres y mujeres de la aldea. Por lo común, las «ayudas» ocurren a diario, y continuamente se les solicita para el cultivo de los campos, la cosecha, y tareas por el estilo. En cuanto al trabajo especializado, cada comunidad tiene su herrero, que disfruta de parte de la tierra comunal y trabaja para la comunidad; en la época del arado visita las casas una por una y repara los implementos y los arados sin esperar paga alguna, en tanto que la construcción de arados nuevos es considerada una buena acción que de ninguna manera puede ser recompensada con dinero u otra forma de salario.

Puesto que los cabilas ya poseen propiedad privada, evidentemente tienen ricos y pobres entre ellos. Pero como todo pueblo que vive estrechamente unido, y sabe dónde

comienza la pobreza, consideran que ésta constituye un accidente que le puede ocurrir a cualquiera. «No digas que nunca vestirás los andrajos del mendigo ni irás a prisión» es un proverbio de los campesinos rusos. Los cabilas lo practican, y no es posible detectar alguna diferencia en el comportamiento externo de los ricos y los pobres. Cuando el pobre solicita una «ayuda» el rico le trabaja en su campo, tal y como el pobre hace recíprocamente cuando le llega su turno¹⁷. Además, las *djemmâas* apartan determinados huertos y campos, a veces cultivados en común, para el uso de los miembros más pobres. Continúan existiendo muchas costumbres parecidas. Puesto que las familias más pobres no estarían en posibilidad de comprar carne, ésta es adquirida regularmente con el dinero de las multas, o los regalos a la *djemmâa*, o los pagos por la utilización de los depósitos comunales de aceite de oliva, y se distribuye en partes iguales entre los que no pueden costearse la adquisición de carne. Y cuando una familia mata una oveja o un buey para su propio consumo en un día que no sea de mercado, el hecho es anunciado en las calles por el pregonero de la aldea, para que los enfermos y las mujeres encintas puedan tomar la que quieran. El apoyo mutuo penetra la vida de los cabilas, y si durante un viaje al extranjero uno de ellos se encuentra con otro cabila necesitado, está en la obligación de prestarle ayuda, aun a costa de su propia fortuna y vida; y si no lo hace así la *djemmâa* del afectado por esa desatención puede presentar una queja, y la *djemmâa* del egoísta lo indemnizará de inmediato. Nos tropezamos así con una costumbre bien conocida por los estudiosos de los gremios de comerciantes medievales. Todo extranjero que llega a una aldea cabila tiene derecho a alojamiento en

invierno, y sus caballos siempre pueden pastar en las tierras comunales por un día entero. Pero en caso de necesidad puede contar con un apoyo casi sin límites. Así, durante la hambruna de 1867-68, los cabilas recibieron y alimentaron a todos los que buscaron refugio en sus aldeas, sin distinción de origen. En el distrito de Dellys, no menos de 12.000 personas que llegaron de todas partes de Argelia, y hasta de Marruecos, fueron alimentados de esa manera. Mientras la gente moría de hambre en toda Argelia, en suelo cabileño no se produjo ni una sola muerte por esa causa. Las *djemmâas*, privándose hasta de lo necesario, organizaron el socorro sin siquiera pedirle ayuda al gobierno, o expresar la más mínima queja; lo consideraban su deber natural. Y mientras los colonos europeos tomaban toda clase de medidas policiales para prevenir los robos y los desórdenes resultantes de esa afluencia de extranjeros, en el territorio de los cabilas no hizo falta por el estilo: las *djemmâas* no necesitaban ni ayuda ni protección externa¹⁸.

Sólo puedo mencionar superficialmente otros dos rasgos muy interesantes de la vida de los cabilas; a saber, la *anaya*, o protección que se les presta a pozos, canales de riego, mezquitas, mercados, algunas carreteras, y así, en caso de guerra, y los *Çofs*. En las *anayas* tenemos una serie de instituciones tanto para disminuir los males de la guerra como para prevenir conflictos. Así, el mercado es *anaya*, especialmente si está ubicado en una frontera y a él acuden cabilas y extranjeros. Nadie se atreve a perturbar la paz en el mercado, y si surge un disturbio los extranjeros que han acudido al poblado donde se ubica lo sofocan inmediatamente. El camino cuesta arriba que toman las mujeres de la aldea para ir hasta la fuente también es *anaya*

en caso de guerra. Y así. En cuanto al *Çof*, constituye una forma de asociación ampliamente extendida, y tiene algunas características del *Bürgschaften* o *Gegilden* medieval, así como de las sociedades de protección mutua y otros varios propósitos —intelectuales, políticos y morales— que no pueden ser satisfechos por la organización territorial de la aldea, el clan y la confederación. El *Çof* no conoce de límites territoriales; recluta sus miembros en varias aldeas, e incluso entre extranjeros; y los protege en todas las eventualidades posibles de la vida. Además, constituye un intento de complementar la agrupación territorial mediante una agrupación extraterritorial que intenta darle expresión a las mutuas afinidades de toda clase allende las fronteras. La libre asociación internacional de las preferencias y las ideas individuales, que consideramos como uno de los mejores rasgos de nuestra propia vida, ha tenido su origen, por consiguiente, en la antigüedad bárbara.

Los montañeses de Caucasia ofrecen otro campo para ejemplos del mismo tipo sumamente instructivo. Cuando estudió las costumbres actuales de los ossetes —sus familias y comunidades indivisas y sus concepciones jurídicas— el profesor Kovalevsky, en su obra notoria *Las costumbres modernas y la ley antigua* pudo seguirle las huellas paso a paso a disposiciones similares de los antiguos códigos bárbaros e incluso estudiar los orígenes del feudalismo. En otros troncos caucásicos podemos tener algún indicio ocasional del origen de la comunidad de aldea, en los casos en los que en lugar de ser de procedencia tribal se originó de una unión voluntaria entre familias de distinto origen. Tal fue el caso reciente de algunas aldeas khevsoures, cuyos habitantes hicieron el juramento de «comunidad y fraternidad»¹⁹.

En otra región del Cáucaso, el Dhagestán, vemos desarrollarse las relaciones feudales entre dos tribus, manteniendo ambas al mismo tiempo sus comunidades de las aldeas (e incluso, vestigios de las «clases» de la organización tribal), lo que nos proporciona un ejemplo viviente de las formas que asumió la conquista de Italia y la Galia por los bárbaros. La raza vencedora, los lezghines, que han conquistado varias aldeas georgianas y tártaras en el distrito Zakataly, no las sometieron a la dominación de familias por separado; constituyeron un clan feudal que hoy incluye 12.000 viviendas en tres aldeas, y ejerce la posesión común de no menos de veinte aldeas georgianas y tártaras. Los conquistadores dividieron su propia tierra entre sus clanes, y los clanes la dividieron en partes iguales entre las familias, pero sin interferir con las *djemmâas* de sus tributarios, que aún practican el hábito que mencionara Julio César; a saber, la *djemmâa* decide cada año qué parte del territorio comunal debe ser cultivado, y esa tierra se divide en tantas partes como familias haya, y cada parte se distribuye por parcelas. Vale la pena destacar que aunque entre los lezguines (que viven bajo un sistema de propiedad privada de la tierra, y tenencia de siervos en común²⁰) los proletarios constituyen una presencia acostumbrada, son raros entre sus siervos georgianos, que continúan teniendo la tierra en común. En cuanto al derecho consuetudinario de los montañeses caucasianos, se parece mucho al de los longobardos o los francos sálicos, y varias de sus disposiciones explican en buena medida el procedimiento jurídico de los antiguos bárbaros. Por ser de un carácter muy impresionable, hacen todo lo posible por evitar que las riñas tengan un desenlace fatal; y en el caso de los khevsoures, cuando

revienta una pelea, se desenvainan con presteza las espadas, pero si una mujer acude a toda prisa y arroja entre los contendientes el lienzo con que adorna su cabeza las espadas vuelven a sus vainas de inmediato y vuelve a reinar la paz. En este caso el tocado femenino es *anaya*. Si una riña no es detenida a tiempo y ha terminado en homicidio, la indemnización monetaria es tan considerable que el agresor queda arruinado de por vida, a menos que sea adoptado por la familia agraviada; y si ha recurrido a su espada en una querella insignificante y ha infligido heridas, pierde para siempre la consideración de sus congéneres. En todas las disputas los mediadores toman la sartén por el mango. Seleccionan a los jueces entre los miembros del clan —seis para los asuntos de poca monta, y entre diez y quince si son palabras mayores— y los observadores rusos testifican la absoluta incorruptibilidad de los jueces. Un juramento tiene tanta significación que a los hombres que gozan de la estima general se les exime de hacerlos: basta con su simple afirmación. Más aún por cuanto en los asuntos de gravedad el *khevsour* jamás vacila en reconocer su culpabilidad (me refiero, por supuesto, al *khevsour* que no ha sido tocado aún por la civilización). El juramento queda reservado principalmente para casos tales como las disputas en torno a la propiedad, que requieren algún tipo de apreciación además de la simple aseveración de los hechos; y en esos casos los hombres cuya afirmación será decisiva en la disputa actúan con la mayor circunspección. Así que ciertamente no es la ausencia de honestidad o de respeto a los derechos de los congéneres lo que caracteriza a las sociedades bárbaras del Cáucaso.

Los troncos africanos ofrecen tal inmensa variedad de sociedades extremadamente interesantes que permanecen

en todas las etapas intermedias, de la comunidad de aldea primitiva hasta las monarquías despóticas bárbaras, que debo abandonar la idea de dar aquí ni siquiera los principales resultados de un estudio comparativo de sus instituciones. Baste con decir que aún bajo el despotismo más horroroso de los reyes las comunidades de las aldeas y su derecho consuetudinario siguen siendo soberanas en un abanico de asuntos muy amplio. La ley de Estado le permite al rey quitarle la vida a cualquiera por simple capricho, o incluso para satisfacer su voracidad; pero el derecho consuetudinario del pueblo sigue manteniendo la misma red de instituciones para el apoyo mutuo que existe entre otros bárbaros o han emitido entre nuestros ancestros. Y en cuanto a los troncos más favorecidos por la suerte (en Bornu, Uganda, Abisinia y especialmente los bogo), algunas disposiciones del derecho están inspiradas en sentimientos realmente bondadosos y sensibles.

Las comunidades de las aldeas de los nativos de ambas Américas tienen el mismo carácter. Los tupi del Brasil fueron hallados habitando en «casas grandes» ocupadas por clanes enteros que solían cultivar sus campos de maíz y mandioca en común. Los arani, mucho más avanzados en civilización, acostumbraban cultivar sus campos en común; y lo mismo hacían los ukagas, que bajo su sistema de comunismo primitivo y «casas grandes» habían aprendido a construir buenos caminos y llevar adelante una variedad de industrias domésticas, en nada inferiores a las de los tiempos medievales primitivos en Europa. Todos ellos estaban viviendo también bajo el mismo derecho consuetudinario del que hemos estado poniendo ejemplos en las páginas precedentes. En el otro extremo del mundo encontramos el feudalismo malayo, pero éste no ha podido erradicar la

negaria, o comunidad de aldea, con su propiedad común de al menos parte de la tierra, y la redistribución de la tierra entre las varias *negarias* de la tribu. En los alfurus de Minahasa tenemos la rotación comunal de las cosechas; en el tronco indio de los wyandot tenemos la redistribución periódica de la tierra dentro de la tribu, y el cultivo de la tierra por el clan; y en aquellas zonas de Sumatra donde las instituciones musulmanas todavía no han destruido de un todo la organización antigua, encontramos la familia indivisa (*suka*) y la comunidad de aldea (*kota*), que mantiene su derecho sobre la tierra, aunque parte de ella haya sido desbrozada sin su autorización. Mas decir esto es decir que todos los hábitos de protección mutua y prevención de venganzas sangrientas y guerras, que hemos señalado brevemente en las páginas anteriores como características de la comunidad de aldea, siguen existiendo en estos ejemplos. Y más que eso: mientras más a plenitud se haya mantenido la posesión comunal de la tierra mejores y más afables son los hábitos. De Stuers afirma positivamente que en todos los lugares en los que la intromisión de los conquistadores en la institución de la comunidad de aldea ha sido de menor grado, menores han sido las desigualdades de las fortunas y menos crueles son las prescripciones mismas de la *lex talionis*; mientras que, por el contrario, allí donde la comunidad de aldea se ha visto totalmente quebrantada, «los habitantes sufren la opresión más insoportable por parte de sus gobernantes despóticos»²¹. Ello es absolutamente natural. Y cuando Weitz hacía el señalamiento de que los troncos que han mantenido sus confederaciones tribales están en un nivel de desarrollo más elevado y poseen una literatura más rica que aquellos que han roto los viejos lazos de

unión, no hacía más que destacar lo que se hubiese podido prever anticipadamente.

Poner más ejemplos simplemente me haría entrar en tediosas repeticiones: así de sorprendentemente semejantes son las sociedades bárbaras bajo todos los climas y entre todas las razas. La humanidad ha venido siguiendo un mismo proceso evolutivo, con una similaridad maravillosa. Cuando la organización en clanes comenzó a derrumbarse, atacada como fue desde dentro por la separación de las familias y desde afuera por el desmembramiento de los clanes que emigraban y la necesidad de aceptar el ingreso de extranjeros de ascendencia diferente, nació la comunidad de aldea, basada en una concepción territorial. Esa nueva institución, que había brotado de manera natural de la precedente —el clan— les permitió a los bárbaros pasar a través de un período sumamente turbulento de la historia sin desintegrarse en familias aisladas que hubiesen sucumbido en la lucha por la vida. Bajo la nueva organización se desarrollaron nuevas formas de cultivar la tierra; la agricultura alcanzó un nivel tal que gran parte de la población mundial apenas ha logrado superarlo; la industria doméstica ha alcanzado un alto grado de perfeccionamiento. La selva fue conquistada, el despoblado se cubrió de caminos y se llenó de pequeñas colmenas humanas provenientes de las comunidades matrices. Se erigieron mercados y centros fortificados, así como lugares para la adoración pública de las divinidades. Poco a poco se fueron elaborando concepciones de una unión más amplia, extendida a troncos enteros, o variados y de diferentes orígenes. Las viejas concepciones de la justicia, que eran meramente de venganza, sufrieron lentamente una modificación profunda: las indemnizaciones

por los agravios cometidos desplazaron a la venganza. Bajo esa organización se elaboró el derecho consuetudinario, que todavía dicta la ley de la vida diaria para dos tercios o más de la humanidad, y también un sistema de hábitos con intención de impedir la opresión de las masas por parte de minorías cuyos poderes aumentaban en proporción con las facilidades cada vez mayores para una acumulación privada de la riqueza. Fue ésa la nueva forma asumida por la tendencia de las masas al apoyo mutuo. Y el progreso —económico, intelectual y moral— que alcanzó la humanidad bajo esa nueva forma de organización popular fue tan grande, que cuando posteriormente aparecieron los Estados, simplemente tomaron posesión, en interés de las minorías, de todas las funciones que la comunidad de aldea ya había ejercido en el interés de todos.

NOTAS

1. Innumerables trazas de lagos del posplioceno, hoy desaparecidos, se encuentran en toda Asia Central, Occidental y Septentrional. Conchas de las mismas especies que hoy hallamos en el mar Caspio están diseminadas por toda la superficie del suelo tan al este como a medio camino del lago Aral, y se encuentran en depósitos recientes tan al norte como Kazán. Marcas de golfos del mar Caspio, anteriormente tomadas como antiguos lechos del río Amu, cruzan el territorio turcomano. La deducción más segura es de que se trata de oscilaciones temporales, periódicas. Pero con todo y eso el desecamiento resulta evidente, y progresa a una velocidad anteriormente inesperada. Incluso en las zonas relativamente húmedas de la Siberia Suroccidental, la sucesión de estudios confiables publicados recientemente por Yadrintseff muestran que las aldeas se han desarrollado sobre lo que hace ochenta años era el fondo de uno de los lagos del grupo Tchany: en tanto que otros lagos del mismo grupo, que cubrían miles de kilómetros cuadrados hará unos cincuenta años, son hoy día meras lagunas. En resumen, el desecamiento del Asia Noroccidental avanza a una velocidad que

debe ser medida en siglos, en ligar de las unidades de tiempo geológicas en las que estábamos acostumbrados a expresarnos.

2. Civilizaciones enteras han desaparecido así, como lo demuestran hoy los notables descubrimientos de Dmitri Clements en el Orkhon y la depresión de Lukchun, en Mongolia.
3. Si me acojo a las opiniones de (para nombrar tan sólo especialistas modernos) Nasse, Kovalevsky y Vinogradov, y no a las del señor Seebohm (al señor Denman Ross habría que nombrarlo nada más a título de complemento), no es solamente a causa del profundo conocimiento y la concordancia en las visiones de esos tres autores, sino también por motivo de ser además perfectos conocedores de la comunidad de aldea, conocimiento del que carece la obra del señor Seebohm, en todo lo demás notable. La misma observación vale, en grado aún mayor, para los elegantes escritos de Fustel de Coulanges, cuyas opiniones y vehementes interpretaciones de textos antiguos quedan restringidas para el propio consumo del autor.
4. Varias autoridades se inclinan a considerar la casa familiar indivisa como una etapa intermedia entre el clan y la comunidad de aldea; y no hay duda de que en muchos casos las comunidades de las aldeas han sido un desprendimiento de las familias indivisas. Sin embargo yo considero que la casa familiar indivisa constituye un hecho de diferente orden. La encontramos entre los gens; o, por otra parte, no podemos afirmar que las familias indivisas hayan existido en algún período sin pertenecer o a un gens, o a una comunidad de aldea o a un *gau*. En mi concepción, las comunidades de las aldeas primitivas se originaron lentamente y en forma directa de los gens y consistían, según las circunstancias raciales y locales, o bien de varias familias indivisas o bien de familias tanto indivisas como simples, o (en el caso de los nuevos poblamientos) nada más de familias simples. Si esta opinión fuese correcta no tendríamos derecho a establecer la serie gens, familia compuesta, comunidad de aldea, pues el segundo miembro de la serie no tendría el mismo valor etnológico de los otros dos.
5. Los escasos vestigios de propiedad privada de la tierra el período de la barbarie primitiva los encontramos en los troncos (los batavios, los francos de las Galias) que permanecieron por algún tiempo bajo la influencia de la Roma Imperial.
6. Al menos esa es la ley de los calmuco, cuya legislación consuetudinaria guarda muy estrecha semejanza con las leyes de los teutones, los antiguos eslavos, etc.
7. El hábito sigue estando en vigor en muchas tribus africanas y de otras regiones.
8. *Village Communities*, pp. 65-68 y 199.

9. Maurer (*Gesch. Der Markverfassung*, parag. 29, 97) es totalmente tajante en este aspecto. Sostiene que «Todos los miembros de la comunidad (...) y por igual los señores seculares y clericales, así como a menudo también los copropietarios parciales (*Markberechtigte*) y hasta los que quedaban por fuera de sus lindes» (p.312). Esa concepción permaneció localmente en vigor hasta el siglo xv.
10. Königswarter ha mostrado que la *fred* se originó de una ofrenda que había que realizar para apaciguar a los ancestros. Más tarde se le pagaba a la comunidad, por haberse perturbado el orden público, y por último al juez, al rey o al señor, cuando éstos se apropiaron de los derechos de la comunidad.
11. En los shakhseven de la estepa mugana, las venganzas de sangre terminan siempre en matrimonio entre los dos bandos hostiles (Markoff, en un apéndice al *Zapiski* de la Caucasian Geogr., Soc., xiv, i, 21).
12. Post da en *Afrik. Jurisprudenz*, una serie de datos que ilustran las concepciones de equidad arraigadas entre los bárbaros africanos. Lo mismo puede decirse de todas las revisiones serias del derecho consuetudinario de los bárbaros.
13. Introducción, p. xxxv.
14. *Das alte Wallis*, pp. 343-350.
15. Maynoff, «Sketches of the Judicial Practices of the Mordovians», en el *Zapiski* etnográfico de la Sociedad Geográfica Rusa, 1885, pp. 236, 257.
16. Henry Maine, *International Law*, Londres, 1888, pp. 11-13. E. Nys, *Les origines du droit international*, Bruselas, 1894.
17. Para solicitar una «ayuda» o *bee* hay que ofrecerle alguna clase de comida a la comunidad. Me dijo un amigo caucásico que en Georgia cuando un pobre quiere una «ayuda» le pide prestadas una o dos ovejas a un rico para poder preparar la comida, y la comunidad aporta, además de su trabajo, tal cantidad de provisiones que el pobre puede resarcir su deuda. Entre los mordovianos existe un hábito similar.
18. Hanoteau y Letorneux, *La Kabylie*, II. 58. Para los mongoles rige la misma norma que para con los extranjeros. El mongol que le ha negado su techo a un extranjero paga una indemnización en especie por lo que éste haya podido sufrir (Bastian, *Der Mensch in der Geschichte*, III. 231).
19. N. Khoudadoff, «Apuntes sobre los khevsoures», en el *Zapiski* de la Sociedad Geográfica Caucásica, xiv. i, Tiflis, 1890, p. 68. También tomaron el juramento de no casar a las muchachas de su propia unión, exhibiendo así poco común retorno a las viejas reglas de la organización tribal.
20. El «equipo indiviso» es tan común entre los lezguines como entre los ossetes.
21. De Stuers, citado por Waitz, v. 141.

CAPÍTULO V

AYUDA MUTUA EN LA CIUDAD MEDIEVAL

Crecimiento de la autoridad en la sociedad bárbara. Servidumbre en las aldeas. Rebelión de los pueblos fortificados: su liberación, sus cartas. El gremio. Doble origen de la ciudad medieval. Jurisdicción propia, autoadministración. Posición honorable del trabajo. Comercio del gremio y de la ciudad.

La sociabilidad y la necesidad de ayuda y apoyo mutuo son partes tan inherentes de la naturaleza humana que en ninguna época de la historia podemos descubrir hombres que vivieran en pequeñas familias aisladas, luchando entre ellos por los medios de subsistencia. Por el contrario las investigaciones modernas, como lo vimos en los dos capítulos precedentes, demuestra que desde el comienzo mismo de su vida prehistórica los hombres acostumbraban a congregarse en *gens*, clanes o tribus, constituidos sobre la idea de la ascendencia común y la adoración de los ancestros comunes. Durante miles y miles de años esa organización mantuvo unidos a los hombres aunque no hubiese ninguna autoridad que se los impusiese. Ello marcó la impronta de todo el desarrollo subsiguiente de la humanidad; y cuando los nexos de la ascendencia común se debilitaron por las migraciones a gran escala, mientras el desarrollo de la familia por separado dentro del propio clan destruía la antigua unidad de éste, el ingenio social del hombre creó una nueva forma de unión, que en principio era territorial: la comunidad de aldea. Esa institución mantuvo ahora unidos a los hombres

por muchos siglos y les permitió un mayor desarrollo de sus instituciones, atravesar algunos de los períodos más oscuros de la historia sin disgregarse en conglomerados de familias e individuos sin mayor cohesión, dar un nuevo paso en su evolución y dar origen a un buen número de instituciones sociales secundarias, varias de las cuales han sobrevivido hasta el presente. Debemos seguir ahora los siguientes desarrollos de la misma tendencia a la ayuda mutua siempre viva. Al tomar las comunidades de las aldeas de los llamados bárbaros en la época en la que le daban un nuevo impulso a la civilización después de la caída del imperio romano, debemos estudiar los nuevos aspectos que asumieron los requerimientos sociales de las masas en la edad media, y en especial los gremios medievales y la ciudad medieval.

Lejos de ser las bestias belicosas con las que tan a menudo se les compara, los bárbaros de los primeros siglos de nuestra era (igual que tantos mongoles, africanos, árabes y demás que todavía hoy continúan en esa misma etapa de barbarie) invariablemente preferían la paz a la guerra. Con excepción de unas pocas tribus que fueron arrastradas durante las grandes migraciones hasta los desiertos o las tierras altas improductivas, y se vieron así obligadas a saquear a sus vecinos mejor favorecidos por la suerte, la gran masa de teutones, sajones, celtas, eslavos y demás, tan pronto como lograban establecerse en sus tierras recién conquistadas regresaban a sus azadas o a sus rebaños. Los códigos bárbaros más primitivos ya nos muestran sociedades integradas por comunidades agrarias pacíficas, y no hordas de hombres enfrentados en la guerra. Aquellos bárbaros cubrieron el territorio de aldeas y granjas¹; desmontaron las selvas, construyeron puentes sobre los torren-

tes y colonizaron el descampado antes totalmente deshabitado; y les dejaron las inseguras ocupaciones de la guerra a las hermandades, *scholae* o «compañías» de hombres armados que se congregaban en torno a jefes temporales y deambulaban ofreciendo su espíritu aventurero, sus armas y sus conocimientos militares para la protección de poblaciones cuyo único anhelo era ser dejadas en paz. Las bandas de guerreros iban y venían, ocupadas en sus venganzas de sangre; pero las grandes masas continuaban arando la tierra, casi sin hacer caso de sus presuntos adalides, siempre y cuando no interfiriesen con la independencia de sus comunidades de las aldeas. Los nuevos ocupantes de Europa evolucionaron los sistemas de tenencia de la tierra y cultivo de los suelos que siguen estando vigentes para cientos de millones de seres humanos; elaboraron sus sistemas de indemnización de los agravios en sustitución de las antiguas venganzas de sangre tribales; aprendieron los primeros rudimentos de la artesanía, y si bien fortificaron sus aldeas con empalizadas o erigieron torres y fortines de tierra con los cuales contar en caso de una nueva invasión, pronto les dejaron la tarea de defender esas torres y fortines a quienes hacían de la guerra su especialización.

De modo que fue el carácter apacible mismo de los bárbaros, y ciertamente no sus supuestos instintos belicosos, la causa de su consiguiente sometimiento a los caudillos militares. Resulta evidente que el propio modo de vida de las hermandades armadas les brindaba más facilidades para el enriquecimiento de las que los labradores podían hallar en sus comunidades agrarias. Aún hoy vemos a esos hombres en armas reunirse ocasionalmente para asesinar matabeles y robarles sus rebaños, aunque los matabeles

sólo quieren la paz y están dispuestos a pagar un alto precio por ella. Las *scholae* de antaño en verdad no tenían más escrúpulos que las de nuestros días. Rebaños, hierro (que era sumamente costoso en aquella época²) y esclavos, eran expropiados de esa manera; y aunque la mayor parte de las ganancias se derrochaban en el sitio, en aquellos gloriosos festines de los que la poesía épica ha tenido tanto que decir, todavía quedaba parte de las riquezas robadas para ser empleada en incrementar la riqueza. Había grandes extensiones de tierras baldías, mas tampoco escaseaban los hombres dispuestos a trabajarlas, si tan sólo lograban obtener el ganado y los implementos necesarios. Aldeas enteras, arruinadas por las pestes, las plagas, los incendios o las incursiones de nuevos inmigrantes a menudo eran abandonadas por sus moradores, que se marchaban a cualquier parte en busca de nuevos lugares para habitar. Todavía lo hacen en Rusia en circunstancias similares. Y si algunos *capitanes* de hermandades armadas les ofrecían a los campesinos algún ganado para comenzar de nuevo, algo de hierro para construir un arado (si no el arado mismo), su protección ante nuevas incursiones y cierto número de años libres de toda obligación antes de comenzar a cancelar la deuda contraída, entonces aquellos aceptaban establecerse en esas tierras. Y cuando después de una ardua lucha contra las malas cosechas, las inundaciones y las pestes, esos pioneros comenzaban a amortizar sus deudas, caían en obligaciones serviles para con el protector del territorio. Indudablemente que de esa manera se acumulaba la riqueza, y el poder siempre viene tras la riqueza³. Y no obstante, mientras más nos adentramos en la vida de aquellos tiempos, los siglos VI y VII de nuestra era, más vemos que además de la riqueza y la

fuerza militar hacía falta otro elemento para constituir la autoridad de las minorías. Ese elemento era la ley y el derecho, el deseo de las masas de mantener la paz y establecer lo que ellos consideraban como justicia, lo cual les fue dando a los caudillos de las *scholae* —reyes, duques, *knyazes* y demás— la fuerza que adquirieron definitivamente dos o tres siglos más tarde. La misma idea de justicia, concebida como la debida venganza por el daño causado desarrollada en la etapa tribal, pasaba como un hilo conductor a lo largo de la historia de las subsiguientes instituciones y, muy por encima incluso de las causas militares o económicas, se convirtió en la base sobre la que se apoyaba la autoridad de los reyes y los señores feudales.

De hecho, una de las principales preocupaciones de la comunidad de la aldea bárbara era, y lo sigue siendo en la de nuestros bárbaros contemporáneos, ponerles un final expedito a las venganzas de sangre que se originaban de la concepción de la justicia vigente en ese entonces. Cuando se presentaba una riña la comunidad interfería de inmediato, y luego de escuchar el caso la asamblea fijaba el monto de la compensación (*wergeld*) a pagar a la persona agraviada o a su familia y también la *fred*, o multa por quebrantar la paz que había que pagarle a la comunidad. Las peleas internas se apaciguaban fácilmente de esa manera. Pero cuando estallaban venganzas de sangre entre dos tribus diferentes, o dos confederaciones de tribus, no obstante todas las medidas tomadas para impedir las, la dificultad estribaba en encontrar un árbitro o juez cuya decisión fuese aceptada por ambas partes, tanto por su imparcialidad como por su conocimiento de la ley antigua. La dificultad se hacía mayor aún cuando existían discrepancias entre los derechos consuetudinarios acerca de la indemnización

debida en los distintos casos. Por lo tanto se hizo habitual tomar al juez de entre las familias o tribus que tuviesen la reputación de apegarse a la ley antigua en su forma más pura; de ser versadas en las canciones, triadas, sagas, etcétera, mediante las cuales la ley era perpetuada en la memoria; y conservar la ley de esa manera se convirtió en una suerte de arte, un «misterio», cuidadosamente transmitido de generación en generación en determinadas familias. Así, en Islandia y otros territorios escandinavos, en cada *Allthing*, o asamblea nacional, un *lövsögmáthr* solía recitar de memoria toda la ley para ilustrar a la asamblea: y, como se sabe, en Irlanda había una clase especial de hombres afamados por su conocimiento de las antiguas tradiciones, que por consiguiente disfrutaban de una gran autoridad como jueces. Entonces, cuando los anales rusos nos cuentan que algunos troncos de la Rusia del Noroeste, movidos por el creciente desorden que se originó cuando «los clanes se alzaron contra los clanes», les solicitaron a los *varingiar* normandos que actuasen como sus jueces y comandasen sus *scholae* de guerreros; y cuando vemos que los *knyases*, o duques, elegidos durante doscientos años seguidos siempre de entre la misma familia normanda, no podemos más que reconocer que los eslavos confiaban en que los normandos conocían mejor que ellos la ley que los diferentes clanes eslavos aceptaban como buena por igual. En ese caso la posesión de las runas empleadas para la transmisión de las antiguas costumbres constituyó una ventaja decisiva a favor de los normandos; pero en otros casos hay leves indicios de que se recurrió a la rama «más antigua» del tronco, que se suponía era la rama originaria, para que proporcionase los jueces, y las decisiones de éstos fueron tenidas como justas⁴; mientras

que en una época posterior observamos una tendencia distinta: tomar a los jueces de entre el clero cristiano, que en ese tiempo todavía estaba apegado al principio fundamental del cristianismo, hoy olvidado, de que la retaliación no constituye un acto de justicia. En esa época el clero cristiano abría las iglesias como lugares de asilo para quienes huían de las venganzas de sangre, y actuaban voluntariamente como árbitros en los casos de crímenes, oponiéndose siempre al antiguo precepto tribal de vida por vida y herida por herida. En resumen, mientras más hondo penetramos en la historia de las instituciones primitivas menos hallamos fundamento para la teoría militar del origen de la autoridad. Incluso el poder que más adelante se convirtió en una fuerza tan grande de opresión parece, por el contrario, haber tenido su origen en las inclinaciones pacíficas de las masas.

En todos estos casos la *fred*, que con frecuencia equivalía a la mitad de la indemnización, iba a la asamblea, y desde tiempo inmemorial se solía invertir en obras de utilidad común y en la defensa. Todavía tiene el mismo destino (la erección de torres) entre los cabilas y ciertos troncos mongoles; y tenemos evidencia directa de que varios siglos más tarde las multas judiciales, en Pskov y varias ciudades francesas y alemanas, se siguieron empleando para la reparación de las murallas de la ciudad⁵. Así, era muy natural que las multas se cancelasen directamente al juez, que estaba obligado en retribución a mantener a la schola de hombres armados a los que se le confiaba la defensa del territorio y la ejecución de las sentencias. Esto se convirtió en costumbre universal en los siglos VIII y IX, incluso cuando el juez era un obispo elegido. De ese modo hizo su aparición el germen de una combinación que hoy

podríamos denominar el poder judicial y el ejecutivo. Pero las funciones del duque o rey estaban estrictamente limitadas a esas dos funciones. No era el que regía al pueblo —el poder supremo todavía le pertenecía a la asamblea— y ni siquiera el que comandaba la milicia popular: cuando el pueblo acudía a las armas marchaba bajo un comandante por separado, también electo, que no era subordinado del rey sino igual a él. El rey era el señor solamente de sus dominios personales. En efecto, en lengua bárbara la palabra *konung*, *koning* o *cyning*, sinónimas del latín *rex*, no tenían otro significado que el de líder temporal o caudillo de una partida de hombres. El comandante de una flotilla de embarcaciones, o hasta de una sola embarcación pirata, era también un *konung*, y hasta el presente al que comanda la pesca en Noruega se le llama *Not-kong*: «el rey de las redes»⁶. Todavía no existía la veneración que se le concedió más tarde a la persona del rey, y mientras la traición al clan se castigaba con la muerte el asesinato de un rey se podía resarcir mediante el pago de una indemnización: simplemente el rey estaba valorado por encima de un hombre libre⁷. Y cuando el rey Knu (o Canuto) mató a un hombre de su propia *schola*, la saga lo representa convocando a sus camaradas a una *thing* ante la cual se puso de rodillas implorando perdón. Fue perdonado, pero no hasta que aceptó pagar nueve veces la compensación normal, de la cual un tercio le correspondió a él mismo por la pérdida de uno de sus hombres, un tercio a los parientes del asesinado y el tercero (la *fred*) a la *schola*. En realidad, tuvo que darse un cambio total en las concepciones habituales, bajo la doble influencia de la iglesia y de los estudiosos del derecho romano, antes de que la idea de la santidad se empezara a aplicar a la persona del rey.

Sin embargo, queda fuera de la cobertura de estos ensayos seguir el desarrollo gradual de la autoridad más allá de los elementos que acabamos de señalar. Historiadores como el señor y la señora Green para Inglaterra; Augustin Thierry, Michelet y Lucaire para Francia; Kaufmann, Janssen, W. Arnold e incluso Nitzsch, para Alemania; Leo y Botta para Italia; Byelaeff, Kostomaroff y sus seguidores para Rusia, y muchos otros, han contado esa historia. Han mostrado cómo las poblaciones, una vez libres y simplemente habiendo acordado «darle alimento» a cierta parte de sus protectores gradualmente se fueron convirtiendo en siervos de esos protectores; cómo el «encomendamiento» a la iglesia, o a un señor, se convirtió en una necesidad costosa para los hombres libres; cómo el castillo de cada señor y cada obispo se convirtió en nido de ladrones —en una palabra: cómo se impuso el feudalismo— y cómo las cruzadas, al liberar a los siervos que portaban la cruz, le dio el primer impulso a la emancipación popular. Aquí no es necesario volver a contar todo eso, pues nuestro objetivo principal es seguir el genio *constructivo* de las masas en sus asociaciones de ayuda mutua.

En un tiempo en el que los últimos vestigios de la libertad bárbara parecían desaparecer, y Europa caída bajo la dominación de miles de gobernantes mezquinos, marchaba rumbo a la constitución de las teocracias y los Estados despóticos que sucedieron a la etapa de la barbarie durante los inicios de la civilización, o de las monarquías bárbaras tal y como las vemos hoy en África, la vida en Europa tomó otra dirección. Prosiguió siguiendo líneas similares a las que una vez tomó en las ciudades de la antigua Grecia. Con una unanimidad que parece casi incomprensible, y que por largo tiempo no fue entendida por los historiadores, las

aglomeraciones urbanas, incluidos los burgos de menor dimensión, comenzaron a sacudirse el yugo de sus señores mundanos y eclesiásticos. La aldea fortificada se levantó en contra del castillo del señor, desafiándolo primero, atacándolo después y destruyéndolo finalmente. El movimiento se expandió de lugar en lugar, involucrando a cada población sobre la superficie de Europa, y en menos de cien años nacieron ciudades libres en las costas del Mediterráneo, el Mar del Norte, el Báltico, el océano Atlántico, hasta llegar a los fiordos de Escandinavia, el pie de los Apeninos, los Alpes, la Selva Negra, los Grampianos y los Cárpatos; en las llanuras de Rusia, Hungría, Francia y España. En todas partes estalló la misma revuelta, con las mismas características y pasando por las mismas etapas hasta llegar a los mismos resultados. Dondequiera que los hombres hallaban, o esperaban hallar, alguna protección tras sus propias murallas, instituían sus «conjuraciones», sus «fraternidades», sus «amistades», unidas bajo una sola idea y marchaban audazmente hacia una nueva vida de apoyo mutuo y libertad. Y lograron hacerlo con tanto éxito que en tres o cuatrocientos años le habían cambiado el rostro a Europa. Cubrieron el territorio de edificaciones hermosas y suntuosas, que expresaban el genio de las uniones libres de los hombres libres, y no han podido ser igualadas en su belleza y expresividad; y les legaron a las generaciones venideras todas las artes, todas las industrias, de las cuales nuestra civilización actual con todos sus logros y promesas para el futuro, no es más que un desarrollo ulterior. Y cuando vemos hoy las fuerzas que produjeron esos grandes resultados, las encontramos no en el genio de los héroes individuales, ni en la todopoderosa organización de los enormes Estados o la capacidad

política de sus gobernantes, sino en la mismísima corriente de la ayuda y el apoyo mutuos que vimos actuar en la comunidad de aldea, y que fue avivada y fortalecida en la Edad Media por una nueva forma de uniones, inspiradas por el mismo espíritu pero conformada sobre un nuevo modelo: los gremios.

Hoy día es bien sabido que el feudalismo no implicó una disolución de la comunidad de aldea. Aunque el señor logró imponerles el trabajo servil a los campesinos y apropiarse de derechos que anteriormente sólo ejercía la comunidad de aldea (impuestos, manos muertas, aranceles sobre las herencias y los matrimonios) los campesinos, sin embargo, habían conservado los dos derechos fundamentales de sus comunidades: la posesión común de la tierra y la jurisdicción propia. En los tiempos pasados, cuando un rey enviaba a su emisario a una aldea, los aldeanos lo recibían con flores en una mano y el arma en la otra, y le preguntaban cuál ley pretendía aplicar, ¿la que encontraría en el la aldea o la que traía consigo? Y en el primer caso le entregaban las flores y lo aceptaban; en tanto que en el segundo caso se le enfrentaban. Ahora bien, aceptaban al enviado del rey o del señor que no podían rechazar, pero conservaban la jurisdicción de la asamblea, y ellos mismos designaban seis, siete o doce jueces que actuaban con el juez del señor en presencia de la asamblea como árbitros y dictadores de sentencias. En la mayoría de los casos al enviado no le quedaba más que confirmar la sentencia y recaudar la *fred* consuetudinaria. Esepreciado derecho de la jurisdicción propia, que en esa época significaba autoadministración y autolegislación, se ha mantenido a lo largo de todas las luchas; y ni los juristas de los que se hizo rodear Carlos el Grande lo abolieron: estaban obligados

a confirmarlo. Al mismo tiempo, en toda materia concerniente al dominio de la comunidad la asamblea mantuvo su supremacía, y a menudo (como lo ha mostrado Maurer) le exigía al señor mismo que se le sometiese en los asuntos de tenencia de la tierra. Ningún desarrollo del feudalismo pudo quebrar esa resistencia; la comunidad de aldea se aferró a sus derechos; y cuando en los siglos IX y X las invasiones de los normandos, los árabes y los ugrios demostraron que las *scholae* militares poco valían para proteger la tierra, se inició en Europa un movimiento general para la fortificación de las aldeas con murallas y ciudadelas de piedra. Miles de centros fortificados se construyeron entonces gracias a los esfuerzos de las comunidades de las aldeas; y, una vez construidas sus murallas, y una vez creado un interés común dentro de ese nuevo santuario —las murallas de piedra— pronto comprendieron que de allí en adelante, así como podían resistirse a las invasiones de los extranjeros, igualmente podían hacerlo con las intrusiones de sus enemigos internos, los señores. Dentro de los enclaves fortificados empezó a desarrollarse una nueva vida de libertad. Había nacido la ciudad medieval⁸.

Ningún período de la historia podría ilustrar mejor los poderes constructivos de las masas populares que los siglos X y XI, cuando las aldeas y mercados fortificados, que representaban tantos «claros en medio de la selva feudal», empezaron a liberarse del yugo de sus señores, y fueron elaborando lentamente la futura organización de la ciudad; pero lamentablemente se trata de un período histórico acerca del cual la información histórica resulta especialmente escasa: conocemos los resultados, pero poco ha llegado hasta nosotros acerca de los medios que permitieron lograrlos. Bajo la protección de sus muros las asambleas

de las ciudades —bien totalmente independientes, bien liderizadas por el noble más importante o las principales familias de comerciantes— conquistaron y mantuvieron el derecho a elegir al *defensor* y juez supremo de la población, o al menos de escoger entre quienes pretendían ocupar esa posición. En Italia las jóvenes comunidades continuamente expulsaban a sus *defensores o domini*, y combatían a los que se negaban a marcharse. Lo mismo ocurría en el Este. En Bohemia, ricos y pobres por igual (*Bohemiae gentis magni et parvi*) tomaban parte en la elección; en tanto que las *vyeches* (asambleas) de las ciudades rusas elegían regularmente a sus duques —siempre de la misma familia Rurik— hacían convenios con ellos y echaban al *knyaz* si había provocado su descontento. Al mismo tiempo, en la mayoría de las ciudades del oeste y el sur de Europa la norma era poner de *defensor* a un obispo al que la ciudad misma hubiese elegido; y hubo tantos de ellos que se destacaron en la protección de las «inmunidades» de sus localidades que al morir muchos fueron considerados santos y patronos de ellas. san Uthelred de Winchester, san Ulrico de Augsburgo, san Wolfgang de Ratisbona, san Heriberto de Colonia, san Adalberto de Praga y otros, al igual que muchos abates y monjes se convirtieron en santos de sus ciudades por haber actuado en defensa de los derechos populares. Y bajo los nuevos defensores, fuesen laicos o eclesiásticos, los ciudadanos conquistaron plena jurisdicción propia y autoadministración para sus asambleas⁹.

Todo el proceso de liberación progresaba gracias a una serie de imperceptibles actos de dedicación a la causa común, cumplidos por hombres salidos de las masas: héroes desconocidos cuyos nombres no preservó la historia.

El maravilloso movimiento de la Tregua de Dios (*treuga Dei*), mediante el cual las masas populares se esforzaron por ponerles un límite a las interminables guerras de venganza entre las familias nobles, nació en las ciudades jóvenes de obispos y ciudadanos que trataban de ampliar hasta los nobles la paz que habían establecido dentro de sus propias murallas¹⁰.

Ya en ese período las ciudades comerciales de Italia, y especialmente Amalfi (que elegía sus cónsules desde 844, y en el siglo x cambiaba frecuentemente sus dux) elaboró la legislación consuetudinaria marítima y comercial que más adelante se convirtió en modelo para toda Europa; Ravena estableció su organización de artesanos, y Milán, que había hecho su primera revolución en 980, se convirtió en una gran centro comercial y su comercio gozó de independencia plena desde el siglo xi. Lo mismo ocurrió con Brujas y Gante, y varias ciudades de Francia en las que el *Mahl* o *forum* se había convertido en una institución totalmente independiente. Y ya durante ese período comenzó el trabajo de decoración artística de las poblaciones con obras arquitectónicas que todavía admiramos y constituyen testimonios elocuentes del movimiento intelectual de aquellos tiempos. «En ese entonces fueron renovadas todas las basílicas del universo», escribió Raoul Glaber en su crónica, y algunos de los monumentos más hermosos de la arquitectura medieval datan de ese período: la maravillosa iglesia antigua de Bremen se construyó en el siglo ix, San Marcos de Venecia fue terminado en 1071 y el hermoso domo de Pisa en 1063. En efecto, el movimiento intelectual que fue descrito como el Renacimiento del siglo xii y el Racionalismo del siglo xii —precursor de la Reforma— data de ese período, muchas ciudades eran todavía meras aglo-

meraciones de pequeñas comunidades de las aldeas encerradas entre murallas.

No obstante, además del principio de la comunidad de aldea se requería otro elemento para darles a esos centros de libertad e iluminación la unidad de pensamiento y acción, y los poderes de la iniciativa que se hicieron valer en los siglos XII y XIII. Con la creciente diversidad de las ocupaciones, las artes y los oficios, y con el creciente comercio en lejanas tierras hacía falta alguna forma de unión nueva, y ese nuevo elemento necesario lo proporcionaron los *gremios*. Se han escrito tomos y más tomos acerca de esas uniones que, bajo el nombre de gremios, hermandades, amistades y *druzhestva*, *minne*, *artels* en Rusia, *esnaifs* en Servia y Turquía, *amkari* en Georgia, y así, cobraron un desarrollo formidable en tiempos medievales y jugaron tan importante papel en la emancipación de las ciudades. Pero les tomó a los historiadores más de sesenta años comprender la universalidad de esa institución y sus verdaderas características. Sólo hoy, cuando han sido publicados y estudiados cientos de estatutos de gremios, y se conoce su relación con los *collegiae* romanos y las primitivas uniones en Grecia y la India, podemos sostener con plena confianza que esas hermandades no eran más que un desarrollo ulterior de los mismos principios que vimos en acción en el *gens* y la comunidad de la aldea.

Nada ilustra mejor esas hermandades medievales que los gremios temporales que se formaron a bordo de las naves. Cuando una nave de la Hansa había cumplido su primer medio día de viaje después de zarpar del puerto, el capitán (*Schiffer*) reunía a toda la tripulación y los pasajeros sobre cubierta, y les dirigía el siguiente discurso,

según el reporte de un contemporáneo: «Puesto que estamos ahora a merced de Dios y de las olas» decía,

todos somos iguales. Y como estamos rodeados de tormentas, grandes olas, piratas y otros peligros, tenemos que mantener un orden muy estricto para que podamos llegar a buen fin en nuestro viaje. Por eso diremos la plegaria por un buen viento y el buen éxito y, de acuerdo con la ley del mar nombraremos a los que van a ocupar los asientos de los jueces [*Schöffenstellen*].

Al momento la tripulación elegía un *Vogt* y cuatro *scabini*, para que actuaran como jueces. Al final del viaje el *Vogt* y los *scabini* abdicaban de sus funciones y le hablaban así a la tripulación:

Lo que haya pasado a bordo de este barco debemos perdonárnoslo y considerar que ya está muerto (*totd und absein lassen*). Hemos juzgado con rectitud y en interés de la justicia. Por eso les rogamos a todos, en nombre de la justicia recta, olvidar cualquier animosidad que alguien pueda sentir contra otro y jurar sobre el pan y la sal que ya no pensará más en ello con rencor. Pero si alguien se considera agraviado deberá apelar al *Vogt* de tierra y pedirle justicia antes de que el sol se ponga.

Al desembarcar, la bolsa con la recaudación de las multas (*fred*) se le entregaba al *Vogt* del puerto para ser distribuida entre los pobres¹¹. Este sencillo relato describe, quizá mejor que cualquier otra cosa, el espíritu de los gremios medievales. Organizaciones parecidas nacían cada vez que un grupo de hombres —pescadores, cazadores,

comerciantes viajeros, constructores o artesanos establecidos— se unían con un propósito en común. Así, en el barco había la autoridad del capitán; pero para el éxito mismo de la empresa común, todos los hombres a bordo, ricos y pobres, propietarios y tripulación, capitán y marineros acordaban ser iguales en sus relaciones mutuas, ser simplemente hombres, con obligación de ayudarse unos a otros y zanjar sus posibles disputas ante jueces elegidos por todos ellos. Así también, cuando cierto número de artesanos —albañiles, carpinteros, picapedreros, etcétera.— se reunían para construir, digamos, una catedral, todos pertenecían a una ciudad con organización política propia, y cada uno pertenecía además a su propia corporación; pero además los unificaba su empresa en común, que ellos conocían mejor que nadie, y se juntaban en un cuerpo unido por lazos más estrechos, aunque temporales; fundaban el gremio para construir una catedral. Todavía hoy podemos ver eso mismo en el *Çof* cabila¹²: los cabilas tienen su comunidad de aldea, pero como esa unión no es suficiente para todas sus necesidades políticas, comerciales y personales se constituye el *Çof*.

En cuanto a las características sociales del gremio medieval, cualquiera de sus estatutos serviría para ilustrarlas. Si tomamos, por ejemplo, la *skraa* de algún gremio danés primitivo, leemos en ella, primero que nada, una proclamación de los sentimientos fraternales que deben reinar en el gremio; de seguidas, las regulaciones referentes a la jurisdicción propia en caso de disputas entre dos hermanos, o un hermano y un extraño; y por último se enumeran los deberes sociales de la confraternidad. Si a un hermano se le quema la casa, o pierde su barco, o ha padecido durante una peregrinación, toda la confraternidad

debe acudir en su auxilio. Si un hermano cae enfermo de gravedad, dos miembros de la confraternidad deben velar a un lado de su lecho hasta que esté fuera de peligro, y si muere la confraternidad tiene que enterrarlo —un compromiso de real envergadura en aquella época de frecuentes epidemias— y acompañarlo hasta la iglesia y la sepultura. Después de su muerte debía ayudar a la manutención de sus hijos, si era necesario; muy a menudo la viuda pasaba a ser hermana del gremio.

Esos dos rasgos notorios aparecían en toda hermandad formada para cualquier propósito posible. En cada caso los miembros se llamaban entre sí hermanos y hermanas, y como tales se trataban¹³; y todos eran iguales ante el gremio. Poseían algunos bienes muebles o almacenables en común (ganado, tierra, edificaciones, iglesias). Todos los hermanos hacían el juramento de abandonar cualquier venganza de sangre del pasado; y, sin imponerle a ningún miembro la obligación de no volver a querellarse jamás, acordaban que ninguna riña degeneraría en venganza de sangre, o en demanda ante ninguna corte que no fuese el tribunal de los propios hermanos. Y si un hermano se veía involucrado en una riña con un extraño al gremio, acordaban apoyarlo a toda costa; es decir, lo apoyarían tanto si era acusado injustamente de agresor como si en verdad lo era, y procurarían que se llegase a una solución pacífica. Siempre y cuando no se tratase de una agresión secreta —en cuyo caso sería tratado como un proscrito— la hermandad lo apoyaría¹⁴. Si los parientes del agraviado querían vengar la ofensa de inmediato mediante una nueva agresión, la hermandad le proporcionaba un caballo para la huida, o un bote con un par de remos, un cuchillo y eslabón para encender fuego con pedernal; si permanecía en la

ciudad lo acompañarían doce hombres para protegerlo mientras se tramitaba la conciliación. Acudirían al tribunal a apoyar bajo juramento la veracidad de sus declaraciones, y si era hallado culpable no permitirían su ruina total y su conversión en esclavo por no poder pagar la debida indemnización. La pagarían entre todos, al igual que lo hacía el *gens* en épocas más antiguas. Sólo cuando un hermano había faltado a la palabra dada a otra persona del gremio o también ajena, se le expulsaba de la hermandad «borrando hasta su nombre» (*tha scal han amelles af brödriscop met nidinga nafn*).

Tales eran las ideas guías de las hermandades que fueron cubriendo gradualmente la totalidad de la vida medieval. De hecho conocemos de la existencia de gremios de todas las profesiones posibles: de siervos¹⁵, de hombres libres y de ambos en combinación; gremios que nacieron con propósitos en especial: la caza, la pesca o las expediciones comerciales y fueron disueltos cuando el propósito se había cumplido; y otros que perduraron por siglos en determinado oficio o rama. Y así como la vida iba adquiriendo un número cada vez mayor de propósitos, en igual proporción crecían los gremios. De manera que no sólo vemos a los comerciantes, los artesanos, los cazadores y los campesinos unirse en gremios; también los hay de sacerdotes, pintores, maestros de escuela primaria y profesores universitarios; gremios para actuar en representaciones dramáticas de la Pasión, para erigir una iglesia, para desarrollar el «misterio» de determinadas escuelas de artes u oficios, o para una diversión en especial; incluso gremios de mendigos, verdugos y mujeres de la vida, todos organizados sobre el mismo doble principio de la jurisdicción propia y el apoyo mutuo¹⁶. En lo tocante

a Rusia tenemos evidencia positiva de que la verdadera «construcción de Rusia» fue tan obra de sus *artels* de cazadores, pescadores y comerciantes como de la proliferación de sus comunidades de las aldeas, y todavía hoy el país está cubierto de *artels*.

Estos escasos señalamientos bastan para mostrar lo equivocada que estaba la visión asumida por algunos de los primeros investigadores de los gremios que querían ver la esencia de la institución en su festividad anual. En realidad, el día de la comida en común era siempre el día, o su mañana, de la elección de los principales, de la discusión de las alteraciones de los estatutos, y a menudo también el día del juicio de las querellas surgidas dentro de la hermandad¹⁷, o el de la renovación del juramento de fidelidad al gremio. La comida en común, como la festividad en la antigua asamblea tribal: el *mahl* o *malum*, o el *aba buryate*, o el banquete parroquial y la cena de la cosecha, constituía simplemente una afirmación de la hermandad. Simbolizaba los tiempos en los que en el clan todo se tenía en común. Al menos ese día todo les pertenecía a todos. Todos se sentaban en la misma mesa y participaban de la misma comida. Todavía mucho tiempo después los internados en un asilo perteneciente a un gremio londinense se sientan ese día a la mesa, a la vera, del rico magistrado. En cuanto a la distinción que varios investigadores han tratado de establecer entre el antiguo «gremio de la paz» sajón y los llamados gremios «sociales» o «religiosos», todos fueron gremios de la paz en el sentido antes mencionado, y todos fueron religiosos en el sentido de que una comunidad de aldea o una ciudad puesta bajo la protección de un santo especial es social y es religiosa. Si la institución del gremio se ha extendido tan inmensamente en

Asia, África y Europa, si ha vivido durante miles de años, reapareciendo una y otra vez cuando las condiciones similares la hacen cobrar vida, ello es así porque se trataba de mucho más que una asociación para comer, o una asociación para acudir a la iglesia en determinado día, o para efectuar entierros. Respondía a una necesidad de la naturaleza humana hondamente arraigada, y encarnaba todos los atributos que más tarde el Estado se apropió para su burocracia y su policía, y mucho más que eso. Fue una asociación para el apoyo mutuo en todas las circunstancias y en todos los accidentes de la vida, «de hecho e intención», y fue una organización para el afianzamiento de la justicia, que se diferenciaba del Estado en que en lugar del elemento formal que constituye la característica esencial de la interferencia de éste, introducía en todas esas ocasiones un elemento humano, fraternal. Hasta cuando comparecía ante el tribunal del gremio, el hermano agremiado estaba respondiendo frente a hombres que lo conocían bien y antes habían estado a su lado en su trabajo diario, en la comida en común, en el cumplimiento de los deberes de su hermandad: hombres que eran sus iguales y hermanos en verdad, no teóricos del derecho ni defensores de los intereses de alguien más¹⁸.

Resulta evidente que una institución tan bien adaptada para servir a la necesidad de la unión sin privar de su iniciativa al individuo no podía más que expandirse, crecer y fortificarse. La única dificultad era encontrar una forma que permitiese confederar a las uniones de los gremios sin interferir con las uniones de las comunidades de las aldeas, y luego confederarlo todo en un conjunto armonioso. Y cuando se halló esa forma de combinación, y una serie de circunstancias favorables les permitió a las

ciudades afirmar su independencia, lo hicieron con una unidad de pensamiento que tiene obligatoriamente que suscitar nuestra admiración, aún en nuestro siglo de ferrocarriles, telégrafos e imprentas. A nosotros han llegado cientos de Cartas en las que las ciudades inscribían su liberación, y a lo largo de todas ellas —independientemente de la infinita variedad de detalles dependientes de la mayor o menor plenitud de la emancipación— fluyen las mismas ideas rectoras. La ciudad se organizaba como una federación de gremios y pequeñas comunidades de las aldeas. Así reza una carta entregada por Felipe, conde de Flandes, a los burgueses de Aire en 1188:

Todos aquellos pertenecientes a la amistad de la ciudad han prometido y confirmado bajo fe de juramento que se ayudarán los unos a los otros como hermanos, en todo cuanto pueda ser útil y honesto. Que si alguno comete ofensa de palabra o de hecho en contra de otro, el que ha sufrido el agravio no cobrará venganza, ni por su parte ni por la de su gente (...) presentará una queja y el agravante responderá por su agravio, de acuerdo con lo que sea sentenciado por doce jueces elegidos como árbitros. Y si el agravante o el agraviado, luego de haber sido advertidos por tres veces, no acatan la decisión de los árbitros, será expulsado de la amistad como hombre vil y perjuro.

Cada uno de los miembros de la comunidad le guardará fidelidad a sus conjurados, y les prestará su ayuda y consejo, según le dictare la justicia —rezan las cartas de Amiens y Abbeville—. Todos se ayudarán los unos a los otros, según sus posibilidades, dentro de los límites de la comunidad, y no tolerarán que nadie tome nada de

ninguno de ellos, ni les obligue a pagar alguna clase de contribución,

leemos en las cartas de Soissons, Compiègne, Senlis y muchas otras por el estilo. E igual sucede en innumerables variaciones sobre el mismo tema.

Escribió Guilbert de Nogent:

La comuna es un juramento de ayuda mutua (*mutui ajutorii conjuratio*) (...) una palabra nueva y detestable. Gracias a ella los siervos quedan librados de toda servidumbre; gracias a ella sólo se les puede condenar al pago de determinada multa por quebrantar la ley; gracias a ella los siervos dejan de hacer los pagos que desde siempre estaban acostumbrados a hacer.

La misma onda emancipadora corría, en el siglo XII, a todo lo ancho del continente, envolviendo tanto a las ciudades ricas como a los villorrios más pobres. Y si es cierto que podemos decir que por lo general las ciudades italianas fueron las primeras en liberarse, también lo es que no podemos designar ningún centro a partir del cual pueda haberse iniciado. Muy a menudo algún pequeño burgo de la Europa central asumía el liderazgo en su región, y las grandes aglomeraciones humanas aceptaban la Carta del pueblito como modelo para las suyas. Así, la Carta de un pequeño pueblo, Lorris, fue adoptada por ochenta y tres poblaciones del suroeste de Francia, y la de Beaumont se convirtió en modelo para más de quinientos pueblos y ciudades en Bélgica y Francia. Las ciudades mandaban enviados especiales a sus vecinas a obtener una copia de sus cartas, y la constitución se iba armando de esa

manera. Sin embargo, no se copiaban simplemente entre sí: armaban sus propias cartas de acuerdo con las concesiones que habían conseguido de sus señores; y el resultado fue que, como lo señala un historiador, las cartas de las comunas medievales presentaban igual variedad que la arquitectura gótica de sus iglesias y catedrales. Las mismas ideas rectoras en todas ellas —la catedral como símbolo de la unión del barrio y el gremio en la ciudad— y la misma variedad de detalles infinitamente rica.

La jurisdicción propia constituía el punto esencial, y la jurisdicción propia significaba autoadministración. Pero la comuna no era simplemente una parte «autónoma» del Estado —tales palabras ambiguas no habían sido inventadas todavía para la época— era un Estado en sí misma. Tenía el derecho a hacer la guerra y la paz, de confederarse y aliarse con sus vecinas. Era soberana en sus propios asuntos y no se inmiscuía en los ajenos. El supremo poder político podía radicar por entero en una asamblea popular democrática, como era el caso en Pskov, cuyo vyeche enviaba y recibía embajadores, cerraba tratados, aceptaba y expulsaba príncipes, o prescindía de ellos durante docenas de años; o radicaba en, o era usurpado por, una aristocracia de comerciantes o hasta de nobles, como era el caso en cientos de ciudades italianas y centroeuropeas. El principio, sin embargo, continuaba siendo el mismo. La ciudad constituía un Estado y —lo cual era quizá más sorprendente aún— cuando el poder era usurpado en ella por una aristocracia de comerciantes o hasta de nobles, la vida interna de la ciudad y el carácter democrático de su vida cotidiana no desaparecía: se dependía muy poco de lo que se podría llamar la forma política del Estado.

El secreto de esa aparente anomalía radica en el hecho de que una ciudad medieval no era un Estado centralizado. Durante los primeros siglos de su existencia difícilmente se podía llamar Estado a la ciudad, en lo referente a su organización interna, porque la edad media ignoraba más acerca de la actual centralización de las funciones de lo que sabía de la actual centralización territorial. Cada grupo poseía una cuota de la soberanía. Por lo común, la ciudad estaba dividida en cuatro distritos, o en cinco o siete sectores que irradiaban desde un centro, y cada distrito o sector se correspondía a grosso modo con cierto oficio o profesión que prevalecía en él, mas no obstante albergaba habitantes de diferentes posiciones sociales y ocupaciones: nobles, comerciantes, artesanos y hasta semi-siervos. Y cada sector o distrito constituía un conglomerado totalmente independiente. En Venecia, cada isla era una comunidad política con independencia. Tenía sus propios oficios organizados, su propio comercio de sal, su jurisdicción y administración propias, su propia asamblea popular; y el nombramiento de un dux por parte de la ciudad en nada cambiaba la independencia interna de las comunidades. En Colonia vemos a los habitantes divididos en *Geburschaften* y *Heimschaften* (*viciniae*), es decir, gremios de vecinos, que datan del período franco. Cada uno tenía su juez (*Burrichter*) y los acostumbrados doce sentenciadores elegidos (*Schöffén*), su *Vogt*, y su *greve* o comandante de la milicia local. La historia del Londres primitivo antes de la Conquista —dice el señor Green— es la de «una cantidad de pequeños grupos regados por aquí y por allá sobre el área dentro de las murallas, cada uno creciendo con sus propias vidas e instituciones, gremios, oficinas de recaudación, edificaciones religiosas y demás, sólo

juntándose poco a poco en una unión municipal». Y si hurramos en los anales de las ciudades rusas Novgorod y Pskov, ambas relativamente ricas en detalles locales, hallamos el sector (*konets*) constituido por calles independientes (*ulitsa*), cada una de las cuales, aunque habitada principalmente por artesanos de determinado oficio, tenía también comerciantes y agricultores entre los moradores, y constituía una comunidad por separado. Tenía la responsabilidad común de todos los miembros en caso de crimen, su jurisdicción y administración propias por los magistrados de la calle (*ulichnaskiye starosky*), su sello propio y, en caso de necesidad, su propia asamblea popular; su milicia propia y también sus sacerdotes autodesignados y su propia vida y empresa colectiva.

La ciudad medieval aparece entonces como una doble federación: de todos los cabezas de familia unidos en pequeñas uniones territoriales —la calle, el barrio, el sector— y de los individuos unidos bajo juramento en gremios según sus profesiones; lo primero como producto del origen de comunidad de aldea de la ciudad, en tanto que lo segundo fue un desarrollo subsiguiente nacido de las nuevas condiciones.

El objetivo más importante de la ciudad medieval era garantizar la libertad, la autoadministración y la paz; y su fundamento principal era el trabajo, como lo hemos estado viendo al hablar de los gremios de oficios. Pero la «producción» no era lo único que absorbía la atención del economista medieval. Con su mentalidad práctica, entendía que había que garantizar el «consumo» si se quería obtener producción; y por consiguiente el principio fundamental en cada ciudad era satisfacer «las necesidades primarias comunes de comida y vivienda tanto de los

pobres como de los ricos» (*gemeine notdurft vnd gemach armer vnd richer*). Estaba totalmente prohibida la compra de alimentos y otros insumos de primera necesidad (carbón, leña, etcétera) antes de que hubiesen llegado al mercado público o en condiciones especialmente favorables de las que no todo el mundo pudiese aprovecharse, la pre-empcio en una palabra. Todo tenía que ir al mercado y ser ofrecido allí para que todos pudiesen hacer sus compras hasta que sonase la campana que anunciaba el cierre del mercado diario. Sólo entonces podía el minorista adquirir los productos sobrantes, y aún así su ganancia tenía que ser nada más una «ganancia honesta»¹⁹. Más aún, si un panadero mayorista compraba trigo después de haberse cerrado el mercado, cualquier ciudadano tenía derecho de reclamar parte del grano (alrededor de media arroba) para su propio uso a precio de mayorista, si lo hacía antes del cierre definitivo de la venta; y, recíprocamente, cualquier panadero podía reclamar su parte si el ciudadano estaba comprando el grano para revenderlo. En el primer caso, para moler el grano sólo hacía falta llevarlo al molino de la ciudad, esperar su turno y cancelar el costo establecido. Y el pan se podía ordenar en el horno comunal, el *four banal*²⁰. En resumen, si la escasez se hacía presente en la ciudad todos la sufrirían en mayor o menor grado; pero aparte de las calamidades, mientras existieron las ciudades libres nadie murió de hambre en ella, como infelizmente resulta ser el caso en nuestro tiempo.

Sin embargo, todas esas regulaciones pertenecen a períodos posteriores de la vida de las ciudades, ya que en el inicio era la ciudad misma la que solía adquirir todo el abastecimiento de comida para el uso de los ciudadanos. Los documentos recientemente publicados por el señor Gross

son muy positivos en este punto, y le dan pleno soporte a su conclusión de que los cargamentos de abastecimiento «eran comprados por ciertos funcionarios cívicos a nombre de la ciudad, y luego distribuidos en cupos entre los comerciantes burgueses, sin que se le permitiese a nadie comprar mercancía desembarcada, a menos que las autoridades municipales manifestasen que no la comprarían». «Esa parece haber sido», añade, «una práctica muy común en Inglaterra, Irlanda, Gales y Escocia»²¹. Todavía en el siglo XVI encontramos que las compras de trigo en común eran hechas para «bienestar y provecho en todo (...) de la ciudad y la cámara de Londres, y de todos los ciudadanos y habitantes de ella en todo lo que a nosotros atañe», como escribió el alcalde en 1565. En Venecia, es bien conocido que la totalidad del comercio de granos estaba en manos de la ciudad; en cuanto la junta encargada de administrar las importaciones les entregaba los cereales, los «distritos» estaban obligados a enviar a la casa de cada ciudadano la cantidad que le había sido asignada. En Francia, la ciudad de Amiens acostumbraba comprar sal y distribuirla a todos los ciudadanos a bajo precio²². Y todavía hoy se ven en muchas poblaciones de Francia los *halles* que anteriormente eran los *dépôts* municipales para el trigo y la sal. En Rusia se acostumbraba a hacer igual en Novgorod y Pskov.

La importante materia relativa a las compras comunales para uso de los ciudadanos, y la manera como solían hacerse parece no haber recibido la debida atención por parte de los historiadores del período; pero aquí y allá afloran datos muy interesantes que arrojan nueva luz sobre el hecho. Existe, entre los documentos del señor Gross, una ordenanza de Kilkenny que se remonta al año 1367, gracias al cual nos enteramos de cómo se establecían los precios de los

artículos. «Los comerciantes y los marinos», escribe el señor Gross, «tenían que declarar bajo juramento el costo inicial de los artículos y los gastos de transporte. Entonces el alcalde de la ciudad y dos ciudadanos de reconocida honradez ponían el precio al que sería vendida la mercancía». La misma norma valía para Thurso respecto a la mercancía que entraba «por mar o tierra». Esa manera de «poner el precio» daba respuesta tan cabal a las concepciones mismas del comercio que tiene que haber sido universal. Tener el precio establecido por un tercero constituía una antigua costumbre. Y en verdad era un hábito muy difundido que para todo intercambio dentro de la ciudad se dejase establecer los precios a «ciudadanos de reconocida honradez» —es decir, a terceros— y no al vendedor o el comprador. Pero tal orden de cosas nos hace retroceder muy atrás en la historia del comercio; a saber, hasta una época en la que la ciudad entera llevaba a cabo el comercio de productos de primera necesidad, y los comerciantes no eran más que los comisionados, los apoderados de la ciudad para la venta de los productos que ella exportaba. Una ordenanza de Waterford, publicada también por el señor Gross, dice «que toda clase de mercancía, *del género que ella fuese*, (...) ha de ser adquirida por el principal y sus ayudantes, nombrados compradores de la comunidad, y distribuida por igual entre todos los hombres libres de la ciudad (exceptuándose tan sólo las que sean propias de los ciudadanos y habitantes libres)». Esa ordenanza solamente es entendible admitiendo que todo el comercio exterior de la ciudad era llevado a cabo por sus apoderados. Más aún, tenemos evidencia directa de igual valía para Novgorod y Pskov. Eran la Novgorod y Pskov soberanas las que enviaban sus caravanas de mercaderes a tierras lejanas.

Sabemos también que en casi todas las ciudades de Europa central y occidental los gremios de artesanos acostumbraban comprar, en corporación, la totalidad de la materia prima, y vendían el producto de su trabajo por intermedio de sus agentes, y sería muy raro que no se hiciese igual con el comercio exterior, más aún cuando sabemos bien que hasta el siglo XIII no sólo todos los comerciantes de una ciudad dada eran considerados en el extranjero como responsables en conjunto de las deudas contraídas por cada uno de ellos, sino que además la ciudad era igualmente responsable de las deudas de cada uno de sus comerciantes. Sólo en los siglos XII y XIII las poblaciones a orillas del Rin firmaron tratados especiales aboliendo esa responsabilidad. Y finalmente tenemos el interesantísimo documento de Ipswich publicado por el señor Gross, a través de cual nos enteramos de que el gremio de comerciantes de esa ciudad estaba constituido por todos los que disfrutaban de la libertad en ella y aceptaban pagar su contribución (*their hanse*) al gremio, y la comunidad entera discutía también la mejor manera de apoyar al gremio de comerciantes y la concesión de ciertos privilegios. El gremio de comerciantes de Ipswich aparece así más como una corporación de apoderados de la ciudad que como un gremio privado común y corriente.

En resumen, mientras más empezamos a conocer la ciudad medieval, más vemos que no se trataba simplemente de una organización política para la protección de determinadas libertades políticas. Constituía un intento de organizar, a una escala mucho mayor que en la comunidad de aldea, una estrecha unión para la ayuda y el apoyo mutuos, para el consumo y la producción, y también para la vida social, sin imponerles a los hombres los grilletes del Estado sino

antes bien concediéndole plena libertad de expresión al genio creador de cada grupo de individuos por separado en el arte, la artesanía, la ciencia, el comercio y la organización política. En el siguiente capítulo veremos mejor hasta dónde se logró cumplir esa intención, cuando hayamos analizado la organización del trabajo en la ciudad medieval y las relaciones de las ciudades con la población campesina que las rodeaba.

NOTAS

1. W. Arnold mantiene incluso en su *Wanderungen un Ansiedelungen der deutschen Stämme*, p. 431, que la mitad de la tierra hoy arable en Alemania Central debe haber sido convertida en utilizable entre los siglos VI y IX. Nitzsch (*Geschichte des deutschen Volkes*, Leipzig, 1883, vol. I) comparte la misma opinión.
2. La recompensa por el robo de un simple cuchillo era de 15 solidi, y la de las piezas de hierro de un molino de 45 solidi. (Acerca de este tema ver *Wirtschaft und Rect. Der Franjen*, de Lamprecht, en *Rau - mer, Historisches Taschenbuch*, 1883, p. 52). De acuerdo con la ley ribereña, la espada, la lanza y la armadura de hierro de un guerrero llegaban a tener el valor de al menos veinticinco reses o dos años de trabajo de un hombre libre. Una simple coraza estaba valorada en la ley sálica en nada menos que treinta y seis bushels de trigo (Desmichels, citado por Michelet).
3. Durante mucho tiempo la principal riqueza de los caudillos estuvo en sus dominios personales poblados en parte con prisioneros esclavos, pero mayormente de la manera descrita.
4. Resulta permisible pensar que esa concepción (relacionada con la concepción de la *tanistry*: la sucesión por un miembro anteriormente elegido de la familia real) desempeñó un papel importante en la vida de ese período; pero todavía la investigación no ha sido conducida en ese sentido.
5. Quedó claramente establecido en la Carta de San Quintín del año 1002 que el monto del rescate de las casas que habían de ser demolidas por crímenes iría a parar a las murallas de la ciudad. El mismo destino se le daba al *Ungeld* en las ciudades alemanas. En Pskov la

catedral era el banco de las multas, y de ese fondo se tomaba el dinero para las murallas.

6. Ver las excelentes observaciones sobre este tema en Augustin Thierry, *Lettres sur l'histoire de France*, 7ª carta. Las traducciones bárbaras de partes de la Biblia son sumamente instructivas al respecto.
7. Treinta y seis veces más que un noble, según la ley anglosajona. Sin embargo, en el código de Rotario el asesinato de un rey es penado con la muerte; pero (aparte de la influencia romana) esa nueva disposición fue introducida (en 646) en la ley lombarda —como lo señalan Leo y Botta— para proteger al rey de la venganza de sangre. Siendo en ese tiempo el rey el ejecutor de sus propias sentencias (como antes la tribu lo era de las suyas) tenía que estar protegido por una disposición especial, mucho más por cuanto antes de Rotario varios reyes lombardos habían sido asesinados en serie.
8. Si sigo aquí las opiniones defendidas desde hace mucho tiempo por Maurer (*Geschichte der Städteverfassung in Deutschland*, Erlangen, 1869) es porque él ha comprobado plenamente la evolución ininterrumpida de la comunidad de aldea a la ciudad medieval, y esas opiniones explican por sí solas la universalidad del movimiento comunal. Savigny y Eichorn y sus seguidores han demostrado ciertamente que las tradiciones de los *municipio* romanos jamás desaparecieron totalmente. Pero no tomaron en cuenta el período de la comunidad de aldea por el que pasaron los bárbaros antes de que tuviesen alguna ciudad. El hecho es que cada vez que la humanidad le ha dado inicio a una nueva civilización, en Grecia, Roma o en Europa central, ha pasado por las mismas etapas —la tribu, la comunidad de aldea, la ciudad libre, el Estado— cada una evolucionando de la precedente. Por supuesto, la experiencia de cada civilización precedente jamás se perdía. Grecia (ella misma influida por las civilizaciones orientales) influyó en Roma, y Roma influyó en nuestra civilización; pero cada una tuvo el mismo comienzo: la tribu. Y así como no podemos decir que nuestros Estados son *continuaciones* del Estado romano, tampoco podemos decir que las ciudades medievales de Europa (incluidas Escandinavia y Rusia) fueron una continuación de las ciudades romanas. Ellas fueron una continuación de la comunidad de aldea bárbara, influenciadas en alguna medida por las tradiciones de las poblaciones romanas.
9. Cabe señalar, sin embargo, que en las ciudades reales la asamblea nunca alcanzó la independencia que consiguió en el resto de ellas. Y también es cierto que Moscú y París fueron escogidas por los reyes y la iglesia como las cunas de la futura autoridad real en el Estado, porque no poseían la tradición de las asambleas populares acostumbradas a actuar como soberanas en todas las materias.
10. En realidad, la *treuga Dei*, al igual que la liga iniciada bajo Luis el Gordo para la defensa tanto en contra de las rapacerías de los nobles

como de las invasiones normandas, fue un movimiento absolutamente *popular*. El único historiador que menciona a esa última liga —es decir, Vitalis— la describe como una «comuna popular».

11. J.D. Wunderer, «Reisebericht», en Fichard, *Frankfurter Archiv*, II, 245; citado por Janseen, *Geschichte des Deutschen Volkes*, I, 355.
12. Ver el capítulo anterior.
13. Uno de los estatutos de Cambridge del año 1503 es bien positivo en la cláusula siguiente: «Este estatuto está hecho con el común asentimiento de los hermanos y hermanas del gremio».
14. En la época medieval sólo las agresiones secretas eran tratadas como asesinatos. La venganza de sangre a plena luz del día se consideraba acto de justicia; y matar en una pelea no constituía asesinato si el agresor mostraba voluntad de arrepentimiento e intención de reparar el crimen cometido. Todavía subsisten vestigios de esa distinción en la legislación criminal moderna, especialmente en Rusia.
15. Los gremios desempeñaron un papel importante en las rebeliones de los siervos, y por consiguiente fueron proscritos varias veces seguidas durante la segunda mitad del siglo IX. Por supuesto, las prohibiciones reales fueron siempre letra muerta.
16. Los pintores italianos medievales también estaban organizados en gremios, que en época posterior se transformaron en academias de arte. El que el arte italiano de aquellos tiempos tuviese la impronta de la individualidad que aún hoy nos permite distinguir entre las diferentes escuelas de Padua, Bassano, Treviso, Verona, etc., aunque todas esas ciudades estaban bajo el dominio de Venecia, se debió al hecho —señala J. Paul Richter— de que los pintores de cada ciudad pertenecían a un gremio por separado, bien avenido con los gremios de las otras, pero que llevaban existencia aparte. El estatuto de gremio más antiguo que se conoce es el de Verona, que data de 1303, pero está copiado evidentemente de un estatuto mucho más antiguo todavía. Entre las obligaciones de sus miembros figuraban «ayuda fraternal en caso de cualquier necesidad», «hospitalidad con los extranjeros cuando pasen por la ciudad, y así podremos obtener información acerca de cosas que queremos saber», y «obligación de ofrecer aliento en caso de debilidad». (Nineteenth Century, noviembre de 1890 y agosto de 1892).
17. Ver, por ejemplo, los textos de los gremios de Cambridge presentados por Toulmin Smith (*English Guilds*, Londres, 1870, pp. 274-276), en los que se evidencia que «el día general y principal» era «el día de elecciones»; o *The Early History of the Guild of the Merchant Taylors*, Londres, 1888, I, 45, por el capitán M. Clode; y tantos otros. Para la renovación del juramento, ver la saga Jómsviking. Mencionada en Pappenheim, *Altdänische Schutzgilden*, Breslau, 1885, p. 67). Parece

muy probable que cuando los gremios comenzaron a ser perseguidos muchos de ellos inscribían en sus estatutos nada más la comida del día, o los deberes religiosos, y apenas aludían a la función judicial del gremio en términos vagos; pero dicha función no desapareció hasta mucho tiempo después. La pregunta «¿quién será mi juez?» carece hoy de significado, puesto que el Estado se apropió de la administración de la justicia para su burocracia; pero en la era medieval resultaba de primordial importancia, y más aún por cuanto la jurisdicción propia significaba autoadministración. Hay que señalar también que la traducción del sajón «guild-bretheren» o el danés «brodrae» al latín *convivii* debe haber contribuido también a esa confusión.

18. Ver el Apéndice x.
19. Cuando una lancha llevaba un cargamento de carbón hasta Würzburg, durante los primeros ocho días, ese carbón sólo podía ser vendido al detal, y no estaba permitida la compra de más de cincuenta canastadas por familia. El sobrante se podía vender al por mayor, pero al minorista sólo se le permitía una ganancia *zittlicher* [«honesta»]. La ganancia *unzittlicher* [«deshonesta»] estaba absolutamente prohibida. Igual pasaba en Londres y, de hecho, en todas partes.
20. Resulta casi innecesario decir que la regulación sobre el pan, igual que la de la cerveza, fue fijada después de cuidadosos experimentos en cuanto a la cantidad de pan y de cerveza que se podía obtener a partir de determinada cantidad de grano.
21. Ch. Gross, *The Guild Merchant*, Oxford, 1890, I. 135. Sus documentos muestran que dicha práctica existió en Liverpool (II. 148-150), y también en Waterford, Irlanda, en Neath, Gales y Linlithgow y Thurso, Escocia. Los textos del señor Gross muestran además que las compras se hacían por distribución, no sólo entre los comerciantes burghueses, sino también entre «los ciudadanos todos y la comunidad» (p. 136, *nota*) o, como reza la ordenanza del siglo XVII de Thurso, «se les ofrece a los comerciantes, artesanos y *habitantes* del dicho burgo, de modo que todos tengan su parte del mismo, de acuerdo con sus necesidades y capacidades».
22. En 1485 la ciudad permitió la exportación a Amberes de una cierta cantidad de trigo, pues, «los habitantes de Amberes están dispuestos siempre a ser amables con los comerciantes y burghueses de Amiens».

CAPÍTULO VI

AYUDA MUTUA EN LA CIUDAD MEDIEVAL

(CONTINUACIÓN)

Semejanza y diversidad entre las ciudades medievales. Los gremios de artesanos: atributos estatales en cada uno de ellos; intentos por liberarlos. Los señores. Resultados alcanzados por la ciudad medieval; en artes, en aprendizaje. Causas de la decadencia.

Las ciudades medievales no estaban organizadas sobre algún plan preconcebido en obediencia a la voluntad de un legislador foráneo. Cada una de ellas constituyó un desarrollo natural en todo el sentido de la palabra: el resultado siempre variable de la lucha entre diferentes fuerzas que se ajustaban y reajustaban en conformidad con sus energías relativas, las contingencias de sus conflictos y el apoyo que pudiesen hallar en sus contornos. Por consiguiente, no existen dos ciudades cuya organización interna y suerte corrida hayan sido idénticas. Cada una, tomada por separado, varía de siglo en siglo. Pero si le damos un rápido vistazo a todas las ciudades de Europa, las desemejanzas locales y nacionales desaparecen, y nos impacta encontrar entre todas ellas un asombroso parecido, aunque cada una se ha desarrollado por su cuenta, con independencia de las demás y en condiciones diferentes. Un pueblito en el norte de Escocia, con su población de toscos trabajadores y pescadores; una rica ciudad de Flandes, con su comercio a nivel mundial, su lujo y su amor por las diversiones y la vida animada; una ciudad italiana enriquecida por sus tratos comerciales con

el Oriente y alimentando dentro de sus murallas un gusto artístico y una civilización refinados; y un poblado pobre, fundamentalmente agrícola en la región de ciénegas y lagos de Rusia parecieran tener poco en común. Y no obstante, las líneas rectoras de su organización, y el espíritu que las anima, están imbuidas de una fuerte semejanza familiar. Por todas partes vemos las mismas confederaciones de pequeñas comunidades y gremios, los mismos «suburbios» en torno a la ciudad matriz, la misma asamblea, y las mismas insignias de su independencia. El *defensor* de la ciudad, bajo diferentes nombres y bajo ropajes diferentes, representa igual autoridad e intereses; el abastecimiento de víveres, el trabajo y el comercio están organizados sobre líneas muy semejantes; las luchas internas y externas se libran con ambiciones parecidas; más aún, son idénticas las fórmulas mismas empleadas en las luchas y también en los anales, las ordenanzas y documentos; y los monumentos arquitectónicos, sean de estilo gótico, románico o bizantino, expresan las mismas aspiraciones e ideales, y están concebidos y contruidos de la misma manera. Muchas desemejanzas no son más que diferencias de época, y las disparidades reales existentes entre ciudades hermanas se repiten en diferentes partes de Europa. La unidad de la idea rectora y la identidad de origen allanan las diferencias de clima, situación geográfica, riqueza, lengua y religión. Por eso podemos hablar de *la* ciudad medieval como de una fase bien definida de la civilización; y aunque toda investigación que insista en las diferencias locales e individuales es del todo bienvenida, todavía podemos señalar las principales líneas de desarrollo que resultan comunes a todas las ciudades.

No hay duda de que la protección que se solía acordar para el mercado desde los tiempos bárbaros más primitivos

jugó un papel importante, mas no exclusivo, en la emancipación de la ciudad medieval. Los antiguos bárbaros no comerciaban en el interior de sus comunidades de la aldea; lo hacían solamente con extraños, en determinados lugares definidos y en ciertos días. Y, con la finalidad de que el extraño pudiese acudir al punto de trueque sin riesgo de ser muerto a causa de alguna venganza de sangre que pudiese estar en marcha entre dos familias, al mercado se le colocaba siempre bajo la protección de todas las familias. Era inviolable, como el lugar de adoración bajo cuya sombra se acostumbraba organizarlo. Entre los cabillas sigue siendo *anaya*, como lo es el sendero por el que las mujeres traen el agua desde el pozo. Ni siquiera durante las guerras tribales a ninguno de los dos se podía ir armado. En la época medieval el mercado disfrutaba universalmente de la misma protección¹. No se podía llevar a cabo ninguna venganza de sangre en el sitio donde la gente acudía a hacer transacciones comerciales, ni tampoco dentro de determinado radio en torno. Y si surgía una disputa en la abigarrada multitud de compradores y vendedores, debía ser llevada ante aquellos bajo quienes se había puesto la protección del mercado: el tribunal de la comunidad, o el juez designado por el obispo, el señor o el rey. Un extraño que había venido a comerciar era un huésped, y así se le consideraba. Hasta el señor que no tenía escrúpulos en asaltar a un comerciante en plena carretera respetaba el *Weichbild*, es decir, el poste que se levantaba en el mercado y tenía sobre él las armas del rey, o un guante, o la imagen del santo local o simplemente una cruz, dependiendo de que el mercado estuviese bajo la protección del rey, el señor, la iglesia local o la asamblea popular, la *vyeche*².

Resulta fácil comprender cómo la jurisdicción propia de la ciudad pudo desarrollarse a partir de la jurisdicción especial del mercado, cuando a la propia ciudad se le concedió ese derecho. Y tal origen de las libertades de la ciudad, cuya huella es posible rastrear en muchos casos, necesariamente dejó marcada su impronta en el desarrollo subsiguiente. Le concedía el predominio al sector de la comunidad dedicado al comercio. Los burgueses que en aquellos tiempos eran propietarios de una casa en la ciudad, y eran copropietarios de las tierras comunales, constituían a menudo un gremio de comerciantes que tenía en sus manos el comercio de la localidad; y aunque al comienzo cualquier burgués, rico o pobre, podía formar parte del gremio de los comerciantes, y el comercio mismo parece haber operado en toda la ciudad por cuenta de sus apoderados, el gremio se fue convirtiendo gradualmente en un ente privilegiado. Impedía celosamente el ingreso a los gremios de los forasteros que pronto comenzaron a afluir a las ciudades libres, y les reservaba las prebendas provenientes del comercio a las contadas «familias» que eran burguesas para el momento de la emancipación. Evidentemente existía el peligro de que de ese modo se constituyera una oligarquía mercantil. Pero ya en el siglo x, y más aún en los dos siguientes, los artesanos principales, organizados también en gremios, fueron lo bastante poderosos como para controlar las tendencias oligárquicas de los comerciantes.

En aquel entonces el gremio de artesanos por lo general vendía por su propia cuenta sus productos y compraba directamente la materia prima, y de él formaban parte al mismo tiempo los comerciantes y los trabajadores manuales. Por eso la preponderancia asumida por los antiguos gremios de

artesanos desde el comienzo mismo de la vida de la ciudad libre le garantizó al trabajo manual la elevada posición que en adelante ocupó en la localidad³. De hecho, en una ciudad medieval el trabajo manual no constituía signo de inferioridad; por el contrario heredó vestigios del alto respeto que mereció en la comunidad de aldea. En el «misterio» se consideraba que el trabajo manual era un deber sagrado hacia los ciudadanos: una función pública (*Amt*) tan honorable como cualquier otra. La producción y el intercambio estaban impregnados de una idea de «justicia» respecto a la comunidad, y de «rectitud» tanto en el productor como en el consumidor que hoy parecería hasta extravagante. El trabajo del curtidor, el tonelero, el zapatero debía ser «justo», honesto, quedó sentado por escrito en aquellos tiempos. La madera, el cuero o el tejido empleados por los artesanos tenían que ser «buenos»; el pan debía ser horneado «con conciencia», y así sucesivamente. Traslademos esas expresiones a nuestra vida presente y parecerá afectado y artificial, pero en aquel entonces resultaban naturales y libres de afectación, porque el artesano medieval no producía para un comprador anónimo, o para lanzar sus artículos en un mercado desconocido. Producía, primero, para su gremio; para una hermandad de seres que se conocían bien, se sabían las técnicas del oficio y, al enterarse del precio señalado a cada producto estaban en capacidad de apreciar la destreza empleada en su fabricación o el esfuerzo puesto en ello. Entonces el gremio, y no el productor por separado, ofrecía los artículos para la venta a la comunidad, y ésta, a su vez, le ofrecía a la hermandad de comunidades aliadas aquellos artículos que eran para exportar, asumiendo la responsabilidad por su calidad. Con una organización

así, la ambición de cualquier artesano no era ofrecer artículos de inferior calidad, y los defectos o adulteraciones técnicas se convertían en materia de preocupación para toda la comunidad, porque, como dice una ordenanza, «destruirían la confianza del público». Puesto que la producción era un deber social, colocado bajo el control de la *amitas* entera, mientras la ciudad libre tuviese vida, el trabajo manual no podía caer en la posición degradada que hoy ocupa.

Desde los propios inicios, en las ciudades medievales existió una diferencia entre patrón y aprendiz, o entre patrón y trabajador manual (*compayne*, *Geselle*), pero de partida no pasaba de ser una diferencia de edad y destreza, no de riqueza y poder. Luego de siete años de aprendizaje, y después de haber demostrado sus conocimientos y capacidades haciendo una pieza de arte, el aprendiz se convertía en patrón. Y sólo mucho más tarde, en el siglo xvi, cuando ya el poder del rey había destruido la ciudad y la organización de los artesanos, se hizo posible llegar a patrón en virtud de la mera herencia o de la riqueza. Pero esos fueron también los tiempos de la decadencia general de las industrias y el arte medieval.

En el floreciente período inicial de las ciudades medievales no había demasiado espacio para el trabajo bajo contrato, y menos aún para el alquiler individual. El trabajo de los tejedores, armeros, herreros, panaderos y demás, lo ejecutaban los gremios y la ciudad; y cuando se contrataba mano de obra para oficios de construcción, los contratados trabajaban como corporaciones temporales (como todavía hoy lo hacen en los *artéls* rusos) cuyo trabajo era pagado *en bloc*. Más tarde comenzó a multiplicarse el trabajo para los patronos, pero hasta en ese caso el traba-

jador era mejor pagado de lo que es hoy en Inglaterra y mucho mejor de lo que solía ser en toda Europa durante la primera mitad del presente siglo. Thorold Rogers ha familiarizado a los lectores ingleses con esta idea; pero es igualmente válido para el continente entero, como lo muestran las investigaciones de Falke y Schönberg, y muchas indicaciones ocasionales. Aún en el siglo xv un albañil, un carpintero o un herrero podía ganar cuatro sols diarios en Amiens, lo que correspondía a 24 kilos de pan, o a la octava parte de un buey pequeño (*bouvard*). En Sajonia, el salario del *Geselle* en el ramo de la construcción era tal que, por ponerlo en palabras de Falke, que él podría comprarse con un salario de seis días, tres ovejas y un par de zapatos. Las donaciones que hacían los trabajadores a las catedrales también atestiguan su relativo bienestar, por no hablar de las extraordinarias donaciones de algunos gremios de artesanos ni de lo que acostumbraban gastar en festividades y espectáculos públicos⁴. De hecho, mientras más conocemos de la ciudad medieval más nos convencemos de que en ninguna época ha disfrutado el trabajo de mejores condiciones de prosperidad y respeto que cuando la vida de la ciudad estuvo en su punto más alto.

Y más aún, no sólo muchas aspiraciones de nuestros radicales modernos ya se habían cumplido en la edad media, sino que gran parte de lo que hoy es descrito como una utopía en esa época se daba por descontado. La gente se ríe de nosotros cuando decimos que el trabajo debe ser placentero, pero una ordenanza medieval de Kuttentberg dice que «todo el mundo debe sentirse complacido con su trabajo» y que «nadie que no haya estado haciendo nada (*mit nichts thun*) deberá apropiarse de lo que los demás han producido con su aplicación y su trabajo, porque las

leyes tienen que ser una defensa de la aplicación y del trabajo». Y entre tanto de lo que hoy hablamos acerca de una jornada de trabajo de ocho horas, no estaría de más recordar una ordenanza de Fernando I relativa a las minas de carbón imperiales, que establecía la jornada de ocho horas para los mineros, «como se acostumbraba desde antaño» (*wie vor Alters herkommen*), y prohibía que se trabajase los sábados por la tarde. Era raro que se estableciese una jornada con mayor número de horas, según nos dice Janssen, en tanto que lo más común era que fuese menor. En Inglaterra, dice Rogers, durante el siglo xv los trabajadores laboraban solamente 48 horas a la semana»⁵. El medio asueto sabatino, que consideramos una conquista moderna, también fue en realidad una antigua institución medieval; era el momento de darse un baño para gran parte de la comunidad, mientras que la tarde del miércoles lo era para el *Geselle*⁶. Y aunque no existían los comedores escolares —probablemente porque no había niños que fuesen a la escuela con hambre— en varios lugares se acostumbraba la distribución de una erogación para el baño de los niños cuyos padres tuviesen dificultad para costearlo. En cuanto a los congresos de trabajadores, también éstos se producían con frecuencia en la edad media. En algunas partes de Alemania los artesanos del mismo ramo pertenecientes a comunas diferentes solían reunirse todos los años, para discutir asuntos relativos a su oficio, la duración del aprendizaje, los años de pasantía en distintos talleres, los salarios, y cuestiones por el estilo. Y en 1572 las localidades de la Hansa reconocieron formalmente el derecho de los artesanos a reunirse en congresos periódicos y tomar toda clase de resoluciones en torno a la calidad de sus productos, siempre y cuando

no fuesen contrarias a las ordenanzas de las ciudades. Se sabe que en dichos congresos de los trabajadores, en parte internacionales como la propia Hansa, tomaban parte panaderos, fundidores, herreros, curtidores, armeros y toneleros.

La organización de los artesanos requería, por supuesto, de una estrecha supervisión por parte del gremio, y constantemente se designaban jurados especiales para ese propósito. Pero lo más notable es que mientras las ciudades disfrutaron de su vida en libertad no se escucharon quejas en contra de la supervisión, mientras que en cuanto se produjo la intervención del Estado, confiscando la propiedad de los gremios y liquidando su independencia a favor de su propia burocracia, las quejas se hicieron sencillamente incontables⁷. Por otra parte, la inmensidad del progreso realizado en todas las artes bajo el sistema gremial medieval constituye la mejor prueba de que el sistema no le ponía ninguna traba a la iniciativa individual⁸. El hecho es que el gremio medieval, como el barrio, la «calle» o el «distrito» no era una corporación de ciudadanos puesta bajo el control de los funcionarios del Estado; se trataba de una unión de todos los hombres conectados por el desempeño de un oficio dado: compradores de materia prima certificados, vendedores de productos manufacturados y artesanos: patronos, «compaynes» y aprendices. Para la organización interna del ramo su asamblea era soberana, hasta tanto no interfiriera con los otros gremios, en cuyo caso el asunto se llevaba ante el gremio de gremios: la ciudad. Pero en un aspecto era algo más que eso. Tenía su jurisdicción propia, su propia fuerza militar, sus propias asambleas generales, sus propias tradiciones de luchas, glorias e independencia, sus propias relaciones con otros gremios del mismo ramo en otras ciudades; tenía, en una palabra,

una vida orgánica plena que sólo podía resultar del carácter integral de las funciones vitales. Cuando la ciudad era llamada a las armas, el gremio se presentaba como una compañía por separado (*Schaar*), con armamento propio (o, en época posterior, con sus propios cañones, primorosamente decorados por el gremio) y bajo las órdenes de los comandantes que ellos mismos elegían. Se trataba, en una palabra, de un componente de la federación tan independiente como lo eran hace cincuenta años la República de Uri o Ginebra dentro de la Confederación Suiza. De manera que compararlo con un sindicato moderno, despojado de todos los atributos de la soberanía del Estado y reducido a un par de funciones de importancia secundaria, resulta tan poco razonable como comparar a Florencia o Brujas con una aldea francesa vegetando bajo el código napoleónico, o con un pueblo ruso sometido a la ley municipal de Catalina II. Ambos tienen un alcalde electo, y éste último posee también sus corporaciones de artesanos; pero la diferencia es la misma que existe entre Florencia y Fontenay-les-Oies o Tsarevokokshaisk, o entre un dux veneciano y un alcalde moderno que se inclina ante el escribiente del *sous-préfet*.

Los gremios medievales eran capaces de mantener su independencia; y, más adelante, especialmente en el siglo XIV, cuando como consecuencia de diversas causas que ya señalaremos, la antigua vida municipal sufrió una profunda modificación, los oficios más nuevos demostraron tener la suficiente fuerza como para conquistar su debida cuota en la administración de los asuntos de la ciudad. Las masas, organizadas en oficios «menores», se rebelaron para arrancarle el poder de las manos a una creciente oligarquía, y en gran medida tuvieron éxito, para abrir

otra vez una nueva era de prosperidad. Es cierto que en algunas ciudades el levantamiento fue sofocado de manera sangrienta, y fue seguido de la decapitación en masa de los trabajadores, como ocurrió en París en 1306 y en Colonia en 1371. En tales casos las libertades de la ciudad cayeron rápidamente en decadencia, y la ciudad fue sometida de manera gradual por la autoridad central. Pero la mayoría de las localidades había conservado suficiente vitalidad como para salir de la turbulencia con vida y vigor renovados⁹. Su recompensa fue un nuevo período de rejuvenecimiento. Se les infundió nueva vida, que halló su expresión en espléndidos monumentos arquitectónicos, en un nuevo período de prosperidad, en un progreso acelerado de las técnicas y la invención, y en un nuevo movimiento intelectual que condujo al Renacimiento y la Reforma.

La vida de una ciudad medieval era una sucesión de duras batallas para conquistar la libertad y mantenerla. Es cierto que durante esas feroces contiendas se desarrolló una fuerte y tenaz estirpe de burgueses; pero también lo es que de esas luchas nació el amor y la veneración por la ciudad materna, y que los grandes logros alcanzados por las comunidades medievales fueron el resultado directo de ese amor. Mas los sacrificios que tuvieron que realizar las comunas en la batalla por la libertad fueron sin embargo crueles, y dejaron también profundas marcas de división en su vida interna. Muy pocas ciudades lograron obtener la libertad de un solo golpe, bajo la concurrencia de circunstancias favorables, y esas pocas en su mayor parte la perdieron con igual facilidad; en tanto que la gran mayoría tuvo que luchar cincuenta o cien años seguidos, y a veces hasta más, antes de que fuesen reconocidos sus derechos a una vida libre, y aún otros cien años para

afianzar su libertad sobre una base firme. Las Cartas del siglo XII no fueron más que el primer escalón para alcanzarla¹⁰. En realidad la ciudad medieval era un oasis fortificado en medio de un país hundido en el sometimiento feudal, y tenía que abrirse espacio por la fuerza de las armas. Como consecuencia de las causas a las que aludimos brevemente en el capítulo anterior, cada comunidad de aldea había caído gradualmente bajo el yugo de algún señor clerical o laico. Éste había agrandado su casa hasta llevarla a castillo, y sus hermanos de armas eran ahora una escoria de aventureros, siempre dispuestos a despojar a los campesinos. En adición a los tres días semanales que los campesinos tenían que trabajarle al señor, debían además soportar toda clase de exacciones por el derecho a sembrar y cosechar, a estar alegres o tristes, vivir, casarse o morir. Y, lo peor de todo, continuamente eran saqueados por los asaltantes armados de algún señor vecino, que los veían como parientes del señor de sus tierras y cobraban en ellos, y en su ganado y sus cosechas, la venganza de sangre que libraban en su contra. Todo prado, todo campo, todo río y todo ser humano sobre la tierra estaba en poder de algún señor.

El odio de los burgueses por los grandes señores feudales encontró su expresión más característica en la redacción de las diferentes cartas que les obligaron a firmar. A Enrique V se le hizo firmar en la Carta concedida a Speier en 1111 que él libraba a los burgueses de «la horrible y execrable ley de manos muertas, por cuya causa la ciudad se había visto hundida en la pobreza más honda» (*von dem scheusslichen und nichtwürdigen Gesetze, welches gemein Budel gennant wird*, Kallsen, I. 307). La *coutume* de Bayona, escrita hacia 1273, contiene pasajes como

éste: «El pueblo es anterior a los señores. Es el pueblo, la mayoría por sobre todos los demás, el que deseoso de paz creó a los señores para que les pusieran freno e hicieran arrodillar a los poderosos», y proseguía en la misma tónica (Giry, *Établissements de Rouen*, I. 117, citado por Luchaire, p. 24). Una Carta presentada al rey Roberto para su firma guarda las mismas características. Se le hace decir en ella:

No robaré bueyes ni otros animales. No incautaré a ningún comerciante, ni tomaré su dinero ni le impondré rescates. desde la anunciación hasta el día de todos los santos no incautaré ningún caballo, ni yegua ni potros o potrancas en los prados. no incendiaré los molinos ni robaré la harina (...). No les brindaré protección a los ladrones, el (pfister ha publicado ese documento, reproducido por Luchaire).

La Carta «otorgada» por el arzobispo Hughes, de Besançon, en la se le obliga a enumerar todos los perjuicios ocasionados por sus derechos de mano muerta resulta igualmente característica. Y siguen las evidencias.

En ese entorno era imposible conservar la libertad, y las ciudades se vieron obligadas a hacer la guerra fuera de sus murallas. Los burgueses enviaban emisarios a dirigir la rebelión en las aldeas, recibían a los aldeanos en sus corporaciones y entre todos libraban la guerra directa en contra de los nobles. En Italia, donde la tierra estaba densamente poblada de castillos feudales, la guerra asumió proporciones heroicas, y ambos bandos combatieron con tenaz ferocidad. Florencia sostuvo durante setenta y siete años una sucesión de guerras sangrientas, a fin de liberar de los nobles a su *contado*, pero cuando ya había logrado esa conquista (en 1181) se vio obligada a recomenzar de

nuevo. Los nobles contraatacaron: constituyeron sus propias ligas para oponerse a las ligas de las ciudades y como recibieron nuevos apoyos del Emperador y el Papa pudieron mantener la guerra por otros 130 años. Igual ocurrió en Roma, en la Lombardía, en Italia entera.

Los ciudadanos hicieron prodigios de valor, audacia y tenacidad en esas guerras. Pero los arcos y las hachuelas de las artes y oficios no siempre llevaron la mejor parte en sus encuentros con los caballeros de armadura, y muchos castillos resistían a la perseverancia de los ciudadanos y las ingeniosas maquinarias diseñadas para sitiarlos. Algunas ciudades, como Florencia, Bolonia y muchas poblaciones en Francia, Alemania y Bohemia, lograron emancipar a las aldeas de sus alrededores, y vieron recompensados sus esfuerzos con una paz y una prosperidad extraordinarias. Pero incluso allí, y más aún en las localidades más o menos pujantes, los comerciantes y los artesanos, exhaustos por la guerra y malinterpretando sus propios intereses, entregaron las cabezas de los campesinos. Obligaron al señor a jurarle lealtad a la ciudad, le desmantelaron su castillo campestre y lo hicieron construir una casa para residir en la ciudad, con lo que se convirtió en conciudadano (*com-bourgeois, concittadino*); pero en retribución se le mantuvieron la mayoría de sus derechos sobre los campesinos, que sólo obtuvieron un alivio parcial de sus cargas abusivas. El burgués no pudo entender que debía concederle iguales derechos de ciudadanía al campesino de cuyo aprovisionamiento de alimentos dependía, y abrió así un profundo abismo entre la ciudad y la aldea. En algunos casos los campesinos simplemente cambiaron de dueños, pues la ciudad les compró los derechos a los grandes señores y se los vendió por partes a sus propios ciudadanos¹¹. Se mantuvo la

servidumbre, y sólo fue mucho más tarde, hacia finales del siglo XIII cuando la revolución de los oficios le puso fin y abolió la servidumbre personal, pero al mismo tiempo despojó a los siervos de la tierra que poseían¹². Basta añadir que los fatales resultados de esa política pronto los padecieron las propias ciudades: el campo se convirtió en enemigo de la ciudad.

La guerra contra los castillos tuvo otro efecto negativo. Envolvió a las ciudades en una larga sucesión de guerras entre ellas mismas que dio origen a la teoría, de moda hasta hace poco, de que perdieron su independencia gracias a sus rivalidades y sus peleas. Los historiadores imperialistas le han brindado especial apoyo a esa teoría a la que, sin embargo, la investigación moderna ha debilitado muchísimo. Es bien cierto que en Italia las ciudades se combatieron unas a otras con empecinada animosidad, pero en ninguna otra parte esos enfrentamientos alcanzaron las mismas proporciones. Y en la propia Italia las guerras entre las ciudades, especialmente las del período inicial, tuvieron sus causas especiales. Fueron (como ya lo han mostrado Sismondi y Ferrari) una mera continuación de la guerra contra los castillos: el principio de la libertad municipal y federativa entrando en feroz contienda con el feudalismo, el imperialismo y el papado. Muchas localidades que sólo se habían sacudido parcialmente el yugo del obispo, el señor o el Emperador, fueron lanzadas en contra de las ciudades libres por los nobles, el Emperador o la Iglesia, cuya política era dividir las ciudades y enfrentarlas entre sí. Esas circunstancias especiales (que se reflejaron parcialmente también en Alemania) explican por qué las ciudades italianas, algunas de las cuales buscaron el apoyo del Emperador

para combatir al Papa, en tanto que otras buscaban el apoyo de la Iglesia para hacerle frente al Emperador, pronto se dividieron en dos bandos, los güelfos y los gibelinos, y por qué esa misma división apareció en cada ciudad por separado.

El inmenso progreso económico realizados por la mayoría de las ciudades italianas precisamente en los tiempos en los que dichas guerras alcanzaban su punto álgido¹³, y con tanta facilidad se cerraban alianzas entre ellas caracteriza mucho mejor esas luchas y termina de debilitar la teoría anterior. Ya en los años 1130-1150 entraron en existencia ligas poderosas, y poco más tarde, cuando Federico Barbarroja invadió Italia y marchó contra Milán con el apoyo de los nobles y algunas ciudades retardatarias, los predicadores populares despertaron el entusiasmo del pueblo en muchas localidades. Cremona, Piacenza, Brescia, Tortona, etcétera, acudieron al rescate; los estandartes de los gremios de Verona, Padua, Vicenza y Treviso ondeaban juntos en las ciudades frente a los del Emperador y los nobles. Al año siguiente nació la Liga Lombarda y sesenta años después la vimos reforzada por muchas otras ciudades para conformar una organización duradera que guardaba la mitad de sus arcas en Génova y la otra en Venecia. En la Toscana Florencia encabezaba otra poderosa liga, a la que pertenecían Lucca, Bolonia, Pistoia, etcétera, y que desempeñó un papel importante en la derrota de los nobles en Italia central, donde abundaban las ligas de menor tamaño. Por lo tanto es cierto que aunque indudablemente existían las rivalidades mezquinas y era fácil sembrar la discordia, ello no impidió que las ciudades se unieran en la defensa en común de su libertad. Sólo más tarde, cuando las ciudades por separado se convirtieron en pequeños Estados, estalla-

ron las guerras entre ellas, como ha de ser siempre el caso cuando los Estados luchan por la supremacía o se disputan sus colonias. En Alemania se formaron ligas con el mismo propósito. Cuando bajo los sucesores de Conrado la tierra se convirtió en el botín de guerra de las interminables venganzas entre los nobles, las localidades de la Westfalia instauraron una liga contra los caballeros, una de cuyas cláusulas era no prestarle dinero jamás a un caballero que siguiese ocultando bienes robados. Cuando «los caballeros y los nobles vivían del pillaje, y mataban a quienes se les antojaba», como se queja el *Wormser Zorn*, las ciudades a orillas del Rin (Mainz, Colonia, Speier, Estrasburgo y Basilea) tomaron la iniciativa de una liga que pronto contó con sesenta localidades aliadas, reprimió a los asaltantes y mantuvo la paz. Más tarde, la liga de las ciudades de Suabia, divididas en tres «distritos de paz» (Augsburgo, Constanza y Ulm) tuvo el mismo propósito. Y aun cuando esas ligas se rompieron¹⁴, vivieron lo bastante como para demostrar que mientras los presuntos pacificadores —los reyes, los emperadores y la Iglesia— fomentaban la discordia y por sí mismos resultaban impotentes ante los caballeros ladrones, fue de las ciudades de donde provino el impulso para restablecer la paz y la unión. Las ciudades —no los emperadores— fueron las verdaderas constructoras de la unidad nacional.

Entre las aldeas pequeñas se organizaron confederaciones similares para el mismo propósito, y ahora que Luchaire ha atraído la atención hacia este tema podemos esperar que pronto sabremos mucho más acerca de ellas. Las aldeas se unieron en pequeñas federaciones en el *condado* de Florencia, así como también en las dependencias de Novgorod y Pskov. En lo que atañe a Francia, existe evidencia positiva de una confederación de diecisiete

aldeas campesinas que existieron en el Laonnais durante casi un siglo (hasta 1256) y tuvo que luchar arduamente por su independencia. Otras tres repúblicas campesinas, que juraron Cartas similares a las de Soissons y Laon, existieron en las vecindades de esta última localidad, y dado que sus territorios eran contiguos se apoyaron mutuamente en sus guerras de liberación. Además, Luchaire es de la opinión que en Francia tienen que haber surgido muchas confederaciones como esas en los siglos XII y XIII, pero la documentación al respecto se ha perdido en su mayor parte. Por supuesto, al carecer de la protección de las murallas podían ser destruidas fácilmente por los reyes y los señores; pero en ciertas circunstancias favorables, cuando encontraron apoyo en una liga de ciudades y protección en sus montañas, esas repúblicas campesinas se convirtieron en integrantes independientes de la Confederación Suiza.

En cuanto a las uniones entre ciudades para propósitos pacíficos, se produjeron con gran frecuencia. La interconexión que se estableció durante el período de liberación no se interrumpió después. A veces, cuando los *scabini* de una localidad alemana, teniendo que emitir un veredicto en un caso nuevo o complicado, declaraban que no se sabían la sentencia (*des Urtheiles nicht weise zu sein*), enviaban delegados a otra ciudad para enterarse. Lo mismo sucedía también en Francia; en tanto que se conoce que Forlì y Rávena habían naturalizado mutuamente a sus habitantes y les reconocían plenos derechos en ambas ciudades. Remitir una disputa surgida entre dos localidades, o dentro de una ciudad, a otra comuna a la que se invitaba a participar como árbitro estaba también dentro del espíritu de aquellos tiempos¹⁵. En cuanto a los tratados comerciales

entre ciudades, eran muy habituales. Las uniones para regular la producción y los tamaños de los toneles empleados en el comercio del vino, las «uniones del arenque», y demás fueron meras precursoras de las grandes federaciones de la Hansa flamenca, cuya sola historia podría contribuir con páginas y páginas de descripción del espíritu federativo que animaba a los hombres de aquella época. Resulta casi innecesario agregar que gracias a las uniones hanseáticas las ciudades medievales contribuyeron más para el desarrollo de la interconexión internacional, la navegación y los descubrimientos marítimos que todos los Estados de los primeros diecisiete siglos de nuestra era.

En una palabra, las confederaciones entre pequeños entes territoriales, así como entre hombres unidos por fines comunes dentro de sus respectivos gremios, y las que se construyeron entre ciudades y grupos de ciudades constituyeron la esencia misma de la vida y el pensamiento durante ese período. Podemos describir entonces los primeros cinco de la segunda decena de siglos de nuestra era como un enorme intento de asegurar la ayuda y el apoyo mutuos en gran escala, mediante los principios de la federación y asociación puestos en práctica a través de todas las manifestaciones de la vida humana y en todos los grados posibles. Tal intento fue completado con éxito en buena medida. Unió a hombres antes divididos; les aseguró una considerable libertad y ésta les duplicó las fuerzas. En una época en la que tantos agentes alimentaban el individualismo, y las causas de la discordia y la rivalidad debieron ser tan numerosas, resulta gratificante ver que las ciudades dispersas a todo lo ancho de un vasto continente encontraron tanto en común, y estuvieron tan dispuestas a confederarse para la consecución de tantos objetivos comunes. A la larga

sucumbieron ante enemigos poderosos; al no comprender con la amplitud suficiente el principio de la ayuda mutua ellas mismas cometieron faltas mortales; pero no perecieron a causa de sus propias rivalidades y sus errores no fueron por carencia de espíritu federativo.

Los resultados de ese nuevo rumbo tomado por la humanidad en la ciudad medieval fueron enormes. A comienzos del siglo XI las ciudades de Europa eran pequeños conglomerados de chozas miserables, tan sólo adornados por capillas bajas y mal construidas cuyos constructores apenas sabían cómo levantar un arco; las artes, que consistían fundamentalmente en hacer algún tejido y forjar metales, estaban en su primera infancia; sólo se daba la educación en unos pocos monasterios. Trescientos cincuenta años más tarde el rostro mismo de Europa había cambiado. El espacio estaba inundado de ciudades ricas, rodeadas de inmensas y gruesas murallas adornadas con torres y portales, cada cual una obra de arte en sí misma. Las catedrales, concebidas con grandiosidad y profusamente decoradas, elevaban al cielo sus campanarios y exhibían una pureza de forma y una audacia de la imaginación que hoy nos empeñamos en vano en alcanzar. Los oficios y las artes habían logrado un grado de perfección que difícilmente podemos alardear hoy de haber superado en muchos sentidos, si valoramos más la capacidad de inventiva del trabajador y el acabado superior que la rapidez en la fabricación. Las flotas de las ciudades libres surcaban en todas direcciones el norte y el sur del Mediterráneo; un esfuerzo más y cruzarían los océanos. A lo largo de grandes territorios el bienestar había ocupado el lugar de la miseria; la educación había crecido y se expandía. Se habían elaborado métodos científicos; se habían echado las bases de la

filosofía natural; y se había pavimentado el camino para las invenciones mecánicas de las que nuestros propios tiempos están tan orgullosos. Tales fueron los mágicos cambios cumplidos en Europa en menos de cuatrocientos años. Y las pérdidas sufridas por Europa con la caída de sus ciudades libres sólo se pueden apreciar comparando al siglo XVII con el XIV o el XIII. La prosperidad que en aquel entonces caracterizaba a Escocia, Alemania, las llanuras italianas, se había ido. Los caminos se habían deteriorado hasta un estado deplorable, las ciudades estaban despobladas, los trabajadores esclavizados, el arte desvanecido, el comercio mismo en decadencia.

Aun si las ciudades medievales no nos hubiesen legado ningún documento escrito que testificara su esplendor y tan sólo nos hubiesen dejado los monumentos del arte de la construcción que vemos hoy en toda Europa, desde Escocia hasta Italia, y desde Gerona en España hasta Breslau en territorio eslavo, todavía podríamos concluir que los tiempos de la vida de las ciudades independientes fueron la época del mayor desarrollo del intelecto humano durante la era cristiana hasta finales del siglo XVIII. Al mirar, por ejemplo, un cuadro medieval que representa a Nuremberg con sus numerosísimas torres y elevadas agujas, cada una de las cuales muestra la impronta del arte creador libre, nos cuesta mucho imaginarnos que trescientos años antes la ciudad no era más que un montón de barracas miserables. Y nuestra admiración crece cuando entramos en los detalles de la arquitectura y las decoraciones de cada una de las innumerables iglesias, campanarios, portales y casas comunales dispersas sobre la superficie de Europa, tan al este como Bohemia y las ciudades hoy muertas de la Galitzia polaca. No solamente Italia, esa

madre de las artes, sino toda Europa está llena de esos monumentos. El hecho mismo de que de todas las artes haya sido la arquitectura —que es sobre todo un arte social— la que alcanzase el desarrollo más elevado resulta en sí mismo significativo. Para llegar a donde llegó tiene que haberse originado a partir de una vida eminentemente social.

La arquitectura medieval alcanzó esa grandiosidad no sólo porque era un desarrollo natural de la destreza manual; no sólo porque cada edificación, cada decoración arquitectónica, había sido diseñada por hombres que conocían a través de la experiencia de sus propias manos los efectos artísticos que se pueden obtener de la piedra, el hierro, el bronce y hasta de una simple viga de madera y la argamasa; no sólo porque cada monumento era el resultado de la experiencia colectiva, acumulada en cada «misterio» u oficio¹⁶: era grandiosa porque había nacido de una gran idea. Como el arte griego, surgió de una concepción de la hermandad y la unidad propiciada por la ciudad. Poseía una audacia que sólo podía haber sido conquistada gracias a audaces luchas y victorias; tenía esa expresión vigorosa porque el vigor permeaba toda la vida de la ciudad. Una catedral o una casa comunal simbolizaban la grandiosidad de un organismo del que cada albañil y cada picapedrero era el constructor, y una edificación medieval aparece no como un esfuerzo en solitario al cual hubiesen contribuido miles de esclavos con la cuota que les asignara la imaginación de un solo hombre: toda la ciudad contribuía para erigirla. El elevado campanario se alzaba por sobre una estructura en sí misma grandiosa en la que palpitaba la vida de la ciudad; no sobre un armatoste carente de significado como esa torre

de hierro de París, ni tampoco como una estructura postiza hecha de piedra para ocultar la fealdad de una armazón de hierro, como se hizo en el Tower Bridge. Como la Acrópolis de Atenas, la catedral de una ciudad medieval tenía la intención de glorificar la grandiosidad de la ciudad victoriosa, de simbolizar la unión de sus oficios, de expresar la gloria de cada ciudadano en una ciudad de su propia creación. Después de una revolución de los oficios la ciudad iniciaba con frecuencia la construcción de una nueva catedral para expresar la nueva unión, más amplia y profunda, que acababa de nacer.

Los medios a la mano para esas grandes empresas eran desproporcionadamente pequeños. La catedral de Colonia fue comenzada con un desembolso anual de apenas 500 marcos; un regalo de 100 marcos fue anotado como gran donativo; y todavía para el momento en que la obra se acercaba a su terminación y los donativos llovían en proporción, el desembolso anual se mantenía en los 5000 marcos y jamás excedió los 14.000. La catedral de Basilea fue construida con medios igualmente pequeños. Pero cada corporación aportaba su parte de piedras, trabajo e ingenio decorativo para su monumento común. Cada gremio expresaba en él sus concepciones políticas, y contaba en piedra o en bronce la historia de la ciudad, glorificando los principios de «libertad, igualdad y fraternidad»¹⁷, elogiando a los aliados de la ciudad y enviando al fuego eterno a sus enemigos. Y cada gremio depositaba su *amor* en el monumento comunal decorándolo ricamente con vitrales, pinturas, «puertas, dignas de ser las puertas del Paraíso», como dijo Miguel Ángel, o decoraciones en piedra en el más mínimo rincón del edificio¹⁸. Las ciudades pequeñas, incluso las parroquias menores, rivalizaban con las grandes

aglomeraciones urbanas en esos trabajos, y las catedrales de Laon y Saint Ouen nada tienen que envidiarles a las de Reims, o a la Casa Comunal de Bremen, o al campanario de la asamblea popular de Breslau. «La comuna no ha de darle inicio a obra alguna que no esté concebida en respuesta al gran corazón de la comuna, compuesto a su vez de los corazones de todos los ciudadanos unidos en una voluntad común», tales fueron las palabras del Concejo de Florencia; y ese espíritu se muestra en todas las obras comunales de utilidad común, como los canales, terrazas, viñedos y jardines frutales que rodeaban a Florencia, o los canales de riego que se entrecruzan en las llanuras de la Lombardía, o el puerto y el acueducto de Génova, o, de hecho, cualesquiera obras del mismo tipo realizadas por casi todas las ciudades¹⁹.

Todas las artes progresaron en la misma medida en las ciudades medievales, y las nuestras de hoy no son más que una continuación de las que se desarrollaron en aquellos tiempos. La prosperidad de las ciudades flamencas estaba basada en los finos tejidos de lana que fabricaban. A comienzos del siglo xiv, antes de la peste negra, Florencia fabricaba entre 70.000 y 100.000 *panni* de tejidos de lana valorados en 1.200.000 florines de oro²⁰. El cincelado de metales preciosos, el arte de la fundición, la forja artística del hierro, fueron creaciones de los «misterios» medievales, que lograron hacer en sus propios campos todo cuanto podía realizarse a mano, sin el empleo de un potente motor mecánico. A mano y mediante el ingenio. Para decirlo en palabras de Whewell:

El pergamino y el papel, la impresión y el grabado, el vidrio mejorado y el acero, la pólvora, los relojes, los telescopios, el compás de navegación, el calendario reformado, la numeración decimal; el álgebra, la trigonometría, la química, el contrapunto (una invención equivalente a la nueva creación de la música); son todas posesiones que heredamos de lo que tan disparatadamente hemos dado en llamar el Período de Estancamiento. (*History of Inductive Sciences*, I. 252).

Es cierto que, como dijo Whewell, esos descubrimientos no se tradujeron en ningún principio nuevo, pero la ciencia medieval hizo algo más que el actual descubrimiento de nuevos principios. Preparó el descubrimiento de todos los nuevos principios que hoy día conocemos en las ciencias mecánicas: acostumbró al investigador a observar los hechos y razonar a partir de ellos. Era una ciencia inductiva, aunque no captó a plenitud la importancia y los poderes de la inducción; y sentó las bases tanto de la mecánica como de la filosofía natural. Francis Bacon, Galileo y Copérnico fueron descendientes directos de un Roger Bacon y un Michael Scot, al igual que la máquina de vapor fue el producto directo de las investigaciones llevadas a cabo en las universidades italianas acerca del peso de la atmósfera y el aprendizaje de las matemáticas y la técnica que caracterizó a Nuremberg.

¿Pero para qué molestarnos en insistir sobre el avance de la ciencia y el arte en la ciudad medieval? ¿No basta con señalar las catedrales en el campo de las destrezas, y al idioma italiano y el poema del Dante en el campo del pensamiento, para dar de inmediato la medida de lo *creado* por la ciudad medieval durante sus cuatro siglos de vida?

Indudablemente las ciudades medievales le prestaron un enorme servicio a la civilización europea. Evitaron que fuese arrastrada a las teocracias y los estados despóticos de antaño; le proporcionaron la variedad, la confianza en sí misma, la fuerza de iniciativa, y las inmensas energías intelectuales y materiales que hoy posee, que constituyen la mejor garantía de que está en capacidad de poder resistir cualquier nueva invasión proveniente del Este. ¿Pero por qué esos centros de civilización, que intentaban darles respuesta a necesidades de la naturaleza humana hondamente arraigadas, y estaban tan llenos de vida, no continuaron con vida? ¿Por qué los atrapó la debilidad senil en el siglo xvi? ¿y, luego de haber repelido tantos asaltos desde el exterior y de haber salido cada vez más vigorosos de sus luchas internas, por qué finalmente sucumbieron ante ambos?

Varias causas contribuyeron a ese efecto, algunas de las cuales tienen sus raíces en el pasado remoto, en tanto que otras se originaron en los errores cometidos por las propias ciudades. Hacia finales del siglo xv ya comenzaban a surgir Estados todopoderosos reconstruidos sobre el antiguo modelo romano. En cada país y región algún señor feudal más astuto, más dado a la acumulación de riquezas y a menudo menos escrupuloso que sus vecinos, logró apropiarse de territorios más ricos y tuvo mayor número de campesinos en sus tierras, más caballeros en su séquito, más tesoros en sus arcas. Escogió como asiento algún grupo de aldeas felizmente ubicadas y no acostumbradas a la vida municipal libre —París, Madrid o Moscú— y con el trabajo de sus siervos las convirtió en ciudades reales fortificadas, hacia las que atrajo bandas de guerreros, a los que repartió aldeas a discreción, y comerciantes a cuya actividad ofreció protección. Quedó

así sembrado el germen de un Estado que en el futuro absorbería otros centros similares. Hacia dichos centros afluyeron juristas versados en el estudio del derecho romano; entre los burgueses se levantó una raza de hombres tenaces y ambiciosos que odiaban por igual los abusos de los señores y lo que ellos llamaban la anarquía de los campesinos. Las formas mismas de la comunidad de aldea, que su código desconocía, y los propios principios del federalismo les resultaban repulsivos, porque los consideraban herencias «bárbaras». El cesarismo, apoyado por la ficción del consentimiento popular y la fuerza de las armas, se constituyó en su ideal, y se esforzaron celosamente a favor de quienes les prometían realizarlo²¹.

La iglesia cristiana, antes en rebeldía frente al derecho romano y ahora su aliada, trabajaba en la misma dirección. Habiendo fracasado el intento de instituir el Imperio teocrático de Europa, los obispos más inteligentes y ambiciosos ahora les brindaban apoyo a quienes consideraban aptos para reconstituir el poder de los reyes de Israel o los emperadores de Constantinopla. La Iglesia invistió de su santidad a los gobernantes que surgían, los coronó como representantes de Dios en la tierra, puso a su servicio el conocimiento y la habilidad como estadistas de sus ministros, sus bendiciones y maldiciones, sus riquezas y las simpatías que había despertado en los pobres. Los campesinos, a los que las ciudades no les habían sabido dar o les habían negado la libertad, viendo la impotencia de los burgueses para ponerles fin a las interminables guerras entre los caballeros —por las que ellos debían pagar un alto costo— ahora depositaron sus esperanzas en el rey, el emperador o el gran príncipe; y al ayudarlos a destruir a los todopoderosos señores feudales los ayudaron también a constituir el Estado

centralizado. Y finalmente las invasiones de los mongoles y los turcos, la guerra sagrada contra los moros en España, y las terribles guerras que pronto estallaron entre los centros de soberanía en crecimiento —Ile de France y Borgoña, Escocia e Inglaterra, Inglaterra y Francia, Lituania y Polonia, Moscú y Tver, y así sucesivamente— contribuyeron con el mismo fin. Hicieron su aparición los Estados todopoderosos, y ahora las ciudades tuvieron que resistir no sólo a las confederaciones poco cohesivas de los señores sino además a centros sólidamente organizados, que contaban con ejércitos de siervos a su disposición.

Lo peor era que las crecientes autocracias hallaban apoyo en las divisiones que cada vez se hacían mayores dentro de las propias ciudades. La idea fundamental de la ciudad medieval era grandiosa, pero no lo bastante amplia. La ayuda y el apoyo mutuos no puede estar limitada a la asociación en pequeño; debe extenderse a su entorno, o el entorno absorberá a la asociación. Y en este respecto el ciudadano medieval cometió de partida una formidable equivocación. En lugar de considerar a los campesinos y los artesanos que se acogían a la protección de sus murallas como aliados que aportarían su ayuda para la construcción de la ciudad —como en realidad hicieron— trazaron una nítida línea divisoria entre las «familias» de los antiguos burgueses y los recién llegados. Aquéllas se reservaron todos los beneficios del comercio y las tierras comunales y a éstos les dejaron nada más el derecho a utilizar libremente la destreza de sus propias manos. La ciudad quedó así dividida en «los burgueses» o «los comuneros» y los «residentes»²². El comercio, que antes había sido comunal, se volvió ahora privilegio de las «familias» de comerciantes y artesanos, y el próximo paso —convertirse en

individual o en privilegio de empresarios opresores—resultaba inevitable.

La misma división ocurrió entre la ciudad propiamente dicha y las aldeas circunvecinas. La comuna había hecho lo posible por liberar a los campesinos, pero sus guerras contra los señores se convirtieron, como ya dijimos, en guerras por la liberación de la ciudad misma y no por la de aquellos. Les dejó a los señores sus derechos sobre los aldeanos, a condición de no molestar más a la ciudad y convertirse en conciudadanos. Pero los nobles «adoptados» por la ciudad, y que ahora residían bajo la protección de sus murallas, simplemente prosiguieron la antigua guerra dentro de los propios lindes de la ciudad. No les gustaba someterse a un tribunal de simples artesanos y mercaderes y cobraban sus venganzas de sangre en las calles. Cada ciudad tenía ahora sus *Colonnas* y sus *Orsinis*, sus *Overstolzes* y sus *Wises*. Como percibían grandes ingresos de las propiedades agrarias que aún conservaban, se rodeaban de numerosos clientes y feudalizaron las costumbres y los hábitos de la ciudad misma. Y cuando comenzó a cundir el descontento en las clases artesanas de la ciudad, ofrecían su espada y la de sus seguidores para zanjar las diferencias en combate libre, en vez de permitir que el descontento hallase los canales pacíficos que siempre funcionaron en los viejos tiempos.

El error mayor y más fatal de la mayoría de las ciudades fue basar su riqueza en el comercio y la industria, en detrimento de la agricultura. Repitieron así el error cometido antes por las ciudades de la antigua Grecia, y gracias a ello cayeron en los mismos crímenes²³. El distanciamiento del campo por parte de tantas ciudades necesariamente las condujo a una política hostil para con el agro,

que se fue haciendo cada vez más evidente en tiempos de Eduardo III, las *jackeries* francesas, las guerras hussitas y la Guerra Campesina en Alemania. Por otra parte, la política comercial las involucró en empresas a distancia. Las ciudades italianas fundaron colonias en el Sureste, las alemanas en el Este, las eslavas en el distante Noreste. Comenzó la formación de ejércitos mercenarios para librar guerras coloniales, y muy pronto también para la defensa local. Se contrataron empréstitos de tal magnitud que desmoralizaron totalmente a los ciudadanos. Y los enfrentamientos internos empeoraron con cada elección, en las que entraba en juego la política colonial en interés de unas pocas familias. La división en ricos y pobres se hizo más honda y en el siglo XVI en cada ciudad la autoridad del rey encontró aliados y apoyo entre los pobres.

Y nos queda todavía considerar otra causa de la decadencia de las instituciones comunales, por encima y más profunda que las anteriores. La historia de las ciudades medievales nos brinda uno de los ejemplos más impactantes del poder que ejercen las *ideas* y los *principios* sobre los destinos de la humanidad, y de los resultados tan opuestos que se tienen cuando ha tenido lugar una modificación profunda de las ideas rectoras. Confianza en las propias fuerzas y en el federalismo, la soberanía de cada grupo y la construcción del cuerpo político de lo simple a lo compuesto: fueron ésas las ideas rectoras en el siglo XXI. Pero a partir de allí las concepciones cambiaron por completo. Los estudiosos del derecho romano y los prelados de la iglesia, estrechamente vinculados desde los tiempos de Inocente III lograron paralizar la idea —la antigua idea griega— que constituía el fundamento de la vida de las ciudades. Durante doscientos o

trescientos años estuvieron enseñando desde el púlpito, la cátedra universitaria y el asiento de los jueces que la salvación había que buscarla en un Estado fuertemente centralizado, puesto bajo una autoridad semidivina²⁴; que *un* hombre podía y debía ser el salvador de la sociedad, y que en nombre de la salvación pública ese hombre podía cometer cualquier violencia: quemar hombres y mujeres en la hoguera, hacerlos morir bajo torturas indescriptibles, sumir territorios enteros en la miseria más abyecta. Y se encargaron de dar lecciones objetivas en gran escala, y con una crueldad inaudita, acerca de ello allí donde pudiese llegar la espada del monarca o la hoguera de la iglesia, cuando no ambas a la vez. Gracias a esas enseñanzas y esos ejemplos, constantemente repetidos e inculcados por la fuerza en la conciencia pública, la mentalidad de los ciudadanos fue conformada sobre un nuevo molde. Comenzaron a aceptar que ninguna autoridad era demasiado grande ni ninguna tortura a muerte demasiado cruel si se trataba de «salvar la seguridad pública». Y con esta nueva orientación mental y esa nueva creencia en el poder de un solo hombre el antiguo principio federalista se desvaneció, y el mismo genio creador de las masas pereció. La idea romana salió victoriosa, y bajo tales circunstancias el Estado centralizado hizo fácil presa de las ciudades.

La Florencia del siglo xv es típica de ese cambio. Anteriormente toda revolución popular era la señal de un nuevo rumbo. Ahora cuando el pueblo, llevado por la desesperación, insurgió, ya no tenía ideas constructivas; del movimiento no surgió ninguna idea nueva. En lugar de 400, el Consejo Comunal quedó integrado por 1000 representantes; en lugar de 80, a la *signoria* ingresaron 100. Pero una revolución numérica puede resultar inane. El descontento

popular seguía creciendo y estallaron nuevas revueltas. Se recurrió a una figura salvadora: el «tirano». Masacró a los rebeldes, pero la desintegración del cuerpo comunal continuó empeorando todavía más. Y cuando luego de una nueva revuelta el pueblo de Florencia acudió al más popular de sus hombres, Gieronimo Savonarola, en busca de consejo, la respuesta del monje fue: «¡Oh, pueblo mío, tú sabes que yo no me puedo meter en asuntos del Estado... purifica tu alma, y si en tal disposición de espíritu reformas tu ciudad, entonces, pueblo de Florencia, tú habrás inaugurado la reforma en toda Italia!». Las máscaras del carnaval y los libros pecaminosos fueron quemados, se aprobó una ley de caridad para con los pobres y otra en contra de los usureros... y la democracia de Florencia quedó tal como estaba. El antiguo espíritu se había marchado. De tanto confiar en el gobierno habían dejado de confiar en sí mismos: se habían vuelto incapaces de nuevas invenciones. El Estado sólo tuvo que dar el paso al frente y aplastar sus últimas libertades.

Y no obstante, la corriente de la ayuda y el apoyo mutuos no murió en las masas, continuó fluyendo aún después de esa derrota. Resurgió de nuevo con fuerza formidable en respuesta a los llamados comunistas de los primeros propagandistas de la reforma, y continuó existiendo incluso después de que las masas que no pudieron realizar la vida que esperaban inaugurar bajo la inspiración de una religión reformada, cayeron bajo la dominación de un poder autocrático. Todavía hoy fluye, y busca la manera de hallar una nueva expresión que no sea el Estado, ni la ciudad medieval, ni la comunidad de aldea de los bárbaros, ni el clan de los salvajes, sino que proceda de todas ellas pero las supere en sus concepciones más amplias y más profundamente humanas.

NOTAS

1. Kulischer, en un ensayo excelente sobre el comercio primitivo (*Zeitschrift für Völkerpsychologie*, Bd. x. 380) señala también que, según Herodoto, los argipeanos eran considerados inviolables, porque el comercio entre los escitas y las tribus nortañas tenía lugar en su territorio. En éste todo fugitivo era sagrado, y a ellos se les pedía que actuasen como árbitros para sus vecinos. Ver Apéndice XI.
2. Recientemente ha habido alguna discusión acerca del *Weichbild* y la ley del *Weichbild*, que sigue pareciendo oscura. La explicación anterior parece ser más probable, pero por supuesto que tiene que ser sometida a nuevas pruebas. Resulta evidente también que, para emplear una expresión escocesa, que la «cruz del mercado» podría ser considerada un emblema de la jurisdicción de la iglesia, pero la hallamos tanto en obispos como en localidades en las que la asamblea era soberana.
3. Si las consideraciones señaladas en el capítulo previo (según las cuales el mercado fue en sus orígenes comunal) resultan ser acertadas, sería permisible sugerir como hipótesis probable que el gremio de comerciantes fue el ente al que se le confió el comercio en interés de la ciudad entera, y sólo gradualmente se fue convirtiendo en un gremio que comerciaba en interés propio, mientras que sería a los aventureros comerciantes de este país, los *povolniki* (colonos y comerciantes libres) de Novgorod y los *mercati personati* a quienes se les dejó la empresa de abrir nuevos mercados y nuevas ramas de comercio. Además, cabe señalar que el origen de la ciudad medieval no se le puede atribuir a ningún agente por separado. Fue el resultado de muchas agencias en distintos grados.
4. Para citar tan sólo un ejemplo de los muchos que se encuentran en las obras de Schönberg y Falke, los 16 trabajadores del calzado (*Schusterknechte*) de la población de Xanten, a orillas del Rin, donaron para la construcción de un ventanal y un altar de la iglesia 75 guldens de colecta pública y 12 de su propia caja, que según las mejores estimaciones valían diez veces lo que hoy.
5. *The Economical Interpretation of History*, Londres, 1891, p. 303.
6. En París, la jornada de trabajo variaba de siete u ocho horas en invierno a catorce en verano en determinados ramos, mientras que en otros iba de ocho o nueve horas en invierno a diez o doce en verano. Todo trabajo paraba todos los sábados, y aproximadamente en otros veinticinco días del año (*jours de commun de vile foire*) a las cuatro de la tarde, en tanto que los domingos y otros treinta días festivos no se trabajaba en todo el día. La conclusión general es que el trabajador medieval laboraba *menos* horas, en total, que el de la actualidad.

7. Ver las sentidas observaciones de Toulmin Smith acerca de la expoliación de los gremios por el monarca en su Introducción a *English Guilds*. En Francia la misma expoliación real y abolición de la jurisdicción de los gremios se inició en 1306, y el golpe final les fue asestado en 1382.
8. Adam Smith y sus contemporáneos sabían muy bien lo que estaban condenando cuando escribían en contra de la interferencia del *Estado* en el comercio y los monopolios comerciales de creación *estatal*. Desafortunadamente, sus seguidores, con imperdonable superficialidad, metieron en el mismo saco a los gremios medievales y la intervención estatal, sin hacer distinción entre un edicto de Versalles y la ordenanza de un gremio. No hace falta decirlo, los economistas que han estudiado con seriedad el tema, como Schönborg (el editor del famoso curso de economía política) nunca han caído en semejante error. Pero hasta muy recientemente se daban profusas discusiones de ese tipo dentro de la «ciencia» económica.
9. En Florencia los siete oficios menores hicieron su revolución en 1270-82. En Lyon, por el contrario, donde el movimiento de los oficios menores tuvo lugar en 1402, éstos fueron derrotados y perdieron el derecho a nombrar sus propios jueces. Ambos bandos llegaron aparentemente a un acuerdo. En Rostock se produjo el mismo movimiento en 1313; en Zurich en 1336; en Berna en 1363; en Braunschweig en 1374 y al año siguiente en Hamburgo; en Lübeck en 1376-84, y así sucesivamente.
10. Para poner un solo ejemplo: Cambrai hizo su primera revolución en 907 y, luego de otras tres o cuatro rebeliones obtuvo su Carta en 1076. Esa carta fue revocada por dos veces (1107 y 1138) y dos veces vuelta a conquistar (en 1127 y 1180). En total 223 años de luchas antes de conquistar el derecho a la independencia. A Lyon le tocó desde 1195 hasta 1320.
11. Este parece haber sido con frecuencia el caso en Italia. En Suiza, Berna hasta compró los poblados de Thun y Burgdorf.
12. Tal fue el caso por lo menos en las ciudades de la Toscana (Florencia, Lucca, Siena, Bolonia, etc.) de las que conocemos bien las relaciones entre ciudad y campesinos.
13. Sólo las ciudades que mantuvieron su terca adhesión a la causa de los grandes señores de la tierra, como Pisa o Verona, salieron perdiendo con las guerras. Para muchas ciudades que combatieron del lado de ellos la derrota resultó ser también el comienzo de la liberación y el progreso.
14. Para Aachen y Colonia tenemos testimonio directo de que los obispos de ambas ciudades —uno de ellos vendido al enemigo— les abrieron las puertas a los sitiadores.
15. Dos ciudades importantes, como Mainz y Worms, zanjaron una disputa política mediante el arbitraje. Luego de que en 1231 estallase una guerra civil en Abbeville, Amiens actuó como árbitro (Luchaire, 149), y así.

16. El señor John J. Ennett (*Six Essays*, Londres, 1891) tiene excelentes páginas sobre este aspecto de la arquitectura medieval. El señor Willis, en su apéndice a Whewell, *History of Inductive Sciences* (I. 261-262) ha señalado la belleza de las relaciones mecánicas en las edificaciones medievales. «Maduró una nueva construcción decorativa», escribe, «que no contraría ni controla sino que armoniza con la construcción mecánica y la apoya. Cada elemento, cada moldura, se convierte en sostenedor del peso; y ante la multiplicidad de sostenes que se apoyan entre sí y la consiguiente subdivisión de la carga, al ojo lo satisface la estabilidad de la estructura a pesar del aspecto curiosamente esbelto de cada parte por separado». No podría existir una mejor caracterización de un arte nacido de la vida social de la ciudad.
17. Las tres estatuas figuran entre las decoraciones exteriores de Nôtre Dame de París.
18. El arte medieval, como el arte griego, no conoció de esas tiendas de curiosidades que nosotros llamamos galerías o museos nacionales. Se pintaba un cuadro, se esculpía una estatua, se vaciaba en bronce una decoración, para que ocupase su lugar apropiado en un monumento de arte comunal. Allí cobraba vida, formaba parte de un todo y contribuía a darle unidad a la impresión producida por el conjunto.
19. Sismondi, iv. 172; xvi. 356. El gran canal, Naviglio Grande, que trae el agua desde el Tesino, fue comenzado en 1179, es decir, después de la conquista de la independencia, y terminado en el siglo xiii. Acerca de la decadencia posterior, ver xvi, 355.
20. En 1336 tenía entre 8 y 10.000 niños y niñas en sus escuelas primarias, de 1000 a 1200 muchachos en siete instituciones de educación media y de 550 a 600 estudiantes en sus cuatro universidades. Los 30 hospitales comunales albergaban más de 1000 camas para una población de 90.000 habitantes (Capón, II. 249 seq.) Más de una vez ha sido sugerido por autores reconocidos que la educación había alcanzado un nivel mucho más alto de lo que generalmente se suponía. Y ciertamente también en la democrática Nuremberg.
21. El odio popular contra esos «*weise Doctoren und Beutelshneider des Volks*» reventó con fuerza en los primeros años del siglo xvi en los sermones del inicio del movimiento de la Reforma.
22. Brentano comprendió a cabalidad los fatales efectos de la lucha entre los «burgueses viejos» y los recién llegados. Miaskowski señaló lo mismo en su obra acerca de las comunidades de la aldea de Suiza.
23. La trata de esclavos secuestrados en el Oriente nunca discontinuó en las repúblicas italianas hasta el siglo xv. Alguna evidencia de lo mismo encontramos en Alemania y en todas partes.
24. Ver las teorías expresadas por los jurisconsultos de Bolonia ya en el Congreso de Roncaglia en 1158.

CAPÍTULO VII

AYUDA MUTUA ENTRE NOSOTROS

Revueltas populares en los comienzos del período del Estado. Instituciones de ayuda mutua del presente. La comunidad de aldea: sus luchas de resistencia a la abolición por parte del Estado. Hábitos derivados de la vida en la comunidad de aldea que se conservan en nuestras aldeas modernas. Suiza, Francia, Alemania, Rusia.

La tendencia a la ayuda mutua en el hombre tiene un origen tan remoto, y está tan profundamente entretejida con toda la evolución pasada de la raza humana, que la humanidad la ha conservado hasta el presente a pesar de todas las vicisitudes de la historia. Ha evolucionado principalmente durante períodos de paz y prosperidad, pero incluso cuando sobre los hombres caían las mayores calamidades —cuando países enteros eran asolados por las guerras, y poblaciones completas eran diezmadas por la miseria o gemían bajo el yugo de la tiranía— la tendencia se mantenía viva en las aldeas y entre las clases más pobres de las ciudades. Seguía manteniéndolo unidos, y a la larga lograba reaccionar incluso contra las minorías dominantes, hostiles y devastadoras que la menospreciaban como tontería sentimental. Y cada vez que la humanidad tuvo que construir una organización social nueva, adaptada a una nueva fase del desarrollo, su genio constructivo siempre extrajo los elementos y la inspiración para ese nuevo derrotero de la misma tendencia siempre viva. Las nuevas instituciones económicas y sociales, en tanto que

creaciones de las masas, los nuevos sistemas éticos y las nuevas religiones, se originaron todas de la misma fuente, y el progreso ético de nuestra raza, visto a grandes rasgos, se presenta como una ampliación de los principios de la ayuda mutua, de la tribu a aglomeraciones cada vez mayores, hasta abarcar finalmente a la humanidad entera, sin distinciones de lengua, creencia religiosa o raza.

Luego de pasar por la tribu salvaje, y de seguidas por la comunidad de aldea, los europeos llegaron a construir en la época medieval una forma de organización nueva, que tenía la ventaja de concederle un gran espacio a la iniciativa individual a la vez que respondía en gran medida a la necesidad humana del apoyo mutuo. En las ciudades medievales se produjo una confederación de comunidades de la aldea cubierta por una red de gremios y fraternidades. Los enormes resultados alcanzados bajo esa nueva forma de unión —en bienestar para todos, en industrias, artes, ciencia y comercio— ya los consideramos en extenso en los dos capítulos precedentes, e hicimos un intento por mostrar también por qué, hacia finales del siglo xv, las repúblicas medievales —rodeadas por los dominios de los señores feudales hostiles negados a liberar de la servidumbre a los campesinos, y gradualmente corrompidas por las ideas del cesarismo romano— estaban condenadas a convertirse en presa de los crecientes estados militares.

Sin embargo, antes de someterse durante los tres siglos que siguieron a la omniabsorbente autoridad del Estado, las masas del pueblo realizaron un esfuerzo formidable por reconstruir la sociedad sobre la antigua base de la ayuda y el apoyo mutuos. Ahora sabemos bien que el gran movimiento de la Reforma no fue una simple rebelión en contra

de los abusos de la iglesia católica. Poseía también su ideal constructivo, y ese ideal era la vida en comunidades libres y fraternales. Los escritos y sermones de aquel período que hallaron mayor respuesta entre las masas estaban imbuidos de las ideas de la hermandad económica y social de la humanidad. Los «Doce Artículos» y profesiones de fe similares, que circularon entre los campesinos y artesanos alemanes y suizos no sólo sostenían el derecho de todos a interpretar la Biblia de acuerdo con su propio entendimiento, sino también incluían la demanda de que las tierras comunales les fueran devueltas a las comunidades de las aldeas y se aboliese la servidumbre feudal, y aludían siempre a la «verdadera» fe: una fe en la hermandad. Al mismo tiempo, centenares de miles de hombres y mujeres se unieron a las fraternidades comunistas de Moravia, cediéndoles toda su fortuna y medios de subsistencia para vivir en numerosas y prósperas colonias construidas sobre los principios del comunismo. Sólo la masacre masiva de miles de seres pudo frenar ese movimiento popular de vasta extensión, y fue gracias a la espada, la hoguera y el potro de tormento, que los jóvenes estados se aseguraron su primera y decisiva victoria sobre las masas del pueblo¹. Durante los tres siglos siguientes los estados, tanto como en el continente como en las islas, extirparon sistemáticamente todas las instituciones en las que la tendencia a la ayuda mutua había hallado expresión. Las comunidades de la aldea fueron despojadas de sus asambleas, sus tribunales y su administración independiente; sus tierras les fueron confiscadas. Los gremios fueron expoliados de sus posesiones y libertades y se les puso bajo el control, el capricho y el cohecho de los funcionarios del Estado. A las ciudades les quitaron

su soberanía, y les aniquilaron las fuentes mismas de su vida interna: la asamblea popular, los personeros de la justicia y la administración electos, la parroquia y el gremio soberanos. Los funcionarios del Estado tomaron posesión de cualquier vínculo del antiguo todo orgánico. Bajo esa política fatídica y las guerras que generó, regiones enteras una vez populosas y florecientes quedaron devastadas; ciudades ricas se convirtieron en poblados insignificantes; las carreteras que las conectaban con otras ciudades se volvieron impracticables. La industria, el arte y el conocimiento entraron en decadencia. La educación política, la ciencia y las leyes fueron puestas al servicio de la idea de la centralización del Estado. Se enseñaba en las universidades y desde el púlpito, que las instituciones en las que antes los hombres solían encarnar sus necesidades de apoyo mutuo ya no podían ser toleradas en un Estado organizado apropiadamente; que sólo el Estado podía representar los lazos de unión entre sus súbditos; que el federalismo y el «particularismo» eran enemigos del progreso y que el Estado era el único impulsador adecuado para cualquier nuevo desarrollo. Para finales del siglo pasado los reyes del continente, el parlamento en Inglaterra e Irlanda y la convención revolucionaria en Francia, aunque todos estaban en guerra unos con otros, se pusieron de acuerdo en aseverar que dentro del Estado no debían existir uniones por separado entre los ciudadanos; que el trabajo forzado y la muerte eran las únicas penalidades adecuadas para aquellos trabajadores que se atreviesen a entrar en «coaliciones». «¡Ningún estado dentro del Estado!». Tan sólo el Estado, y la Iglesia del Estado, debían hacerse cargo de los asuntos de interés general, mientras que los súbditos estarían representados por congregaciones poco cohesionadas de indi-

viduos, a los que no los uniría ningún nexo en particular, condenados a recurrir al gobierno cada vez que sintiesen una necesidad común. Hasta mediados del presente siglo era ésa la teoría y la práctica en Europa. Incluso las sociedades comerciales e industriales eran vistas con sospecha. En cuanto a los trabajadores, sus uniones fueron tratadas como fuera de la ley casi hasta nuestros propios días en Inglaterra y en los últimos veinte años en el continente. El sistema entero de la educación estatal consiguió que incluso en los tiempos actuales, y hasta en Inglaterra, una parte considerable de la sociedad considerase una medida revolucionaria la concesión de derechos que hace quinientos años ejercía todo el mundo, hombre libre o siervo, en la asamblea de la aldea, el gremio, la parroquia y la ciudad.

La absorción de todas las funciones sociales por el Estado favoreció necesariamente el desarrollo de un desenfundado individualismo de mente cerrada. Proporcionalmente, en la medida en que crecían en número sus obligaciones hacia el Estado a los ciudadanos se les dispensaba de sus obligaciones para con los demás. En el gremio —y en la época medieval todo hombre pertenecía a algún gremio o fraternidad— se obligaba a dos «hermanos» a cuidar por turnos al hermano que había caído enfermo. Hoy nos contentaríamos con indicarle a nuestro vecino en desgracia la dirección del hospital de beneficencia más cercano. En la sociedad bárbara, presenciar una disputa entre dos hombres que degenerara en pelea y no evitar que tuviese un desenlace fatal significaba ser tratado uno mismo como homicida. Pero bajo la teoría del Estado todoprotector el espectador no necesita inmiscuirse: es asunto de la policía interferir o no. Y mientras en tierra de salvajes, entre los hotentotes, hubiese sido escandaloso comer sin haber preguntado

en voz alta por tres veces si no había alguien que quisiera compartir la comida, todo lo que tiene que hacer hoy día un ciudadano respetable es pagar el impuesto para los pobres y dejar morir de hambre al que se esté muriendo de hambre. El resultado es que la teoría que sostiene que los hombres pueden, y deben, procurar su propia felicidad sin hacer caso de las carencias de los demás, es la que triunfa por doquier: en el derecho, en la ciencia, en la religión. Constituye la creencia del día, y dudar de su eficacia es ser un utopista peligroso. La ciencia proclama en voz alta que la lucha de todos contra todos es el principio rector de la naturaleza y de las sociedades humanas. A esa lucha le atribuye la biología la evolución progresiva del mundo animal. La historia toma la misma línea de argumentación; y los economistas políticos, en su ignorancia ingenua, consideran que todo el progreso de la industria y la maquinaria modernas se debe a los efectos «maravillosos» de ese mismo principio. La religión del púlpito misma es una religión de individualismo, mitigada apenas por algunas relaciones de mayor o menor benevolencia con nuestro prójimo, principalmente los domingos. Hombres «prácticos» y teóricos, hombres de ciencia y predicadores religiosos, juristas y políticos, todos están de acuerdo en una cosa: que el individualismo puede ser más o menos suavizado en sus efectos más acerbos por la caridad, pero que constituye la única base segura para el sostenimiento de la sociedad y su progreso ulterior.

Parecería tarea inútil, entonces, buscar instituciones y prácticas de ayuda mutua en la sociedad moderna. ¿Qué podría quedar aún de ellas? Y sin embargo, tan pronto como tratamos de discernir cómo viven los millones de seres humanos y comenzamos a estudiar sus relaciones

en la vida diaria nos impacta el enorme papel que todavía hoy desempeñan la ayuda y el apoyo mutuo en la vida humana. Aunque la destrucción de las instituciones de ayuda mutua durante los últimos tres o cuatrocientos años ha continuado en la práctica y en la teoría, cientos de millones de hombres siguen viviendo bajo ellas; las mantienen religiosamente y se esfuerzan por reconstituirlas allí donde han dejado de existir. En nuestras relaciones mutuas cada uno de nosotros experimenta sus momentos de rebelión en contra del credo individualista en boga en nuestros días, y las acciones en las que los hombres son guiados por sus inclinaciones mutuas constituyen una porción tan grande de nuestra interrelación cotidiana que si fuese posible ponerle un freno a esas acciones se detendría de inmediato cualquier desarrollo ético posterior. La propia sociedad humana no se podría mantener mucho más allá de la vida de una generación. Entraremos ahora en el análisis de esos hechos tan negados por los sociólogos y sin embargo de tanta importancia para la vida y la ulterior elevación de la humanidad, empezando por las instituciones de apoyo mutuo que se mantienen en pie, para de seguidas pasar los actos de ayuda mutua que tienen su origen en simpatías personales o sociales.

Cuando le damos un rápido vistazo a la manera cómo está constituida hoy la sociedad europea nos impacta de inmediato el hecho de que, a pesar de cuanto se ha hecho para desembarazarse de la comunidad de aldea, esa forma de unión continúe existiendo hasta el grado en que la vemos en el presente, y los muchos esfuerzos que se hacen por reconstituirla de una u otra forma o de hallar algo que la sustituya. La teoría en boga respecto a la comunidad de aldea es que en Europa murió de muerte natural, a causa de que

la posesión comunal del suelo resultaba incompatible con los requerimientos modernos de la agricultura. Pero la verdad es que en ninguna parte la comunidad de aldea desapareció por consentimiento propio. Por el contrario, en todas partes a las clases dominantes les llevó varios siglos de esfuerzos persistentes mas no siempre exitosos por abolirla y confiscar las tierras comunales.

En Francia, las comunidades de la aldea empezaron a verse privadas de su independencia, y sus tierras a ser expropiadas, tan temprano como en el siglo xvi. Sin embargo, sólo fue en el siglo siguiente cuando las masas de campesinos fueron llevadas, gracias a las exacciones y las guerras, al estado de sometimiento y miseria que todos los historiadores describen vívidamente, se facilitó y adquirió proporciones escandalosas el despojo de sus tierras. «Cada quien les ha venido arrebatando de acuerdo con su poderío. (...) Se han reclamado deudas imaginarias con intención de apoderarse de sus tierras», leemos en un edicto promulgado por Luis xiv en 1667². Por supuesto que el remedio del Estado para esos daños fue someter aún más a las comunas y expropiarlas directamente él mismo. En efecto, dos años después el rey confiscó todo el ingreso monetario de las comunas. En cuanto a la apropiación de las tierras comunales, cada vez empeoró más y en el siglo siguiente los nobles y el clero ya habían entrado en posesión de inmensas extensiones de tierra —la mitad del área cultivada, según algunos estimados— para en su mayor parte sacarla de la agricultura³. Pero los campesinos conservaron todavía sus instituciones comunales, y hasta el año 1787 las asambleas de la aldea, integradas por todos los jefes de familia acostumbraba reunirse bajo la sombra del campanario o de un árbol, para distribuir y redistribuir lo que habían podido conservar de sus

campos, fijar los impuestos y elegir a sus directivos, tal y como lo hace el *mir* ruso en el presente.

Sin embargo el gobierno halló «demasiado ruidosas», demasiado desobedientes, a las asambleas populares, y en su lugar introdujo los consejos electos integrados por un alcalde y dos o tres síndicos escogidos entre los campesinos más acomodados. Dos años más tarde la Asamblea Constituyente Revolucionaria, que en ese punto en particular coincidía en todo con el *ancien régime* le dio confirmación plena a esa ley (el 14 de diciembre de 1789), y le tocó el turno de apropiarse de las tierras comunales al *bourgeois du village*, lo cual se mantuvo así a lo largo de todo el período revolucionario. Fue recién el 16 de agosto de 1792 cuando la Convención, bajo la presión de las insurrecciones campesinas, decidió devolverles a las comunas las tierras confiscadas⁴; pero al mismo tiempo ordenó que debían ser divididas en partes iguales solamente entre los campesinos más acomodados, una medida que provocó nuevas insurrecciones y fue derogada al año siguiente, en 1793, cuando llegó la orden de dividir las tierras comunales entre los comuneros, ricos y pobres por igual, «activos» e «inactivos».

Esas dos leyes, sin embargo, iban tan en contra de las concepciones de los campesinos que no fueron obedecidas, y dondequiera que ellos retomaron la posesión de parte de sus tierras se negaron a dividir las. Pero entonces llegaron los largos años de guerras, y el Estado simplemente confiscó las tierras (en 1794) como hipoteca por los empréstitos estatales, las puso en venta y a fin de cuentas se las arrebató. Luego se las devolvió de nuevo a las comunas para volvérselas a confiscar en 1813, y fue tan sólo en 1816 cuando a las comunidades de las aldeas les fueron devueltas lo que quedaba de ellas, es decir alrededor de 15 millones de

acres de la tierra menos productiva⁵. Y no obstante, eso no significó fin de los problemas de las comunas. Cada nuevo *régime* vio en las tierras comunales un medio de gratificar a sus seguidores, y se aprobaron tres leyes (la primera en 1837 y la última bajo Napoleón III) para inducir a las comunidades de la aldea a dividir las tierras comunales. Por tres veces hubo que derogar esas leyes, como consecuencia de la oposición que despertaron en las aldeas, pero en cada oportunidad algo se logró arrebatarse, y Napoleón III, bajo el pretexto de incentivar el perfeccionamiento de los métodos agrícolas, les concedió a sus protegidos grandes extensiones quitadas a las tierras comunales.

En cuanto a la autonomía de las comunidades de la aldea, ¿qué se podía haber conservado luego de tantos golpes? El alcalde y los síndicos eran vistos simplemente como funcionarios sin sueldo de la maquinaria del Estado. Aún hoy, bajo la Tercera República, muy poco se puede hacer en una comunidad de aldea sin que se ponga en marcha la inmensa maquinaria estatal, incluido el *préfet* y los ministros. Cuesta creerlo, pero es cierto, que cuando por ejemplo un campesino intenta pagar con dinero su aporte para la reparación de una carretera comunal, en vez de picar él mismo la cantidad de piedra necesaria, tiene que solicitar la probación de no menos de doce funcionarios estatales diferentes, y por añadidura éstos deben redactar e intercambiarse *cincuenta y dos* documentos burocráticos diferentes antes de permitirle al campesino pagarle ese dinero al consejo comunal. Y todo lo que queda de la comunidad de aldea tiene ese mismo carácter⁶.

Lo que ocurrió en Francia ocurrió en todas partes en Europa occidental y central. Hasta las fechas principales de los grandes asaltos contra las tierras de los campesinos son

las mismas. En el caso de Inglaterra la única diferencia estriba en que la expoliación se fue cumpliendo en actos por separado y no gracias a medidas arrolladoras generales, con menos prisa pero más a fondo que en Francia. El despojamiento de las tierras comunales por los señores también empezó en el siglo xv, después de la derrota de la insurrección campesina de 1380, como sabemos por la *Historia* de Rossus y también por una estatua de Enrique vii, en la que se habla de esos despojamientos bajo el rótulo de «enormidades y tropelías que mucho daño hicieron (...) al bien común»⁷. Posteriormente, bajo Enrique viii se dio inicio a la Great Inquest que pretendió detener la usurpación de las tierras comunales, pero terminó otorgándole la sanción a lo que se había hecho. El despojo de las tierras comunales prosiguió, y los campesinos fueron sacados de sus tierras. Pero fue especialmente a partir de mediados del siglo xviii que, tanto en Inglaterra como en todas partes formó parte de una política sistemática simplemente borrar toda traza de la propiedad comunal; y lo asombroso no es tanto que ella haya desaparecido, sino más bien que haya podido mantenerse, en Inglaterra incluso para llegar a ser «predominante hasta los abuelos de esta generación»⁸. El objeto mismo de las actas de cercamiento, como lo demuestra el señor Seeböhm, era eliminar ese sistema⁹, y fue cumplido tan a cabalidad por las casi cuatro mil actas aprobadas entre 1760 y 1844 que hoy quedan apenas tenues vestigios de él. Las tierras de las comunidades de la aldea fueron tomadas por los señores, y el parlamento sancionó la apropiación en cada uno de los casos.

En Alemania, en Austria y en Bélgica la comunidad de aldea también fue destruida por el Estado. Los casos de comuneros que dividieron entre sí sus tierras fueron raros¹⁰, aunque en todas partes los Estados los presionaban para

que lo hicieran, o simplemente propiciaban la apropiación privada de ellas. El golpe final a la propiedad comunal en Europa central también data de mediados del siglo XVIII. En Austria el gobierno empleó la fuerza bruta en 1768 para obligar a las comunidades a dividir sus tierras, y dos años después designó una comisión especial con ese propósito. En Prusia Federico II recomendó al *Justizcollegien* en varias de sus ordenanzas (en 1752, 1763, 1765 y 1769) imponer la división. En Silesia se dictó una resolución especial al servicio del mismo objetivo en 1771. Igual ocurrió en Bélgica y, como las comunidades no obedecieron, en 1847 se dictó una ley que le concedía derecho al gobierno a comprar prados comunales con la finalidad de venderlos por parcelas, y para realizar una venta forzosa de la tierra comunal si hubiese un comprador.

En resumen, hablar de la muerte natural de las comunidades de la aldea en virtud de las leyes de la economía es tan mal chiste como hablar de la muerte natural de los soldados ultimados en el campo de batalla. El hecho fue simplemente éste: las comunidades de la aldea habían vivido por más de mil años. Y donde y cuando los campesinos no se vieron arruinados por las guerras y las exacciones fueron mejorando sólidamente sus métodos de cultivo. Pero a medida que fue aumentando el valor de la tierra, como consecuencia del crecimiento de las industrias, y la nobleza, adquirió bajo la organización del Estado un poder que jamás tuvo bajo el sistema feudal, ella tomó posesión de las mejores partes de las tierras comunales, e hizo todo cuanto pudo por destruir las instituciones comunales.

Sin embargo, las instituciones de la comunidad de aldea respondían tan bien a las necesidades y las concepciones de los agricultores, que a pesar de todo Europa todavía está,

hasta la fecha, cubierta de muestras *vivientes* de ellas, y la vida rural europea está impregnada de usos y hábitos que datan del período comunal. Aún en Inglaterra, no obstante todas las drásticas medidas tomadas en contra del antiguo orden de cosas, prevaleció hasta fecha tan tardía como comienzos del siglo XIX. El señor Gomme —uno de los contados estudiosos ingleses que le ha prestado atención al tema— muestra en su obra que en Escocia se encuentran muchos vestigios de la posesión comunal del suelo, y la tenencia colectiva *runrig* se mantuvo en Forfarshire hasta 1830, mientras que en Inverness la costumbre era, hasta 1801, arar la tierra para la comunidad entera sin trazar lindes, y distribuirla después de concluido el arado. En Kilmorie la distribución y redistribución de los campos estuvo en vigor «hasta los últimos veinticinco años», y la Comisión de Parcelamiento la encontró todavía vigente en algunas islas. En Irlanda el sistema prevaleció hasta la gran hambruna; y en lo que respecta a Inglaterra, las obras de Marshall, que pasaron sin ser notadas hasta que Nasse y sir Henry Maine llamaron la atención sobre ellas, no dejan ninguna duda de que el sistema de comunidad de aldea estaba vastamente difundido en casi todos los condados ingleses a comienzos del siglo XIX¹¹. No hace todavía veinte años sir Henry Maine estaba «grandemente sorprendido ante la cantidad de casos de derechos de propiedad anormales, que necesariamente implican la anterior existencia de la propiedad colectiva y el cultivo en conjunto», que una investigación relativamente breve le pusiera a la vista. Y habiendo persistido las instituciones comunales hasta fechas tan tardías, indudablemente en las aldeas inglesas se descubrirían un gran número de hábitos y usos de ayuda mutua si los escritores de ese país tan sólo les prestaran alguna atención a la vida aldeana¹².

En cuanto al continente, encontramos totalmente vivas a las instituciones comunales en muchas partes de Francia, Suiza, Alemania, Italia, los países escandinavos y España, por no hablar de la Europa del Este; la vida aldeana en esos países está permeada de hábitos y usos comunales; y casi todos los años la literatura continental se ve enriquecida con obras serias que se ocupan de estos y otros temas en conexión. Por eso debo limitar mis ejemplos a los casos más típicos. Suiza constituye indudablemente uno de ellos. No sólo las cinco repúblicas de Uri, Schwytz, Appenzell, Glarus y Unterwalden mantienen sus tierras como propiedades sin dividir y son gobernadas por sus asambleas populares, sino en el resto de los cantones también las comunidades de la aldea continúan en posesión de un gobierno autónomo amplio y poseen gran parte del territorio federal¹³. Dos tercios de todos los prados alpinos y dos tercios de todos los bosques de Suiza siguen siendo hasta ahora territorio comunal; y un número considerable de campos, huertos, viñedos, turbales, canteras y demás son de propiedad común. En el Vaud, donde todos los cabezas de familia continúan tomando parte en las deliberaciones de sus consejos comunales electos, el espíritu comunal está especialmente vivo. Hacia fines del invierno todos los jóvenes de cada aldea van a pasarse unos días en el bosque a tumbiar árboles y hacerlos rodar montaña abajo como por un tobogán, y luego dividir la madera para construcción y la leña entre todos los moradores o para la venta en provecho propio. Dichas excursiones son verdaderas *fêtes* de trabajo varonil. A orillas del lago Lemán parte del trabajo requerido para mantener debidamente las terrazas de los viñedos todavía se hace en común; y en la primavera, cuando el termómetro amenaza con caer

bajo cero antes de la salida del sol, el sereno nocturno despierta a todos los jefes de familia para que enciendan las fogatas de paja y bosta y protejan así a sus viñedos de la helada mediante una nube artificial. En casi todos los cantones las comunidades de la aldea poseen las llamadas *Bürgernutzen*, es decir, tienen en común cierto número de vacas a fin de surtir de mantequilla a todas las familias; o cultivan los campos o viñedos comunales, cuyo producto es dividido entre los burgueses; o arriendan sus tierras en beneficio de la comunidad.

Podría tomarse como regla que allí donde las comunas han conservado una amplia gama de funciones como para constituirse en partes vivientes del organismo nacional, y donde no se han visto reducidas a la cruda miseria, ellas siempre cuidan sus tierras como es debido. En consecuencia, las propiedades comunales de Suiza contrastan abiertamente con la miserable propiedad de los *commons* ingleses. Los bosques comunales en el Vaud y en el Valais están admirablemente administrados, en conformidad con las normas de la ingeniería forestal moderna. En todas partes las «franjas» de campos comunales que cambian de propietarios bajo el sistema de redistribución están muy bien abonados, y en especial no les faltan prados ni ganado. Los prados altos están por lo general muy bien conservados, y las carreteras rurales son excelentes. Y cuando admiramos el *châlet* suizo, la carretera de montaña, el ganado de los campesinos, las terrazas de los viñedos, o las escuelas de Suiza debemos tener en mente que sin la madera para el *châlet* tomada de los bosques comunales y la piedra de las canteras comunales, sin las vacas que pacen en los prados comunales y las carreteras y las escuelas construidas con trabajo comunal, quedaría muy poco que admirar.

Resulta casi innecesario decir que un gran número de hábitos y usos de ayuda mutua siguen existiendo en las aldeas suizas. Las reuniones al atardecer para descascarar nueces, que se efectúan por turnos en cada casa de familia; las reuniones festivas para coser el ajuar de la muchacha que va a contraer matrimonio; la petición de «ayudas» para la construcción de las casas y recoger las cosechas, así como cualquier tipo de trabajo que pueda requerir alguno de los comuneros; la costumbre de intercambiar niños entre dos cantones a fin de que puedan aprender ambos idiomas, el francés y el alemán, y tantos otros: todos ellos son totalmente habituales¹⁴. Al mismo tiempo, por otra parte se encaran necesidades modernas en el mismo espíritu. Así, en Glarus la mayoría de los prados alpinos fueron vendidos en tiempos de calamidad, pero las comunas continúan comprando tierras labrantías, y luego de que los campos recién comprados han sido puestos en manos de comuneros por separado durante diez, veinte o treinta años, según el caso, vuelven al patrimonio común, que es redistribuido según las necesidades del colectivo. Se forma un gran número de asociaciones de menor tamaño para producir algunos rubros de primera necesidad —pan, queso y vino— trabajando en común, pero sólo en escala limitada. Y la cooperación agrícola también se expande por toda Suiza con suma facilidad. Las asociaciones de entre diez y treinta campesinos que compren prados y campos labrantíos en común y los cultivan como copropietarios son muy frecuentes; mientras que por todas partes se organizan asociaciones para la venta de productos lácteos. De hecho, Suiza fue la cuna de ese tipo de cooperación, que ofrece, además, un vastísimo campo para el estudio de toda clase de sociedades de cualquier tamaño

formadas para la satisfacción de necesidades modernas. En ciertas regiones de Suiza encontramos en casi cada aldea una cantidad de asociaciones: para protección contra los incendios, para la organización de paseos en bote, para el mantenimiento de los embarcaderos en las costas de un lago, para el aprovisionamiento de agua, y así sucesivamente; y el país está cubierto de sociedades de arqueos, tiradores, topógrafos, exploradores y otras por el estilo, originadas del militarismo moderno.

Sin embargo, en modo alguno, Suiza constituye la excepción en Europa, porque iguales instituciones y hábitos los hallamos en las aldeas de Francia, de Italia, de Alemania, de Dinamarca, y así sucesivamente. Acabamos de ver todo lo que hicieron los gobernantes de Francia para destruir la comunidad de aldea y apoderarse de sus tierras; pero a pesar de ello una décima parte de todo el territorio apto para el cultivo, es decir 13 millones y medio de acres, incluyendo la mitad de los prados naturales y casi la quinta parte de los bosques del país continúan estando en posesión comunal. Los bosques proveen de leña a los comuneros, y la madera para la construcción es cortada, con toda la regularidad necesaria, principalmente mediante trabajo comunal; el acceso a las tierras de pasto es gratuito para el ganado de los comuneros; y lo que queda de los campos comunales es distribuido y redistribuido en ciertas regiones de Francia —a saber, en las Ardenas— de la manera usual¹⁵.

Esas fuentes suplementarias que ayudan a los campesinos pobres a sobrellevar un año de malas cosechas sin necesidad de vender parte de sus pequeñas parcelas ni solicitar préstamos impagables, tienen ciertamente su importancia tanto para los trabajadores agrícolas como para los casi tres millones de pequeños propietarios campesinos.

Hasta cabría dudar de que la pequeña propiedad campesina se pudiese mantener sin esos recursos adicionales. Pero la importancia ética de las posesiones comunales, por pequeñas que éstas sean, es mayor aún que su valor económico. Mantienen en la vida aldeana un núcleo de usos y hábitos de ayuda mutua que indudablemente actúa como un poderosísimo control del desarrollo del individualismo y la codicia desmedidas, en las que tan propensos son a caer los pequeños terratenientes. En todas las circunstancias posibles de la vida aldeana, la ayuda mutua forma parte de la rutina diaria en todas partes del país. Por doquiera nos encontramos, bajo diferentes nombres, con el *charroi*, es decir la ayuda libre de los vecinos para recoger una cosecha, para vendimiar o para construir una casa; por doquiera encontramos las mismas reuniones al atardecer que recién mencionamos en el caso de Suiza, y por doquiera los comuneros se asocian para toda especie de trabajo. Tales hábitos los mencionan casi todos los que han escrito sobre la vida en las aldeas francesas. Pero quizá sea mejor presentar aquí algunos fragmentos de cartas que acabo de recibir de un amigo al que le pedí me comunicara sus observaciones sobre el particular. Vienen de un anciano que durante años ha sido el alcalde de su comuna en el sur de Francia (en Ariège); los hechos que menciona los conoce de largos años de observación personal, y tienen la ventaja de provenir de una sola localidad en lugar de ser recogidos en un área extensa. Algunos de ellos pueden parecer triviales, pero en conjunto describen el pequeño mundo de una vida aldeana.

«En varias comunas del vecindario», escribe mi amigo, «la antigua costumbre de *l'emprunt* sigue vigente. Cuando se necesitan muchas manos en una *métairie* para hacer algún

trabajo con rapidez —sacar papas o segar el pasto— convocamos a los jóvenes del vecindario; los muchachos y las muchachas acuden en cantidades y lo hacen alegremente y de gratis; y por la tarde, después de comer también con alegría, danzan».

«En las mismas comunas, cuando una muchacha se va a casar, las del vecindario vienen a ayudar a coser el ajuar. En varias comunas las mujeres siguen hilando en cantidad. Cuando a una familia le toca devanar hilo, el trabajo se hace en una sola tarde: convocan a todos los amigos para la tarea. En muchas comunas del Ariège y otras partes del suroeste el desgranamiento de las mazorcas también lo hacen todos los vecinos. Se les obsequia castañas y vino y los jóvenes danzan después de haber terminado el trabajo. Se practica la misma costumbre para hacer aceite de nuez y triturar el cáñamo. En la comuna de L. se hace lo mismo para recoger la cosecha de trigo. Esos días de trabajo duro se convierten en días de *fête*, pues el propietario se honra en servir buena comida. No se da ninguna remuneración; todos lo hacen por los demás»¹⁶.

«En la comuna de S. la dehesa comunal crece cada año, así que ahora casi toda la tierra de la comuna es de uso colectivo. Entre todos los propietarios del ganado, incluidas las mujeres, eligen los pastores. Los toros son comunales.»

«En la comuna de M. los cuarenta o cincuenta pequeños rebaños de ovejas de los comuneros son juntados y luego divididos en tres o cuatro rebaños antes de enviarlos a los prados altos. Cada propietario va hasta allá a servir de pastor durante una semana.»

«En el villorrio de C. varios jefes de familia compraron en común una trilladora; entre todas las familias aportarán las quince o veinte personas que se requieren

para el servicio de la máquina. Fueron compradas otras tres trilladoras que sus propietarios alquilan, pero el trabajo lo ejecutan ayudantes foráneos, invitados de la manera usual.»

«En nuestra comuna de R. teníamos que levantar la pared del cementerio. La mitad del dinero que se necesitaba para comprar cal y pagar los salarios de los obreros especializados la aportó el consejo del condado, y la otra mitad entró por suscripción. En cuanto al trabajo de acarrear arena y agua, hacer la argamasa y asistir a los albañiles, lo hicieron enteramente los voluntarios [igual que la *djemmâa* cabila, N. del A.]. Los caminos rurales fueron reparados de la misma manera, con días de trabajo voluntario cumplidos por los comuneros. Otras comunas han construido así sus fuentes. La comuna administra con frecuencia el lagar y otras maquinarias menores.»

Dos residentes del mismo vecindario, respondiendo a la solicitud de mi amigo, agregaron lo siguiente:

«En O. hasta hace pocos años no había molino. La comuna construyó uno imponiéndoles una contribución a los comuneros. En cuanto al molinero, a fin de evitar fraudes y parcializaciones, decidieron que se le pagarían dos francos por cada consumidor de pan y molería el trigo de gratis.»

«En Saint G. hay pocos campesinos asegurados contra incendios. Cuando se produce uno —como ocurrió recientemente— todos le donan algo a la familia afectada —un caldero, una colcha, una silla, y así— y de esa manera se reconstruye una vivienda modesta. Todos los vecinos ayudan a levantarla, y mientras tanto los vecinos le brindan alojamiento gratuito a la familia.»

Esos hábitos de apoyo mutuo —de los cuales se podrían dar muchos ejemplos más— indudablemente explican la facilidad con la que los campesinos franceses se

asocian para utilizar por turnos el arado con su yunta de caballos, el lagar y la trilladora cuando estos implementos le pertenecen a uno solo de los aldeanos, y también para realizar en común todo tipo de tarea rural. Desde tiempos inmemoriales las comunidades de las aldeas hicieron el mantenimiento de los canales de riego, despejaron los bosques, plantaron árboles y desecaron pantanos; y así se sigue haciendo. Muy recientemente las yermas colinas de *La Borne* de Lozère fueron convertidas en feraces jardines gracias al trabajo comunal. «La tierra fértil fue traída a lomo de hombre; se hicieron terrazas y en ellas huertos en los que plantaron castaños y durazneros; el agua para el regadío se trajo por canales de unos tres a cinco kilómetros de largo». Y acaban de excavar un nuevo canal, éste de más de quince kilómetros de longitud¹⁷.

A ese mismo espíritu hay que atribuirle también el notorio éxito obtenido recientemente por los *syndicats agricoles*, o asociaciones de campesinos y granjeros. No fue hasta 1894 que en Francia se permitieron esas asociaciones de más de diecinueve personas, y no tengo ni qué decir que cuando se cometió el atrevimiento de ese «peligroso experimento» —como se le calificó en las cámaras del congreso— hubo que tomar todas las debidas «precauciones» que pudieron inventar los funcionarios. Pero a pesar de todo Francia comienza a cubrirse de sindicatos. Al comienzo sólo se formaban para la compra de abono y semillas, a fin de contrarrestar las dimensiones colosales que había alcanzado la especulación en esos dos ramos¹⁸; pero gradualmente fueron ampliando sus funciones en varias direcciones, incluida la venta de productos agrícolas y las mejoras permanentes de la tierra. En el sur de Francia los estragos de la filoxera hicieron nacer un gran número de asociaciones de

viñateros. De diez a treinta viñateros forman un sindicato, compran una máquina a vapor para bombear el agua y hacen los arreglos necesarios para irrigar sus viñedos por turnos¹⁹. Continuamente se están formando nuevas asociaciones para proteger la tierra de las inundaciones, para propósitos de regadío, y para el mantenimiento de los canales de riego; y el requisito legal de la unanimidad de los campesinos del vecindario nunca se convierte en obstáculo. Por todas partes aparecen *fruitières*, o asociaciones de productores lácteos, en algunas de las cuales la totalidad de la mantequilla y el queso es dividida en partes iguales, independientemente de lo que rinda cada vaca. En Ariège encontramos una asociación de ocho comunas por separado para el cultivo en común de sus tierras, que ellos convirtieron en una sola; en 172 de las 337 comunas de ese departamento se formaron sindicatos para asistencia médica gratuita; surgen asociaciones de consumidores en conexión con los sindicatos; y así sucesivamente²⁰. «Se está dando toda una revolución en nuestras aldeas», escribe Alfred Baudrillart, «a través de esas asociaciones, que en cada región asume sus propias características especiales».

En gran medida es posible decir lo mismo respecto a Alemania. Dondequiera que los campesinos pudieron resistir el despojo de sus tierras las mantuvieron en propiedad comunal, que predomina ampliamente en Württemberg, Baden, Hohenzollern y en la provincia hessiana de Starkenberg²¹. Los bosques comunales se conservan por lo general en excelente estado, y en miles de comunas la madera y la leña son divididas cada año entre todos los habitantes; incluso la antigua costumbre del *Lesholztag* está ampliamente difundida: al doblar de la campana de la iglesia todos se van al bosque a sacar la mayor cantidad de leña que puedan aca-

rrrear. En Westfalia encontramos comunas en las que toda la tierra es cultivada como una sola propiedad común y de acuerdo con todos los requerimientos de la agronomía moderna. En cuanto a los antiguos hábitos y usos, siguen con vida en la mayor parte de Alemania. Es bien sabido que en Westfalia, Hesse y Nassau la solicitud de *ayudas*, que son verdaderas *fêtes* de trabajo, es muy habitual. En las regiones profusamente pobladas de árboles la madera para las nuevas casas se saca normalmente del bosque comunal, y todos los vecinos se reúnen para participar en la construcción de la casa. Hasta en los suburbios de Frankfurt constituye una costumbre entre los jardineros que, en caso de que uno de ellos se enferme, todos acudirán el domingo a cultivarle el jardín.

En Alemania, como en Francia, tan pronto como los gobernantes del pueblo revocaron sus leyes contra las asociaciones de campesinos —que fue recién en 1884-1888— esas uniones empezaron a desarrollarse con una rapidez asombrosa, sin importar todos los obstáculos legales que les pusieron en el camino, en forma de papeleo abrumador y supervisión burocrática. Dice Buchenberger:

Es un hecho, que en *miles* de comunidades de la aldea en las que nunca se conoció ningún tipo de abono químico o engorde planificado, ambos se hayan convertido en cosa de uso diario y hasta un grado nunca visto antes, debido a esas asociaciones. A través de ellas se compran toda clase de implementos y maquinaria agrícola, que ahorran trabajo, y mejores razas de ganado, y empiezan a introducirse varios dispositivos para mejorar la calidad de los productos. También se han formado uniones para la venta de los productos agrícolas, así como para la mejora permanente de la tierra²².

Desde el punto de vista de la economía social todos esos esfuerzos de los campesinos ciertamente tienen poca importancia. No pueden aliviar sustancialmente, y menos aún permanentemente, la miseria a la que están condenados todos los labriegos en Europa. Pero desde el punto de vista ético, que es el que estamos considerando en este momento, no se puede menospreciar su importancia. Prueban que aun bajo el sistema de individualismo a ultranza que hoy prevalece las masas agricultoras mantienen religiosamente su herencia de apoyo mutuo; y tan pronto como los Estados flexibilizan las férreas leyes mediante las cuales han roto todos los lazos entre los hombres esos lazos se reconstituyen de inmediato, sin que importen las múltiples dificultades políticas, económicas y sociales; y lo hacen de la manera que mejor responda a los requerimientos de la producción moderna. Ellos indican en qué dirección y bajo cuál forma cabe esperar un mayor progreso.

Podría multiplicar fácilmente esos ejemplos, sacándolos de Italia, España, Dinamarca, etcétera, y destacando algunos rasgos interesantes característicos de esos países²³. Habría que mencionar también a las poblaciones eslavas de Austria y la península de los Balcanes, entre las cuales existe todavía la «familia compuesta» o «casa familiar indivisa». Pero me urge pasar de una vez a Rusia, donde la misma tendencia al apoyo mutuo asume ciertas formas novedosas y nunca vistas. Además, ocuparnos de la comunidad de aldea en Rusia tiene la ventaja para nosotros de estar en posesión de un enorme volumen de materiales, recogidos de la encuesta casa por casa hecha recientemente por varios *zemstvos* (consejos del condado) y que cubren una población de casi 20 millones de campesinos en diferentes partes del país.

Del volumen de evidencias recogidas en las encuestas rusas se pueden sacar dos conclusiones importantes. En Rusia central, donde toda una tercera parte de los campesinos ha sido llevada a la ruina total (por la tributación excesivas, la asignación de parcelas de tierra improductiva, los arriendos exorbitantes y la implacable recaudación de impuestos después de la pérdida total de las cosechas), se dio durante los primeros veinticinco años que siguieron a la emancipación de la servidumbre una decidida tendencia hacia la constitución de la propiedad individual en la tierra incluida dentro de las comunidades de las aldeas. Muchos campesinos «de a pie» empobrecidos abandonaron sus parcelas asignadas y esas tierras se convirtieron a menudo en propiedad de los campesinos más ricos que obtenían ingresos adicionales del comercio, o bien de comerciantes foráneos que adquirían tierras principalmente para cobrarles arriendos abusivos a los campesinos. Hay que agregar también que una omisión en la ley de rescate de tierras de 1861 permitió grandes facilidades para redimir las tierras de los campesinos a costos muy bajos²⁴, y que los funcionarios estatales ejercían mayormente el peso de su influencia a favor de la propiedad individual y en contra de la comunal. Sin embargo, en estos últimos veinte años ha vuelto a soplar de nuevo a través de las aldeas de la Rusia central un fuerte viento en contra de la apropiación individual de la tierra, y la gran masa de campesinos que están en la posición intermedia entre ricos y muy pobres han estado haciendo tenaces esfuerzos por mantener en pie la comunidad de aldea. En lo que respecta a las fértiles estepas del Sur, que hoy día constituyen la región más populosa y rica de Rusia europea, en su mayor parte fueron colonizadas durante el presente siglo bajo el sistema de la propiedad

u ocupación individual, sancionada de esa forma por el Estado. Pero desde que se introdujeron en la región métodos mejorados con la ayuda de maquinaria agrícola, los campesinos propietarios han comenzado a transformar gradualmente su propiedad individual en posesión comunal, y hoy encontramos en ese granero de Rusia un gran número de comunidades de la aldea de origen reciente formadas espontáneamente.

La Crimea y la región continental situada al norte de ella (la provincia de Taurida) de las cuales tenemos información detallada, ofrecen un ejemplo excelente de ese movimiento. El territorio comenzó a ser colonizado luego de su anexión en 1783 por emigrantes de la Gran Rusia, la Pequeña Rusia y la Rusia Blanca —cosacos, hombres libres y siervos fugitivos— que llegaron en forma individual o en grupos pequeños de todos los rincones de la Rusia. Se dedicaron primero a la cría de ganado, y cuando más tarde comenzaron a arar la tierra cada uno aró todo lo que pudo. Pero con la continuación de la inmigración y la introducción de arados perfeccionados se incrementó en alto grado la demanda de tierra y surgieron fuertes disputas entre los colonos. Éstas se prolongaron por años, hasta que aquellos hombres, entre los cuales no existía ningún nexo anterior, gradualmente se hicieron a la idea de que había que ponerles un alto a las disputas introduciendo la propiedad de la comunidad de aldea. Tomaron la decisión de que la tierra que poseían individualmente debía pasar de allí en adelante a ser su propiedad en común, y comenzaron a distribuirla y redistribuirla de acuerdo con las normas usuales de la comunidad de aldea. Ese movimiento fue cobrando gradualmente una gran extensión, y nada más en un territorio pequeño las estadísticas de Taurida muestran 161

aldeas en las cuales los mismos propietarios campesinos introdujeron la propiedad comunal *in lieu* de la individual, principalmente en los años 1855-1885. De ese mismo modo espontáneo los colonos han generado una gran variedad de tipos de comunidades de aldea²⁵. Lo que hace más interesante esa transformación es que tuvo lugar no solamente entre los venidos de la Gran Rusia, que estaban acostumbrados a la comunidad de aldea, sino también entre los de la Pequeña Rusia, que bajo el dominio polaco la habían olvidado hacía demasiados años, y entre los griegos y los búlgaros, e incluso entre los alemanes que mucho tiempo atrás implementaron en sus prósperas colonias semindustriales en el Volga su propio tipo de comunidad de aldea. Es evidente que los tártaros musulmanes de Taurida ejercen la posesión de sus tierras según el derecho consuetudinario musulmán, que sólo permite la posesión personal limitada; pero incluso entre ellos en algunos contados casos se ha introducido la comunidad de aldea europea. En lo que atañe a las demás nacionalidades presentes en Taurida, la propiedad individual ha sido abolida en seis aldeas estonias, dos griegas, dos búlgaras, una checa y una alemana.

Ese movimiento es característico de la totalidad de la fértil región esteparia del Sur. Pero en la Pequeña Rusia también se presentan casos aislados de él. Así, en una cantidad de aldeas de la provincia de Chernigov los campesinos eran anteriormente propietarios individuales de sus parcelas; tenían documentación legal por separado de ellas y solían arrendar y vender sus tierras a voluntad. Pero en la década de los 50 del siglo XIX se inició entre ellos un movimiento a favor de la posesión comunal, siendo el principal argumento el creciente número de familias

empobrecidas. La iniciativa de la reforma fue tomada en una sola aldea, y de seguidas las demás siguieron el ejemplo; el último caso registrado data de 1882. Por supuesto que hubo luchas entre los pobres, que por lo general exigen que la posesión sea comunal, y los ricos, que por lo general prefieren la propiedad individual, y a menudo se prolongaban por años. En ciertos lugares resultó imposible lograr la unanimidad exigida en ese entonces por la ley, y la aldea se dividió en dos, una bajo propiedad individual y otra bajo propiedad comunal; y permanecían así hasta que ambas se fusionaban en una sola comunidad, o si no continuaban divididas. En cuanto a la Rusia central, es un hecho que en 1882 en muchas aldeas que parecían encaminadas a la propiedad individual se inició un movimiento de masas a favor del restablecimiento de la comunidad de aldea. Incluso campesinos propietarios que habían vivido durante años bajo el sistema individualista regresaron *en masse* a las instituciones comunales. Así, hay un considerable número de ex siervos que han recibido sólo la cuarta parte de lo que les correspondía en la distribución reglamentaria, pero la recibieron libre de redención y en propiedad individual. Entre ellos se dio en 1890 un movimiento de vasta extensión (en Kursk, Ryazan, Tambov, Orel, etcétera) que apuntaba a la reunión de las parcelas distribuidas y la subsiguiente introducción de la comunidad de aldea. Los «agricultores libres» (*volnyie khlebopashty*), que fueron liberados de la servidumbre bajo la ley de 1803 y *compraron* sus parcelas —cada familia por separado— están ahora casi todos bajo el sistema de comunidad de aldea introducido por ellos mismos. Todos esos movimientos son de origen reciente, y se les han unido también los no rusos. Así, los búlgaros en el distrito de Tiraspol,

luego de haber permanecido durante sesenta años bajo el sistema de propiedad personal introdujeron la comunidad de aldea en el período 1876-1882. Los menonitas alemanes de Berdyansk luchaban en 1890 por introducir la comunidad de aldea, y los pequeños propietarios campesinos (Kleinwirthschafliche) entre los baptistas alemanes agitaban en sus aldeas en igual sentido. Y un último caso: en la provincia de Samara el gobierno ruso creó en la década de los cuarenta del siglo XIX, a modo de experimento, 103 aldeas sobre el sistema de propiedad individual. Cada jefe de familia recibió una espléndida propiedad de 105 acres. En 1890 los campesinos de 72 de las 103 aldeas ya habían notificado su deseo de introducir la comunidad de aldea. He tomado todos estos datos de la excelente obra de V.V. que presenta de una manera sencilla y en forma clasificada la información recogida en la encuesta casa por casa antes mencionada.

Ese movimiento a favor de la posesión comunal contradice abiertamente las teorías económicas en boga, según las cuales el cultivo intensivo es incompatible con la comunidad de aldea. Pero lo más caritativo que puede decirse de esas teorías es que jamás han sido sometidas a la comprobación experimental: pertenecen al campo de la metafísica política. Los hechos que tenemos ante nosotros muestran, por el contrario, que dondequiera que los campesinos rusos son, debido a la concurrencia de circunstancias favorables, menos miserables que el promedio, y dondequiera que ellos encuentren hombres de conocimiento e iniciativa entre sus vecinos, la comunidad de aldea resulta ser el auténtico medio de introducir varias mejoras tanto en la agricultura como en la vida aldeana. Aquí, como en todos los casos, la ayuda mutua es una guía para el progreso mejor que la

guerra de todos contra todos, como podremos ver en los siguientes hechos comprobados.

Bajo el mandato de Nicolás I muchos funcionarios de la corona y propietarios de siervos solían obligar a los campesinos a introducir el cultivo comunal en parcelas pequeñas de las tierras de la aldea, con la finalidad de volver a llenar los depósitos comunales luego de haberles entregado grano en calidad de préstamo a los comuneros más pobres. Dichos cultivos, que en la mente de los campesinos estaban conectados con las peores reminiscencias de la servidumbre, justamente habían sido abandonados tan pronto como ésta fue abolida. Pero ahora los campesinos empezaron a reintroducirlos por su propia cuenta. En un distrito (Ostrogzhsk, en Kursk) la iniciativa de una persona fue suficiente para regresarlos a la vida en una gran mayoría de las aldeas. Lo mismo aconteció en varias localidades más. Un día determinado los comuneros salían, los más ricos con un arado o una carreta y los más pobres con las manos vacías, y no se hacía ningún intento por discriminar el aporte de cada quien al trabajo en común. Después la cosecha se empleaba en préstamos a los comuneros más necesitados, mayormente con carácter no devolutivo, o en donativos para los huérfanos y las viudas, o para la iglesia de la aldea, la escuela, y también para el pago de alguna deuda comunal²⁶.

Esos trabajos de toda índole que entran, por así decirlo, dentro de la rutina de la vida aldeana (reparación de carreteras y puentes, embalses, drenaje, aprovisionamiento de agua para regadío, corte de madera, sembrado de árboles, etcétera), son hechos por la comuna entera, y que éstas arrienden la tierra y sieguen los prados —tareas que cumplen viejos y jóvenes, hombres y mujeres, de la manera descrita por Tolstoi— no es sino lo que cabría esperar de gente

que vive bajo el sistema de la comunidad de aldea. Son de ocurrencia cotidiana a todo lo ancho del país. Pero la comunidad de aldea no es adversa en modo alguno a las mejoras agrícolas modernas cuando puede afrontar sus costos y cuando su conocimiento, hasta la fecha reservado para los ricos, se abre camino hasta la casa del campesino.

Acabamos de decir que los arados perfeccionados se difundieron rápidamente en el sur de Rusia, y en muchos casos las comunidades de las aldeas contribuyeron a esa difusión. La comunidad compraba un arado, lo probaba en una extensión limitada de la tierra comunal y luego les indicaba las mejoras necesarias a los fabricantes, a los que las comunas con frecuencia ayudaban a iniciar la construcción de arados baratos como industria de la aldea. En el distrito de Moscú, donde los campesinos han comprado 1.560 arados en los recientes cinco años, el impulso provino de las comunas que arrendaban la tierra corporativamente con el especial propósito de mejorar el cultivo.

En la región nororiental (Vyatka) pequeñas asociaciones de campesinos que viajan con sus aventadoras (fabricadas como industria aldeana en uno de los distritos productores de hierro) han difundido el empleo de esas máquinas entre las dependencias vecinas. La vasta difusión de las trilladoras en Samara, Saratov y Kherson se debe a las asociaciones campesinas, que pueden correr con el gasto de una máquina costosa a diferencia del campesino individual. Y mientras leemos en casi todos los tratados de economía que la comunidad de aldea está destinada a desaparecer cuando el sistema de las tres amelgas sea sustituido por el de la rotación de los cultivos, vemos en Rusia cómo las comunidades de las aldeas acogen la iniciativa de introducir la rotación de los cultivos. Pero antes de aceptarla los campesinos

por lo general reservan una parte de los campos comunales para experimentar con la siembra artificial de los pastos, para lo cual la comuna compra las semillas²⁷. Si el experimento resultaba no tenían ninguna dificultad en volver a dividir sus campos, para adaptarse al sistema de las cinco o seis amelgas.

Ese sistema está hoy en uso en *cientos* de aldeas de Moscú, Tver, Smolensk, Vyatka y Pskov²⁸. Y allí donde se le pueden permitir las comunidades le reservan también algún espacio a la siembra de árboles y plantas frutales. Finalmente, la repentina difusión que han tenido recientemente en Rusia las pequeñas granjas modelos, los huertos, los jardines de plantas de uso culinario, y los terrenos para la cría del gusano de seda —que tuvieron su inicio en las escuelas de las aldeas, bajo la conducción de un maestro o de un aldeano voluntario— es debida también al apoyo que encontraron en las comunidades de las aldeas.

Más aún, abundan las mejoras permanentes tales como drenaje y regadío. Por ejemplo, en tres distritos de la provincia de Moscú —en gran medida industriales— los trabajos de drenaje se han venido cumpliendo en gran escala durante los últimos diez años en no menos de 180 a 200 aldeas diferentes, con los comuneros afanándose ellos mismos con el azadón. En el extremo opuesto de Rusia, en las áridas estepas de Novouzen, las comunas construyeron más de mil embalses y excavaron cientos de estanques; en tanto que en una próspera colonia alemana del Sureste los comuneros, hombres y mujeres por igual, trabajaron durante cinco semanas seguidas para levantar un dique de tres kilómetros y medio de largo, con fines de regadío. ¿Qué hubiese podido hacer un hombre en solitario en esa lucha contra el clima seco? ¿Qué se hubiese logrado me -

diante el esfuerzo individual cuando el sur de Rusia se vio azotado por la proliferación de marmotas, y toda la gente que vivía en el campo, ricos y pobres, comuneros e individualistas tuvieron que esforzarse con las manos para poder controlar la plaga? Llamar a la policía hubiese sido inútil; el único remedio posible era asociarse.

Y ahora, después de haber dicho tanto acerca de la ayuda y el apoyo mutuos practicados por los trabajadores del campo en países «civilizados», veo que podría llenar un tomo bastante voluminoso con ejemplos tomados de la vida de los cientos de millones de hombres que también viven bajo la tutela de Estados más o menos centralizados pero permanecen fuera de contacto con la civilización e ideas modernas. Podría describir la vida interna de una aldea turca y su red de admirables usos y hábitos de ayuda mutua. Cuando hojeo mis apuntes llenos de ejemplos de la vida campesina en el Cáucaso, me tropiezo con actos de apoyo mutuo conmovedores. Encuentro las huellas de las mismas costumbres en la *djemmâa* árabe y la *purra* afgana, en las aldeas de Persia, la India y Java, en la familia indivisa de los chinos, en los campamentos de los seminómadas de Asia central y los nómadas del lejano Norte. Consultando notas sobre la literatura africana tomadas al azar, las encuentro repletas de hechos similares —de convocatorias de ayuda para recoger la cosecha, de casas construidas por todos los habitantes de la aldea, a veces para reparar los desastres cometidos por filibusteros civilizados— de personas que se ayudan unas a otras en caso de accidente, que protegen a los viajeros, y así. Y cuando examino obras como el compendio de derecho consuetudinario africano que escribió Post comprendo por qué, a pesar de tanta tiranía, opresión, pillajes e incursiones, guerras tribales, reyes insaciables,

brujos y sacerdotes impostores, cazadores de esclavos y gente por el estilo, esas poblaciones no se han extraviado en la selva; por qué han mantenido una cierta civilización y han continuado siendo hombres en lugar de decaer hasta el nivel de las dispersas familias de los orangutanes decadentes. El hecho es que los cazadores de esclavos, los ladrones de marfil, los reyes agresores, los Matabele y los «héroes» de Madagascar pasan, dejando su rastro marcado de sangre y fuego. Pero el núcleo de instituciones, hábitos y usos de la ayuda mutua generado y desarrollado en la tribu y en la comunidad de aldea permanece, y mantiene a los hombres unidos en sociedades, abiertos al progreso de la civilización y listos para recibirla cuando llegue el día de que reciban civilización y no balas.

Lo mismo vale para nuestro mundo civilizado. Las calamidades naturales y sociales pasan. Poblaciones enteras quedan reducidas periódicamente a la miseria o la hambruna; a millones de hombres reducidos a la indigencia en las ciudades les son destruidas las fuentes mismas de la vida; el entendimiento y los sentimientos de millones de seres están viciados por las enseñanzas ideadas en interés de las minorías. Todo esto es ciertamente parte de nuestra existencia. Pero el núcleo de instituciones, usos y hábitos de apoyo mutuo sigue con vida en esos millones; los mantiene unidos. Y ellos prefieren aferrarse a sus costumbres, creencias y tradiciones a aceptar la doctrina de la guerra de todos contra todos que les es ofrecida bajo el título de ciencia pero nada tiene de científica.

NOTAS

1. Pocos de nuestros contemporáneos se dan cuenta tanto de la extensión de ese movimiento como de los medios con los que fue aniquilado. Pero quienes escribieron inmediatamente después del cese de la gran guerra campesina estimaron entre 100 y 150.000 el número de campesinos asesinados luego de su derrota en Alemania.
2. «Chacun s'en est accommodé selon sa bienséance (...) on les a partégés (...) pour dépouiller les communes, on s'est servi de dettes simulées» (Edicto de 1667 de Luis XIV, citado por varios autores. Ocho años antes de esa fecha las comunas habían sido puestas bajo administración del Estado).
3. «En la propiedad de un gran terrateniente, aunque sus ingresos resulten ser millonarios con toda seguridad hallaremos que la tierra está sin cultivar» (Arthur Young). «Una cuarta parte de la tierra fue sacada de la agricultura»; «durante los últimos cien años la tierra ha regresado a un estado salvaje»; «la Sologne ayer floreciente es hoy una gran ciénega»; y así (Théron de Montaugé, citado por Taine en *Origines de la France Contemporaine*, tomo I, p. 441).
4. En la Francia del este la ley no hizo más que confirmar lo que los campesinos ya habían hecho por su cuenta; en otras regiones del país por lo general quedó en letra muerta.
5. Luego del triunfo de la reacción de la clase media las tierras comunales fueron declaradas (el 24 de agosto de 1794) del dominio del Estado y, junto con las tierras confiscadas a la nobleza, fueron puestas en venta para al final ser hurtadas por las *bandes noires* de la pequeña *bourgeoisie*. Es cierto que al año siguiente se le puso freno a ese hurto (ley del 2 Prairial, An v) y se derogó la ley anterior; pero para entonces ya las comunidades de las aldeas habían sido sencillamente anuladas y en su lugar se introdujeron los consejos cantonales. Tan sólo siete años más tarde (9 Prairial, An xii), es decir en 1801, se reintrodujeron las comunidades de la aldea, pero no sin antes verse despojadas de todos sus derechos, ¡con el alcalde y los síndicos nombrados por el gobierno en las 36.000 comunas de Francia! Ese sistema se mantuvo todavía hasta después de la revolución de 1830, cuando se reintrodujeron los consejos comunales bajo la ley de 1787. En lo que respecta a las tierras comunales, el Estado las volvió a expropiar en 1813 y sólo se las retornó parcialmente a las comunas en 1816.
6. Ese procedimiento resulta tan absurdo que uno no lo creería posible de no haber enumerado los cincuenta y dos documentos diferentes un escritor absolutamente autorizado del *Journal des Economistes* (abril de 1893, p. 94), y existen varios ejemplos similares que ese autor no menciona.

7. Ochenkowski, *Englands wirtschaftliche Entwicklung im Ausgange des Mittelalters* (Jena, 1879), pp. 35 seq, donde toda la cuestión es analizada con pleno conocimiento de los textos.
8. Seebohm, *The English Village Community*, 3ª ed., 1884, pp. 13-15.
9. «Un examen minucioso de un Acta de Cercamiento deja en claro el punto de que el objeto de tales actas era suprimir el sistema antes descrito [la propiedad comunal]» (Seebohm, l.c. p. 13). Y, más adelante, «Por lo general estaban redactadas de la misma forma, comenzando con el discurso de que los campos abiertos y comunes estaban dispersos en pequeños trozos, entremezclados unos con otros e inconvenientemente situados; que diversas personas poseían parte de ellos y tenían derechos en común sobre ellos (...), y que lo deseable es que puedan estar divididas y cercadas, cediéndosele una parte específica y bien delimitada a cada propietario» (p. 14). El listado de Porter contiene 3867 de dichas actas, de las cuales las mayores cantidades corresponden a las décadas de 1770-1780 y 1800-1820, como en Francia.
10. En Suiza vemos una cantidad de comunas arruinadas por las guerras que vendieron parte de sus tierras y ahora se esfuerzan en volverlas a adquirir.
11. «En casi todas partes del país, y en particular en los condados centrales y orientales, pero también en el Oeste —en Wiltshire, por ejemplo— en el Sur, como en Surrey, en el Norte, como en Yorkshire, existen extensos campos comunales y abiertos. De las 316 parroquias de Northampton 89 están en esa condición; más de 100 en Oxfordshire; cerca de 50.000 acres en Warwickshire; en la mitad de Berkshyre; en más de la mitad de Wiltshire; en Huntingdonshire, de un área total de 240.000 acres 130.000 eran prados, *commons* y campos comunales» (Marshall, citado en sir Henry Maine, *Village Communities in the East and West*, ed. de Nueva York, 1876, pp. 88, 89).
12. En una considerable cantidad de libros que se ocupan de la vida campesina inglesa que he consultado se encuentran encantadoras descripciones del escenario rural, y cosas por el estilo, pero casi nada en torno a la vida diaria y las costumbres de los trabajadores del campo.
13. En Suiza también los campesinos en tierra abierta cayeron bajo el dominio de los señores, y éstos se apropiaron de gran parte de sus propiedades en los siglos XVI y XVII. Pero la guerra campesina en Suiza no terminó en derrota aplastante para los campesinos como lo hizo en otras partes, y ellos pudieron conservar buena parte de los derechos y tierras comunales. El gobierno autónomo de las comunas constituye, de hecho, el fundamento mismo de las libertades suizas.
14. Los regalos de boda, que en Inglaterra contribuyen sustancialmente al confort de los hogares recién formados, constituyen evidentemente una reminiscencia de los hábitos comunales.

15. Las comunas poseen 4.554.100 acres de bosques del total de 24.813 que hay en el territorio, y 6.936 de los 11.394.000 acres de prados naturales en toda Francia. los 2.000.000 de acres restantes son campos, huertos, etc.
16. En el Cáucaso los georgianos lo hacen incluso mejor. Dados los costos, un pobre no podía darse el lujo de ofrecer una comida, así que los mismos vecinos que acuden a ayudarlo en el trabajo compran una oveja.
17. Alfred Braudillart, en H. Braudillart, *Les Populations Rurales de la France*, 3ª serie (París, 1893). p. 479.
18. El *Journal des Économistes* (agosto de 1879, mayo y agosto de 1893) ha dado recientemente algunos de los resultados de análisis realizados en los laboratorios agrícolas en Ghent y París. La falsificación ha llegado a extremos simplemente increíbles; también las triquiñuelas de los «honestos comerciantes». En algunas semillas de pasto hay hasta un 32% de granos de arena, coloreados como para engañar hasta al ojo más experto. Otras muestras contenían tan sólo entre un 52 y un 22% de semilla pura; el resto eran de malas hierbas. Semillas de arveja contenían un 11% de una hierba venenosa (*nelle*); una harina para el engorde del ganado contenía un 36% de sulfatos; y así *ad infinitum*.
19. A. Baudrillart, l.c. p. 309. Originalmente un solo viñatero se encargaba del aprovisionamiento de agua, y otros varios se pondrían de acuerdo con él para usarla. «Lo que caracteriza en especial a esas asociaciones, señala Baudrillart, es que no se cierra ningún tipo de acuerdo por escrito. Todo arreglo es de palabra. Y sin embargo, entre las partes no ha surgido jamás ni un solo caso de dificultades».
20. A. Baudrillart, l.c. pp. 300, 341, etc. El señor Terssac, presidente del sindicato de St. Gironnais (Ariège) le escribió sucintamente a mi amigo lo siguiente: «Para la exposición de Toulous nuestra asociación agrupó a los dueños de las reses que nos pareció que merecían ser exhibidas. La sociedad se encargó de pagar la mitad de los gastos de viaje y exhibición; cada dueño pagó la cuarta parte, y el cuarto restante los exhibidores que ganaron premios. El resultado fue que participaron en la exposición muchos que de no ser así no lo hubiesen hecho. Los que obtuvieron los mejores premios (350 francos) contribuyeron con un 10% de éstos, en tanto que quienes no ganaron nada sólo tuvieron que gastar de 6 a 7 francos cada uno».
21. En Württemberg 1629 de las 1910 comunas tienen propiedad comunal. En 1863 poseían más de 1.000.000 de acres de tierra. En Baden de las 1582 comunas 1256 tienen tierras comunales; en 1884-1888 poseían 121.500 acres de campos en cultivo comunal y 675.000 acres de bosques, es decir, el 46% del área total cubierta de árboles. En Sajonia el 39% del área total está bajo propiedad comunal

- (Schmoller, *Jahrbuch*, 1886, p. 359). En Hohenzollern casi 2/3 de la extensión total de los pastizales, y en Hohernzollern-Hechingen el 41% de toda la propiedad de tierras, está en manos de las comunidades de las aldeas (Buchenberger, *Agrarwesen*, vol. I, p. 300).
22. Buchenberger, l.c. Bd. II. p. 510. La Unión General de Cooperación Agrícola comprende una integración de 1679 sociedades. Recientemente en Silesia 32.000 acres de tierras inundadas integradas fueron drenadas por 73 asociaciones; en Prusia 454.800 acres por 516 asociaciones; en Bavaria existen 1715 uniones para drenaje y regadío.
 23. Ver Apéndice XII.
 24. La redención había de ser pagada en anualidades durante 49 años. A medida que pasaban los años y se había cancelado la mayor parte de ella se hacía cada vez más fácil redimir el monto restante progresivamente menor, y como cada parcela podía ser redimida individualmente los comerciantes se aprovecharon de esa disposición y le compraban la tierra por la mitad de su valor a los campesinos arruinados. Más tarde se aprobó una ley que le puso freno a tales ventas.
 25. En algunos casos procedieron con gran cautela. En una aldea empezaron juntando todos los pastizales pero sólo una pequeña parte de los campos (unos cinco acres por cabeza) fue convertida en tierra comunal. El resto continuó siendo de propiedad individual. Más tarde, en 1862-1864, se amplió el sistema, pero no fue sino en 1884 que se introdujo del todo la posesión comunal.
 26. Se sabe de la existencia de tales cultivos comunales en 159 de las 195 aldeas del distrito de Ostrogozhsk; en 150 de las 187 del de Slavyanoserbsk; en 107 comunidades de aldea en Alexandrovsk, 93 en Nikolayevsk, 35 en Elisabethgrad. En una colonia alemana el cultivo comunal se hace para pagar una deuda comunal. Todos participan en el trabajo, aunque la deuda la contrajeron 94 de los 155 jefes de familia.
 27. En el distrito de Moscú el experimento se hacía por lo general en el campo reservado para el cultivo comunal ya mencionado.
 28. En el sur de Rusia comienzan a aparecer asociaciones de campesinos «de a pie». Otro hecho extremadamente interesante es el repentino desarrollo en la Siberia suroccidental de numerosísimas cooperativas para la elaboración de mantequilla. Hay cientos de ellas diseminadas en Tobolsk y Tomsk, sin que nadie esté enterado de dónde provino la iniciativa del movimiento. Pues vino de los cooperativistas daneses, que solían exportar su propia mantequilla de calidad superior y comprar una de calidad inferior para su propio consumo en Siberia. Después de unos años de interrelación introdujeron mantequerías allí. De sus esfuerzos ha nacido ahora un gran comercio de exportación.

CAPÍTULO VIII

AYUDA MUTUA ENTRE NOSOTROS

(CONTINUACIÓN)

Sindicatos nacidos después de la destrucción de los gremios por el Estado. Sus luchas. Ayuda mutua en las huelgas. Cooperación. Asociaciones libres con varios propósitos. Autosacrificio. Innumerables sociedades para la acción combinada bajo todos los aspectos posibles. Ayuda mutua en la vida de los barrios pobres. Ayuda personal.

Cuando examinamos la vida cotidiana de las poblaciones rurales de Europa, hallamos que, independientemente de todo cuanto se ha hecho en los Estados modernos para destruir la comunidad de aldea, la vida de los campesinos sigue estando impregnada de hábitos y usos de ayuda y apoyo mutuos; que todavía se conservan importantes vestigios de la posesión comunal de los suelos; y que en cuanto se eliminaron recientemente los obstáculos legales para la asociación rural se esparció rápidamente entre los campesinos una red de uniones libres para toda clase de propósitos económicos, y la tendencia de ese joven movimiento es a la reconstitución de algún tipo de unión similar a la comunidad de aldea de antaño. Habiéndose llegado a esas conclusiones en el capítulo precedente, nos toca ahora considerar cuáles instituciones para el apoyo mutuo podemos encontrar en el presente entre las poblaciones industriales.

Durante los últimos trescientos años las condiciones para el crecimiento de esas instituciones han sido tan desfavorables en las ciudades como lo son en las aldeas. Es bien sabido, en verdad, que cuando las ciudades medievales

fueron sometidas en el siglo xvi por los Estados militares en desarrollo, todas las instituciones que mantenían unidos en gremios a los artesanos, los patronos y los comerciantes en los gremios y las ciudades fueron destruidas. El gobierno autónomo y la jurisdicción propia del gremio y de la ciudad fueron abolidos; el juramento de lealtad entre los hermanos agremiados se convirtió en un acto criminal contra el Estado; las propiedades de los gremios fueron confiscadas de la misma manera como se confiscaron las tierras de las comunidades de aldea; y la organización interna y técnica de cada ramo quedó en manos del Estado. Se aprobaron leyes cada vez más severas para impedir que los artesanos se asociaran de alguna manera. Durante un tiempo se toleraron algunas sombras de los antiguos gremios: a los de los comerciantes se les permitió existir bajo la condición de pagarles generosos tributos a los reyes, y ciertos gremios de artesanos continuaron existiendo como órganos administrativos. Algunos de ellos siguen arrastrando su existencia sin significado. Pero lo que antiguamente constituía la fuerza vital de la vida y la industria medieval, desapareció hace mucho tiempo bajo el peso aplastante del Estado centralizado.

En Gran Bretaña, que se podría tomar como el mejor ejemplo de la política industrial de los Estados modernos, vemos cómo el Parlamento da inicio a la destrucción de los gremios ya en el siglo xv, pero es en el siglo siguiente cuando se toman las medidas decisivas. Enrique VIII no sólo arruinó la organización de los gremios sino además confiscó sus propiedades, con menos excusas y mayor desconsideración, como escribió Toulmin Smith, que los que empleó para la confiscación de las propiedades de los monasterios. Eduardo VI completó su obra¹, y ya en la segunda mitad del siglo xvi encontramos al Parlamento zanjando

todas las disputas entre los artesanos y los comerciantes que con anterioridad se resolvían en cada ciudad por separado. El Parlamento y el rey no solamente legislaban en todas esas desavenencias, sino que teniendo en cuenta los intereses de la corona en las exportaciones, pronto comenzaron a determinar la cantidad de aprendices en cada oficio y a reglamentar minuciosamente las propias técnicas de cada fabricación: los pesos de los materiales, el número de hilos en cada yarda de tela, y cosas por el estilo. Con poco éxito, hay que decirlo. Porque desavenencias y dificultades técnicas que durante siglos ininterrumpidos fueron resueltas mediante acuerdos entre los gremios y las ciudades confederadas estrechamente interdependientes, quedaban ahora bajo el poder del Estado centralizado. La continua interferencia de sus funcionarios paralizaba la actividad comercial, y en gran medida la hizo entrar en decadencia; y cuando los economistas del siglo XVIII se rebelaron en contra de la regulación de las industrias por parte del Estado no hicieron más que sacar a la luz un descontento profundamente sentido. La abolición de esa interferencia por la Revolución Francesa fue saludada como un acto de liberación y el ejemplo de Francia muy pronto fue seguido en muchas partes.

Al Estado no le fue mejor con la regulación de los salarios. En el siglo XV, cuando la distinción entre patronos y aprendices o jornaleros se fue haciendo cada vez más evidente en las ciudades medievales, las uniones de aprendices (*Gesellenverbände*), que ocasionalmente asumían un carácter internacional, se oponían a las uniones de patronos y comerciantes. Ahora era el Estado el que se encargaba de arreglar sus desavenencias, y bajo el estatuto isabelino de 1563 los jueces de paz eran quienes fijaban los salarios, a fin de garantizarles una subsistencia

«conveniente» a los jornaleros y aprendices. Los jueces, sin embargo, demostraron ser incapaces de conciliar los intereses en conflicto, y más todavía de obligar a los patronos a obedecer sus decisiones. La ley se fue convirtiendo gradualmente en letra muerta y a finales del siglo XVIII fue derogada. Pero mientras abandonaba así la función de regulador de los salarios, el Estado continuaba prohibiendo severamente todas las asociaciones que pudiesen conformar los jornaleros y trabajadores a fin de elevar sus salarios o de mantenerlos en determinado nivel. Durante todo el siglo XVIII legisló en contra de las uniones de los trabajadores, y en 1799 prohibió finalmente toda clase de asociaciones, bajo la amenaza de severos castigos. De hecho el parlamento inglés no hizo en este caso más que seguir el ejemplo de la Convención Revolucionaria francesa, que había implementado una ley draconiana en contra de las uniones de trabajadores: las asociaciones de ciudadanos fueron consideradas como atentados en contra de la soberanía del Estado, que se suponía era el encargado de proteger por igual a todos sus súbditos. Se completó así la tarea de destruir las uniones medievales. Tanto en la ciudad como en la aldea el Estado reinaba sobre conglomerados de individuos poco cohesionados, y estaba dispuesto a evitar mediante las medidas más rigurosas la reconstitución de cualquier tipo de uniones por separado entre ellos. Entonces, eran esas las condiciones bajo las cuales la tendencia a la ayuda mutua tuvo que abrirse camino en el siglo XIX.

¿Será necesario acaso decir que esas medidas no pudieron destruir la tendencia? A todo lo largo del siglo XVIII las uniones de trabajadores se reconstituían continuamente. Ni tampoco las detuvieron las crueles perse-

cuciones que se desataron bajo las leyes de 1797 y 1799. Se aprovechó cada omisión de la supervisión, cada demora de los patronos en la denuncia de las uniones. Bajo el encubrimiento de las sociedades de amigos, los clubes de entierros o las hermandades secretas, las uniones se difundieron en las industrias textiles, entre los fabricantes de cuchillos de Sheffield y entre los mineros, y se formaron vigorosas organizaciones federales en apoyo a las locales durante las huelgas y persecuciones².

La derogación de las Leyes sobre Asociaciones (*Combination Laws*) en 1825 le dio un nuevo impulso al movimiento. Se formaron uniones y federaciones nacionales en todos los oficios³; y cuando Robert Owen inició su Gran Unión Nacional de los Oficios Consolidada logró congrega a medio millón de miembros en pocos meses. Pero ese período de libertad relativa no duró mucho. En la década de los 30 se reinició la persecución, y sobrevinieron las famosas feroces condenas de 1832-1844. La Gran Unión Nacional fue disuelta, y en todo el país, tanto los empleadores privados como el gobierno en sus propios lugares de trabajo, empezaron a obligar a los trabajadores a renunciar a cualquier conexión con las uniones y a firmar «el Documento» respectivo. Los unionistas fueron perseguidos en masa bajo la Ley de Patronos y Servidores (*Master and Servant Act*) y se comenzó a arrestar y condenar sumariamente a los trabajadores sobre la base de una simple denuncia por mal comportamiento formulada por el patrón. Las huelgas fueron reprimidas de manera autocrática, y se produjeron las condenas más insólitas por simplemente haber anunciado una o actuado como delegado en ella; por no hablar de la represión militar de los desórdenes callejeros ni de las condenas que siguieron a los frecuentes estallidos de

actos de violencia. Practicar el apoyo mutuo bajo tales circunstancias no era tarea nada fácil. Y no obstante, a pesar de todos los obstáculos, de los cuales nuestra propia generación difícilmente pueda darse una idea, en 1841 revivieron de nuevo las uniones y a partir de entonces la asociación de los trabajadores se ha mantenido con persistencia. Luego de una dura lucha, que se prolongó por más de cien años, se conquistó el derecho a la asociación y en el presente casi la cuarta parte de los trabajadores con empleo regular, es decir, alrededor del millón y medio, pertenece a algún sindicato⁴.

En cuanto a los demás Estados europeos, baste decir que hasta fecha muy reciente se perseguía como conjuras a toda clase de asociaciones, y no obstante éstas existen en todas partes aunque a menudo tengan que asumir la forma de sociedades secretas; mientras que la extensión y la fuerza de las organizaciones laborales, y en especial la de los Caballeros del Trabajo en los Estados Unidos y Bélgica, ha quedado suficientemente expuesta gracias a las huelgas de los años 90 hay que tener en mente, sin embargo, que persecuciones aparte el simple hecho de pertenecer a un sindicato implica considerables sacrificios de dinero, tiempo y trabajo sin remuneración, y el riesgo constante de perder el empleo por el mero hecho de ser sindicalista⁵. Está, además, la huelga que el sindicalista tiene que encarar continuamente; y la cruda realidad de una huelga es que una vez agotado el limitado crédito que el panadero y el prestamista le conceden a la familia del trabajador la paga proveniente del fondo huelgario ni siquiera alcanza para la comida y pronto aparece el hambre inscrito en el rostro de sus niños. Es fácil imaginar lo que significaba una huelga en Inglaterra hace cuarenta años, y lo sigue significando en casi la totali-

dad en las regiones menos prósperas del continente. Continuamente, incluso hoy día, las huelgas terminan con la ruina total y la emigración forzosa de poblaciones enteras, mientras que el ametrallamiento de huelguistas a la menor provocación, e incluso sin provocación alguna⁶, todavía es totalmente habitual en el continente.

Y no obstante todos los años se producen miles de huelgas y despidos masivos en Europa y en América, y los enfrentamientos más enconados y prolongados son, por lo general, las llamadas «huelgas en solidaridad» a las que se entra en apoyo a camaradas afectados por los despidos masivos o para conservar los derechos de los sindicatos. Y mientras una parte de la prensa es propensa a calificar como «intimidatorias» a las huelgas, quienes han convivido con huelguistas hablan con admiración de la ayuda y el apoyo mutuos que practican constantemente. Todos hemos escuchado acerca de la cantidad colosal de esfuerzo hecho por los trabajadores voluntarios para organizar el auxilio durante la huelga de los trabajadores portuarios en Londres; de los mineros que, después de haber estado en paro durante muchas semanas, abrieron una contribución de cuatro chelines semanales para el fondo de conflicto en cuanto se reincorporaron al trabajo; de la viuda del minero que durante la contienda laboral Yorkshire en 1894 le entregó al fondo de conflicto los ahorros de toda su vida del marido difunto; de la última hogaza de pan que siempre se comparte con los vecinos; de los mineros de Radstock, que poseían grandes sembrados de hortalizas e invitaron a cuatrocientos mineros huelguistas de Bristol a compartir su repollo y sus papas, y tantos otros casos. Durante la gran huelga de los mineros de Yorkshire en 1894, los corresponsales de prensa

conocieron montones de actos como esos, pero no todos pudieron reportar esos asuntos «sin importancia» a sus respectivos periódicos⁷.

El sindicalismo no constituye, sin embargo, la única forma en que halla su expresión la necesidad de apoyo mutuo de los trabajadores. Existen además las asociaciones políticas, actividad que muchos trabajadores consideran más favorecedora del bienestar que los sindicatos, limitados como están éstos en sus propósitos actualmente. Por supuesto que el mero hecho de pertenecer a un organismo político no puede ser tomado como manifestación de la tendencia a la ayuda mutua. Todos sabemos que la política es el terreno en el que los elementos puramente egoístas de la sociedad entran en las combinaciones más enmarañadas con las aspiraciones más altruistas. Pero todo político experimentado sabe que todos los grandes movimientos políticos han sido luchas por asuntos de gran trascendencia y a menudo distantes, y los más fuertes de ellos fueron los que provocaron el entusiasmo más desinteresado. Todos los grandes movimientos históricos tuvieron tal carácter, y para nuestra propia generación es el socialismo el que está en ese caso. «Agitadores pagados» resulta ser, no cabe duda, la conseja favorita de los que nada saben acerca de él. Sin embargo, la verdad es que —para hablar tan sólo de lo que conozco personalmente— si yo hubiese llevado un diario de mis últimos veinticuatro años y escrito en él toda la entrega y el autosacrificio con que me he tropezado en el movimiento socialista, el lector de ese diario tendría constantemente en sus labios la palabra «heroísmo». Pero los hombres de los que hablo no eran héroes; eran seres normales inspirados por una gran idea. Todo periódico socialista —y existen cientos de ellos nada más

en Europa— narra la misma historia de años de sacrificios sin ninguna esperanza de recompensa y, en la inmensa mayoría de los casos, incluso sin ninguna ambición personal. He visto familias viviendo sin saber qué comerían al día siguiente, con el esposo boicoteado en todas las posibilidades de trabajo en su pueblito por culpa del papel desempeñado en el periódico, y la esposa manteniendo a la familia con su costura, y aguantar durante años en esa situación, hasta que finalmente la familia se retira, sin una sola palabra de reproche, simplemente diciendo: «¡Continúen ustedes; nosotros no podemos más!». He visto hombres muriéndose de consunción, y sabiéndolo, que a pesar de ello hacen caso omiso de la nieve o de la niebla y organizan mítines, y hablan en ellos pocas semanas antes de que se les presente la muerte, y sólo entonces se retiran al hospital con las palabras «Amigos, ya no doy más. Los doctores dicen que sólo me quedan unas semanas de vida. Díganles a los camaradas que me sentiré contento si van a visitarme». He visto hechos que habría que describir como «idealizaciones» si los contase aquí. Y los nombres mismos de esos hombres, difícilmente conocidos fuera de un estrecho círculo de amigos, serán olvidados pronto, cuando los amigos también nos hayan dejado. De hecho ni yo mismo sé qué admirar más, si la entrega sin límites de esos pocos, o la suma total de pequeños actos de entrega de la gran mayoría. Cada resma de periódico de una sola hoja vendida, cada mitin, cada centenar de votos alcanzado en una elección socialista, representan una cantidad de energía y sacrificios de la que no puede hacerse la mínima idea el que ve desde afuera. Y lo que hoy hacen los socialistas lo habían venido haciendo en el pasado todos los partidos populares y de avanzada,

políticos y religiosos. Todo el progreso alcanzado en el pasado fue promovido por hombres parecidos y con una devoción parecida.

La cooperación, especialmente en Inglaterra, ha sido descrita a menudo como «individualismo corporativo»; y tal y como es hoy día indudablemente tiende a generar un egoísmo cooperativo, no sólo para con la comunidad en su conjunto sino entre los propios cooperadores. Sin embargo es cierto que en su origen el movimiento tenía un carácter esencialmente de ayuda mutua. Incluso hoy sus promotores más entusiastas están convencidos de que la cooperación conduce a la humanidad a una etapa más elevadamente armónica de las relaciones económicas, y no es posible permanecer en alguna de las plazas fuertes de la cooperación en el Norte sin notar que la gran mayoría de los cooperativistas del común son de la misma opinión. Muchos de ellos perderían todo interés en el movimiento si esa fe desapareciese, y cabe señalar que en los años recientes los más amplios ideales del bienestar general y la solidaridad de los productores han empezado a resultar habituales entre los cooperativistas. En la actualidad existe una indudable tendencia al establecimiento de mejores relaciones entre los propietarios de los talleres de trabajo cooperativos y sus trabajadores.

La importancia de la cooperación en Inglaterra, en Holanda y en Dinamarca es bien conocida; en tanto que en Alemania, y especialmente en el Rin las sociedades cooperativistas ya constituyen un factor importante de la vida industrial⁸. Sin embargo, quizá sea Rusia la que ofrezca el mejor campo para el estudio de la cooperación bajo una infinita variedad de aspectos. En ese país constituye un desarrollo natural, herencia de la edad media; y

si bien una sociedad cooperativa establecida formalmente hubiese tenido que afrontar muchas dificultades legales y la suspicacia oficial, la cooperación informal —el *artél*— conforma la esencia misma de la vida campesina rusa. La historia de «la construcción de Rusia» y la colonización de la Siberia es una historia de los *artéls* o gremios de cacería y comercio seguidos por las comunidades de aldea, y en el presente hallamos el *artél* por todas partes; entre cada grupo de diez a quince campesinos que llegan del mismo pueblo a trabajar en una fábrica, en todos los oficios de la construcción, entre pescadores y cazadores, entre convictos radicados en o rumbo a Siberia, entre mozos de cuerda de los ferrocarriles, entre mensajeros de la Bolsa, entre trabajadores de aduana, en cualquier área de las industrias de la aldea, que les dan ocupación a siete millones de personas: de la cima a la base del mundo trabajador, con carácter permanente o temporal, para producción y para consumo bajo todos los aspectos posibles. Incluso hoy muchas de las áreas pesqueras en los tributarios del mar Caspio están bajo control de inmensos *artéls*, y la totalidad del curso del Ural les pertenece a los cosacos, que distribuyen y redistribuyen las áreas de pesca —quizá las más ricas del mundo— entre las aldeas, sin ninguna interferencia de las autoridades centrales. En el Ural, el Volga y todos los lagos del norte de Rusia la pesca la realizan siempre los *artéls*. Aparte de esas organizaciones permanentes, están los *artéls* temporales simplemente incontables, constituidos para cada propósito especial. Cuando diez o veinte campesinos llegan a una ciudad grande provenientes de alguna localidad para trabajar como tejedores, carpinteros, albañiles, constructores de embarcaciones, y demás, constituyen siempre

un *artél*. Alquilan habitaciones, contratan un cocinero (muy a menudo la esposa de uno de ellos se ocupa de la cocina), eligen a un representante, y comen en comunidad; cada uno le paga al *artél* la parte que le corresponde por concepto de comida y alojamiento. Una partida de convictos rumbo a Siberia hace siempre lo mismo, y el representante electo es el intermediario reconocido oficialmente entre los convictos y el jefe militar de la custodia. En las cárceles de trabajos forzados se da la misma organización. Los mozos de cuerda de los ferrocarriles, los mensajeros de la Bolsa, los trabajadores de la aduana, los mensajeros de las ciudades en las capitales, que son responsables colectivamente por cada miembro, disfrutan de tal reputación que los comerciantes les conceden créditos de pequeño o gran monto a cualquiera de ellos en particular. En los oficios de la construcción se forman *artéls* de 10 a 200 miembros, y los contratistas de la construcción y los ferrocarriles prefieren siempre acordar con un *artél* que con trabajadores contratados por separado. La reciente tentativa del Ministerio de la Guerra de tratar directamente con los *artéls* de producción, formados *ad hoc* en los oficios locales, y encargarles partidas de botas y toda clase de artículos de bronce y hierro, han sido descritos como altamente satisfactorios; y la entrega en arriendo, hará cosa de siete u ocho años, de una fundición de hierro propiedad de la corona (*Votkinsk*) a un *artél* de obreros, ha sido un éxito rotundo.

Podemos así ver en Rusia cómo la antigua institución medieval, que no ha sido interferida por el Estado (en sus manifestaciones informales) ha sobrevivido plenamente hasta nuestros días, y asume la mayor variedad de formas de acuerdo con los requerimientos de la industria y el

comercio modernos. En lo que respecta a la península de los Balcanes, el Imperio Turco y el Cáucaso, allí los antiguos gremios se mantienen a cabalidad. Los *snafs* de Serbia han preservado de un todo sus características del medioevo; incluyen tanto patronos como jornaleros, regulan los tratos comerciales y son instituciones para el apoyo mutuo en el trabajo y en la enfermedad; mientras que los *amkari* del Cáucaso, y especialmente en Tiflis les agregan a esas funciones una influencia considerable en la vida municipal.

En conexión con la cooperación, debería quizá mencionar también las sociedades de amigos, las logias de la orden de los *Odd Fellows*, los clubes de aldea y de ciudad organizados para sufragar los gastos médicos, para la vestimenta y para los entierros, incluso lo más pequeños tan comunes entre las muchachas de las fábricas en los que ellas contribuyen con un penique por semana hasta completar una libra, que retiran y al menos constituye una suma que permite alguna compra sustancial, y así muchos otros ejemplos. En todas esas sociedades y clubes está viva una cantidad no despreciable de espíritu sociable o jovial, aunque se vigile celosamente el «crédito y deuda» de cada miembro. Pero también existen muchas asociaciones basadas en la disposición a sacrificar tiempo, salud y la vida si es necesario, que pueden proporcionarnos cantidades de ejemplos de las mejores formas del apoyo mutuo.

Debemos mencionar en primer término a la Asociación de Salvamento Marino Inglesa, e instituciones similares en el continente. Aquella dispone en la actualidad de más de trescientas embarcaciones a todo lo largo de las costas de las islas británicas, y tendría el doble si no fuese por la carencia de recursos de los pescadores, que no pueden

costearse la adquisición de botes salvavidas. Así que las tripulaciones las integran voluntarios, cuya disposición para sacrificar sus vidas en el rescate de personas a las que ni siquiera conocen es sometida a severa prueba todos los años. Cada invierno la pérdida de varios de los más valientes de ellos establece un nuevo récord. Y si les preguntamos a esos hombres qué es lo que los mueve a arriesgar sus vidas, aun cuando no exista ninguna posibilidad razonable de éxito, su respuesta será siempre algo como lo que se verá a continuación. Una terrible tormenta de nieve que barría el canal de La Mancha desataba su furia sobre la costa llana y arenosa de una diminuta aldea de Kent, y un pequeño queche cargado de naranjas encalló en los escollos en las cercanías. En esas aguas poco profundas sólo puede operar un bote salvavidas de fondo plano y del tipo más sencillo, y echarlo al agua durante una tormenta como ésa era encarar un desastre casi inevitable. Y sin embargo los hombres salieron al mar, lucharon durante horas contra el viento y el bote se volcó por dos veces. Un hombre se ahogó y los demás fueron arrojados a tierra. A uno de ellos, hombre educado perteneciente al personal del resguardo marítimo, lo encontraron a la mañana siguiente muy lastimado y medio congelado sobre la nieve. Le pregunté por qué se habían decidido por esa salida tan desesperada. Su respuesta fue:

Yo mismo ni lo sé. Ahí estaba ese naufragio; toda la gente de la aldea estaba en la playa y todos decían que sería una locura salir al mar, que nunca podríamos con el oleaje. Pero nosotros veíamos a cinco o seis hombres colgados del mástil, que nos hacían señas desesperadas. Todos sentíamos que algo debíamos hacer, ¿pero qué podíamos hacer?

Pasó una hora, pasaron dos, y ahí estábamos todos parados. Nos sentíamos muy mal. Entonces, de repente nos pareció que hasta escuchábamos sus gritos a través de la tormenta: había un niño con ellos. No pudimos soportarlo por más tiempo. Dijimos todos a la vez: «¡Tenemos que ir!». Las mujeres estuvieron de acuerdo; nos hubieran tratado de cobardes si no hubiésemos ido, aunque al día siguiente dirían que habíamos sido unos locos al hacerlo. Como un solo hombre arrancamos a correr hacia el bote y nos echamos al mar. El bote se volcó, pero logramos volver a enderezarlo. Lo peor fue ver a ese pobre desdichado ahogándose cerca del bote y no poder hacer nada por salvarlo. Entonces llegó una ola terrible, el bote volvió a volcar y el mar nos echó a tierra. A los náufragos por fin los rescató el bote de D. y al nuestro lo recuperaron unas millas más allá. A mí me encontraron a la mañana siguiente tirado en la nieve.

El mismo sentimiento movió también a los mineros del Rhonda Valley cuando se esforzaban por rescatar a sus camaradas de la mina inundada. Habían perforado a través de 30 metros de carbón para llegar donde estaban sepultados sus camaradas, pero cuando apenas les faltaba por perforar poco menos de tres metros los envolvió el gas grisú. Los rescatadores apagaron las lámparas y se retiraron. Trabajar en esas condiciones significaba correr el riesgo de volar en cualquier momento. Pero los golpeteos de los mineros sepultados se seguían oyendo, lo que significaba que los hombres continuaban con vida y pedían auxilio, así que varios mineros se ofrecieron como voluntarios para trabajar a todo riesgo y bajaron a la mina seguidos por la mirada húmeda de lágrimas silenciosas de sus mujeres, que no dijeron una sola palabra para detenerlos.

Es ésa la verdadera esencia de la psicología humana. A menos que los hombres estén enloquecidos en el campo de batalla, «no pueden soportar» oír gritos clamando por auxilio y no responder a ellos. El héroe acude, y lo que hace el héroe *todos* sentimos que debimos hacerlo nosotros también. Las argumentaciones del entendimiento no pueden resistir el sentimiento de la ayuda mutua, porque ese sentimiento se ha venido nutriendo de miles de años de vida social humana y de cientos de miles de años de vida prehumana en sociedades.

«¿Pero, y qué de los hombres que se ahogaron en el Serpentine en presencia de una multitud, sin que nadie diera un paso para rescatarlos?», se me podría preguntar. «¿Y qué del niño que cayó en el canal del Regent's Park —también en presencia de una multitud en asueto— y sólo lo salvó la presencia de ánimo de una sirvienta que mandó a rescatarlo a un perro de raza newfoundland?». La respuesta es bien sencilla. El hombre es el resultado tanto de sus instintos heredados como de su educación. Entre los mineros y los marinos sus ocupaciones comunes y el mutuo contacto cotidiano crean un sentimiento de solidaridad, mientras los peligros circundantes sostienen la valentía y el coraje. En las ciudades, por el contrario, la ausencia de un interés común alimenta la indiferencia, en tanto que la valentía y el coraje, a los que rara vez se les presenta la oportunidad, desaparecen o toman otra dirección. Además, la tradición del héroe de la mina y el mar vive en las aldeas de los mineros y los pescadores, adornada de un halo poético. Pero, ¿cuáles son las tradiciones de una abigarrada multitud londinense? La única tradición que pueden tener en común sería una creada por la literatura, pero difícilmente exista una literatura que sea

equivalente a la épica aldeana. Los clérigos están tan ansiosos de demostrar que lo único que nace de la naturaleza humana es el pecado y lo único bueno en el hombre tiene un origen sobrenatural, que ignoran todo acto que no se pueda presentar como ejemplo de una inspiración o gracia superior, venida desde arriba. Y en lo que atañe a los autores laicos, su atención está enfocada principalmente en determinado tipo de heroísmo, el heroísmo que promociona la idea del Estado. Por consiguiente admiran al héroe romano, o al soldado en la batalla, mientras pasan por alto el heroísmo del pescador, apenas le prestan atención. El poeta y el pintor se dejan atrapar, por supuesto, por la belleza del corazón humano en sí misma; pero rara vez conocen la vida de las clases desposeídas, y si bien cantan o pintan al héroe romano o militar en sus entornos convencionales, no pueden cantar o pintar con grandiosidad al héroe que actúa en ese entorno modesto que ellos ignoran. Si se aventuran a hacerlo, no producen más que una pieza de retórica⁹.

Las incontables sociedades, clubes y alianzas para el disfrute de la vida, el estudio y la investigación, la educación, y así sucesivamente, que se han desarrollado recientemente en tales cantidades que haría falta años para simplemente hacer el listado, constituyen otra manifestación de la misma tendencia indetenible a la asociación y el apoyo mutuo. Algunas de ellas, como las camadas de pichones de especies diferentes que se reúnen en el otoño, están dadas por entero a compartir en común el goce de vivir. Cada aldea en Inglaterra, en Suiza, en Alemania, etcétera, tiene sus clubes de cricket, fútbol, tenis, bolos, palomas mensajeras, música y canto. Otras sociedades son mucho más numerosas, y algunas de ellas, como la Alianza de los Ciclistas, han

tenido un formidable desarrollo repentino. Aunque los miembros de dicha alianza no tienen otra cosa en común que el amor por el ciclismo, ya existe entre ellos una especie de masonería para el auxilio mutuo, especialmente en los recodos y rincones más remotos en los que escasean los ciclistas; ven al C.A.C. —el Club de la Alianza de los Ciclistas— en cualquier aldea como su propio hogar; y en el Campamento de Ciclistas anual se ha establecido más de una sólida amistad. El *Kegelbrüder*, Los Hermanos de los Bolos, en Alemania, constituye una asociación similar. Así como las Sociedades de Gimnasia (300.000 miembros en Alemania), la hermandad informal de los remeros en Francia, los clubes de regatas, y muchos otros. Tales asociaciones no alteran, es cierto, la estratificación económica de la sociedad pero, especialmente en las ciudades pequeñas, contribuyen a suavizar las diferencias sociales y, por cuanto se agrupan en grandes federaciones nacionales e internacionales, ciertamente ayudan al crecimiento del intercambio personal amistoso entre toda clase de hombres diseminados en diferentes partes del globo.

Los Clubes Alpinos, el *Jagdschutzverein* en Alemania, que tiene más de 100.000 miembros —cazadores, silvicultores y zoólogos especializados y simples amantes de la naturaleza— y la Sociedad Ornitológica Internacional, que incluye zoólogos, criadores y simples campesinos en Alemania, tienen el mismo carácter. No solamente han hecho en pocos años una gran cantidad de trabajo muy útil, como sólo pueden realizarlo apropiadamente las grandes asociaciones (mapas, cabañas para refugio, caminos de montaña; estudios sobre la vida animal, los insectos dañinos, las migraciones de las aves, etcétera) sino además han creado nuevos lazos entre los hombres.

Dos alpinistas de diferentes nacionalidades que se encuentran en una cabaña de refugio en el Cáucaso, o el profesor y el campesino ornitólogos que llegan a la misma casa, dejan de ser extraños entre sí. En tanto que la Sociedad del Tío Toby en Newcastle, que ya ha enseñado a más de 260.000 muchachos y muchachas a no destruir los nidos de los pájaros y amar a todos los animales, ciertamente ha hecho más por el desarrollo de los sentimientos humanos y el gusto por las ciencias naturales que montones de moralistas y la gran mayoría de nuestras escuelas.

No podemos omitir, ni siquiera en una ojeada tan a la ligera como ésta, las miles de sociedades científicas, literarias, artísticas y educativas. Hasta el sol de hoy las corporaciones científicas, celosamente controladas y a menudo subsidiadas por el Estado, se han movido por lo general en un círculo muy estrecho, y frecuentemente se les ve como meras oportunidades para el ingreso a cargos del Estado, mientras la estrechez misma de sus círculos indudablemente alimenta los celos mezquinos. Pero dichas asociaciones contribuyen de hecho a suavizar hasta cierto grado las diferencias de cuna, de parcialidades políticas y de creencias religiosas. En las localidades más pequeñas y apartadas las sociedades científicas, geográficas o musicales, especialmente aquellas que atraen a su seno un círculo más amplio de aficionados, se convierten en pequeños centros de vida intelectual, especie de vínculo entre la pequeña localidad y el vasto mundo, y un lugar en el que hombres de muy diferentes condiciones se encuentran en posición de iguales. Para apreciar a cabalidad el valor de dichos centros habría que conocerlos, pongamos, por ejemplo, en Siberia. En lo tocante a las innumerables sociedades educativas que recién hoy comienzan a quebrantar el monopolio del Estado

y la Iglesia en la educación, con toda seguridad se convertirán en poco tiempo en el poder predominante en ese ramo. A la Asociación Froebel ya le debemos el sistema del jardín de infancia, y a varias asociaciones educativas formales e informales les debemos el elevado nivel de la educación de la mujer en Rusia, aunque esas sociedades y grupos tienen que actuar en fuerte oposición a un gobierno poderoso¹⁰. En cuanto a las varias sociedades pedagógicas en Alemania, es bien sabido que han jugado el papel más importante en la elaboración de los métodos modernos de enseñanza de la ciencia en las escuelas populares. En esas asociaciones los maestros encuentran su mejor apoyo. ¡En qué estado de miseria estaría sin su ayuda el maestro aldeano explotado y mal pagado¹¹.

Todas esas asociaciones, sociedades, hermandades, alianzas, institutos y demás, que nada más en Europa se cuentan hoy cerca de los diez mil y cada una de las cuales representa una enorme cantidad de trabajo voluntario, desinteresado y gratuito o mal pagado, ¿qué son si no otras tantas manifestaciones, bajo una infinita variedad de aspectos, de la misma eterna tendencia del hombre a la ayuda y el apoyo mutuos? Durante casi tres siglos a los hombres se les impidió juntar sus manos, incluso para propósitos literarios, artísticos y educativos. Las sociedades no podían formarse sino bajo la protección del Estado, o la Iglesia, o como hermandades secretas como la masonería. Pero ahora que la resistencia ha sido rota, afloran en todas direcciones, se expanden por todas las múltiples ramas de la actividad humana, se vuelven internacionales, e indudablemente contribuyen, en un grado que todavía no puede ser apreciado a cabalidad, a echar abajo los tabiques levantados por los Estados entre las diferentes nacionalidades. A

pesar de los celos que despierta la competencia comercial y las provocaciones al odio voceadas por los fantasmas de un pasado decadente, existe una conciencia de la solidaridad internacional que va creciendo entre los espíritus ductores del mundo y las masas de los trabajadores desde que éstos han conquistado también el derecho a los intercambios internacionales; y este espíritu ha jugado también un importante papel en la prevención de una guerra europea en este cuarto de siglo final.

Es necesario mencionar aquí a las asociaciones caritativas religiosas, que también representan todo un mundo. No cabe la menor duda de que a la gran mayoría de sus miembros los mueven los mismos sentimientos de ayuda mutua comunes a toda la humanidad. Desafortunadamente los maestros de religión de los hombres prefieren atribuirles un origen sobrenatural a esos sentimientos. Muchos de ellos pretenden que el hombre no obedece concientemente a la inspiración de la ayuda mutua por cuanto no ha sido iluminado por las enseñanzas de la religión especial que ellos representan, y, con San Agustín, la mayoría no reconoce esos sentimientos en el «salvaje pagano». Más aún, si bien el cristianismo primitivo, como todas las demás religiones, constituía un llamado a los sentimientos abiertamente humanos de la ayuda y la compasión mutuas, la iglesia cristiana ha ayudado al Estado a hacer zozobrar todas las instituciones de ayuda y apoyo mutuos anteriores a ella, o desarrolladas fuera de ella, que quedaban en pie. Y en lugar de la *ayuda mutua* que todo salvaje considera su deber para con el prójimo, ha predicado la *caridad*, que significa una inspiración que nos viene desde arriba y, en consecuencia, implica una cierta superioridad del que da respecto al que recibe. Con esa limitante, y sin ninguna

intención de ofender a quienes se consideran entre los elegidos cuando realizan actos simplemente humanos, ciertamente podemos considerar el enorme número de asociaciones caritativas religiosas como un resultado de la misma tendencia a la ayuda mutua.

Todos esos hechos demuestran que no es cierto que la única característica de la vida moderna sea una implacable procura de la satisfacción de los intereses personales, haciendo caso omiso de las necesidades de los demás. Al lado de esa corriente que pretende con tanto orgullo ser la ductora de los asuntos de los hombres, percibimos la fuerte lucha sostenida por las poblaciones rurales e industriales a fin de reintroducir instituciones de ayuda y apoyo mutuos estables. Y descubrimos, en toda clase de sociedades, un movimiento ampliamente extendido hacia el establecimiento de una variedad infinita de instituciones más o menos permanentes con el mismo propósito. Pero cuando pasamos de la vida pública a la vida privada del individuo moderno, descubrimos otro mundo extremadamente vasto de ayuda y apoyo mutuos, que pasa sin ser notado por la mayoría de los sociólogos sólo por estar limitado al estrecho círculo de la familia y la amistad personal.

Bajo el presente sistema social todos los lazos de unión entre los habitantes de una misma calle o vecindario han sido disueltos. En las zonas más ricas de las ciudades grandes las personas viven sin saber quienes son los vecinos de la casa de al lado. Pero en las barriadas atestadas de gente todo el mundo se conoce a la perfección y está en contacto personal permanente. Por supuesto, en las barriadas, como en todas partes, se producen pleitos por mezquindades; pero proliferan las agrupaciones de acuerdo con las afinidades personales, y dentro de cada círculo se practica la ayuda

mutua en un grado del cual las clases más ricas no tienen idea. Si tomamos, por ejemplo, a los niños de un vecindario pobre que juegan en una calle, o en el patio de alguna iglesia o en un solar notaremos de inmediato la estrecha unión que reina entre ellos, independientemente de las peleas ocasionales, y que esa unión los protege de toda clase de infortunios. En el instante en que un chiquillo se agache a curiosear sobre el agujero de una cloaca se escuchará el grito de otro: «¡Quítate de ahí, que te vas a enfermar!». Y en otros casos, «¡no te encarames sobre ese muro, si te caes te pisará el tren!», o «¡no te acerques tanto a esa zanja!», «¡no te comas esas fruticas rojas, son veneno, te vas a morir!». Son las primeras lecciones que reciben los muchachos cuando se juntan con sus compañeritos puertas afuera. ¡Y cuántos de esos niños cuyos campos de juegos son las aceras que circundan las «viviendas modelo para obreros», o las orillas y los puentes de los canales, morirían bajo las ruedas de las carretas o ahogados en las aguas lodosas si no fuese por esa clase de apoyo mutuo! Y cuando a pesar de las advertencias un «Pedrito rubio» se resbala y cae dentro de una zanja desprotegida en la parte de atrás del patio del lechero, o una «Juanita rubicunda» tropieza y va a dar al canal, el tropel de muchachitos arma tal gritería que todo el vecindario se alarma y sale al rescate a la carrera.

Viene luego la alianza de las madres. Una doctora que vive en un vecindario pobre, recientemente me dijo:

Usted no se podrá imaginar lo mucho que se ayudan entre ellas. Si una mujer no ha preparado nada, o no pudo hacerlo, para el bebé que espera —¡y con cuánta frecuencia

ocurre!— todas las vecinas le traerán algo al recién nacido. Mientras la madre esté en cama una de ellas se encargará de cuidar a los niños y siempre habrá alguna otra que se dejará caer de vez en cuando a hacer las tareas del hogar.

Ese hábito es general. Lo mencionan todos los que han vivido entre los pobres. De mil y una pequeñas maneras las madres se apoyan unas a otras y cuidan de los niños ajenos. Algún tipo de preparación —buena o mala, que eso lo decidan ellas mismas— ha de tener una dama de las clases pudientes que la capacite para pasar al lado de un niño hambriento que tiritaba de frío en la calle e ignorarlo. Pero las madres de las clases necesitadas no tienen esa preparación. No pueden soportar la visión de un niño con hambre; *tienen* que darle comida. Y eso hacen. «Cuando los niños que van a la escuela piden pan, muy rara vez, o más bien nunca, reciben una negativa», me escribe una amiga que ha trabajado durante años en Whitechapel en conexión con un club de obreros. Pero quizá sea mejor que transcriba algunos otros pasajes de su carta:

Entre las obreras es costumbre cuidar de los vecinos en casos de enfermedad sin ningún tipo de retribución. También, cuando una mujer tiene hijos pequeños y sale a trabajar siempre hay otra madre que se hace cargo de ellos. Si no se ayudasen unos a otros las clases trabajadoras no podrían existir. Yo conozco familias que se ayudan constantemente, con dinero, con comida, con combustible, criando los niños pequeños, en casos de enfermedad, en casos de muertes.

«Lo mío y lo tuyo» se observa con mucho menos rigidez entre los pobres que entre los ricos. Continuamente se

prestan entre ellos zapatos, vestidos, sombreros y cosas así —lo que se necesite en el momento— y también toda clase de útiles del hogar.

El invierno pasado los miembros del Club Radical Unido recolectaron algún dinero, y antes de Navidad empezaron a repartir sopa y pan de gratis entre los niños en edad escolar. Gradualmente llegaron a atender a 1800 niños. El dinero provino de gente de afuera, pero todo el trabajo lo hicieron los miembros del club. Algunos de ellos, que no estaban trabajando, llegaban a las cuatro de la mañana a lavar y pelar los vegetales; cinco mujeres se presentaban a las nueve o las diez (después de haber terminado sus propias tareas del hogar) a cocinar, y se quedaban hasta las seis o las siete para lavar los platos y los cubiertos. A la hora de la comida, entre las doce y la una y media, venían veinte o treinta obreros para ayudar a servir la sopa, y cada uno se quedaba todo el tiempo que pudiese tomar de su propio horario de almuerzo. Esto duró dos meses. Nadie recibió pago alguno.

Mi amiga también menciona varios casos individuales, de los cuales resultan típicos los siguientes:

La madre de Annie W. la entregó en pensión a una anciana de la calle Wilmot. Cuando su madre murió la anciana, que era también muy pobre, siguió al cuidado de la niña sin percibir ni un penique por ello. Cuando la anciana también murió la niña tenía apenas cinco años. Durante la gravedad de su madre adoptiva quedó prácticamente en el abandono, por supuesto, y estaba harapienta. Pero de inmediato la tomó bajo su cuidado la señora S., que era esposa de un zapatero y ya tenía seis

hijos. Más tarde se enfermó el marido y a todos les escaseó la comida.

El otro día la señora M., madre de seis hijos, atendió a la señora M. durante su enfermedad, y les dio alojamiento en su propia casa a los niños mayores... ¿Pero usted necesita de casos como esos? Son muy comunes... También conocí a la señora D. (de Oval, Hackney Road), que es dueña de una máquina de coser y continuamente hace costuras para los demás, sin aceptar ninguna remuneración, aunque tiene cinco niños y un marido que atender... y así.

A cualquiera que tenga alguna idea de cómo viven las clases trabajadoras le resultará evidente que sin la práctica en gran escala de la ayuda mutua entre ellos jamás podrían sobrevivir a tantas dificultades. Sólo la casualidad le permitiría a la familia de un obrero poder vivir toda la vida sin tener que encarar circunstancias como la crisis descrita por el tejedor de cintas Joseph Gutteridge en su autobiografía¹². Y si en esos casos no se les viene todo al suelo se lo deben a la ayuda mutua. En el caso de Gutteridge fue una vieja nodriza, pobre hasta la miseria ella misma, que se presentó en el momento en que la familia resbalaba hacia la catástrofe final y les trajo algo de pan, carbón y cobijas, que ella había adquirido a crédito. En los demás casos, serán otros quienes ayuden, o los vecinos darán los pasos necesarios para salvar a la familia. ¡Pero sin alguna ayuda de los otros pobres cuántos más no se verían arrastrados cada año a la ruina!¹³

El señor Plimsoll, después de haber vivido durante un tiempo entre los pobres, con 7 chelines y 6 peniques a la semana, se vio obligado a reconocer que los buenos sen-

timientos que sentía por lo pobres cuando comenzó esa vida «cambiaron a sincero respeto y admiración» en cuanto vio cómo estaban impregnadas de ayuda y apoyo mutuos las relaciones entre ellos, y se dio cuenta de las maneras tan sencillas como se da ese apoyo. Después de muchos años de experiencia su conclusión fue que «a fin de cuentas la gran mayoría de las clases trabajadoras son como esos hombres»¹⁴. En cuanto a la crianza de huérfanos incluso por parte de las familias más pobres, constituye un hábito tan extendido que se puede considerar como una regla; así, entre los mineros, luego de dos explosiones en Warren Vale y Lund Hill, encontramos que «casi un tercio de los hombres que murieron, como lo pueden testificar los comités respectivos, mantenían a otros parientes aparte de su esposa e hijos». «¿Han pensado ustedes —agrega el señor Plimsoll— en lo que eso significa? Los ricos, y hasta las personas que viven con solvencia, lo hacen, no lo dudo. Pero consideremos la diferencia». Consideremos lo que significa la suma de un chelín, la contribución de cada trabajador para ayudar a la viuda de un camarada, o de 6 peniques para ayudar a un compañero de trabajo a costear el gasto extra de un funeral, para alguien que gana 16 chelines semanales y tiene una esposa y en algunos casos cinco o seis hijos que mantener¹⁵. Pero esas contribuciones constituyen una práctica general entre los trabajadores de todas partes del mundo, incluso para casos mucho menos extraordinarios que el de una muerte en la familia, ya que la ayuda en el trabajo es la cosa más común de su vida.

No se trata de que entre las clases más favorecidas no se den las mismas prácticas de ayuda y apoyo mutuos. Por supuesto, cuando pensamos en la crueldad con que

los empleadores más ricos tratan a menudo a sus empleados, nos sentimos inclinados a tener la visión más pesimista de la naturaleza humana. Muchos deben recordar la indignación que se desató durante la gran huelga de Yorkshire en 1894, cuando viejos mineros que habían sacado carbón de un pozo abandonado fueron enjuiciados por los propietarios de la mina. Y aun si dejamos a un lado los horrores de los períodos de luchas y guerras sociales, como el ajusticiamiento de miles de trabajadores prisioneros después de la caída de la Comuna de París, ¿quién puede leer sin estremecerse, por ejemplo las revelaciones de la encuesta sobre la situación laboral en Inglaterra en la década de los 40 del siglo XIX, o lo que lord Shaftesbury escribió acerca del «espantoso desperdicio de vidas humanas en las fábricas, a las que envían niños sacados de los hospicios o simplemente comprados por todo el país para luego ser vendidos como esclavos de esas fábricas?»¹⁶, ¿quién puede leer eso sin impresionarse hondamente por el grado de bajeza a que puede llegar el hombre cuando entra en juego su codicia? Pero debemos decir también que no toda la culpa de tanta vileza hay que achacársela a la criminalidad de la naturaleza humana. ¿No nos enseñaban hasta hace poco los hombres de ciencia, e incluso buena parte del clero, a desconfiar, despreciar y hasta odiar a las clases más pobres? ¿No nos enseñaba la ciencia que a partir de la abolición de la servidumbre sólo caíamos en la pobreza como consecuencia de nuestros propios vicios? ¡Y cuán pocos en la Iglesia tuvieron el valor de censurar a los asesinos de niños, mientras la gran mayoría predicaba que los sufrimientos de los pobres, y hasta la esclavitud de los negros, formaban parte del Plan Divino! ¿No fue el propio Protestantismo en

gran medida una protesta popular en contra del cruel tratamiento de los pobres de la mano de la Iglesia establecida?

Con semejantes líderes espirituales los sentimientos de las clases privilegiadas necesariamente se convirtieron, como lo señala el señor Pimsoll, no tanto en insensibles sino más bien en «estratificados». Rara vez se rebajan a atender a los pobres, tan diferentes de ellos en su modo de vida cuyos mejores aspectos desconocen. Pero entre ellos mismos —si no tomamos en consideración los efectos de su pasión por la acumulación de riqueza y los gastos inútiles que les impone la riqueza misma— en los círculos familiares y amistosos, los ricos practican igual ayuda y apoyo mutuos que los pobres. El doctor Ihering y L. Dargun tienen toda la razón cuando dicen que si se pudiese llevar un registro estadístico de todo el dinero que pasa de mano en mano en forma de préstamos y ayudas amistosos la suma total sería enorme, aun comparándola con las transacciones del comercio mundial. Y si pudiésemos, como ciertamente deberíamos, agregarle lo que se gasta en hospitalidad, pequeños servicios mutuos, solución de dificultades ajenas, regalos y obras benéficas, sin duda nos impactaría la importancia de esas transferencias en la economía nacional. Aun en un mundo dominado por el egoísmo comercial la expresión tan común «esa compañía nos trató muy duramente» muestra que existe también el tratamiento amistoso, en contraposición con el duro, es decir el estrictamente apegado a lo legal. Y todo el que está metido en el mundo de los negocios sabe la cantidad de compañías que son salvadas anualmente del fracaso gracias al apoyo amistoso de otras firmas.

En cuanto a las obras benéficas y la cantidad de trabajo en pro del bienestar general que hacen voluntariamente tantas personas acomodadas, al igual que muchos trabajadores

y en especial los profesionales, todos sabemos el papel jugado por esas dos categorías de la buena voluntad en la vida moderna. Si bien el deseo de adquirir notoriedad, poder político o distinción social a menudo contamina el verdadero carácter de ese tipo de buena voluntad, tampoco queda ninguna duda que en la mayoría de los casos el impulso proviene de los mismos sentimientos de ayuda mutua. Con frecuencia quienes han adquirido riqueza no encuentran en ella la satisfacción esperada. Algunos comienzan a sentir que, independientemente de lo que puedan decir los economistas acerca de la riqueza como recompensa por la capacidad, la que están recibiendo resulta exagerada. La conciencia de la solidaridad humana comienza a manifestarse, y aunque la vida en sociedad ha sido dispuesta para sofocar ese sentimiento mediante miles de medios arteros, muchas veces sale victoriosa; y entonces tratan de darle salida a esa necesidad profundamente humana dedicándole su fortuna, o sus fuerzas, a algo que en su opinión promoverá el bienestar general.

En resumen, ni el poder demoleedor del Estado centralizado ni las lecciones de odio mutuo y lucha sin cuartel que nos dan, adornadas con los atributos de la ciencia, filósofos y sociólogos serviles, podrían erradicar el sentimiento de solidaridad humana, hondamente arraigado en la mente y el corazón de los hombres porque lo ha venido alentando toda nuestra evolución precedente. Lo que ha sido resultado de la evolución desde sus etapas más primitivas no puede ser aplastado por uno de los aspectos de esa misma evolución. Y la necesidad de ayuda y apoyo mutuos que últimamente se había refugiado en el estrecho círculo de la familia o en los vecindarios de los barrios pobres, en la aldea o en las uniones secretas de los traba-

jadores, vuelve a hacerse valer, incluso en nuestra sociedad moderna y reclama sus derechos de ser, como siempre lo ha sido, el motor principal del impulso hacia un mayor progreso. A esas conclusiones debemos llegar necesariamente si sopesamos cuidadosamente cada grupo de hechos brevemente enumerados en estos dos últimos capítulos.

NOTAS

1. El decreto de Eduardo VI —el primero de su reinado— ordenaba entregarle a la corona «todas las fraternidades, hermandades y gremios que estén dentro de los dominios de Inglaterra y Gales y los demás del rey; y todas las fincas, tierras, inmuebles y otros bienes que les pertenezcan a todos y cada uno de ellos» (Toulmin Smith, *English Guilds*, Londres, 1870, introd., p. XLIII).
2. Se dice que los artesanos de Londres nunca han estado mejor organizados que en 1810-1820.
3. La Asociación Nacional para la Protección del trabajo incluía alrededor de 150 uniones por separado, que pagaban cuotas elevadas y contaban con unos 100.000 miembros. La Unión de Constructores y la de Mineros eran también grandes organizaciones.
4. Desde la década de los 40 del siglo XIX han ocurrido grandes cambios en la actitud de las clases más pudientes hacia las uniones. Sin embargo, todavía en los años 60 los empleadores hicieron un formidable esfuerzo concertado por aplastarlas sometiendo al paro forzoso a poblaciones enteras. Hasta 1869 el simple acuerdo de ir a la huelga y su anuncio en pancartas, y mucho peor aún formar piquetes, frecuentemente se castigaba con fines intimidatorios. No fue hasta 1875 que se derogó la Ley de Patronos y Servidores, se permitió la formación de piquetes pacíficos y la «violencia e intimidación» durante las huelgas se convirtió en materia de derecho consuetudinario. Y sin embargo, durante la huelga de los trabajadores portuarios de 1887 hubo que gastar dinero del destinado a la asistencia de los huelguistas para pelear en los tribunales por el derecho a formar piquetes, y las persecuciones en los años recientes amenazan una vez más con volver mera ilusión los derechos conquistados.

5. Una contribución semanal de 6 peniques por un salario de 18 chelines, o de un chelín por un salario de 25 significa mucho más que 9 libras por un ingreso de 300: se toma principalmente de lo destinado a alimentación; y la contribución se duplica de inmediato cuando en un sindicato hermano se declara una huelga.
6. Ver los debates acerca de las huelgas de Falkenau en Austria antes del Reichstag austríaco el 10 de mayo de 1894, en los cuales el gobierno y el propietario de la mina de carbón reconocieron plenamente en hecho. Consultar igualmente la prensa inglesa de la época.
7. Muchos de esos hechos se pueden encontrar en el *Daily Chronicle* y en parte en el *Daily News* de octubre y noviembre de 1894.
8. Las 31.473 asociaciones de producción y consumo del Rin medio mostraban alrededor de 1890 un desembolso anual de 18.437.500 libras; concedían préstamos por un monto de 3.675.000 libras al año.
9. Fugarse de una prisión francesa es extremadamente difícil. Sin embargo un preso se escapó de una de las prisiones francesas en 1884 ó 1885. Hasta se las ingenió para mantenerse oculto durante todo el día, aunque se había dado la alarma y los campesinos de la vecindad se dieron a la tarea de buscarlo. La mañana siguiente lo halló escondido en una zanja, en las cercanías de una pequeña aldea. Quizás intentó robar algo de comida, o alguna ropa para cambiarse el uniforme de la prisión. Mientras estaba tendido en la zanja estalló un incendio en la aldea. Vio a una mujer salir corriendo de una de las casas en llamas y oyó sus desesperados gritos en solicitud de ayuda para rescatar a un niño atrapado en el piso superior de la casa incendiada. Nadie se movió para hacerlo. Entonces el prisionero fugado salió de su escondite, se abrió paso entre las llamas y, con la cara escaldada y las ropas ardiendo sacó al niño del fuego y se lo entregó a la madre. Por supuesto que fue arrestado en el sitio por el *gendarme* de la aldea, que hizo su aparición precisamente en ese momento. Fue llevado de vuelta a la prisión. El hecho fue reseñado en todos los periódicos franceses, pero ninguno de ellos tomó la iniciativa de procurar su libertad. En cambio, si hubiese defendido a un carcelero del ataque de un camarada preso habrían hecho de él un héroe. Pero su acto fue simplemente humano, no promocionaba el ideal del Estado; él mismo no lo atribuyó a una inspiración súbita de la gracia divina, y eso bastó para dejar caer al hombre en el olvido. Quizá la agregaron seis o doce meses a su sentencia por haber robado «propiedad del Estado»: el traje de preso.
10. La Academia de Medicina para Mujeres (que le ha dado a Rusia una parte importante de sus 700 médicas graduadas), las cuatro universidades para la mujer (con alrededor de 1000 alumnas en 1887; cerradas ese año y reabiertas en 1895), y la Escuela de Estudios Comerciales para Mujeres son, *en su totalidad*, obra de esas sociedades privadas.

A esas mismas sociedades les debemos el alto nivel alcanzado por los gimnasios femeninos desde que fueron abiertas en la década de los 60. Los 100 gimnasios hoy distribuidos a todo lo ancho del Imperio (con más de 70.000 pupilas) se corresponden con los institutos de educación media (*High Schools*) femeninos ingleses; además, todos los profesores son egresados universitarios.

11. *El Verein für Verbreitung gemeinnützlicher Kenntnisse*, aunque tiene apenas 5500 miembros, ha abierto ya más de 1000 bibliotecas públicas y escolares, organizado miles de conferencias y publicado los libros más valiosos.
12. *Light and Shadows in the Life of an Artisan* [Luz y sombras en la vida de un artesano], Coventry, 1893.
13. Muchos ricos no logran entender cómo pueden los más pobres ayudarse unos a otros, porque no se dan cuenta de las infinitesimales cantidades de dinero o comida de las que pende la vida de un ser humano perteneciente a las clases más desposeídas. Lord Shaftesbury demostró haber entendido esa terrible verdad cuando abrió su Fondo para las Flores y el Berro de las Muchachas, del que se podía solicitar préstamos por el monto de una libra, y ocasionalmente hasta de dos, que les permitían a las muchachas adquirir para la venta una cesta de flores cuando llegaba el invierno y apretaba la escasez. Los préstamos se les concedían a muchachas que «no tenían ni un centavo» pero siempre lograban que otro pobre les saliera de fiador. «De todos los movimientos con que he estado conectado alguna vez», escribió lord Shaftesbury, «considero que el más exitoso ha sido este movimiento de las Muchachas del Berro (...). Se inició en 1872, hemos concedido entre 800 y 1000 préstamos y no hemos perdido ni 50 libras en todo el período (...) Lo perdido —que dadas las circunstancias es bien poco— lo ha sido a causa de muerte o enfermedad, nunca por fraude» (Edwin Hodder, *The Life and Work of the Seventh Earl of Shaftesbury*, Londres, 1885-86, vol. III, p. 322).
14. Samuel Plimsoll, *Our Seamen*, edición popular, Londres, 1870., p.110.
15. *Our Seamen*, p. 110. El señor Plimsoll agregó: «No quisiera menospreciar a los ricos, pero pienso que es razonable dudar de que en ellos esas cualidades estén tan desarrolladas; porque si bien no pocos de ellos atienden las demandas, razonables o no, de sus parientes pobres, esas cualidades no las ejercitan constantemente. Pareciera que en muchos casos la riqueza asfixia la humanidad de quienes la poseen y su capacidad de compasión se vuelve no tanto insensible sino más bien —por así decirlo— estratificada: la reservan para los padecimientos de los que pertenecen a su misma clase y también para los infortunios de quien están por encima de ellos. Rara vez se rebajan a atender a los más pobres, y hay mucha más probabilidad de

que admiren un acto de coraje (...) a que admiren la fortaleza de ánimo y la ternura constantemente ejercidas que son las características cotidianas de la vida de un trabajador británico» ... y también la de los trabajadores de todo el mundo.

16. Edwin Hodder, *Life of the Seventh Earl of Shaftesbury*, vol. I. pp. 137-138.

CONCLUSIÓN

Si consideramos ahora las enseñanzas que podemos sacar del análisis de la sociedad moderna, en conexión con el cuerpo de evidencias relativas a la importancia de la ayuda mutua en la evolución del mundo animal y de la humanidad, podemos resumir como sigue el resultado de nuestro examen.

En el mundo animal hemos visto que la vasta mayoría de las especies viven en sociedades, y que hallan en la asociación las mejores armas para su lucha por la vida, entendida ésta, por supuesto, en su sentido darwiniano amplio: no como una lucha únicamente por los medios de subsistencia, sino como una lucha contra todas las condiciones desfavorables para la especie. Las especies animales en las cuales la lucha individual ha sido reducida a sus límites más estrechos, y la práctica de la ayuda mutua ha alcanzado el máximo desarrollo, resultan ser invariablemente las más numerosas, las más florecientes y las más abiertas a un progreso mayor. La protección mutua obtenida en ese caso, la posibilidad de llegar a una edad más avanzada y acumular experiencia, el desarrollo intelectual más elevado y el mayor desarrollo de hábitos sociales aseguran la conservación de la especie, su ampliación y su mayor evolución progresiva. Las especies insociables, por el contrario, están condenadas a la decadencia.

Pasando ahora al hombre, lo encontramos viviendo en clanes y tribus en el amanecer mismo de la edad de piedra; vimos una vasta serie de instituciones sociales desarrollarse ya en el estado salvaje más inferior, en el clan y en la tribu; y hallamos que los usos y costumbres tribales más primitivos le otorgaron a la humanidad el embrión de todas las instituciones que más adelante se constituyeron en los aspectos ductores de un mayor progreso. De la tribu salvaje nació la comunidad de aldea de los bárbaros; y un nuevo círculo, más amplio todavía, de usos, hábitos e instituciones sociales se desarrolló bajo los principios de la posesión en común de un territorio determinado y la defensa del mismo, bajo la jurisdicción de la asamblea de la aldea y dentro de la confederación de aldeas que pertenecían, o así se suponía, a un tronco. Y cuando hubo nuevos requerimientos que indujeron a los hombres a un nuevo inicio, lo dieron en la ciudad, que representaba una doble red de unidades territoriales (comunidades de aldea) en conexión con los gremios, surgidos estos últimos de la procura en común de un arte u oficio dado, o de apoyo y defensa mutuos.

Y, finalmente, en los dos últimos capítulos presentamos los hechos de manera de mostrar que aunque el desarrollo del Estado sobre el modelo de la Roma Imperial le puso un final violento a todas las instituciones para el apoyo mutuo medievales, ese nuevo aspecto de la civilización no podía perdurar para siempre. El Estado, que se basa en conglomerados poco cohesivos de individuos e intenta constituirse en su único lazo de unión, no respondió a su propósito. La tendencia a la ayuda mutua finalmente se sacudió las cadenas; reapareció y se hizo valer en una infinidad de asociaciones que hoy tienden a abarcar

todos los aspectos de la vida y tomar posesión de todo cuanto el hombre requiere para vivir y reproducir lo que va perdiendo a costa de vivir.

Probablemente se señalará que la ayuda mutua, si bien puede representar uno de los factores de la evolución, no cubre sino un solo aspecto de las relaciones humanas; que al lado de esta corriente, por poderosa que ella pueda ser, existe, y siempre ha existido, la otra corriente: la autoafirmación del individuo, no solamente en sus esfuerzos por alcanzar una superioridad personal o de casta, económica, política y espiritual, sino además en su función mucho más importante aunque menos evidente de traspasar las limitaciones, siempre propensas a mineralizarse, que la tribu, la comunidad de aldea, la ciudad y el Estado le imponen al individuo. En otras palabras, existe la autoafirmación del individuo tomada como elemento de progreso.

Es evidente que ninguna revisión de la evolución estará completa si no se analizan esas dos corrientes dominantes. Sin embargo, la autoafirmación del individuo o de grupos de individuos, sus luchas por conquistar la superioridad y los conflictos que de allí se generan, ya han sido analizados, descritos y glorificados desde tiempo inmemorial. De hecho, hasta nuestro tiempo esa sola corriente ha recibido la atención del poeta épico, el analista, el historiador y el sociólogo. La historia, tal y como se ha escrito hasta ahora, es casi enteramente una descripción de las vías y maneras mediante las cuales la teocracia, el poder militar, la autocracia y demás, promovieron, establecieron y mantuvieron el dominio de las clases más ricas. Las luchas entre esas fuerzas constituye, de hecho, la esencia de la historia. Podemos así dar por descontado el conocimiento del factor individual en la historia de la

humanidad, aunque las líneas que recién aludimos dejan aún amplio espacio para un nuevo estudio del tema. Mientras, por otra parte el factor ayuda mutua ha sido mantenido fuera de la vista hasta ahora; los escritores de la presente y pasada generación simplemente lo negaban o incluso hacían burla de él. Por consiguiente se hizo necesario mostrar, primero que todo, el enorme papel que ese factor juega en la evolución tanto del mundo animal como de las sociedades humanas. Sólo después de que ello haya sido plenamente reconocido será posible proceder a una comparación entre los dos factores.

Hacer siquiera un estimado grosso modo de su importancia relativa siguiendo algún método más o menos estadístico resulta evidentemente imposible. Una sola guerra —como todos sabemos— puede generar más mal, inmediato y subsiguiente, que lo que cientos de años de la acción espontánea del principio de ayuda mutua podrían producir de bien. Pero cuando vemos eso en el mundo animal, el desarrollo progresivo y la ayuda mutua van de la mano, en tanto que la lucha interna dentro de la especie es concomitante con el desarrollo retrógrado; cuando nos damos cuenta de que en el hombre incluso el éxito en la lucha y en la guerra es proporcional al desarrollo de la ayuda mutua en cada una de las naciones, ciudades, parcialidades o tribus en conflicto, y que en el proceso de la evolución incluso la guerra misma (en la medida que pueda mantenerse así) depende de los fines del progreso en ayuda mutua dentro de la nación, la ciudad o el clan, ya logramos tener una percepción de la influencia dominante del factor ayuda mutua como elemento de progreso. Pero vemos también que la práctica de la ayuda mutua y sus desarrollos sucesivos han creado las condiciones mismas de la vida en

sociedad en la que al hombre se le posibilitó el desarrollo de sus artes, conocimiento e inteligencia; y que los períodos en que las instituciones basadas en la tendencia de la ayuda mutua alcanzaron su mayor desarrollo fueron también los períodos del mayor progreso en artes, industria y ciencia. En efecto, el estudio de la vida interna de la ciudad medieval y de las antiguas ciudades griegas revela el hecho de que la combinación de la ayuda mutua, como se la practicaba dentro del gremio y el clan griego, con una gran iniciativa que le era dejada a los individuos y al grupo gracias al principio federativo, le dio a la humanidad los dos períodos más grandes de su historia: los períodos de la antigua ciudad griega y de la ciudad medieval; mientras que la subsiguiente ruina de dichas instituciones durante los períodos de la historia en los que se impuso el Estado se correspondió en ambos casos con una rápida decadencia.

En cuanto al repentino progreso industrial alcanzado durante nuestro propio siglo, y que generalmente se le atribuye al triunfo del individualismo y la competencia, con certeza tiene un origen más profundo que ése. Una vez que se hicieron los grandes descubrimientos del siglo xv, especialmente el de la presión de la atmósfera, con el apoyo de una serie de avances en la filosofía natural —y que fueron realizados bajo la organización de la ciudad medieval— necesariamente tenía que seguir la invención de la máquina de vapor, y toda la revolución que implicó la adquisición de una fuerza nueva. Si las ciudades medievales hubiesen vivido lo suficiente como para llegar hasta ese punto con sus descubrimientos, las consecuencias éticas de la revolución generada por el vapor hubiesen sido distintas; pero inevitablemente hubiese tenido lugar la

misma revolución en la técnica y la ciencia. Sigue estando abierta, ciertamente, la interrogante de si la decadencia general de las industrias que siguió a la ruina de las ciudades libres, especialmente notoria en la primera parte del siglo XVIII no retardó considerablemente tanto la aparición de la máquina de vapor como la consiguiente revolución en las artes. Cuando consideramos la asombrosa rapidez del progreso industrial entre los siglos XII y XV en la fabricación de telas, la metalurgia, la arquitectura y la navegación, y sopesamos los descubrimientos científicos a los que ese progreso industrial llevó a fines del siglo XV, debemos preguntarnos si la humanidad no se retrasó a la hora de sacar plena ventaja de esas conquistas cuando en Europa se dio una depresión general de las artes y las industrias luego de la decadencia de la civilización medieval. Con seguridad no fue la desaparición del artista-artesano, ni la ruina de las grandes ciudades y la extinción del intercambio entre ellas algo que pudiese haber favorecido la revolución industrial; y sabemos a ciencia cierta que James Watt se pasó veinte o más años de su vida tratando de hacer que su invento tuviese utilidad práctica, porque no podía hallar en el siglo pasado lo que fácilmente hubiese encontrado en la Florencia o Brujas medievales, es decir, los artesanos capaces de realizar sus diseños en metal, y de darles el acabado artístico y la precisión que requería su máquina de vapor.

Por consiguiente, atribuirle el progreso industrial de nuestro siglo a la guerra de todos contra todos, como ha sido proclamado, es razonar como el hombre que al desconocer las causas de la lluvia la atribuye a la víctima que ha inmolado ante su ídolo de arcilla. Para el progreso industrial, al igual que para cualquier otra conquista sobre la

naturaleza, la ayuda mutua y la estrecha interrelación han sido, y lo siguen siendo, mucho más ventajosas que la lucha mutua.

Sin embargo, es especialmente en el campo de la ética que la importancia dominante de los principios de la ayuda mutua aparece a plenitud. Resulta evidente que la ayuda mutua constituye el fundamento real de nuestras concepciones éticas. Pero fueren cuales fueren las opiniones en cuanto al origen primigenio del sentimiento o instinto de ayuda mutua —independientemente de que se atribuya a una causa biológica o sobrenatural— debemos rastrear su existencia tan atrás como los estadios más bajos del mundo animal; y a partir de esos estadios podremos seguir su evolución ininterrumpida, en oposición a una cantidad de agentes contrarios, a lo largo de todos los grados del desarrollo humano, hasta los tiempos presentes. Incluso las nuevas religiones que fueron naciendo de tiempo en tiempo —siempre en épocas en que la ayuda mutua estaba cayendo en decadencia en las teocracias y los Estados despóticos del Oriente, o en la declinación del Imperio Romano— no han hecho otra cosa que reafirmar el mismo principio. Hallaron sus primeros seguidores entre los humildes, los estratos más preteridos y oprimidos de la sociedad, donde el principio de ayuda mutua constituye el necesario fundamento de la vida cotidiana; y las nuevas formas de unión que fueron introducidas en las comunidades budistas y cristianas primitivas, en las hermandades moravias y demás, asumió el carácter de un retorno a los mejores aspectos de la ayuda mutua en la primitiva vida tribal.

Sin embargo, cada vez que se hizo algún intento por retornar al antiguo principio se amplió su idea fundamental misma. Porque el clan se expandió al tronco, éste

a la confederación de troncos, y de ahí a la nación, hasta finalmente —al menos en el plano ideal— la humanidad en su totalidad. Y al mismo tiempo se perfeccionaba. En el budismo primitivo, en el cristianismo primitivo, en los escritos de algunos maestros musulmanes, en los movimientos iniciales de la Reforma, y especialmente en los movimientos éticos y filosóficos del siglo XVIII y de nuestros tiempos, el total abandono de la idea de la venganza, o de la «debida retribución» —del bien por bien, mal por mal— se afirmó cada vez con mayor vigor. La concepción más elevada de «no vengar los agravios», y de dar generosamente más de lo que se espera recibir de los vecinos fue proclamada como el verdadero principio de la moralidad: un principio superior a la mera equivalencia, equidad o justicia, y más conducente a la felicidad. Y el hombre es llevado a dejarse guiar en sus actos no sólo por el amor, que es siempre personal, o en el mejor de los casos tribal, sino por la percepción de su identidad con cada otro ser humano. En la práctica de la ayuda mutua, que podemos rastrear hasta los albores mismos de la evolución, podemos así hallar el origen positivo e indubitable de nuestras concepciones éticas, y podemos afirmar que en el progreso ético del hombre es el apoyo mutuo y no la lucha mutua quien tiene el papel ductor. En su vasta expansión, incluso en los tiempos presentes, vemos también la mejor garantía de una evolución aún más elevada de nuestra raza.

APÉNDICES

I. ENJAMBRES DE MARIPOSAS, LIBÉLULAS, ETC.

[a la nota al pie nº 4 en el Capítulo I]

M.C. Piepers ha publicado en *Natuurkundig Tijdschrift voor Nederlandsch Indië*, 1891, Deel L. p. 198 (analizado en *Naturwissenschaftliche Rundschau*, 1891, vol. VI, p. 573) interesantes investigaciones sobre los vuelos en masa de mariposas que ocurren en India Oriental Holandesa, aparentemente bajo la influencia de las grandes corrientes de aire ocasionadas por el monzón del oeste. Tales vuelos en masa por lo general tienen lugar en los primeros cinco meses luego del inicio del monzón, y se trata por lo común de individuos de ambos sexos de *Catopsilia* (*Callydrias*) *crocale*, Cr., que se juntan para ello, pero ocasionalmente los enjambres están constituidos por individuos pertenecientes a tres especies diferentes del género *Euphœa*. La copulación parece ser también el propósito de dichos vuelos. Que éstos no sean el resultado de una acción concertada sino más bien consecuencia de la imitación, o de un deseo de seguir a los demás es, por supuesto, bastante posible.

Bates vio en el Amazonas a las *Callydrias* amarillas y anaranjadas «reunirse en masas muy apretadas, a veces de dos a tres metros de circunferencia, todas con las alas

hacia arriba, de modo que la playa se veía como decorada con lechos de crocos». Sus columnas de migración, que cruzaban el río de norte a sur «pasaban sin interrupción desde temprano por la mañana hasta la puesta del sol» (*Naturalist on the Amazon*, p. 131).

Las libélulas se reúnen en cantidades enormes en sus largas migraciones a través de las pampas y sus inmensos enjambres contienen individuos que pertenecen a especies diferentes (*Hudson, Naturalist on the La Plata*, pp. 130 seq.).

Los saltamontes (*Zoniopoda tarsata*) también son eminentemente gregarios (*Hudson*, l.c. p. 125).

II. LAS HORMIGAS

[a la nota al pie nº 6 en el Capítulo I]

Les fourmis indigènes (Ginebra, 1810), de Pierre Huber, del que Cherbuliez hizo una edición económica en 1861, y del que deberían circular ediciones económicas en todos los idiomas, no sólo es la mejor obra sobre este tema sino también un modelo de investigación verdaderamente científica. Darwin tenía toda la razón cuando calificaba a Pierre Huber como un naturalista de mayor talla aún que su padre. Todo joven naturalista debería leer ese libro, no solamente por los datos que contiene sino como una lección sobre los métodos de investigación. La cría de hormigas en nidos de vidrio artificiales y las pruebas experimentales hechas por investigadores subsiguientes, incluido Lubbock, todo se encuentra en la admirable obrita de Huber. Los lectores de los libros de Forel y Lubbock están enterados, por supuesto, de que tanto el profesor suizo

como el autor inglés empezaron su obra con ánimo crítico, con intención de rebatir las afirmaciones de Huber respecto a los admirables instintos de ayuda mutua de las hormigas; pero después de una cuidadosa investigación no pudieron más que confirmarlas. Sin embargo, resulta desafortunadamente característico de la naturaleza humana creer alegremente cualquier afirmación acerca de que el hombre es capaz de cambiar a voluntad la acción de las fuerzas de la naturaleza, pero a la vez negarse a admitir hechos científicos bien comprobados que tiendan a reducir la distancia entre el hombre y sus hermanos los animales.

El señor Sutherland (*Origin and Growth of Moral Instinct*) evidentemente comenzó su libro con la intención de demostrar que todos los sentimientos morales se habían originado del cuidado parental y el amor familiar, y ambos aparecían solamente en los animales de sangre caliente; en consecuencia trata de minimizar la importancia del compañerismo y la cooperación entre las hormigas. Cita el libro de Büchner, *Mind in Animals*, y está enterado de los experimentos de Lubbock. En cuanto a las obras de Huber y Forel las desecha en la frase siguiente:

pero todos ellos, o casi todos [los ejemplos de Büchner de compañerismo entre las hormigas] están contaminados de cierto aire de sentimentalismo (...) que los hace servir más como textos escolares que como obras científicas serias, y la misma observación vale [las cursivas son mías] para algunas de las anécdotas más conocidas de Huber y Forel (vol. I. p. 298).

El señor Sutherland no especifica a cuáles «anécdotas» se refiere, y me parece que nunca tuvo la oportunidad de

leer cuidadosamente las obras de Huber y Forel. Los naturalistas que conocen esas obras no encuentran «anécdotas» en ellas.

La reciente obra del profesor Gottfried Adlerz sobre las hormigas en Suecia (*Myrmecologiska Studier: Svenska Myror och des Lefnadsförhållanden, en Bihan till Svenska Akademiens Handlingar*, Bd. XI. n° 18, 1886) es mencionable aquí. No hace falta decir que todas las observaciones de Huber y Forel respecto a la vida de ayuda mutua de las hormigas, incluido el hecho de que comparten la comida, que quienes previamente no le habían prestado atención al asunto encuentran tan sorprendente, resultaron plenamente confirmadas por el profesor sueco (pp. 136-137).

El profesor G. Adlerz presenta también experimentos muy interesantes para probar lo que ya Huber había observado; a saber, que las hormigas de dos nidos diferentes no siempre se atacan. Hizo uno de sus experimentos con la hormiga *Tapinoma erraticum*. Otro, con la común *Rufa*. Metió un nido entero en un saco y lo vació a una distancia de un metro ochenta de otro nido. No hubo combate, pero las hormigas del segundo nido empezaron a llevarse las larvas de las primeras. Como norma, cuando el profesor Adlerz ponía juntas las obreras con sus larvas tomadas de nidos diferentes no había combate; pero si las obreras estaban sin sus larvas sí lo había (pp. 185-186).

También completa las observaciones de Forel y MacCook acerca de las «naciones» de hormigas integradas por muchos nidos, y tomando en cuenta sus propios estimados, que lo llevan a calcular un promedio de 300.000 hormigas *Formica exsecta* en cada nido, concluye que esas naciones puedan llegar a las decenas y quizá centenares de millones de habitantes.

El libro admirablemente bien escrito de Materlinck sobre las abejas, aunque no contiene observaciones nuevas resultaría más útil si estuviese tan contaminado con «palabras» metafísicas.

III. ASOCIACIONES PARA ANIDAR

[A la nota al pie nº 16 en el Capítulo II]

Los Diarios de Audubon (Audubon and his Journals, Nueva York, 1898), especialmente los relacionados con su vida en las costas del Labrador y el río San Lorenzo en la década de los 30 del siglo XIX, contiene excelentes descripciones de las asociaciones para anidar de las aves acuáticas. Hablando de *The Rock*, una de las islas del Magdalene o Amherst, escribió: «A las once podía distinguir la cumbre con toda claridad desde la cubierta, si bien estaba cubierta de una capa de nieve de varios metros de profundidad; y el mismo aspecto presentaba cada uno de los salientes en toda su extensión». Pero no era nieve: eran alcatraces atlánticos, todos echados sin moverse sobre sus huevos o polluelos recién sacados, las cabezas vueltas a barlovento, casi tocándose unas con otras, y en hileras regulares. El aire sobre ellas, a una altura de un centenar de metros y hasta cierta distancia en torno a la roca, «estaba lleno de alcatraces atlánticos en vuelo, como si directamente sobre nosotros se precipitase una fuerte nevada». Las gaviotas de cola hendida y las alcas bobas crían sobre la misma roca Journals, vol. I pp. 360-363).

A la vista de la isla Anticosti el mar «estaba literalmente cubierto de alcas bobas y alcas tordas (Alca torva)». Más allá el aire estaba lleno de negrones. Sobre las

rocas del golfo las gaviotas plateadas, las golondrinas de mar (la grande, la ártica y probablemente la de Foster), la Tringa pusilla, las gaviotas, las negretas, las alcas, las serretas, los gansos silvestres (*Anser canadensis*), los cormoranes, etcétera., todos estaban criando. Las gaviotas eran extremadamente abundantes allí; «eternamente están acosando a las demás aves, comiéndoles los huevos y devorándoles los pichones», «aquí hacen el papel de las águilas y los halcones».

En el Missouri, más arriba de San Luis, Audubon vio en 1843 buitres y águilas anidando en colonias. Así, mencionó «largas líneas de costa alta, coronadas por formidables rocas de caliza, con muchos agujeros curiosos en ellas, en los que vimos entrar buitres y águilas al anochecer». Es decir, zamuros de cabeza roja (*Cathartes aura*) y águilas calvas (*Haliaëtus leucocephalus*), señala E. Couës en una nota al pie (vol. I. p. 458).

Una de las mejores zonas de cría a lo largo de las costas británicas son las islas Farne, y se encontrará una descripción muy gráfica de ellas en la obra de Charles Dixon, *Among the Birds in Northern Shires*. Allí se reúnen todos los años centenares de miles de gaviotas, golondrinas de mar, patos eiders, cormoranes, chorlitejos, ostreros, alcas bobas y frailecillos.

Cuando nos aproximamos a esas islas la primera impresión es que esa gaviota (la gaviota menor de lomo negro) monopoliza todo el territorio, con tal abundancia se presenta. El aire parece estar lleno de ellas, y el piso y las rocas desnudas están repletos; y cuando nuestro bote finalmente se entierra en la arena de la playa escabrosa y saltamos ansiosos a tierra todo se vuelve ruidosa excitación: una perfecta Babel de gritos de protesta se leva hasta que abandonamos el lugar.

IV. SOCIABILIDAD DE LOS ANIMALES

[a la nota al pie nº 21 en el Capítulo II]

Que la sociabilidad de los animales era mayor cuando los hombres los cazaban menos, lo confirman muchos actos que muestran cómo esos animales que hoy viven aislados en regiones habitadas por el hombre siguen viviendo en rebaños en los territorios deshabitados. Así en las áridas mesetas desérticas del norte del Tibet Prjevalsky encontró osos viviendo en sociedades. Menciona numerosos «rebaños de yaks, khulans, antílopes, y hasta osos». Estos últimos, dice, se alimentan de los pequeños roedores que abundan en extremo, y son tan numerosos que «los nativos me aseguraron que habían encontrado a cien o ciento cincuenta de ellos durmiendo en una misma cueva» (Yearly Report de la Sociedad Geográfica Rusa para 1885, p. II; en ruso). Las liebres (*Lepus Lehmani*) viven en grandes sociedades en el territorio transcapiano (N. Zarudnyi, Recherches zoologiques dans la contrée Transcaspienne, en Bull. Soc. Natur., Moscú, 1889, 4). El pequeño zorro californiano, que según E.S. Holden vive en los alrededores del observatorio de Lick «alimentándose de una dieta combinada de bayas manzanita y gallinas de los astrónomos» (*Nature*, 5 de noviembre de 1891), parece ser muy sociable también. C. J. Cornish (*Animals at Work and Play*, Londres, 1896) ha proporcionado recientemente algunos ejemplos muy interesantes del amor social entre animales. Todos los animales, señala con propiedad, odian la soledad. Da también un divertido ejemplo del hábito de los perritos de las praderas de poner centinelas. Es tan fuerte que siempre mantienen un centinela en servicio, incluso en el Jardín Zoológico de Londres y en el Jardin d'Acclimatation de París (p. 46).

El profesor Kessler tenía toda la razón cuando hacía notar que las camadas de polluelos contribuyen al desarrollo de los sentimientos de sociabilidad al mantenerse unidos en el otoño. El señor Cornish (*Animals at Work and Play*) ha dado varios ejemplos de los juegos de los mamíferos jóvenes, como por ejemplo que los corderos juegan a «seguir al líder» o a «yo soy el rey del castillo», y adoran las carreras de obstáculos; también que los cervatos juegan a una especie de «ahora te toco», el ligero tope juguetón dado con la nariz. También tenemos la excelente obra de Katl Gross, *The Play of Animals*.

V. CONTROLES DE LA MULTIPLICACIÓN EXCESIVA [a la nota al pie nº 38 en el Capítulo II]

Hudson, en su *Naturalist on the La Plata* (Capítulo III), hace un reporte muy interesante de un aumento repentino de una especie de ratón y de las consecuencias de esa súbita «oleada de vida».

«En el verano de 1872-73», escribe, «tuvimos mucho sol, con lluvias frecuentes, así que los meses de calor no trajeron consigo la muerte de las flores silvestres, como en la mayoría de los años». La estación resultó muy favorable para los ratones, y «esas prolíficas criaturas pronto se hicieron tan abundantes que los perros y los gatos subsistían casi exclusivamente a base de ellos. Los zorros, las comadrejas y las zarigüeyas se daban banquete; hasta los armadillos, que son insectívoros, se dedicaron a la cacería de ratones». Las aves se volvieron rapaces, «mientras los benteveos (Pitangus) y los güiras sólo atrapaban ratones». En el otoño aparecieron incontables cantidades de cigüeñas y búhos

campestres, que venían a incorporarse al festín general. De seguidas se presentó un invierno de sequía continuada; el pasto seco fue comido o convertido en polvo. Y los ratones, privados de abrigo y alimento, comenzaron a extinguirse. Los gatos se regresaron subrepticamente a sus casas; los búhos campestres —una especie errante— se marcharon, en tanto que los pequeños mochuelos excavadores quedaron tan reducidos que casi ni volaban, «y se la pasaban todo el día rondando las casas a la espera de algún bocado ocasional». Ese mismo invierno perecieron una cantidad increíble de ovejas y ganado, durante el mes de frío que siguió a la sequía. En cuanto a los ratones, Hudson hace la observación de que «después de la gran reacción quedaron unos cuantos sobrevivientes acosados, apenas suficientes para preservar la especie».

Ese ejemplo tiene un interés especial, pues nos demuestra cómo en las planicies y mesetas el aumento repentino de una especie inmediatamente atrae enemigos de otras partes de las tierras llanas, y cómo las especies a las que no las protege su organización social necesariamente sucumben ante ellos.

El mismo autor nos aporta otro excelente ejemplo tomado de la República Argentina. El coypú (*Myiopotamus coypú*) es un roedor muy común, con forma de rata pero del tamaño de una nutria. Es de hábitos acuáticos y muy sociable. «En las tardes», escribe Hudson,

todos están nadando y jugando en el agua, conversando entre ellos en extraños tonos, que suenan como los quejidos y los gritos de llanto de los humanos heridos o sufrientes. El coypú, que debajo de la larga pelambre hirsuta esconde una piel fina, se exportaba mucho a Europa, pero

hará unos sesenta años el dictador Rosas emitió un decreto prohibiendo la caza de este animal. El resultado fue que el número de éstos aumentó y se multiplicó excesivamente; abandonaron sus hábitos acuáticos, se volvieron terrestres y migratorios, y se esparcieron por todas partes en busca de alimento. De pronto les cayó una enfermedad misteriosa, de la cual comenzaron a morir rápidamente y quedaron casi en extinción (p, 12).

Por consiguiente los principales controles que mantienen a las especies en niveles adecuados son, por una parte el exterminio por parte del hombre y por la otra las enfermedades contagiosas, y no la competencia por los medios de subsistencia, que no existe en lo absoluto.

Se podrían presentar cantidades de evidencias de la existencia de regiones que aun disfrutando de un clima mucho más benévolo que el de Siberia están igualmente despobladas. Pero en la muy bien conocida obra de Bates podemos hallar el mismo señalamiento incluso para las riberas del río Amazonas.

Escribió Bates,

Existe, de hecho, una gran variedad de mamíferos, aves y reptiles, pero están demasiado dispersos y son excesivamente ariscos. La región es tan extensa y su superficie está tan parejamente cubierta de selva, que sólo tras largos intervalos es posible ver animales en abundancia, allí donde un espacio en particular resulta más atractivo que el resto (*Naturalist on the Amazon*, 6ª ed., p. 31).

Ese hecho resulta más sorprendente dado que la fauna brasileña, que es pobre en mamíferos no lo es en absoluto

en aves, y las selvas del país las proveen de abundante comida, como podemos ver en una cita acerca de las sociedades de las aves dada en página precedente. Y no obstante las selvas del Brasil, como las de Asia y África, no están superpobladas sino, por el contrario, subpobladas. Lo mismo vale en lo que respecta a las pampas suramericanas, acerca de las cuales W.H. Hudson hace notar que resulta realmente asombroso que en esa inmensa área cubierta de hierba, tan admirablemente idónea para los cuadrúpedos herbívoros, sólo se halle un pequeño rumiante. Millones de ovejas, ganado y caballos introducidos por el hombre pastan hoy, como es sabido, en apenas parte de esas praderas. Las aves no acuáticas, que deberían abundar en esas inmensas extensiones de tierra, también resultan ser escasas en especies y poblaciones.

VI. ADAPTACIONES PARA EVITAR LA COMPETENCIA [a la nota al pie nº 40 en el Capítulo II]

En las obras de los naturalistas de campo se pueden encontrar numerosos ejemplos de esas adaptaciones. Uno de ellos, muy interesante, podría ser el del quirquincho, del que W.H. Hudson dice que

se adapta a todo, y en consecuencia medra, mientras los demás armadillos están desapareciendo rápidamente. Su alimentación es sumamente variada. Preda insectos de toda clase, y desentierra lombrices y larvas ocultas varios centímetros bajo la superficie. Le encantan los huevos y los pichones; es un buitre para la carroña; y si falta el alimento animal subsiste con una dieta de vege-

tales: trébol y hasta granos de maíz. Como consecuencia, mientras otros animales mueren de hambre el quirquincho siempre está gordo y vigoroso (*Naturalist on the La Plata*, p. 71).

La adaptabilidad de la avefría la convierte en una especie que cubre una vasta extensión. En Inglaterra «se siente en casa tanto en tierras cultivables como en zonas silvestres». Ch. Dixon dice en su *Birds of Northern Shires* (p. 67): «La alimentación variada es más aún la regla en el caso de las aves rapaces». Así, por ejemplo, nos enteramos por el mismo autor que el aguilucho pálido de los páramos de las islas británicas se alimenta no sólo de pequeñas aves, sino también de topos, ratones, lagartijas e insectos, en tanto que los gavilanes de menos tamaño subsisten principalmente a base de insectos».

El muy sugerente capítulo que W.H. Hudson le dedica a la familia de los trepatroncos y carpinteros suramericanos constituye otro excelente ejemplo de las maneras como gran parte de la población animal evita la competencia, mientras al mismo tiempo logran llegar a ser muy numerosos en una región determinada sin estar en posesión de ninguna de las armas consideradas como esenciales en la lucha por la existencia. La familia mencionada cubre un inmenso territorio, desde el sur de México hasta la Patagonia, y de ella se conocen no menos de 290 especies, referibles a unos 46 géneros, siendo la gran diversidad de hábitos de sus miembros su rasgo más sorprendente. No sólo los diferentes géneros y especies poseen hábitos peculiarmente propios, sino a menudo incluso se da el caso de que una misma especie difiere en su forma de vivir en distintas localidades.

Algunas especies de *Xenops* y *Magarornis*, como carpinteros trepan verticalmente por los troncos en busca de insectos, pero también, como paros exploran las varitas y el follaje en las extremidades de las ramas; de manera que el árbol entero, desde la raíz hasta la hoja más alta es escudado por ellos. El *Sclerurus*, aunque es un habitante de la oscuridad de la selva, y está dotado de fuertes garras curvadas, nunca busca su alimento en los árboles sino exclusivamente en el suelo, entre las hojas caídas que se pudren pero, lo cual resulta harto curioso, cuando se alarma vuela hasta el tronco del árbol más cercano, se aferra a él en posición vertical y permanece inmóvil y silencioso para pasar desapercibido con la ayuda de su oscuro color protector.

Y así. En sus hábitos de anidación también varían muchísimo. Así, en un solo género tres especies construyen un nido de barro en forma de horno, una cuarta lo hace con varitas en los árboles y todavía la quinta excava un túnel en una barranca a la orilla del agua, como un martín pescador.

Ahora bien, esa familia extraordinariamente larga, de la que Hudson dice que «no hay parte del continente sudamericano que no esté habitada por ellos; porque realmente no existe clima, tipo de suelo o vegetación que no tenga la especie apropiada para él, resulta ser», para emplear sus propias palabras «una de las aves más indefensas». Como los patos que mencionaba Syevertsoff (ver en el texto) no exhiben ni pico ni garras poderosos; «son criaturas tímidas, que no ofrecen resistencia y carecen de fuerza o de armas; sus movimientos son menos veloces y vigorosos que los de otros tipos, y su vuelo es exageradamente endeble». Pero poseen —observan Hudson y Asara— «un emi-

nente grado de disposición social», aunque «en ellos el hábito social se ve aminorado por las condiciones de una vida que hace que la soledad resulte necesaria». No pueden realizar esas grandes asociaciones para la cría que vemos en las aves marinas porque ellos viven de los insectos arborícolas y tienen que explorar meticulosamente por separado cada árbol, lo que hacen de la manera más sistemática; pero en la espesura constantemente se llaman unos a otros, «conversando entre ellos desde largas distancias»; y se asocian en esas «bandadas errantes» que la pintoresca descripción de Bates ha hecho famosas y han llevado a Hudson a creer que «en todas partes de Suramérica los Dendrocolaptidae son los primeros en asociarse para actuar concertadamente, y los pájaros de otras familias los siguen y se asocian con ellos, sabiendo por experiencia que seguramente podrán recolectar así una rica cosecha». Casi innecesario agregar que Hudson no escatima elogios respecto a su inteligencia. La sociabilidad y la inteligencia van siempre de la mano.

VII. EL ORIGEN DE LA FAMILIA

[a la nota al pie nº 45 en el Capítulo III]

Para el momento en que escribía el capítulo insertado en el texto, parecía hacerse llegado a cierto acuerdo entre los antropólogos respecto a la aparición relativamente tardía en las instituciones humanas de la familia patriarcal, tal y como la conocemos entre los hebreos o en la Roma Imperial. Sin embargo, a partir de entonces han sido publicadas obras en las que las ideas promulgadas por Bachofen y MacLennan, sistematizadas especialmente por Morgan

y ulteriormente desarrolladas y confirmadas por Post, Maxim Kovalevsky y Lubbock, fueron discutidas. Las más importantes de esas obras son las del profesor danés C.N. Starcke (*La familia primitiva*, 1889) y el profesor de Helsingfors Edward Westermarck (*La historia del matrimonio humano*, 1891). Con la cuestión de las instituciones matrimoniales primitivas ha ocurrido lo mismo que con la de las instituciones de la propiedad de la tierra primitiva. Cuando las ideas de Maurer y Nasse acerca de la comunidad de aldea, desarrolladas por toda una escuela de talentosos investigadores, y las de todos los antropólogos modernos acerca de la constitución comunista primitiva del clan estaban a punto de conquistar la aceptación general, provocaron la aparición de obras como las de Fustel de Coulanges en Francia, el profesor de Oxford Seebohm en Inglaterra y varias otras, en las que se hacía el intento de socavar —con más brillantez que verdadera profundidad investigativa— esas ideas y arrojar dudas sobre las conclusiones a las que había llegado la investigación moderna (ver el Prefacio del profesor Vinogradov a su notable obra *La servidumbre en Inglaterra*). De manera similar, cuando las ideas acerca de la no existencia de la familia en la etapa tribal primitiva de la humanidad comenzaron a ser aceptadas por la mayoría de los antropólogos y estudiosos del derecho antiguo, necesariamente obras como las de Starcke y Westermarck, en las que se representaba al hombre, de acuerdo con la tradición hebrea, iniciándose con la familia, evidentemente patriarcal y sin haber pasado jamás por las etapas descritas por MacLennan, Bachofen o Morgan. Esas obras, de las cuales la brillantemente escrita *Historia del matrimonio humano* ha sido en especial ampliamente leída, en verdad

han producido efecto: quienes no han tenido la oportunidad de leer los gruesos volúmenes relacionados con la controversia empiezan a vacilar; mientras algunos antropólogos que conocen bien la materia, como el profesor francés Durkheim asumen una actitud conciliadora, aunque un tanto indefinida.

Para el propósito especial de una obra sobre la ayuda mutua esa controversia podría resultar irrelevante. El hecho de que los hombres han vivido en tribus desde las etapas más primitivas de la humanidad no ha sido rebatido, incluso por aquellos a quienes les resulta chocante la idea de que el hombre pueda haber pasado por una etapa en la que la familia, tal y como la conocemos, no existía. Sin embargo el tema tiene su propio interés y merece ser mencionado, aunque haya que recalcar que para hacerle plena justicia se requeriría de todo un volumen.

Cuando nos esforzamos por recorrer el velo que nos oculta a las antiguas instituciones, y en especial a aquellas que prevalecían en la primera aparición de seres del tipo humano, nos vemos obligados —ante la obligada ausencia de testimonios directos— a realizar el minucioso trabajo de seguirle la pista en el pasado a cada institución, tomando nota cuidadosa de sus más borrosos vestigios en los hábitos, los usos, las tradiciones, las canciones, el folclore, etcétera; y entonces, combinando los resultados por separado de cada uno de los distintos estudios, reconstituir la sociedad que pudiera responder a la coexistencia de esas instituciones. Podemos entender en consecuencia qué despliegue de hechos formidable y qué vasto número de estudios minuciosos de puntos particulares se requieren para llegar a alguna conclusión confiable. Es eso exactamente lo que uno encuentra en la obra monumental de

Bachofen y sus seguidores mas no en la de la otra escuela. El volumen de hechos escudriñados por el profesor Westermarck es indudablemente lo bastante grande, y su obra es ciertamente muy valiosa en el plano crítico, pero difícilmente inducirá a cambiar sus opiniones y aceptar la teoría patriarcal a quienes conozcan las obras de Bachofen, Morgan, MacLennan, Post, Kovalevsky, etcétera, y estén familiarizados con la escuela de la comunidad de aldea.

Así los argumentos que Westermarck extrae de los hábitos familiares de los primates no tienen, me atrevo a decirlo, el valor que él les atribuye. Nuestro conocimiento de las relaciones de familia entre las especies sociales de monos de la actualidad es extremadamente incierto, en tanto que las dos especies insociables, el orangután y el gorila, deben quedar fuera de discusión por cuanto ambos constituyen evidentemente, como ya lo indiqué en el texto, especies en decadencia. Menos aún sabemos acerca de las relaciones que existían entre los machos y las hembras de los primates hacia finales del período terciario. Las especies que vivían en aquel entonces probablemente estén hoy todas extinguidas, y no tenemos ni la menor idea sobre cuál de ellas era la forma ancestral de la cual se originó el hombre. Lo único que podemos decir con alguna cercanía a la probabilidad es en las diferentes especies de simios, que eran extremadamente numerosos en esa época, deben haber existido varias relaciones familiares y tribales. Y que desde entonces tienen que haber ocurrido grandes cambios en los hábitos de los primates, tal y como han tenido lugar cambios incluso en los dos últimos siglos en los hábitos de muchas otras especies de mamíferos.

La discusión debemos limitarla, entonces, enteramente a las instituciones humanas; y en el análisis minucioso de cada vestigio por separado de cada institución primitiva, en conexión con todo lo que sabemos acerca de cualquier otra institución del mismo pueblo o tribu, residirá la fuerza principal de la argumentación de la escuela que sostiene que la familia patriarcal es una institución de origen relativamente tardío.

Existe, de hecho, todo un ciclo de instituciones entre los hombres primitivos que se vuelven cabalmente comprensibles si aceptamos las ideas de Bachofen y Morgan pero de lo contrario resultan absolutamente incomprensibles. Ellas son: la vida comunista del clan, en cuanto que no estaba dividido en familias paternas por separado; la vida en casas grandes, y en clases que ocupaban casas grandes separadas de acuerdo con la edad y el estadio de iniciación de los jóvenes (M. Maclay, H. Schurz); las restricciones a la acumulación de la propiedad personal, de las que dimos varios ejemplos en el texto; el hecho de que las mujeres tomadas de otras tribus le pertenecían a toda la tribu antes de convertirse en propiedad privada; y muchas instituciones similares analizadas por Lubbock. Ese amplio ciclo de instituciones, que cayeron en decadencia y finalmente desaparecieron en la fase de comunidad de aldea del desarrollo humano está en plena conformidad con la teoría del «matrimonio tribal», pero pasa desapercibida para la casi totalidad de los seguidores de la escuela de la familia patriarcal. Esa no es ciertamente la manera apropiada de discutir el problema. Los hombres primitivos no tenían varias instituciones superpuestas o yuxtapuestas como las tenemos hoy. No tenían más que una institución, el clan, que incorpora todas las relaciones mutuas de los

miembros del clan. Las relaciones de matrimonio y las de posesión eran relaciones de clan. Y lo menos que podríamos esperar de los defensores de la familia patriarcal, sería que nos mostraran cómo el ciclo de instituciones que recién mencionamos (y que desaparecen más adelante) pudieron haber existido en un conglomerado de hombres que vivían bajo un sistema contradictorio con dichas instituciones: el sistema de las familias por separado gobernadas por el pater familias.

De nuevo, no es posible reconocerle valor científico a la manera como los promotores de la teoría de la familia patriarcal soslayan ciertas dificultades serias. Así, Morgan ha comprobado con un volumen de evidencia considerable que en muchas tribus primitivas existe un «sistema grupal clasificador» que se sigue estrictamente, y que todos los individuos dentro una misma categoría se dirigen a los demás como si fuesen hermanos y hermanas, mientras los individuos pertenecientes a una categoría más juvenil se dirigirán a sus tías como madres, y así. Decir que eso debe ser una simple *façon de parler* —una manera de expresarse en relación con la edad— constituye sin duda una manera fácil de esquivar la dificultad de explicar por qué ese modo especial de expresar respeto, y no otro, ha prevalecido entre tantos pueblos de origen diferente y sobrevivido en tantos de ellos hasta el presente. Podría admitirse, claro está, que *ma* y *pa* son las sílabas más fáciles de pronunciar para un niño pequeño, pero la interrogante es por qué esa parte del «lenguaje infantil» es utilizada por gente adulta y se le aplica a cierta categoría de personas estrictamente definida. ¿Por qué, en tantas tribus en las que la madre y sus hermanas son llamadas *ma* al padre se le llama *tatitia* (parecido a *diadia*:

tío), *dad*, *da* o *pa*? ¿Por qué el apelativo de madre dado a las tías maternas es suplantado más adelante por un nombre aparte? Y así. Pero cuando nos enteramos de que en muchos salvajes la hermana de la madre desempeña un papel tan considerable en la crianza de un niño como el de la propia madre, y que si la muerte se lleva a una criatura amada la otra «madre» (la hermana de la madre) se autosacrifica para acompañar al niño en su viaje al otro mundo, seguramente veremos en esos nombres algo mucho más profundo que una mera *faÇon* de parler, o manera de evidenciar respeto. Más todavía cuando nos enteramos de la existencia de todo un ciclo de supervivencias (Lubbock, Kovalevsky y Post las han estudiado a cabalidad) que apuntan en la misma dirección. Por supuesto que podría decirse que ese tipo de relación de parentesco es adscrita al lado materno «porque el niño pasa más tiempo con su madre», o podríamos explicar el hecho de que los hijos de un hombre en varias esposas de tribus diferentes les pertenecen a los clanes maternos, como consecuencia de la «ignorancia de la fisiología» por parte de los salvajes, pero esos no son argumentos si siquiera aproximadamente adecuados a la seriedad de los aspectos involucrados, en especial cuando se sabe que la obligación de llevar el nombre de la madre implica pertenecer al clan materno en todo respecto; es decir, implica el derecho a todas las pertenencias de ese clan así como el de ser protegido por éste, a nunca ser atacado por alguno de sus miembros y el deber de vengar los agravios en contra del colectivo.

Aun si admitiésemos por un momento que tales explicaciones son de carácter satisfactorio, pronto hallaríamos que cada categoría de los hechos mencionados necesita de explicación por separado, y son numerosos. Para mencionar sólo unos cuantos: la división de los clanes en cla-

ses en una época en que no existe división en los que respecta a la propiedad o la condición social; la exogamia y todas las costumbres consiguientes enumeradas por Lubbock; el convenio de sangre y una serie de costumbres similares que tratan de garantizar la unidad de la ascendencia; la aparición de dioses familiares que sobreviene a la existencia de los dioses del clan; el intercambio de esposas que se da no sólo entre los esquimales en tiempos de calamidad, sino que además está vastamente difundido entre muchas otras tribus de origen muy diferente; la fuerza decreciente de los lazos matrimoniales a medida que vamos descendiendo en el grado de civilización; los matrimonios compuestos: varios hombres se casan con una misma mujer, que les pertenece por turnos; la abolición de las restricciones matrimoniales durante las festividades, o a cada quinto o sexto día; la cohabitación de las familias en las «casas grandes»; la obligación de criar a los huérfanos, incluso hasta un período avanzado, que recae sobre el tío materno; la considerable cantidad de formas transitorias que muestran el tránsito gradual de la ascendencia maternal a la paternal; la limitación del número de hijos por parte del clan —no de la familia— y la abolición de esa dura cláusula en tiempos de abundancia; las restricciones familiares que sobrevienen a las restricciones del clan; el sacrificio de los parientes viejos por la tribu; la *lex talionis* y muchos otros hábitos y usos que se convierten en asunto familiar sólo cuando hallamos a la familia finalmente constituida en el sentido moderno del término; las ceremonias nupciales y prenupciales de las cuales podemos encontrar ejemplos sorprendentes en la obra de John Lubbock y la de varios investigadores modernos rusos; la ausencia de solemnidades matrimoniales allí donde la línea de

ascendencia es matriarcal, y la aparición de tales solemnidades cuando las tribus siguen la línea de ascendencia patriarcal; todos esos y muchas otros que muestran que, como observa Durckheim, el matrimonio propiamente dicho «sólo es tolerado y evitado en virtud de fuerzas antagónicas»; la destrucción de todas las pertenencias del individuo al momento de su muerte; y finalmente todo el formidable despliegue de supervivencias, mitos, (Bachofen y sus muchos seguidores), folclore, etcétera, manifestándose todos en la misma dirección.

Por supuesto que todo eso no prueba que haya habido un período en el que la mujer fue considerada superior al hombre, o que fuese la «cabeza» del clan; ese es ya un asunto muy distinto, y mi opinión personal es que jamás existió un período así; ni tampoco prueba que hubo un tiempo en el que no existía ninguna restricción tribal a la unión de los sexos: tal cosa hubiese sido absolutamente contraria a toda la evidencia conocida. Pero cuando consideramos en su mutua dependencia todos los hechos puestos a la luz recientemente, resulta imposible no reconocer que si en el clan primitivo existieron alguna vez positivamente las parejas aisladas, con sus niños, esas familias incipientes sólo eran excepciones toleradas, no la institución del momento.

VIII. DESTRUCCIÓN DE LA PROPIEDAD PRIVADA EN LA TUMBA

[a la nota al pie nº 56 en el Capítulo III]

En una obra notable, *The Religious Systems of China*, publicada en 1892-97 por J.M. de Groot en Leyden,

encontramos la confirmación de esa idea. Hubo en China (como en todas partes) una época en la que todas las pertenencias personales de una persona fallecida eran destruidas sobre su tumba: sus bienes muebles, sus utensilios, sus esclavos y hasta amigos y vasallos, y por supuesto su viuda. Para ponerle fin a esta costumbre fue necesaria una fuerte reacción de parte de los moralistas. En Inglaterra la costumbre de destruir todas las pertenencias sobre la tumba ha sobrevivido hasta el presente con los gitanos. Toda la propiedad personal de la reina gitana muerta hace pocos años fue destruida sobre su sepultura. Varios periódicos reseñaron el hecho en su momento.

IX. EL ORIGEN DE LOS GREMIOS

[a la nota al pie nº 102 del Capítulo v]

El origen de los gremios ha sido tema de muchas controversias. No hay la menor duda de que los gremios de oficios o «colegios» de artesanos ya existían en la antigua Roma. Ciertamente, en un pasaje de Plutarco aparece que Numa legisló acerca de ellos. «Él dividió al pueblo», se nos dice, «en oficios (...) les ordenó tener hermandades, festividades y reuniones, y les señaló la adoración que debían cumplir ante los dioses, de acuerdo con el rango de cada oficio». Sin embargo, hay casi la certeza de que no fue el rey romano el que inventó, o instituyó, los colegios de oficios, que ya existieron en la antigua Grecia; con toda probabilidad él simplemente los sometió a la legislación real, al igual que quince siglos más tarde Philippe le Bel [Felipe IV de Francia, apodado «El Hermoso», como

más tarde lo sería su homónimo español, N. del T.] sometió a los oficios de Francia, muy en detrimento de éstos, a la supervisión y legislación real. De uno de los sucesores de Numa, Servio Tulio, también se dice que promulgó alguna legislación concerniente a los colegios¹.

En consecuencia, era muy natural que los historiadores se preguntasen si los gremios que tomaron tal desarrollo en el siglo XII, e incluso en el X y el XI, no constituyeron la vuelta a la vida de los antiguos «colegios» romanos, más aún cuando estos últimos, como vimos en la cita anterior, se correspondían casi exactamente con el gremio medieval². Se sabe, en verdad, que en el sur de la Galia existieron hasta el siglo XII corporaciones del tipo de las romanas. Además, una inscripción hallada durante unas excavaciones en París muestra que bajo Tiberio existió una corporación de *nautae* de Lutecia; y en la Carta concedida a los «comerciantes acuáticos» de París en 1170 se habla de que sus derechos existían *ab antiquo* (mismo autor, p. 51). Por consiguiente nada de extraño tendría que las corporaciones se hubiesen mantenido en la antigua Francia medieval aún después de las invasiones de los bárbaros.

Sin embargo, por mucho que se pueda conceder no hay razón para mantener que las corporaciones holandesas, los gremios normandos, los *artéls* rusos, los *amkari* georgianos, y demás, necesariamente hayan tenido un origen romano, y ni siquiera bizantino. Por supuesto, la interrelación entre los normandos y la capital del Imperio Romano era intensa, y los eslavos (como lo han demostrado los historiadores rusos, especialmente Rambaud) tomaban parte activa en esa interrelación. De manera que los normandos y los rusos podrían haber importado la

organización romana de las corporaciones de oficios a sus respectivos países. Pero cuando vemos que el *artél* era la esencia misma de la vida cotidiana de todos los rusos tan temprano como en el siglo x, y que ese *artél*, aunque hasta los tiempos modernos ningún tipo de legislación haya regulado jamás su vida, tiene exactamente las mismas características que el colegio romano y el gremio occidental, nos inclinamos todavía más a considerar que el gremio oriental tiene un origen aún más antiguo que el colegio romano. En verdad los romanos sabían bien que sus *sodalitia* y sus *collegia* eran «lo que los griegos llamaron *hetairiai*» (Martin-Saint-Lèon, p. 2), y por lo que conocemos de la historia del Oriente podemos concluir con poco margen de error que las grandes naciones del Este, al igual que Egipto, también poseían la misma organización de gremios. Los rasgos esenciales de esa organización continúan siendo los mismos dondequiera que podamos encontrarlos. Se trata de una unión de hombres que desempeñan la misma profesión u oficio. Esa unión, como el clan primitivo, tiene sus propios dioses y su propio culto, que contiene siempre algunos mismos misterios específicos para cada unión por separado; considera a todos sus miembros como hermanos y hermanas, posiblemente (en sus inicios) con todas las consecuencias que ese tipo de relación implicaba en el *gens* o, al menos, con ceremonias que indicaban o simbolizaban las relaciones clánicas de hermano y hermana; y finalmente todas las obligaciones de apoyo mutuo que existían en el clan existen en esa unión; a saber, la exclusión de la posibilidad misma de un homicidio dentro de la hermandad, la responsabilidad del clan ante la justicia y la obligación, en caso de una disputa menor, de llevar el caso

ante los jueces, o más bien los árbitros de la hermandad gremial. El gremio —podría decirse— está constituido entonces sobre el modelo del clan.

En consecuencia, las mismas observaciones hechas en el texto en lo concerniente al origen de la comunidad de aldea valen igualmente, estoy inclinado a pensar, para el gremio, el artél y la hermandad del oficio o el vecindario. Cuando los nexos que anteriormente mantenían unidos a los hombres en sus clanes se distendieron como consecuencia de las migraciones, la aparición de la familia paterna y una creciente diversidad de ocupaciones, la humanidad forjó un nexo territorial nuevo bajo la forma de la comunidad de aldea; y otro nexo —un nexo ocupacional— fue forjado en una hermandad imaginaria: el clan imaginario, representado cuando se trataba de dos o apenas unos pocos hombres por la hermandad de la «mezcla de sangres» (el *probatimsvo* eslavo), y cuando se trataba de un número mayor de hombres de diferente origen, es decir, provenientes de clanes distintos que vivían en la misma aldea o ciudad (y hasta en aldeas o ciudades diferentes), por la *fratria*, la *hetairiai*, el *amkari*, el artél, el gremio³.

En cuanto a la idea y la forma de dicha organización, sus elementos ya venían indicados desde el remoto período del salvajismo. Sabemos, ciertamente, que en los clanes de los salvajes existen organizaciones secretas por separado: de guerreros, de brujos, de jóvenes, etcétera; misterios del oficio, en los que se transmiten conocimientos acerca de la caza o la guerra; en una palabra, «clubes», como los describe Mikulkho-Maclay. Esos «misterios» eran, con toda probabilidad, los prototipos de los futuros gremios⁴.

Con respecto a la obra de E. Martin-Saint-Léon que hemos estado mencionando, permítaseme agregar que contiene valiosa información en lo tocante a la organización de los oficios en París —tomada del *Livre des métiers* de Boileau— y un buen sumario de información relativa a las comunas de diferentes partes de Francia, con todas las indicaciones bibliográficas. Debemos recordar, sin embargo, que París era una «ciudad real» (como Moscú, o Westminster) y en consecuencia las instituciones de la ciudad medieval libre nunca alcanzaron en ella el desarrollo correspondiente. Lejos de representar «la imagen de una corporación típica», las corporaciones de París «nacieron y se desarrollaron bajo la tutela directa de la realeza», y por esa misma causa (que el autor considera de superioridad cuando en verdad lo era de inferioridad: él mismo muestra claramente en diferentes partes de su obra cómo la interferencia del poder imperial en Roma y en Francia destruyó y paralizó la vida de los gremios de los oficios), nunca pudieron alcanzar el crecimiento y la influencia maravillosos a que llegaron en la Francia nororiental, en Lyons, Montpellier, Nîmes, etcétera, o en las ciudades libres de Italia, Flandes, Alemania y demás.

X. EL MERCADO Y LA CIUDAD MEDIEVAL

[a la nota al pie nº 107 en el Capítulo VI]

En una obra sobre la ciudad medieval (*Marka und Stadt in ihrem rechtlichen Verhältnis*, Leipzig, 1896), Rietschel ha desarrollado la idea de que el origen de las comunas alemanas medievales hay que buscarlo en el mercado. El mercado local, puesto bajo la protección de un obispo,

un monasterio o un príncipe, congregaba a su alrededor una población de comerciantes y artesanos, mas no de agricultores. Los distritos en los que, por lo general, se dividían las ciudades irradiando del mercado y poblándose cada uno con artesanos de oficios especializados constituyen una prueba de ello: por lo general conformaban la Ciudad Vieja, mientras que la Ciudad Nueva solía ser una aldea rural perteneciente al príncipe o al rey. Las dos eran gobernadas bajo leyes diferentes.

Con toda certeza el mercado jugó un papel importante en el desarrollo inicial de todas las ciudades medievales, contribuyó a incrementar la riqueza de los ciudadanos y les insufló pensamientos de independencia; pero, como lo señalara Carl Hegel, el conocido autor de una muy buena obra general sobre las ciudades medievales alemanas (*Die Entstehung des deutschen Städtwesens*, Leipzig, 1898), la ley citadina no es una ley del mercado, y la conclusión de Hegel es (como un apoyo más a las opiniones emitidas en este libro) que la ciudad medieval tuvo un origen doble. Había en ella «dos poblaciones ubicadas una al lado de la otra: una rural y la otra puramente urbana»; la población rural, que anteriormente vivía bajo la organización de la *Almende*, o comunidad de aldea, fue incorporada a la ciudad.

En lo que atañe a los gremios de comerciantes, la obra de Herman van den Linden (*Les Tildes marchandes dans les Pays-Bas au Moyen Age*, Gand, 1896, en *Recueil de travaux publiés par la Faculté de Philosophie et Lettres*) merece especial mención. El autor sigue el desarrollo gradual de su fuerza política y la autoridad que fueron adquiriendo gradualmente sobre la población industrial, especialmente sobre los pañeros, y describe la alianza que formaron los artesanos para oponerse a su creciente

poder. La idea desarrollada en este libro concerniente a la aparición del gremio de los comerciantes en un período posterior, que se corresponde con un período de declinación de las libertades de la ciudad, parece así hallar confirmación en las investigaciones de H. van den Linden.

XI. DISPOSITIVOS DE AYUDA MUTUA EN LAS ALDEAS HOLANDESAS DEL PRESENTE

[a la nota al pie nº 153 en el Capítulo VII]

El Reporte de la Comisión de Agricultura de Holanda contiene muchos ejemplos relativos a este tema, y mi amigo M. Cornelissen fue lo bastante gentil como para escogerme los pasajes correspondientes en esos voluminosos tomos (*Uitkomsten van het Onderzoek naar den Toestand van den Landbouw in Nederland*, 2 vols. 1890).

El hábito de tener una trilladora que va rotando por muchas granjas, cada una alquilando su turno, está muy difundido y para el momento existe en casi todos los países. Pero uno se encuentra de vez en cuando una comuna que posee una trilladora para la comunidad (vol. I. XVIII. p. 31).

Los granjeros que no cuentan con el número de caballos necesarios para el arado se los piden prestados a sus vecinos. El hábito de tener un buey o un semental comunal es muy común.

Cuando la aldea tiene que rellenar el terreno (en las zonas bajas) a fin de construir una escuela comunal, o uno de los campesinos necesita hacerlo para edificar una casa nueva, por lo general se convoca a un *bede*. Se hace lo mismo en el caso de los granjeros que se mudan. El *bede* es también una costumbre ampliamente difundida y nadie, pobre o rico, dejará de acudir con su caballo y su carreta.

NOTAS

1. A Servio Tullio *populus romanus* relatus in censum, digestus in classes, curiis atque collegiis distributus (E. Martin-Saint-Léon, *Histoire des corporations de mé tiers depuis leurs origines jusqu'à leur suppression en 1791, etc.*, París, 1897).
2. La *sodalitia* romana, hasta donde podemos juzgar (mismo autor, p. 9) se correspondía con los *Çofs* de los cabilas.
3. Resulta sorprendente ver cuán claramente está expresada esa idea misma en el famoso pasaje de Plutarco concerniente a la legislación de Numa de los colegios de oficios: «Y gracias a eso», escribió Plutarco, «fue el primero en erradicar de la ciudad aquel espíritu que llevaba a la gente a decir: 'soy un sabino', o 'soy un romano', o 'soy súbdito de Tacio', y a otros 'soy súbdito de Rómulo'»: en otras palabras, el primero en erradicar la idea de la ascendencia diferente.
4. La obra de H. Schurtz, dedicada a las «clases etarias» y las uniones secretas de los hombres durante las etapas de barbarie de la civilización (*Altersklassen und Männerverbände: eine Darstellung der Grundformen der Gesellschaft*, Berlín, 1902), que llega a mí cuando estoy revisando las pruebas de estas páginas, contiene cantidades de datos en apoyo de la hipótesis anterior concerniente al origen de los gremios. El arte de construir una gran casa comunal sin ofender a los espíritus de los árboles abatidos; el arte de forjar metales como conciliación de los espíritus hostiles; los secretos de la caza y los de las ceremonias y máscaras danzantes que aseguran su éxito; el arte de enseñarles las artes salvajes a los muchachos; las maneras secretas de mantener a raya de la brujería a los enemigos y, por consiguiente el arte de la guerra; la construcción de embarcaciones, de redes para la pesca, de trampas para los animales y de señuelos para las aves, y finalmente las artes femeninas del tejido y el teñido: todas ellas fueron en el pasado remoto «artificios» y «oficios» que requerían del secreto para ser efectivos. En consecuencia, fueron transmitidos desde tiempos inmemoriales en sociedades secretas, o «misterios», tan sólo a aquellos que habían pasado por una dolorosa iniciación. H. Schurz nos muestra hoy que la vida salvaje está saturada de sociedades y «clubes» secretos (de cazadores, de guerreros) que tienen un origen tan ancestral como las «clases» matrimoniales en los clanes, y ya contienen todos los elementos del futuro gremio: el secreto, la independencia respecto a la familia y a veces respecto al clan, la adoración en común de dioses especiales, las comidas comunales, la jurisdicción dentro de la sociedad y la hermandad. La fragua y el cobertizo de las embarcaciones son, de hecho, dependencias usuales en los clubes de hombres; y las «casas grandes» o las «casas del conciliábulo» son construidas por artesanos especiales que saben cómo conjurar los espíritus de los árboles abatidos.

CRONOLOGÍA *

Año	Vida y obra de Piotr A. Kropotkin	En el mundo	En América
1842	Piotr Alexéievich Kropotkin nace en Moscú el 9 de diciembre. Su madre, Yekaterina Nikolaevna Sulima, fue una dama de la aristocracia rusa. Su padre, Aleksei Petrovich Kropotkin, oficial del Ejército del Zar y de familia noble.	China: Concluye la guerra del opio y es obligada a ceder Hong Kong y abrir sus puertos al comercio mediante el Tratado de Nanking. Darwin redacta una primera versión de su <i>Teoría de las especies</i> .	Paraguay: Independencia. Colombia: Termina la guerra civil con mediación inglesa. Nicaragua: Inglaterra invade y crea el reino de Mosquitia. Centroamérica: Pacto de unión. México: Jones intenta apoderarse de la Alta California.
1846	Muere su madre de tuberculosis. Piotr y sus tres hermanos quedan a cargo del estricto padre.	España: Reprimida la rebelión de Galicia. Estalla rebelión campesina en Cataluña. Charles Darwin escribe sus <i>Observaciones geológicas sobre América del Sur</i> .	Estados Unidos declara guerra a México, Santa Anna dirige la resistencia. Venezuela: Se inicia la hegemonía de los hermanos Monagas.
1848	Su padre vuelve a casarse, a partir de los requerimientos de sus oficiales superiores, con Yelizaveta Mar'kovna Korandino.		México se ve forzado a firmar los convenios de Guadalupe-Hidalgo, por los que cede a los Estados Unidos más de la mitad de su territorio. Cuba: Gobierno norteamericano intenta comprar la isla por 100 millones de dólares. Venezuela: alzamiento de José Antonio Páez.

1850	Comienza sus estudios en su propio hogar, dirigido por varios tutores.	Austria y Prusia: Crece tensión por dominio de territorio alemán.	Estados Unidos e Inglaterra firman el Tratado Bulwer-Clayton para establecer sus zonas de influencia en América Central. Panamá: Se enfrentan panameños y norteamericanos.
1853	Su hermano Nikolai (1834) abandona el hogar para cumplir el servicio militar en la Guerra de Crimea.	Rusia: Guerra de Crimea, expansionismo ruso. Francia: Ocupación de Nueva Caledonia. Joseph Gobineau escribe <i>Ensayo de desigualdad de las razas</i> .	Primera asociación obrera chilena, la Sociedad Tipográfica, dirigida por el peruano Víctor Laynez. Estados Unidos propone a España la adquisición de Puerto Rico y Cuba. México: Santa Anna vende a Estados Unidos parte del sur de Arizona.
1856	Su hermano Alexander (1841) se incorpora al Cuerpo de Cadetes de Moscú. La ausencia de este hace que Piotr trate de llenar ese vacío con un acercamiento a su tutor Nikolai Pavlovich Smirnov, quien se convierte en su mentor.		Colombia: Primera intervención militar norteamericana de Panamá. Nicaragua: Walter toma el poder e instaura la esclavitud.
1857	Ingresa al cuerpo de pajes de la corte del Zar. Tiene problemas de adaptación al grupo, cuyo autoritarismo identifica con el de su padre. Se refugia en un intenso estudio, redacta cartas y publica un periódico escolar.	India: Estalla la rebelión. Inglaterra pierde India Central. China: Franceses e ingleses en Cantón.	Ecuador: Entrega de El Pailón y margen izquierda del Amazonas a acreedores ingleses.

1861	Se rebela ante el autoritarismo de un nuevo director del cuerpo de pajes, lo que le vale un encarcelamiento de varias semanas en la prisión de Cropspi. Es su primera experiencia como rebelde. Se desilusiona del Zar y su gobierno al comparar la vida de la aristocracia con las desventuras de los campesinos.	Plotino Rhodakanaty: <i>Cartilla socialista</i> , es decir, catecismo elemental de la Escuela Socialista de Charles Fourier. J.S. Mill: <i>Sobre el utilitarismo</i> . P. Proudhon: <i>Teoría del impuesto</i> . H. Spencer: <i>Educación: Moral, intelectual, física</i> .	México: Benito Juárez presidente. Al suspender el pago de la deuda externa, Inglaterra, España y Francia se unen para invadir México. Venezuela: Desarrollo de la Guerra Federal, Páez es jefe militar y civil. Colombia: Tomás Cipriano Mosquera toma la capital y se declara presidente. Estados Unidos: Guerra de secesión. Abraham Lincoln presidente.
1862	Se gradúa con las mejores calificaciones y renuncia a un futuro en la academia de Artillería. Consigue ir a Siberia bajo las órdenes del general Krugel, a quien considera capaz de promover los cambios necesarios en la sociedad rusa.	Prusia: triunfo electoral de los liberales y arremetida conservadora militarista.	Amenazas e invasiones imperialistas inglesas, españolas y francesas en México, Uruguay y Brasil. Benjamín Vicuña Mackenna organiza desde Chile la Unión Americana.
1866	Abandona el Ejército. Dos eventos lo deciden: un viaje a las minas de oro de Lena, donde descubre que la situación de los mineros es peor que la que viven los trabajadores de Amur; y la forma en que un intento de fuga hacia China de un grupo de exilados provoca la intervención del Ejército, que reprime y mata a varios de ellos.	Suiza: Primer Congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores. España: Sublevaciones en Valladolid y Madrid. Eliminada la libertad de prensa. La Iglesia controla la educación. M. Bakunin: <i>Catecismo revolucionario</i> .	Se reanuda conflicto bélico de Perú, con el apoyo de Chile. Cuba y Puerto Rico: Movimientos independentistas. Estados Unidos: Resurge el problema racial. En Tennessee se funda el Ku-Klux-Klan.

1868	Ingresa a la universidad pero no completa los requisitos financieros para continuarla. Se sumerge completamente en los trabajos como geógrafo.	Portugal: abolición de esclavitud en sus colonias. Suiza: Bakunin forma la Alianza Internacional de la Democracia Socialista. Inglaterra: Lucha por el voto femenino.	Cuba: Guerra de independencia, grito de Yara.
1871	Muere su padre. La Sociedad Geográfica Imperial le ofrece el cargo de secretario. Rechaza la oferta, más interesado en el estudio de las asociaciones de trabajadores durante la guerra Franco-Prusiana y de la cobertera para un periódico de los sucesos de la Comuna de París.	Surge la Comuna de París, que promueve elecciones populares, toma medidas económicas, reconoce la unión libre, la igualdad de los hijos naturales y autonomías locales. Bajo las órdenes de Thiers, la milicia francesa reprime a los sublevados. Ch. Darwin: <i>La descendencia humana y la selección sexual</i> .	J.B. Alberdi: <i>Viajes y aventuras de la verdad en el Nuevo Mundo</i> . José Martí es deportado a España.
1873	Entre sus actividades revolucionarias, las cuales realiza bajo el nombre de Borodin, escribe un Manifiesto Revolucionario que cae en manos de la policía. Está firmado con su nombre real, por lo que la policía lo considera el líder del movimiento revolucionario. Sin embargo, lo libera el tener el respaldo de la Sociedad Geográfica.	España: Estallan rebeliones. El país es proclamado como la Primera república con cuatro presidentes consecutivos. Francia: retiro de Prusia, Mac-Mahon presidente de la Tercera República. Prusia, Austria, Hungría y Rusia firman pacto para mantener la paz y combatir los ideales socialistas y liberales. Crisis económica mundial. M. Bakunin: <i>Los bakunisas en acción</i> . Ch. Darwin: <i>La expresión de las emociones en el hombre y en los animales</i> .	Intervención norteamericana en las ciudades de Panamá y Colón entre motines y rebeliones. Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua firman tratado para afirmar principios liberales en sus gobiernos. José Martí: <i>La República española ante la Revolución cubana</i> . Antonio Zambrano: <i>La República de Cuba</i> .

1874	Es arrestado, esta vez bajo su pseudónimo Borodin. Allanan su casa y descubren toda la literatura prohibida, su diario personal y sus escritos revolucionarios. La presión de la Sociedad Geográfica logra que sus carceleros le permitan escribir algunas horas diarias. De allí surgió un largo estudio sobre los períodos glaciales que se publicara dos años más tarde.	España: Finaliza la Primera República, Martínez Campos inicia la Restauración, Alfonso XII (-1885) asume el trono. Vaticano: Pío IX prohíbe participación política de católicos.	Venezuela: Guzmán Blanco clausura los conventos.
1875	Recibe en su celda la visita del Príncipe Nicolai Nikolaevich, hermano del Zar, quien trata de entender cómo un noble y científico brillante puede estar asociado al movimiento revolucionario. En deterioro físico constante, contrae reumatismo. El ministerio de Justicia lo traslada a la casa de Detención de S. Petersburg.	Alemania: fundado el Partido Socialista Obrero en Alemania luego del Congreso unificador de Gotha.	Argentina: agitación anticlerical, estado de sitio y persecución de partidarios de la Internacional Obrera. Venezuela: ruptura de relaciones con Holanda y Colombia. En Brasil se funda la Sociedad para el Culto de la Difusión Positiva. Martí participa en México en debates sobre materialismo y espiritismo.
1876	Se fuga de la cárcel. A través de Suecia viaja a Inglaterra. Se publica su trabajo A propòs de la question d' Orient.	Inglaterra: la reina Victoria se proclama emperatriz del imperio inglés de la India. Rusia: surge el movimiento «Tierra y Libertad». África: creada la Asociación Internacional Africana. Muerte de Bakunin.	México: Porfirio Díaz en el poder. Ecuador: dictadura anticlerical. Estados Unidos: fin de la Primera Internacional Marxista luego de las sesiones del Congreso reunido en Filadelfia.

1879	Funda y dirige el semanario <i>La Revolte</i> . Escribe y publica <i>The Anarchist Idea from the Viewpoint of Its Practical Realization</i> .		Chile, Perú y Bolivia: Guerra del Pacífico por la explotación de salitre y guano en Antofagasta. Chile invade, Perú y Bolivia se alían pero Chile los supera con el apoyo inglés. Estados Unidos se oponen a la construcción del Canal de Panamá por Francia. Martí pronuncia su primer discurso en Cuba; es detenido y deportado a España.
1880	Publica artículos en los periódicos <i>Arbeiter Zeitung</i> , <i>L'Avant-Garde</i> , <i>La Justice</i> , además de su propio semanario. Publica también los siguientes libros: <i>La Situation</i> , <i>La Décomposition des Etats</i> , <i>La Commune de Paris</i> , <i>La Prochaine Revolution</i> , <i>Les Pendaions en Russie</i> , <i>La Question agraire</i> , <i>Aux Jeunes Gens</i> .	Irlanda: Carlos Parnell inicia lucha contra Inglaterra. España: Partido Fusionista liberal, Primer Congreso Catalanista en Barcelona. Francia y Bélgica: se imponen políticas laicistas.	Cuba: abolida la esclavitud gradualmente. Se inauguran trabajos de construcción del Canal de Panamá. J.B. Alberdi: <i>La omnipotencia del Estado y la negación de la libertad individual</i> . Jorge Isaacs: <i>La revolución liberal de Antioquia</i> . H. Soler: <i>El darwinismo ante la filosofía de la naturaleza</i> .
1881	Viaja a Londres para participar en el Congreso Internacional Anarquista, allí tiene un papel destacado. Publica: <i>L'Année 1880</i> , <i>Les Ennemis du peuple</i> , <i>La Situation en Russie</i> , <i>La Vérité sur les exécutions en Russie</i> , <i>L'Espirít de Révolté</i> , <i>Tous socialistes</i> , <i>Les Minorités révolutionnaires</i> , <i>L'Organisation ouvrière</i> .		México: Albert Owen instala la colonia utópica de Topolobampo. Argentina: vendidos los territorios conquistados a la población indígena. Martí, en Caracas, funda la Revista Venezolana y es profesor. Vuelve a discutir a Estados Unidos por disgustar a Guzmán Blanco.

1882	Es detenido en Lyon y condenado a cinco años de prisión. Publica <i>The Russian Revolutionary Party, La Guerre, Les Droits politiques, Théorie et pratique, La Loi de l'autorité, Le Gouvernement pendant la révolution, Les Préludes de la révolution, La Situation en France, L'Expropriation.</i>	Rusia: expulsados los judíos. Italia: fundado Partido Socialista. Egipto: protectorado inglés. Nietzsche: <i>La gaya ciencia</i>. Bakunin: <i>Dios y el Estado</i>.	Perú: Ocupación por fuerzas chilenas.
1886	Al retornar a Inglaterra, su salud ya no le permite participar activamente en los movimientos sociales. Su esposa enferma de tífus. Su hermano Alejandro se suicida en su exilio siberiano y su cuñada va a vivir con ellos a Inglaterra. Publica <i>L'Expropriation, Anarchy in Socialist Evolution, Comment on s'enrichit, La Pratique de l'expropriation, La Guerre sociale. Les Ateliers nationaux.</i>		Chile: Juan Manuel Balmaceda, presidente. Inicia lucha nacionalista contra el dominio inglés. Estados Unidos: huelga general obrera en Chicago en reclamo de la jornada laboral de ocho horas; sus líderes arrestados y condenados a muerte.
1887	Dedicado al trabajo intelectual, además de numerosos artículos, publica tres libros: <i>In Russian and French Prisons, The Coming Anarchy, The Scientific Basis of Anarchy</i>		Venezuela: paga indemnización a Inglaterra a raíz de apresamiento de tres buques ingleses.

1888	Publica <i>The Industrial Village of the Future, Le Salariat</i> .	España: Partido Socialista Obrero Español y Unión General de Trabajadores en Barcelona.	Brasil: eliminada la esclavitud negra.
1889	Publica <i>Le centenaire de la révolution, Ce que ctest qutune grève, Brain Work and Manual Work</i> .	Francia: creación de la II Internacional a partir de Congreso del movimiento obrero y socialista; aprueban formar partidos socialistas en cada nación y celebración del 1º de mayo para luchar por la jornada laboral de ocho horas. Rusia: atentados y terrorismo.	Delegados obreros argentinos asisten a fundación de II Internacional.
1890 1900	En 1897 es invitado a Canadá por la Asociación Británica para el Avance de la Ciencia. Prolonga su viaje hacia Estados Unidos y visita New York y Boston. El <i>Atlantic Monthly</i> le propone publicar sus memorias. Libros publicados en este período: <i>La Conquête du Pain,, Fields, Factories and Workshops</i> .	Inglaterra: anexiona Birmania. Conflictos entre Francia y Alemania. España: Barcelona, atentados y represión de los anarquistas. Primer número de la revista Vida literaria. Rusia: Nicolás II asume el poder tras muerte de Alejandro III. Rusia: Lenin es arrestado. Francia: se funda Confederación General del Trabajo. China: Rebelión de los boxers. Alemania: Finaliza huelga minera. Primer periódico Feminista, <i>La Fronda</i> , publicado por Margueritte Durand. Sigmund Freud: <i>La interpretación de los sueños</i> .	Cuba: Martí funda en Estados Unidos el Partido Revolucionario Cubano y Puertorriqueño. Muere en Dos Ríos. Argentina: Lugones promueve huelgas estudiantiles y funda primer centro socialista en Córdoba. España pierde la guerra contra Estados Unidos y los territorios de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Venezuela: Triunfa la revolución liberal con Cipriano Castro. Estados Unidos e Inglaterra firman con Panamá tratado para fabricar el canal.

1901	Visita nuevamente Estados Unidos. Su salud se resiente con el viaje y escribe a su amigo Guillaume que no le queda mucho tiempo de vida. Publica <i>L'Organisation de la vindicte appellée Justice</i>, <i>Modern Science and Anarchism</i>, <i>The Development of Trade Unionism</i>.	Fundación del Partido Radical y Radical Socialista francés.	Enmienda Platt. Estados Unidos establece protectorado sobre Cuba y se asegura la base de Guantánamo. Reino Unido cede a Estados Unidos derecho exclusivo a construir el Canal de Panamá. Theodore Roosevelt define la política del «gran garrote». Venezuela: Cipriano Castro es nombrado oficialmente presidente.
1902	Publica <i>Zapiski revolutsonera</i>, <i>The ethical needs of the present day</i> y <i>Mutual Aid</i> (La Ayuda Mutua).	Francia: jornada de trabajo de los mineros en nueve horas. España: se emplean tropas para cobrar impuestos.	Independencia de Cuba: Fin de la ocupación militar norteamericana. Fijación de límites entre Chile y Argentina. Guerra entre Brasil y Bolivia. Venezuela: Bloqueo naval por parte de Alemania, Italia e Inglaterra. Intervención de Estados Unidos para acabar el bloqueo.
1904	Publica <i>The ethical needs of the present day</i>, <i>Comment fut fondé Le Révolté</i>, <i>Maxim Górk</i>.	Guerra Ruso-Japonesa. Manifestación de mujeres en Valladolid pidiendo «pan y trabajo».	Termina la guerra entre Brasil y Bolivia. Estados Unidos gana el control de la Zona del Canal de Panamá.
1905	Publica <i>The Constitutional Agitation in Russia</i> y <i>Bakunin</i>, que a pesar de su alejamiento es publicado en el <i>Khleb i volia</i>. Se imprime su libro académico <i>Ideals and realities in Russian literature</i>.	Los mineros británicos del carbón, menores de 18 años, obtienen la jornada diaria de 8 horas. Revolución Rusa de 1905. Noruega se independiza de Suecia. Alzamiento del acorazado Potemkin en Rusia. Japón derrota a Rusia.	

1906	Publica <i>Nashe otnoshenie k kret'ianskim i rabochim soizuzam</i> y <i>The Conquest of Bread</i> .	La situación de miseria se agrava día a día en España. Gran Bretaña invade Egipto.	
1908	Se residencia en Brighton, de mejor clima que Londres. Viaja a Suiza e Italia para alejarse del invierno inglés que deteriora su salud.	Turquía: Revolución de los Jóvenes Turcos. China: Kuomintang. Friedrich Nietzsche: <i>Ecce Homo</i> .	Venezuela: J.V. Gómez asume el poder.
1909	Publica <i>Anarchism: its philosophy and ideal</i> , <i>The Terror in Russia</i> , <i>The Great French Revolution, 1789-1793</i> y <i>Anarchism: its philosophy and ideal</i> .	Serbia acepta el control de Austria en Bosnia-Herzegovina. Lenin: <i>Materialismo y empiriocriticismo</i> .	Colombia reconoce independencia de Panamá.
1910	Escribe para la Enciclopedia Británica el ensayo <i>Anarchism</i> y publica <i>Insurrection et révolution</i> .		Se crea Unión Panamericana. Inicio de la Revolución Mexicana en Puebla.
1911	Publica el libro <i>The State: Its Historic Role</i> .	Guerra Italo-Turca. Cae la dinastía Manchú en China. Día internacional de la mujer.	Descubrimiento de Machu Picchu.
1912	Publica el Libro: <i>Modern Science and Anarchism</i> .	República Popular China. Asesinato del Presidente del Gobierno español, José Canalejas. Tibet se declara independiente.	Fundación del Partido Obrero Socialista de Chile. Rebeldes mexicanos toman Casas Grandes.
1913	Convince a las autoridades Suizas para que le permitan vivir en ese país. Publica: <i>La Croisade la science de M. Bergson</i> , <i>The Coming War</i> .	Mahatma Gandhi es arrestado en Sudáfrica.	

1914	Publica <i>L'action anarchiste dans la révolution</i> .	Asesinato del Archiduque Francisco Fernando en Sarajevo: Primera Guerra Mundial. Turcos matan dos millo- nes de griegos.	Pancho Villa derrota a Huerta en Zacatecas.
1915	Publica <i>War! y Law and authority; an anarchist essay</i> .	Ejecución de los serbios condenados por el aten- tado de Sarajevo. Comienza genocidio armenio por el estado Turco.	Pancho Villa asume poderes militares y civiles en México.
1916	Publica <i>La Nouvelle Internationale</i> .	Primera Guerra Mundial: Fuerzas aliadas se retiran de Gallipoli. Batalla de Verdún. Retirada Rusa. Hundimiento del Titanic. Inicio de la Guerra de Independencia en Irlanda.	
1917	Se traslada inmediata- mente a Petrogrado, donde desarrolla múlti- ples actividades en el gobierno naciente.	Revolución Rusa. Gobierno revolucionario bolchevique al mando de Lenin.	Estados Unidos entra en la Gran Guerra.
1918	Abandona toda función de gobierno y se esta- blece en Dimitrov, con- vencido de que la revo- lución se ha detenido.	París bombardeado por primera vez. Ejército británico toma Jericó (Palestina). Turcos incendian biblio- teca de Bagdad. Sultán Mehmed V sube al trono turco. Termina Primera Guerra Mundial. Asesinato del Zar y su familia.	César Vallejo: <i>Los heraldos negros</i> .

1919	Escribe varias cartas a Lenin, analizando los problemas de la población. Aprovecha su tiempo para terminar varios libros que habían quedado pendientes. Se publica <i>Direct Action of Environment and Evolution</i> .	Alemania: Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht y Wilhelm Pieck fundan el Partido Comunista. Se funda el partido que luego fuera Nacional socialista. Revolución espartaquista fracasada y Rosa Luxemburgo es asesinada. Ejército soviético ocupa Ucrania. Mussolini funda el Partido Fascista. Firma del Tratado de Versalles.	Asesinato de E Zapata en México. Detienen en Estados Unidos a comunistas y anarquistas. Se crea la Sociedad de las Naciones. Semana trágica de revueltas en Buenos Aires.
1921	Fallece en febrero, en Dimitrov. Aunque los anarquistas eran perseguidos en toda Rusia en ese momento, una aprobación directa de Lenin les permite organizar su funeral, al cual asisten numerosas personas.	Detenciones de comunistas en Francia. Gran Bretaña ocupa Dublin. Rebeliones obreras en Petrogrado y Moscú. Se crea el Partido Comunista Español.	Estados Unidos entra en la Gran Guerra.

* Como el autor escribió en por lo menos tres idiomas diferentes, hemos conservado los nombres de sus trabajos en la lengua original en que fueron escritos.

Anexo

KROPOTKIN NO ESTABA TAN CHIFLADO

STEPHEN JAY GOULD

A finales de 1909, dos grandes hombres mantenían correspondencia pasando por sobre océanos, religiones, generaciones y razas. León Tolstoi, el sabio de la no violencia cristiana, en sus últimos años le escribió a Mahatma Gandhi, el luchador por los derechos de los colonos hindúes en Sudáfrica:

Dios ayude a nuestros queridos hermanos y compañeros trabajadores en el Transvaal. La misma lucha de la tersura contra la aspereza, de la humildad y el amor contra el orgullo y la violencia, cada año se va haciendo sentir con mayor fuerza también entre nosotros.

Un año más tarde, cansado de los conflictos domésticos e incapaz de soportar la contradicción de vivir en la pobreza cristiana en una próspera heredad manejada con los ingresos indeseados provenientes de sus grandes novelas (escritas antes de su conversión religiosa y publicadas por su esposa), Tolstoi huyó en tren en busca de parajes desconocidos y un final más sencillo para sus días de mengua. Le escribió a su esposa:

Mi partida te afligirá. Lo siento mucho, pero comprende y créeme que no podía ser de otra manera. Mi posición en

la casa se está volviendo, o ya se volvió, inaguantable. Aparte de todo lo demás, no puedo seguir viviendo en las condiciones de suntuosidad en que lo he venido haciendo. Hago lo que comúnmente hacen los viejos de mi edad: dejar esta vida mundana para pasar los últimos días de mi vida en paz y soledad.

Pero el último viaje de Tolstoi fue breve e infeliz. Menos de un mes más tarde, el frío y la fatiga por los numerosos trayectos prolongados en los trenes rusos en las cercanías del invierno, hicieron que contrajera neumonía y murió a los ochenta y dos años en la casa del administrador de la estación de Astapovo. Demasiado débil para escribir, dictó su última carta el 1º de noviembre de 1910, dirigida a un hijo y una hija que no compartían sus opiniones acerca de la no violencia cristiana. Tolstoi ofrecía en ella una última palabra de advertencia:

Las opiniones que ustedes se han formado acerca del darwinismo, la evolución y la lucha por la existencia no les van a explicar el significado de sus vidas ni les proporcionarán una guía para sus acciones, y una vida sin explicación de su significado y su importancia, y sin la guía infalible que de ella emana, es una existencia lastimosa. Piensen en ello. Se los digo probablemente al borde de la muerte, porque los amo.

La queja de Tolstoi ha sido la más común de todas las denuncias en contra de Darwin, desde la publicación de *El origen de las especies* en 1859 hasta hoy. El darwinismo, argumenta la carta, socava la moralidad al pretender que el éxito en la naturaleza sólo puede ser medido por la

victoria en una batalla sangrienta —la «lucha por la existencia» o la «supervivencia del mejor adaptado», para citar los lemas escogidos por el propio Darwin—. Si queremos que «la humildad y el amor» venzan a «el orgullo y la violencia» (como le escribió Tolstoi a Gandhi) entonces tenemos que repudiar la visión de Darwin del proceder de la naturaleza, como lo planteó Tolstoi en la súplica final a sus hijos descarriados.

Ese cargo contra Darwin es desleal por dos razones. Primero, la naturaleza (no importa cuán cruel en términos humanos) no proporciona ninguna base para nuestros valores morales. (La evolución debería, en todo caso, ayudar a explicar por qué tenemos sentimientos morales, pero la naturaleza jamás puede decidir por nosotros si determinada acción particular es correcta o incorrecta). Segundo, la «lucha por la existencia» de Darwin constituye una metáfora abstracta, no una declaración explícita acerca de una batalla sangrienta. El éxito en la reproducción, el criterio de la selección natural, opera de muchas maneras: la victoria en la batalla puede ser un camino, pero la cooperación, la simbiosis y la ayuda mutua también aseguran el éxito en otros tiempos y contextos. En un pasaje famoso, Darwin explicó su concepto de lucha evolucionista:

Empleo ese término en su sentido lato y metafórico, incluida la dependencia entre los seres, e incluida también (y más importante aún) no sólo la vida del individuo, sino el éxito en dejar progenie. Se puede decir con apego a la verdad que en tiempo de escasez de alimentos dos animales caninos lucharán entre ellos para conseguir alimento y vida. Pero de una planta al borde del

desierto se dice que lucha por la vida en contra de la sequía. (...) Dado que el muérdago es diseminado por los pájaros, su existencia depende de éstos, y se puede decir metafóricamente que lucha con otras plantas que dan frutos, a fin de tentar a los pájaros a devorarlos y diseminar así sus semillas y no las de otras plantas. En esos varios sentidos, que se entrecruzan, empleo yo en aras de la conveniencia el término general de lucha por la existencia (*Origin of Species*, 1859, pp. 62-63).

No obstante, en otro sentido, la queja de Tolstoi no resulta del todo infundada. Darwin sí presentó una definición de lucha abarcadora y metafórica, pero sus ejemplos reales ciertamente se inclinaban a la batalla sangrienta: «La naturaleza, con dientes y garras rojas», en un verso de Tennyson tantas veces citado que pronto se convirtió en cliché automático de su visión de la vida. Darwin basaba su teoría de la selección natural en la lamentable opinión de Malthus de que el crecimiento de la población tiene que agotar la existencia de alimentos y conducir a una batalla campal por los recursos en extinción. Más aún, Darwin mantuvo una limitada pero controladora visión de la ecología como un mundo repleto de especies en competencia, tan equilibrado y tan abarrotado que la única forma como una nueva especie podría llegar a entrar es literalmente echando afuera a alguno de los antiguos habitantes. Darwin expresó esa opinión en una metáfora más central aún para su visión general que la del concepto de lucha: la metáfora de la cuña. La naturaleza, escribe, es como una superficie con diez mil cuñas clavadas apretadamente que ocupan todo el espacio disponible. Una especie nueva (representada como una cuña) sólo podrá penetrar en una comunidad si se introduce por un

mínimo resquicio y fuerza la salida de otra cuña. El éxito, en esa visión, nada más se puede lograr mediante la toma directa en abierta contienda.

A más de esto, el principal discípulo de Darwin, Thomas Henry Huxley, desarrolló esa visión «gladiadora» (el termino es suyo) de la selección natural en una serie famosa de ensayos sobre ética. Huxley sostenía que el predominio de la batalla sangrienta definía el proceder de la naturaleza como amoral (no explícitamente inmoral, pero sin duda incapacitada para ofrecerle alguna guía al comportamiento moral).

Desde el punto de vista del moralista, el mundo animal está casi en el nivel de un espectáculo de gladiadores. Las criaturas son tratadas con bastante equidad, y puestas a pelear. A partir de allí los más fuertes, los más prestos y los más astutos sobrevivirán para volver a pelear al día siguiente. El espectador no necesita mostrar el pulgar hacia abajo, pues no se da cuartel.

Pero Huxley va aún más allá. Toda sociedad humana erigida siguiendo esas líneas de la naturaleza caerá en la anarquía y la desdicha: el brutal mundo de *bellum omnium contra omnes* de *Hobbes* (donde *bellum* significa «guerra», no «belleza»), la guerra de todos contra todos. Por consiguiente, el principal propósito de la sociedad tiene que ser la mitigación de la lucha que define el sendero de la naturaleza. Estudiemos la selección natural y hagamos lo contrario en la sociedad humana.

Mas en la sociedad civilizada el resultado inevitable de esa obediencia [a la ley de la batalla sangrienta] es el restablecimiento, en toda su intensidad, de la lucha por la existencia —la guerra de todos contra todos— cuya mitigación o abolición constituía el fin principal de la organización social.

Esa aparente discordancia entre el proceder natural y cualquier esperanza para la decencia social humana ha definido el tema central del debate en torno a la ética y la evolución a partir de Darwin. La solución de Huxley ha conquistado muchos partidarios: la naturaleza nada tiene de amable y no brinda ninguna guía para la moralidad, excepto, quizá, como indicadora de lo que hay que evitar en la sociedad humana. Mi propia preferencia se inclina a una solución diferente basada en la toma en serio de la visión metafórica de la lucha de Darwin (declaradamente a pesar de la preferencia de éste por los ejemplos de gladiadores): la naturaleza a veces nada tiene de amable, a veces lo es (en realidad ninguna de ambas cosas, dado que los términos humanos resultan tan inapropiados). Cuando presentamos ejemplos de todos los comportamientos (bajo la rúbrica metafórica de lucha), la naturaleza no favorece a ninguno y no ofrece directriz alguna. Los hechos de la naturaleza no pueden proporcionar guía moral en ningún caso.

Pero algunos pensadores han propugnado una tercera solución que sí desea hallar una base para la moralidad en la naturaleza y en la evolución. Ya que podemos detectar mucho consuelo moral en la interpretación gladiadora, esa tercera posición tiene que reformular el proceder de la naturaleza. Las palabras de Darwin acerca del carácter metafórico de la lucha ofrecen un punto de partida promisorio. Podría argumentarse que se han sobrevalorado los ejemplos de gladiadores y se les ha hecho pasar por predominantes. Quizá la cooperación y la ayuda mutua sean los resultados más comunes de la lucha por la existencia. Quizá la comunicación y no el combate conduzca a un mayor éxito en la reproducción en la mayoría de las circunstancias.

La expresión más famosa de esa tercera solución podemos hallarla en *La ayuda mutua*, publicada en 1902 por el revolucionario anarquista ruso Pyotr Kropotkin. (Debemos dejar a un lado el viejo estereotipo del anarquista barbudo que coloca bombas y que merodea furtivamente las calles durante la noche. Kropotkin fue un hombre genial, para algunos casi un santo, que promovió una visión de pequeñas comunidades que fijan sus propios patrones por consenso y en beneficio de todos, eliminando así la necesidad de la mayoría de las funciones de un gobierno central). Kropotkin, un noble ruso, vivió exiliado en Inglaterra por razones políticas. Escribió *La ayuda mutua* como respuesta directa al ensayo de Huxley antes citado, «La lucha por la existencia en la sociedad humana», publicado en *The Nineteenth Century* en febrero de 1888. Kropotkin le respondió a Huxley con una serie de artículos, publicados también en el mismo diario y recogidos finalmente en su totalidad con forma de libro en *La ayuda mutua*.

Como lo sugiere el título, Kropotkin argumenta, en su premisa fundamental que, como criterio principal del éxito en la evolución, la lucha por la existencia conduce por lo general a la ayuda mutua y no al combate. Por lo tanto, la sociedad humana debe construir sobre nuestras inclinaciones naturales (y no a la inversa de ellas, como sostenía Huxley) la formulación de un orden moral que le traerá tanto la paz como la prosperidad a nuestra especie. En una serie de capítulos, Kropotkin trata de ilustrar la línea de continuidad que va desde la selección natural para la ayuda mutua entre los animales hasta la base del éxito en la organización social humana cada vez más progresista. Sus cinco capítulos secuenciales abordan la ayuda mutua

entre los animales, entre los salvajes, entre los bárbaros, en la ciudad medieval y entre nosotros.

Confieso que siempre había visto a Kropotkin como el típico deschavetado, aunque innegablemente bien intencionado. Así se le presenta en los cursos usuales de biología evolucionista: como uno de esos pensadores de peluche que le permiten la entrada en el método de la rigidez analítica a la esperanza y la sentimentalidad, dispuestos a aceptar la naturaleza tal cual es, las verrugas incluidas. Después de todo, era un hombre de extrañas creencias políticas e ideales impracticables, retorcido por el contexto de su juventud, un extraño en tierra extraña. Más aún, el retrato que él se hizo de Darwin se ajustaba tanto a sus ideales sociales (la ayuda mutua establecida naturalmente como producto de la evolución, sin necesidad de una autoridad central) que se podría ver que en sus planteamientos priva la esperanza personal por sobre la precisión científica. Kropotkin ha estado por largo tiempo en mi lista de temas potenciales para un ensayo (porque yo quería leer directamente su libro y no repetir a ciegas la interpretación que venía en los textos), pero nunca procedí porque no pude encontrar un contexto que abarcara más allá del hombre mismo. Las mentes chifladas son interesantes como chismografía, a lo mejor como psicología, mas la idiosincrasia verdadera constituye la peor base posible para la generalidad.

Pero esa situación cambió para mí repentinamente cuando leí un artículo muy bueno en el último número de *Isis* (nuestra destacada publicación profesional de historia de la ciencia), escrito por Daniel P. Todes: «La metáfora maltusiana de Darwin y el pensamiento evolucionista ruso, 1859-1917». Me di cuenta de que la estrechez de

miras había sido mía, en mi ignorancia del pensamiento evolucionista ruso, y no de Kropotkin en su aislamiento en Inglaterra. (Puedo leer ruso, pero a duras penas y con un diccionario... lo que significa, para todo efecto práctico, que de hecho no puedo leer en ese idioma). Sabía que Darwin se había convertido en un héroe para la *intelligentsia* rusa y había influido en la vida académica en Rusia quizá más que en cualquier otro país. Pero virtualmente nada de su obra en ruso ha sido traducida jamás o estudiado siquiera en la literatura en inglés. Las ideas de su escuela nos son desconocidas, ni siquiera reconocemos los nombres de los principales protagonistas. Yo conocía a Kropotkin porque él había publicado en inglés y vivió en Inglaterra, pero nunca comprendí que representaba un modelo, la muy desarrollada crítica de Darwin rusa, basada en razones interesantes y tradiciones nacionales coherentes. El artículo de Todes no hace que Kropotkin resulte más correcto, pero sí ubica su escrito en un contexto general que nos exige respeto y nos ilumina de manera sustancial. Kropotkin formaba parte de una corriente importante que fluía en una dirección que no conocíamos, no un riachuelo aislado.

Esa escuela de crítica darwinista rusa, argumenta Todes, basaba su premisa fundamental en un firme rechazo de la pretensión de Malthus de que la competencia, a la manera de los gladiadores, tiene que dominar en un mundo cada vez más abarrotado, en el que la población, que crece geométricamente, inevitablemente agotará un abastecimiento de comida que sólo puede crecer aritméticamente. Tolstoi, que hablaba en nombre de un consenso de sus compatriotas, tildó a Malthus de «mediocre malicioso».

Todes halla un diverso conjunto de razones tras la hostilidad rusa para con Malthus. Las objeciones políticas al carácter «todo para mí, nada para ti» de la competencia industrial occidental surgen de ambos extremos del espectro ruso. Todes escribe:

Los radicales, que tenían la esperanza de construir una sociedad socialista, veían al malthusianismo como una corriente reaccionaria en la economía política burguesa. Los conservadores, que tenían la esperanza de preservar las virtudes comunales de la Rusia zarista, lo veían como una expresión del «tipo nacional británico».

Pero Todes identifica una razón muchísimo más interesante en la experiencia inmediata de la tierra y la historia natural de Rusia. Todos tenemos la tendencia a hilvanar teorías universales a partir de una esfera limitada de circunstancias periféricas. Muchos genetistas leen el mundo de la evolución entera en los confines de un frasco de laboratorio lleno de moscas de la fruta. Mis dudas cada vez mayores acerca de la adaptación universal nacen en gran parte, indiscutiblemente, del hecho de que yo estudio un caracol peculiar que varía mucho y muy caprichosamente dentro de un medio ambiente aparentemente invariable, y no un ave en vuelo o alguna otra maravilla del diseño natural.

Rusia es un país inmenso, subpoblado bajo cualquier medición del siglo XIX de su potencial agrícola. Es también, en la mayor parte de su territorio, una tierra agreste, en la que es más probable que la competencia ponga antes al individuo a pelear en contra de su entorno (como en la lucha metafórica de Darwin de la planta al borde del desierto) que

a un organismo en contra de otro organismo en enfrentamiento directo y sangriento. ¿Cómo podía cualquier ruso, con un fuerte sentimiento por su propio entorno rural, ver al principio de la sobrepoblación de Malthus como un basamento para la teoría evolucionista? Todes escribe:

Les resultaba extraño a su experiencia porque, así de simple, la inmensa masa de tierra de Rusia minimizaba su dispersa población. Para que un ruso viese que una población en aumento inexorable inevitablemente agotaría la potencial existencia de comida y espacio se requería un enorme salto de la imaginación.

Si esos críticos rusos podían aunar su escepticismo personal a la visión desde su propio traspatio, también estaban en capacidad de reconocer que el empeño de Darwin en plantear lo contrario podría estar evidenciando la estrechez de miras de su entorno distinto y no un conjunto de verdades necesariamente universales. Malthus resulta mucho mejor profeta en un país industrial superpoblado que profese un ideal de competencia abierta en el libre mercado. Es más, muchas veces se ha afirmado que Darwin y Alfred Russel Wallace desarrollaron de manera independiente la teoría de la selección natural luego de una experiencia inicial con la historia natural en el trópico. Ambos declararon haberse inspirado en Malthus, de nuevo independientemente, pero si es cierto que la fortuna favorece a las mentes entrenadas, entonces su experiencia tropical los predispuso a ambos a leer a Malthus con simpatía y aprobación. Ninguna otra zona de la tierra está tan provista de especies, y por lo tanto tan repleta de competencia cuerpo a cuerpo. Un inglés que haya conocido los procedimientos

de la naturaleza en los trópicos estaba casi condenado a ver la evolución de modo diferente a un ruso que se crió escuchando los cuentos de la tierra baldía siberiana.

Por ejemplo, N.I. Danilevsky, experto en pesquería y dinámica poblacional, publicó en 1885 una extensa crítica de Darwin en dos volúmenes. Identificaba la lucha por el lucro personal como el credo de un «tipo nacional» distintivamente británico, en contraste con los antiguos valores eslavos del colectivismo. Un niño inglés, escribe, «boxea sólo con otro niño, no en grupo como nos gusta hacerlo a los rusos». Danilevsky veía la competencia de Darwin como una «doctrina puramente inglesa» fundamentada sobre una línea del pensamiento inglés que arranca de Hobbes y pasa por Adam Smith hasta llegar a Malthus. La selección natural, escribió, tiene sus raíces en «la guerra de todos contra todos, que hoy llaman la lucha por la existencia (la teoría de la política de Hobbes), y en la competencia (la teoría económica de Adam Smith) (...) Malthus aplicó el mismo principio al problema de la población (...) Darwin extendió tanto la teoría parcial de Malthus como la teoría general de los economistas políticos hasta el mundo orgánico» (las citas provienen del artículo de Todes).

Cuando miramos *La ayuda mutua* de Kropotkin a la luz de los descubrimientos de Todes acerca del pensamiento evolucionista ruso, tenemos que revertir la visión tradicional e interpretar su obra como vertiente principal de la crítica rusa, y no como chifladura personal. La lógica central de la argumentación de Kropotkin es sencilla, directa y convincente en grado sumo.

Kropotkin comienza por reconocer que la lucha juega un papel central en las vidas de los organismos y también proporciona los principales ímpetus para su evolución. Pero sostiene que la lucha no ha de ser vista como un fenómeno unitario. Tiene que ser dividida en dos formas fundamentalmente diferentes, con significados evolucionistas contrarios. Tenemos que reconocer, antes que nada, la lucha de organismo contra organismo por los recursos limitados: el tema que Malthus le impartió a Darwin y que Huxley describe como gladiadoral. Esa forma de lucha directa sí conduce a la competencia por el beneficio personal.

Pero una segunda forma de lucha —que Darwin llamó metafórica— pone a los organismos a pelear contra la inhospitabilidad de los ambientes físicos circundantes, no en contra de los demás miembros de la misma especie. Los organismos tienen que luchar contra el frío, para sobrevivir a los peligros repentinos del incendio y la tormenta, para persistir a lo largo de duros períodos de sequía, nieve o peste. Esas formas de lucha entre los organismos y el medio ambiente se libran mejor con la cooperación entre los miembros de la misma especie a través de la ayuda mutua. Si la lucha por la existencia pone a pelear a dos leones por una cebra, entonces asistiremos a una batalla felina y una carnicería equina. Pero si los leones están luchando juntos en contra de lo inhóspito de un entorno inanimado, entonces pelear no eliminará a un enemigo común, sino que la cooperación podría vencer un peligro cuya superación escapa al poder de cualquier individuo aislado.

Kropotkin creó, entonces, una dicotomía dentro de la noción general de lucha, dos formas con significación diferente: (1) organismo contra organismo de la misma

especie por recursos limitados, que conduce a la competencia; y (2) organismo contra medio ambiente, que conduce a la cooperación.

Ningún naturalista pondrá en duda la idea de que la mayor generalización de nuestro siglo xx es la lucha por la vida llevada a cabo a través de la naturaleza orgánica. La vida es una lucha, y en esa lucha sobreviven los mejores adaptados. Pero las respuestas a las preguntas «¿mediante cuáles armas es llevada principalmente esa lucha?» y «¿quiénes son los mejor adaptados en la lucha?» serán muy distintas según la importancia que se les de a los dos diferentes aspectos de la lucha: la directa, por la comida y el estar a salvo, que se libra entre los individuos por separado, y la que Darwin describió como «metafórica»: la lucha, con mucha frecuencia colectiva, en contra de las circunstancias adversas.

Darwin reconoció que ambas formas existían, pero su lealtad para con Malthus y su visión de la naturaleza rebotante de especies lo llevó a enfatizar el aspecto competitivo. Luego, los devotos de Darwin menos sofisticados exaltaron la visión competitiva hasta casi la exclusividad, y vaciaron en ella un significado social y moral. Llegaron a concebir el mundo animal como un mundo de lucha perpetua entre individuos medio muertos de hambre, sedientos de sangre ajena. Hicieron retumbar a la literatura moderna con el grito de guerra de «¡ay de los vencidos!», como si se tratase de la última palabra de la biología moderna. Elevaron la lucha «sin cuartel» por el provecho personal a la altura de un principio biológico al que el hombre también tenía que someterse, bajo la amenaza de que, de no ser así, sucumbiría en un mundo en el exterminio mutuo.

Kropotkin no negaba la forma competitiva de la lucha, pero argumentaba que se le había restado importancia al estilo cooperativo, y que si se consideraba a la naturaleza en su conjunto había que señalar que existía un equilibrio, e incluso hasta el predominio de la cooperación sobre la competencia.

Hay una inmensa cantidad de guerra y exterminio en marcha entre las diversas especies; al mismo tiempo hay lo mismo, o quizá hasta más, de apoyo mutuo, ayuda mutua y defensa mutua... La sociabilidad resulta ser tan ley de la naturaleza como la lucha mutua.

A medida que Kropotkin hacia girar la manivela de sus ejemplos seleccionados y le daba arranque a sus propias preferencias, se iba convenciendo cada vez más de que el estilo cooperativo, que conducía a la ayuda mutua, no sólo predominaba en general, sino también caracterizaba a las criaturas más avanzadas en las agrupaciones de hormigas, entre los insectos, y los mamíferos, entre los vertebrados. Por consiguiente, la ayuda mutua se convierte en un principio más importante que la competencia y la matanza.

Pero si (...) le preguntamos a la naturaleza «¿quiénes resultan más aptos: los que están constantemente en guerra contra los demás, o los que se apoyan entre ellos?», vemos de inmediato que los animales que adquieren hábitos de ayuda mutua son indudablemente los más aptos. Tienen más oportunidades de sobrevivir, y alcanzan, en sus respectivas clases, el más alto desarrollo de inteligencia y organización corporal.

Si preguntamos por qué Kropotkin favorecía la cooperación mientras la mayoría de los darwinistas del siglo XIX

propugnaban que la competencia era el resultado predominante de la lucha en la naturaleza, saltan a la vista dos razones principales. La primera parece menos interesante, pues resulta obvia bajo el principio levemente cínico pero sumamente realista de que los verdaderos creyentes tienden a leer sus preferencias sociales en la naturaleza. Kropotkin, el anarquista que anhelaba reemplazar las leyes del gobierno central por el consenso de las comunidades locales, ciertamente tenía la esperanza de localizar una profunda preferencia por la ayuda mutua en la esencia más íntima de nuestro ser. Dejemos que la ayuda mutua sature la naturaleza y la cooperación humana se convertirá en mera instancia de la ley de la vida.

Ni el poder demoledor del Estado centralizado ni la enseñanza del odio mutuo y la lucha sin cuartel que nos llegaba, adornada con los atributos de la ciencia, de los filósofos y sociólogos serviciales, podían arrancar de raíz el sentimiento de solidaridad humana, alojado en lo más hondo del entendimiento y el corazón de los seres humanos, porque lo había nutrido toda la evolución precedente.

Pero la segunda razón resulta más iluminadora, como grata percepción empírica proveniente de la propia experiencia del Kropotkin naturalista, y como afirmación de la fascinante tesis de Tordes de que el curso normal de la ideología a la interpretación de la naturaleza puede ser invertido a veces, y que el escenario natural puede influir en la preferencia social. De joven, mucho antes de su conversión al radicalismo político, Kropotkin pasó cinco años en Siberia (1862-1866), poco después de que Darwin publicase *El origen de las especies*. Iba como oficial del ejército, pero esa comisión sirvió de conveniente cobertura para su anhelo de estudiar la geología, la geo-

grafía y la zoología del vasto interior de Rusia. Allí, en el polo opuesto de las experiencias tropicales de Darwin, vivió en el entorno menos receptivo para la visión de Malthus. Observó un mundo escasamente poblado, asolado por frecuentes catástrofes que amenazaban a las escasas especies capaces de hallar un lugar en semejante desolación. Como potencial discípulo de Darwin, buscaba la competencia, mas rara vez encontró alguna. En cambio, observaba continuamente los beneficios de la ayuda mutua a la hora de vérselas con una inhospitalidad exterior que amenazaba a todos los seres por igual y no podía ser vencida con analogías de la guerra o boxeo.

En resumen, Kropotkin tenía una razón personal y empírica para preferir ver a la cooperación como una fuerza natural. Eligió ese tema como párrafo inicial de *La ayuda mutua*:

Dos aspectos de la vida animal me impresionaron sobremanera durante los viajes que hice en mi juventud por la Siberia Oriental y el norte de Manchuria. Uno de ellos fue la extrema severidad de la lucha por la existencia que la mayoría de las especies lleva a cabo en contra de una naturaleza inclemente; la enorme destrucción de la vida que resulta periódicamente de los factores naturales; y la consiguiente precariedad de la vida en todo el vasto territorio que me tocó observar. Y el otro fue que, incluso en los pocos parajes donde la vida animal proliferaba, no pude hallar —aunque la busqué afanosamente— la cruenta lucha por los medios de subsistencia, entre animales pertenecientes a la misma especie que la mayoría de los darwinistas (aunque no siempre el propio Darwin) consideran la característica dominante de la lucha por la vida, y el factor principal de la evolución.

¿Qué podemos hacer hoy con la argumentación de Kropotkin, y con la de toda la escuela rusa que él representaba? ¿Fueron ellos simplemente víctimas de la esperanza cultural y el conservadurismo intelectual? No lo pienso así. De hecho, yo sostendría que la argumentación básica de Kropotkin es correcta. La lucha sí se presenta con muchas modalidades, y algunas conducen a la cooperación entre los miembros de una especie como el mejor camino hacia el beneficio de los individuos. Si Kropotkin exageró la importancia de la ayuda mutua, la mayoría de los darwinianos en la Europa Occidental han exagerado con igual fuerza la de la competencia. Si la esperanza que Kropotkin puso en la reforma social partiendo de su concepto de naturaleza era inapropiada, otros darwinianos se han equivocado con la misma firmeza (y por motivos que la mayoría de nosotros condenaríamos hoy) al justificar la conquista imperial, el racismo y la opresión de los trabajadores industriales como el acerbo resultado de la selección natural en la modalidad competitiva.

Yo diría que Kropotkin se equivocó en dos aspectos, uno técnico y el otro general. Sí cometió un error conceptual común al no saber reconocer que la selección natural constituye un argumento favorable para los organismos individuales, aunque quizá se produzca una lucha entre ellos. El resultado de la lucha por la existencia puede que sea la cooperación y no la competencia, pero la ayuda mutua tiene que beneficiar a los organismos individuales en el mundo de la explicación de Darwin. Kropotkin habla a veces de la ayuda mutua como algo seleccionado para el beneficio de poblaciones o especies enteras: un concepto extraño a la lógica darwiniana clásica (en la que los organismos trabajan, aunque inconcien-

temente, para beneficio propio, en términos de genes que pasan a las generaciones futuras). Pero Kropotkin también (y a menudo) reconoció que la selección para la ayuda mutua beneficia directamente a cada individuo en su propia lucha por el éxito personal. Así, si Kropotkin no captó toda la implicación del argumento básico de Darwin, sí incluyó la solución ortodoxa como su justificación primaria para la ayuda mutua.

Por lo general me gusta aplicar un método práctico un tanto cínico a la hora de juzgar argumentos acerca de la naturaleza que tengan también abiertas implicaciones sociales: cuando tales pretensiones le confieren a la naturaleza las propiedades que nos hacen sentir bien o satisfacen nuestros prejuicios, ser doblemente suspicaz. Soy especialmente cauteloso con los argumentos que hallan bondad, mutualidad, sinergia, armonía —los mismos elementos que nos esforzamos enormemente, y tan a menudo sin lograrlo, por introducir en nuestras propias vidas— intrínsecamente en la naturaleza. No veo ninguna evidencia de la noosfera de Teilhard, del estilo California del holismo de Capra, de la resonancia mórfica de Sheldrake. Gaia me impacta como metáfora, no como mecanismo. (Las metáforas pueden ser liberadoras e iluminadoras, pero las teorías científicas nuevas tienen que aportar nuevas presentaciones de la causalidad. Gaia, para mí, sólo parece reformular, en términos diferentes, las conclusiones básicas a las que llegaron hace mucho tiempo los argumentos clásicamente reduccionistas de la teoría de los ciclos biogeoquímicos.

No existen atajos para la percepción moral. La naturaleza no es intrínsecamente algo que pueda ofrecer confort o solaz en términos humanos: quizá porque nuestra especie

resulta ser un insignificante recién llegado a un mundo que no fue construido para nosotros. Tanto mejor así. Las respuestas a los dilemas morales no están allá afuera, a la espera de ser descubiertas. Residen, como el reino de Dios, dentro de nosotros: el punto más difícil e inaccesible para cualquier descubrimiento o consenso.

NOTAS

1. Fuente: «Kropotkin was no crackpot», *Natural History*, N° 106, junio 12-21 de 1997. (Transcrito para marxists.org en mayo de 2002)

Índice

Prólogo	IX
MIGUEL GUAGLIANONE	
Prefacio	
a la edición de 1914	1
PIOTR KROPOTKIN	
Introducción	5
KENT BROMLEY	
Capítulo I	
Ayuda mutua entre los animales	19
Capítulo II	
Ayuda mutua entre los animales (continuación)	51
Capítulo III	
Ayuda mutua entre los salvajes	99
Capítulo IV	
Ayuda mutua entre los bárbaros	141
Capítulo V	
Ayuda mutua en la ciudad medieval	179
Capítulo VI	
Ayuda mutua en la ciudad medieval (continuación)	213
Capítulo VII	
Ayuda mutua entre nosotros	249
Capítulo VIII	
Ayuda mutua entre nosotros (continuación)	287
CONCLUSIÓN	321
APÉNDICES	329
CRONOLOGÍA	359
ANEXO	371

Este libro se terminó de imprimir
en septiembre de 2009,
en los talleres de la FUNDACIÓN
IMPRESA DE LA CULTURA,
Caracas, Venezuela.
Son 7.000 ejemplares,
impresos en papel Alternative 55,2 grs.